

THOMAS RAAB

SILENCIO

Historia de un asesino



THOMAS RAAB

SILENCIO

Historia de un asesino



ESPA
PDF

Karl Heidemann es un niño con un oído extraordinario que se siente abrumado por el

ruido que tiene que soportar al estar con más gente. Ya de bebé no aguanta estar

cerca del latido del corazón de su madre. Poco a poco, este niño peculiar que vive en el

sótano y prácticamente no sale de casa descubre que matar se convierte en el mayor

acto posible de amor y en la única

manera de poder vivir en silencio.
En poco tiempo,

deja un rastro de sangre en el
pueblo, hasta que su propio padre
descubre la verdad y

el joven debe huir.

A los dieciséis años, Karl, ya en la
ciudad, seguirá perpetrando
crímenes brutales. Su

excepcional oído le permite
acercarse a sus víctimas sin miedo
a ser descubierto y

convertirse en un ser prácticamente

invisible que vive de noche, cuando el silencio le

aporta tranquilidad. Quién sabe si algún día cometerá un error y será finalmente

descubierto.

Un poderoso thriller psicológico, mezcla de la sensorialidad de El perfume de Patrick

Süskind y la crudeza de American Psycho de Bret Easton Ellis.



ESPA
PDF

Thomas Raab

Silencio

Historia de un asesino

ePub r1.0

Titivillus 17.10.16

más libros en espapdf.com

Título original: *Still*

Thomas Raab, 2015

Traducción: Ana Guelbenzu

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Para Anna,

porque eres como yo.

Con amor,

tu padre.

PRIMERA PARTE

Fe

Una vez dicho y oído, ya nada

se puede retirar, nunca,

ni un deseo, ni una maldición, ni
una oración.



1

El principio

El día en que murió Karl fue un buen día.

Un humo blanco procedente de la chimenea de ladrillo situada al otro lado del cerro se

desplazaba como un velo de novia por el cielo despejado. Debajo, el verde de los prados y

bosques: jugoso, exuberante, extenso. A lo lejos, primero la suave elevación del Calvario, detrás

la punta siempre humeante de la

chimenea de la fábrica de acero, y
ese silencio. Solo se oía el

canto de los pájaros, el zumbido de
los insectos, el crujido de las líneas
eléctricas, el susurro de

los árboles, el viento. Un lugar
apacible para un instante fugaz.

En algún momento aparece el
primer indicador, que solo señala
una dirección, Jettenbrunn.

Tal vez brille el sol, sea un día
despejado y cálido, pero a partir de
entonces sobre cada

guijarro, cada brizna de hierba,
sobre todo se cernirá una sombra,
una nube llena de recuerdos,

oscura, ominosa, pues en medio de
aquella paz llegó un niño al mundo:
Karl Heidemann.

Esta es su historia.

Era el 6 de diciembre de 1982
cuando un alarido rompió el
silencio de la pequeña población.

Penetrante, continuo, como si
quisiera estar seguro de ser
percibido. Irrumpió intenso en las

cálidas habitaciones y fue motivo de regocijo, la alegría del ignorante. Una nueva vida era

símbolo de esperanza: quedaban pocos niños, morían demasiados mayores, ya había demasiadas

casas vacías.

Aquel segundo domingo de Adviento no fue el éxodo del campo a la ciudad lo que vació las

casas de Jettenbrunn, sino el agradecimiento. Como si hubiera nacido el Redentor, había que

peregrinar hasta el lugar del alumbramiento. En casa de los Heidemann yacía Karl, cubierto de sangre y secreciones, sobre las sábanas aún húmedas de su feliz madre, bramando por su joven vida.



Acudían de todas partes bien abrigados contra el frío cortante, con cestas llenas de pan y vino,

pequeños obsequios, gorritos tejidos a mano, coloridas chaquetas de punto, para dar la bienvenida a la nueva vida.

Se amontonaban exhalando vapor alrededor de la madre, se calentaban las manos sobre la estufa de leña candente y saciaban el cuerpo con los abundantes platos caseros preparados para el recibimiento. Observaban al niño que gritaba a pleno pulmón en un tono espantoso y lo sabían

todo: el niño quería el pecho, debía tomar una infusión de hinojo, necesitaba el chupete, el pulgar,

la punta de la almohada, aire fresco, sin olvidar que el niño tenía que asimilar primero el viaje

que era el parto, el sobresalto, la falta de espacio, la violencia, el dolor, luego la luz cegadora, el

frío atroz, el miedo, la sensación de desarraigo, el peligro de asfixia.

Era lógico que no estuviera

contento de buenas a primeras tras

una experiencia tan trascendental,
no había de qué preocuparse.

Y Karl siguió chillando.

Charlotte Heidemann escuchaba
pero no entendía nada, simplemente
sostenía con cautela en

las manos ese amasijo tenso de
carne y sangre.

El ruido que ese pequeño ser fue
capaz de producir durante sus
primeras horas de existencia

era ensordecedor. Era atronador y
tan comprensible que todos los

habitantes de Jettenbrunn

finalmente se dieron cuenta de que debían abandonar lo antes posible los acogedores aposentos de la joven madre.

Así fue.

El viento gélido rozaba como una caricia los campos cubiertos de nieve polvo, mientras los

lugareños expulsaban de camino a sus casas pequeñas nubecillas de vapor llenas de chismorreos.

Como de costumbre en esa época del año en que se imponía la oscuridad, los contadores

eléctricos corrían a toda velocidad con las casas decoradas con guirnaldas de luces, pero la paz

del Adviento no hacía acto de presencia.

Esa noche del 6 de diciembre, San Nicolás, arribó al pueblo de Jettenbrunn acompañado por

un gemido que llegaba hasta las entrañas, hasta los bosques, hasta la

punta del monte del Calvario.

Karl gritaba y gritaba. No le servían de consuelo ni las caricias maternas, ni los cantos

suaves, ni ponerlo en el pecho. Lo único que lograba expresar era rechazo. Mientras Charlotte

Heidemann hablaba con él con ternura, tarareaba en voz baja y le acariciaba la cabecita, él se

negaba a beber de su madre, a volver el rostro hacia ella, a dejarse calmar por ella. Gritó y

pataleó sin descanso hasta que no pudo más, hasta que pasada la medianoche, empapado en sudor

y envuelto en pañales de tela, cayó de puro agotamiento en su primer sueño como ser emancipado.

Johann Heidemann colocó a la criatura exhausta con cuidado en su camita y la meció con

calma.

Con calma y en silencio.

Un silencio liberador para todos, para todo el pueblo, para los

padres de Karl y para el propio

Karl. Solo se oía el tic tac del reloj, el leve roce de la cuna que se balanceaba sobre los tablones

del suelo, la respiración profunda del padre.

Fue un sueño de corta duración.

2

El origen

Johann Heidemann, el padre de Karl, era un hombre fuerte aunque de baja estatura, con la

obstinación física de un tocón.
Cortar la raíz y la copa no tiene mérito, pero un rizoma se aferra inflexible a su terruño y perdura, como asiento, como base de una nueva vida, como un escollo.

Johann Heidemann conocía el reverso de la vida desde la más tierna infancia. Tenía seis años

cuando una noche, en vez de sus padres, llegó a casa un agente de policía. No había mucho que

decir, salvo lo habitual en aquella

zona: la llanura suave, accidentada; la carretera sinuosa que

dibujaba leves curvas; los camiones que superaban con creces el límite de velocidad; la maniobra

para adelantar de uno de ellos; el carril contrario que se suponía vacío; el vehículo de sus padres

que sí circulaba por ese carril; la siguiente cruz conmemorativa de hierro, erguida entre los

polvorientos hitos de la carretera.

A partir de entonces Johann se crio

con sus abuelos maternos, ella gravemente enferma, pues

el padre de Johann también había perdido a sus padres muy joven. No había pasado ni un año

cuando su nuevo hogar pasó a ser únicamente masculino, y con diecinueve años finalmente se

convirtió en la casa de un soltero. Solo le quedaba como persona de referencia su vecino, Alois

Daxberger, maestro del pueblo, que también vivía solo.

Para entonces Johann Heidemann, como muchos primogénitos de la región, ya tenía su trabajo

diario en la fábrica de acero Siegensharter.

El resto del tiempo prefería pasarlo en soledad. Evitaba la oficina de correos, igual que todas

las fiestas del pueblo y los encuentros, porque hablar no era lo suyo. Johann Heidemann hablaba

solo lo necesario, así que se ganó la reputación de ser pobre de

espíritu, también con su silencio.

No tenía nada que objetar, era perder el tiempo cuando la gente se hacía una imagen de alguien o

de algo, normalmente se conformaban con la caricatura.

Charlotte, la madre de Karl, de apellido de soltera Auböck, hablaba de más lo que Johann

Heidemann callaba. Lo hacía con persistencia, rapidez, potencia, dando voces, en un tono

estridente, a menudo doloroso,

como si se le escaparan el tiempo y los oyentes. Lo único que

obligaba a estos últimos a no irse era esa hipocresía cultivada por las personas llamada

educación, pues Charlotte era la esposa de Johann Heidemann, y él era, pese a su notable

retramiento, un hombre con quien se podía contar. Era un trabajador que sabía arrimar el hombro

con abnegación, ya fuera para talar árboles, construir casas o abrir

sumideros. Era una pieza útil

de una bondad infinita, hábil, impagable, y todo por el sueldo obligado de una cena, una botella de

vino o una caja de bombones.

Valía la pena llevarse bien con él, y no mencionar la plaga acústica que había invadido el

pueblo desde que eligió a su pareja. Era casi imposible escapar de ella. Entre semana Charlotte

manejaba la máquina de cortar

embutidos de Adele Konrad, la anciana dueña del colmado, y

ponía en circulación los últimos cotilleos como si fuera la prensa del día, dejaba caer sobre el

papel unas cuantas lonchas de más a la cantidad deseada de cerdo, y de vez en cuando añadía un

quinto bollo gratuito para completar. Todo eso, mientras una estrella de cinco puntas se

balanceaba en el cuello de un lado a otro, colgada de una cinta de

cuero.

—¡Me la regalaron mis padres! Es para ahuyentar el mal. ¡El cinco es mi número de la suerte!

—supo enseguida todo el pueblo.

—¿Y qué, funciona? —solía ser la desdeñosa respuesta.

—¡A nosotros no! —contestaban los demás al unísono, divertidos, a gritos, infames.

Charlotte era una buena persona, y en medio de las cajas de fruta y verdura, los sacos de

harina y especias, los barriles de vino y col agria, se sentía como en casa. Era terreno conocido.

Se crio en un entorno parecido, al norte del país, hija de un matrimonio de tenderos de ciudad,

especializados en accesorios y reparaciones. Era hija única. La madre y el padre llevaban batas

grises de trabajo, la madre Gertraud perlas en las orejas, el padre Heinrich gomina en el pelo, el

local estaba completamente pulido, los muebles de madera olían a miel y cera, y dentro había

incontables cajones de distintos tamaños que contenían infinidad de objetos. Sus padres siempre

tenían mucho trabajo, y aun así lo más importante entre las miles de cosas era su única hija. La

cuna, el parque, la trona estaban tras el mostrador, y en algún momento lo estuvo Charlotte en

persona. Nunca se decía: «déjalo,

no lo toques», o «las manos fuera, vas a romperlo todo», sino:

«tú puedes».

Como mamá y papá Auböck apenas tenían un minuto libre, y a veces tampoco la cabeza,

Charlotte se convirtió en el fondo de su corazón en un ser trabajador y digno de ser amado. Sin

embargo, de nada sirve ese brillo interno cuando la gente solo se fija en los defectos externos. Por

su voz, desde niña fue condenada a

criarse sola entre las cajitas de clavos y tornillos, los sacos de serrín y abono, los cajones de botones y cremalleras, sin comprender la causa de su repudio. Solo

sabía que, a diferencia de sus compañeros de colegio, ella no encontraba invitaciones a

cumpleaños en el banco de la escuela, no aparecía nadie en los bailes de Carnaval para invitarla a bailar, no entraba ningún chico en

la tienda para llevarla de paseo.
Nada.

Cuanto mayor era el rechazo, más potente e imprevisto era su tono de voz. Nadie detectaba la

llamada de socorro que ocultaba la estridencia de Charlotte, ese grito sordo pero cada vez más

penetrante: «¿Alguien me va a decir de una vez qué es lo que hago mal? ¿Quién me acepta, aparte

de mis padres? ¿Quién me coge de la mano?». ».

Entonces llegó Johann Heidemann.

Él iba por la izquierda del camino,
silencioso y solo.

Ella iba por la derecha del camino,
silenciosa y sola.

Ambos pasaron junto a la marca
roja y blanca.

Eran las primeras vacaciones de
Charlotte sin sus padres. Quería
irse muy lejos, olvidar toda

la melancolía, ir a algún sitio donde
poder ser otra persona, solo durante
dos semanas. Un lugar en

la naturaleza, con menos gente,
menos aislamiento, menos dolor,
esa era su esperanza. Una

pequeña pensión al pie de un
monte, durmió mucho, paseó,
ascendió un poco por la montaña,

siguió el vía crucis hasta llegar a la
cima, midió cada paso del
sufrimiento de Jesús, olvidó el

propio, bajó por el otro lado, luego
atravesó el bosque y quiso meter
los pies en el agua. Tenía

que haber un estanque.

Llegó aquel tibio día de primavera.
El bosque, el aroma a ajo de oso,
las flores, brotes por

todas partes, y dos personas:
Charlotte y Johann. Desconocidos
que se saludaron en un gesto fugaz

con la cabeza y pasaron de largo el
uno del otro. Apenas dos metros, y
se pararon: ella, él.

—Disculpe, ¿sabe cómo se va al
estanque?

—Sí.

—Qué bien, no soy de por aquí.

—¿Entonces?

—Estoy aquí de vacaciones.

—¿Aquí, de vacaciones?

Continuaron juntos el camino.

Johann escuchó, Charlotte habló, durante todo el trayecto, ida y vuelta, no paró de mirar a

aquel extraño y por primera vez vio mucho más en sus ojos que en los de los demás. Vio el interés

mudo, la atención inquebrantable, nunca aburrimiento, nunca una

burla, ni una crítica, en ninguno

de los días de vacaciones que le quedaban, y en todos y cada uno se encontraron, a propósito, y

pasearon juntos por el bosque.

Para Johann Heidemann aquello también supuso una salida de su capullo gris, de pronto el

anhelo de compañía tenía cara. Un rostro que permanecía a su lado con paciencia hasta el final del

paseo diario: la capilla situada en la orilla del estanque de

Jettenbrunn.

Aquel estanque ya había sido testigo de muchas situaciones: personas que salían del agua

divertidas, otras que entraban desesperadas, gente que buscaba refrescarse en verano, otros que se

hundían en el hielo invernal, o perdían la inocencia en la orilla, suplicaban el perdón de sus

culpas en la capilla o le susurraban sus deseos a la estatua de la Virgen María. Allí se encontraban

las palabras para todo lo que no se podía hablar con nadie más.

Pasados apenas seis meses, Johann Heidemann habló un poco más que de costumbre en ese

mismo sitio, delante de todo el mundo, y aceptó como esposa a Charlotte Auböck con un sonoro

«sí». Nadie le había oído pronunciar jamás una palabra tan fuerte.

3

El nacimiento

En el pueblo nunca antes se había presenciado un amor con tanta armonía, como si los dos

estuvieran hechos el uno para el otro. Veían a Johann y Charlotte salir a pasear a diario, colocar

mantas de pícnic en prados abiertos. Johann lo documentaba con un amor pleno, imágenes en

movimiento, Charlotte de pie en la hierba, con un cordel en la mano y la mirada fija arriba, una

breve sonrisa a la cámara, una

señal al cielo, un pájaro de papel,
en lo alto, oscilante, hacían

volar cometas como niños, se oía
su risa y algo de todo aquello se
reflejaba en los rostros de los

lugareños. A pesar de que en
ocasiones fuera en forma de risa
burlona y furtiva, había un fondo de

admiración: ¿cómo lo hacían esos
dos? ¿De verdad la convivencia
podía ser tan armónica? ¿Por

qué a mí no me ocurre lo mismo?

Pronto el amor buscó su camino

hacia la procreación duradera,
hacia la encarnación. Apareció

la descendencia, Karl Heidemann, y
llegó de un modo evidente: quedaba
claro que se estaba

produciendo el parto.

La dicha de la futura madre era
inmensa, desbordaba alegría.
Observaba con aprobación la

actividad del esposo, los arreglos
en la vieja granja para convertirla
en un oasis del bienestar con

bodega, sauna, sala de descanso y

de ocio.

Charlotte aguantó agradecida las semanas de transformación obligada. Era feliz cuando la vida

que crecía en su interior se estiraba y levantaba los puños y las piernecitas contra los límites

maternales. Su alegría era infinita, y la expresaba con infatigables letanías de canciones infantiles.

Tenían un tono penetrante, eran bucles interminables de las mismas canciones:

Calma, mi niño, calma.

La luna viaja ya en su alma.

Con su blanco corcel sereno,
como en sueños, tan ameno.

Calma, mi niño, calma.

Paz, mi niño, paz.



La luna tiene un disfraz.

Una nube gris se posa,
sobre su nariz y orejas, hermosa.

Paz, mi niño, paz.

Karl, aún nonato, hacía lo mismo
que Charlotte, dentro de sus
posibilidades: si la madre se
exaltaba, él también; si ella alzaba
la voz, el niño también
reaccionaba, daba puñetazos,
patadas,
cada vez más intensos a medida que
avanzaba el embarazo, cada vez
más dolorosos. Solo cuando

llegaba la hora de acostarse, cuando por fin Charlotte dormía, se imponía la calma en su interior.

Como si madre e hijo fueran uno, unidos por el corazón y el alma, eso pensaba ella.

Estaba equivocada. Muy equivocada.

Karl rompió la unidad más de un mes antes de la fecha prevista, una mañana provocó la

liberadora ruptura de aguas. Luego todo fue rápido, muy rápido. Nada

de contracciones

interminables, ni martirio, como si Karl quisiera arrebatarse a su madre no solo su hijo, sino la

heroicidad de un parto largo y duro. Era un hijo deseado, muy esperado, pero su llegada al mundo

no fue más que el primer paso en la interminable huida de Karl y una ola de destrucción. Un paso

funesto y evidente. Su alarido incesante penetró intenso y despiadado hasta en el rincón más

remoto del pueblo.

Al cabo de un tiempo, la constitución física del recién nacido había alcanzado un estado

preocupante: desnutrido, debilitado y afónico, se revolvía en los brazos de su madre desesperada,

que no paraba de cantar, una y otra vez:

Calma, mi niño, calma.

Paz, mi niño, paz.

Sin embargo, el niño no lograba

alcanzar la calma ni la paz. Todos los esfuerzos eran en vano:

ni las visitas diarias del médico del pueblo, el doctor Albrecht Hofstätter, ni la consulta en el

hospital más cercano aportaron ninguna información. Nadie logró detectar una enfermedad visible

en la criatura, salvo por el escaso peso todo entraba dentro de la normalidad. Según le dijeron,

Charlotte Heidemann había traído al mundo a un niño chillón, esas

cosas pasaban, y por mucho

sufrimiento que causara a menudo no había un diagnóstico médico, ningún tipo de explicación, y

menos con un embarazo y un parto sin dificultades como en su caso.

Recomendaron a los padres

mucha tranquilidad y alimentarlo con el biberón.

A partir de entonces Karl comió, a la velocidad de un mensajero, un fugitivo, con ansia,

nervioso, como si justo después de

engullir las provisiones tuviera que continuar su camino. Pero

¿adónde iba a ir un lactante en pañales que aún dormía en la cuna, a merced de todo y de todos?

Pese a que en un principio Charlotte no estaba dispuesta a dejar ir a su rabioso hijo y se

obstinaba en abrazarlo hasta que se dormía a su lado completamente rendido, con el tiempo se fue

debilitando.

—Pásamelo un momento para que

puedas descansar —reclamaba Johann, preocupado.

—Ya descansaré cuando me muera —era la respuesta de Charlotte, como si supiera lo que se avecinaba.

Pronto acudió el doctor Hofstätter, pues Charlotte Heidemann no tardó mucho en sentirse sin

fuerzas para nada. El miedo irracional, el desconcierto al ver que su propio hijo parecía

desamparado, la pena del

aislamiento, el dolor del pecho hinchado, la fiebre, todo junto quebró su

voluntad. El doctor Hofstätter le recetó infusiones, le prescribió reposo absoluto, puso a Karl en

los brazos fuertes de su padre y los obligó a los dos a salir.

Entonces Karl se calmó.

Así se quedó, también cuando su padre le puso un gorro y ropa de abrigo y lo sacó al aire

libre envuelto en mantas.

Oscuridad y silencio. Se había hecho tarde. Por primera vez Karl Heidemann se vio rodeado

del aire fresco, gélido, el claro cielo estrellado, la actividad nocturna. Tenía los ojos abiertos de

par en par, las fosas nasales se le abrieron, inclinó suavemente la cabecita, olió, escuchó, sintió,

curioso y ávido al mismo tiempo, un poco como un descubridor en tierra virgen, o como un animal

carnívoro a la caza.

Johann se detuvo un momento en el claro de luna, observó a su hijo y respiró hondo. Entonces

contempló lo más bonito que había visto en su vida: la sonrisa de su hijo, breve, como un acto

reflejo, y aun así con una energía que lo impregnaba todo. Los ojos, con su brillo oscuro, buscaron

la mirada de su padre para quedarse.

En aquel instante Karl Heidemann volvió a nacer, de nuevo separado

de su madre, emancipado

en el sentido de que en ese momento percibió a su madre de forma definitiva, cuando en la

habitación infantil solo las fotografías recordaban que el retratado había estado presente. En aquel

momento, Karl no tenía ni tres semanas.

4

La solución

Llegó el día que Charlotte Heidemann más temía: la llamada de la fábrica de acero, el fin de la continua presencia de su marido, el hecho de quedarse sola. Su propia familia estaba demasiado

lejos para ayudar, los padres de su esposo habían fallecido. Nunca tuvieron contacto con los

parientes de la zona, y no tenían amigos a quien poder preguntar.

Por primera vez, las palabras «lo conseguirás sola» cobraron una

dimensión completamente

distinta. Abandonada, así se sentía, abandonada a su suerte con su más que probable difícil

destino.

En efecto, no se puede tentar al diablo: lo peor que podía pasar saltó a la realidad, aunque la

revolución no se produjo tal y como se había anunciado. Su estallido fue más potente, más

intransigente de lo que se temía. No sirvió de nada ni acunarlo, ni las

melodías infantiles, ni los

paseos con el cochecito. Era impensable poner a Karl en un coche con la esperanza de que la

vibración, el traqueteo, los ruidos del vehículo sirvieran de último remedio milagroso.

Solo por la tarde, cuando Johann llegaba a casa, se producía cierto alivio. Empapado en el

sudor del duro esfuerzo físico, recibía a su hijo vocinglero en la misma puerta, lo agarraba bien

contra el pecho y se iba. Al principio hacían falta unos cuantos kilómetros para que la calma

volviera al cuerpo cansado, pequeño y contraído del niño, pero con el tiempo acabó bastando con

unos pasos, y pronto fue suficiente con el fuerte olor corporal del padre. Aun así, Johann siempre

hacía la misma ruta: salía del pueblecillo hasta llegar a la orilla del estanque y caminaba por la

nieve, que aquel año se mantenía

espesa; unas veces con el niño dormido, otras solo. Era su

momento, su colofón del día, como si quisiera purgar todas las preocupaciones a base de caminar.

El niño encontraba refugio en sus pulsaciones aceleradas.

Durante el día y a partir de aproximadamente las dos de la madrugada no había escapatoria, ni para Karl, ni para su madre, ni para todo el pueblo. Cada vez más, Charlotte recurría al único

medio con el que conseguía apaciguar al niño por lo menos un momento: el biberón.

Como Karl comía sin cesar, como si no viera otra salida, sus gritos se interpretaban como un

hambre insaciable y una exigencia continua de alimento. A esa reclamación constante le sucedió la

frecuencia cada vez mayor de las tomas, después el creciente tamaño del cuerpo, y con él llegó un

hambre atroz real, era un círculo

vicioso. Así que a Karl Heidemann le tapaban la boca hasta que

ya no podía más de tan harto y caía en un breve sueño, como si estuviera aturdido.

Saltaba a la vista que era una manera de «taparle la boca».

Johann, el padre de Karl, callaba,

qué iba a decir, ¿cómo iba a arrebatarse a Charlotte la única breve ancla de salvación que tenía?

Para la gente era un divertimento:

«Parece que el niño de los

Heidemann no va por buen

camino en su desarrollo. Cuando ese granuja camine, deberíamos cerrar las despensas».

La tertulia en el bar seguía divertida hasta que los comentarios jocosos se enfrentaban a otra

conjetura: «¡Tal vez los gritos de Karl son el castigo por cómo habéis empleado vuestras lenguas

viperinas durante años contra Charlotte!».

La idea cuajó, se extendió como un

virus muy infeccioso y anidó como indicio del mal en las

cabezas de los habitantes de Jettenbrunn.

Charlotte también se fue encerrando en su destino. Se escondió, convencida de que los

lugareños la responsabilizaban de los bramidos de su hijo, cuya única justificación era la ineptitud

femenina, incluso una mala maternidad. Todas las creencias son erróneas a ojos del que no las

comparte. Charlotte estaba equivocada, los lugareños evitaban la casa de los Heidemann por otros

motivos. «Ese niño está enfermo, ¡de la cabeza! Posiblemente también esté poseído por el

diablo». Así que por ambas partes se produjo lo que ocurre con todas las creencias que evitan ser

cuestionadas: su convencimiento se convirtió en una idea fija.

Pronto Charlotte empezó a evitar la calle y Jettenbrunn a Charlotte, más

de lo habitual. Pese a

que todos eran conscientes de que la joven madre necesitaba ayuda, aunque pendía en el aire algo

parecido a la compasión, a la vergüenza por el hecho de no querer saber nada de un bebé, nada

cambió. Encorvados y huidizos, rehuían a Charlotte y a Karl, buscaban a lo lejos un desvío

adecuado o la primera persona que pasara para conversar. Así evitaron decenas de conflictos,

solo por miedo a entablar conversación con ella, algo que en cierto sentido resultaba provechoso para la paz en el pueblo.

A veces se instalan en las mentes ideas curiosas, percepciones que incluso a sus autores

resultan extrañas, ilícitas. Pero ¿acaso existe una fuerza más poderosa, más contagiosa, edificante

o destructiva que la mente del ser humano? Culparon a Karl de todo,

lo despojaron de sus

derechos como niño, le negaron la falta de intencionalidad y le atribuyeron la plena

responsabilidad de sus actos, la malicia, la vileza. Su voz, su mirada tenían algo aterrador,

escalofriante. La ridícula estrella de cinco puntas que colgaba del cuello de Charlotte no había

logrado ahuyentar el mal, al contrario.

¿Cómo sería un niño que había

decidido desde el principio de su existencia gritarle al mundo

a la cara, cómo actuaría en cuanto fuera capaz?

Sin embargo, la primera en actuar fue Charlotte Heidemann.

Las horas en soledad se le hacían demasiado lentas, insoportable el ruido continuo, el

aislamiento palpable en todas partes, tenía el cuerpo demasiado tenso, dolido por el esfuerzo

diario de cargar con su hijo y

cuidar de él. Pronto le resultó completamente imposible cambiar

pañales, levantar a su hijo, cada vez más grueso, como una larva, ni siquiera podía tocarlo. La

resistencia de Karl era cada vez mayor, y enseguida fue incrementando la de la madre, se quebró

el baluarte del amor maternal y saltó la primera chispa de una aversión procedente del corazón.

Aversión hacia ese crío siempre

malcarado, henchido. Charlotte estaba al límite de sus

fuerzas. Solo ansiaba una cosa: huir. Dejarlo todo, abandonar. Una tarde cumplió su deseo de una

forma distinta a como lo había imaginado. Había ido al baño con los nervios destrozados por la

oposición de su hijo, quería limpiarle la espalda sucia de excrementos, poner a Karl con cuidado

en el agua tibia. No lo consiguió, y

no fue por un descuido.

Delante de ella el niño, que daba puñetazos al aire con furia, y en su interior la ira, la desesperación.

Delante de ella el agua que no paraba de subir, en su interior el deseo de liberación, una idea, la acción.

Echó un breve vistazo al vacío, hizo un gesto para detener el agua, miró a ese cúmulo de

desprecio que tenía en los brazos,
una inclinación y dejó que se le
escurriera de las manos.

5

El hundimiento

Karl se quedó petrificado, estiró el
cuerpo igual que un paracaidista y
desapareció bajo la

superficie del agua, indefenso, con
la boca abierta y los ojos
desorbitados. El golpe de su
cabecita

contra el suelo esmaltado sonó

vago. Luego se hizo el silencio.

Desde el fondo de la bañera, Karl Heidemann clavó la mirada en el techo. Su rostro solo

reflejó el susto un instante, luego pasó a la relajación, como si hubiera comprendido algo. No era

miedo lo que Charlotte vio en él, tampoco cuando sus miradas se encontraron.

A solo un suspiro del final, Karl yacía inmóvil ante su madre, sin expresar deseo alguno de

salvarse, sin apartar la vista de ella. Su mirada trasmitía orgullo, como si quisiera

deliberadamente poner en juego esa vida aún tan joven solo para privar a su torturadora del grito

de socorro.

Con un escalofrío en el cuello y el sudor frío en la frente, Charlotte Heidemann, como liberada

de las garras del demonio, sacó a su hijo, lo apretó contra su corazón, fue corriendo entre lágrimas

hasta el dormitorio, lo secó, le dio un abrazo y lo metió en la cama, sin parar de susurrar:

«¡Perdóname, por favor, perdóname!», y salió corriendo fuera, al frío.

Ataviada solo con un vestido fino, en los pies las medias y encima las pantuflas, recorrió el

camino cubierto por la nieve como una autómata. Pero de nada sirve escapar cuando uno huye de

sí mismo.

Alois Daxberger, el vecino de los Heidemann, miraba por la ventana junto a la estufa de

cerámica que crepitaba, consciente de que escapar solo sirve cuando se huye de los demás. En su

caso fue la deserción. Rodeado de muertos y niños, en 1944 se encontraba lejos de su casa en una

trinchera, con su ametralladora en posición de tiro, cuando ordenó a los muchachos que tenía al

lado, arrancados de los brazos de

sus padres para participar, con el torso henchido de orgullo, en

lo que la propaganda vendía como el victorioso fin de la guerra, que dejaran las armas y los

uniformes y salieran corriendo tan rápido como les permitieron las piernas. Eran chicos de

catorce o quince años que yacían en los campos de batalla con la mitad del cuerpo y llamaban a

gritos a sus madres, ya había visto suficiente. Era el momento de dar la

espalda a aquel mundo

impío pues, dondequiera que le llevara la muerte, estaba seguro de que no podía ser peor. Apenas

una hora después de que los chiquillos hubieran echado a correr cayó una granada a su lado, pero

no acabó con su vida como Alois Daxberger deseaba, sino con su capacidad auditiva y la

existencia de sus piernas.

Regresó a Jettenbrunn como uno de los pocos hombres supervivientes

de su generación, y fue

como morir en el pueblo de otra manera, no tardó mucho en comprobarlo: con toda la amargura

que le había provocado la guerra, que a cambio se lo había arrebatado todo —sus familiares, las

piernas, el oído—, a veces era precisamente esa carencia, por absurdo que parezca, la que hacía

que la vida allí le pareciera menos fatigosa. Algo sí había aprendido

de su época de soldado: es

bueno no tener que estar en todas partes. Aquello también se aplicaba al pueblo: era mucho más

difícil ser un marginado por voluntad propia y aceptarlo que serlo forzosamente y sin admitirlo.

Aquella tarde, preocupado, Alois Daxberger dejó su lectura a un lado. Charlotte había pasado

por delante de su ventana, semidesnuda, en plena noche, y se alejaba del pueblo. Era imposible

salir tras ella, el escandaloso niño se había quedado atrás.

Charlotte Heidemann caminó sin parar, perdió las zapatillas, las fuerzas, se cayó y se quedó

tumbada en el prado, sin poder quitarse de encima lo que quería eliminar: el recuerdo de lo que

acababa de ocurrir, la sombra que le pisaba los talones.

—¡Karl! —susurró, hecha un ovillo, tapándose la cara con las manos y la piel húmeda. Luego

se puso a rezar, siempre el mismo fragmento—: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros,

pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Cuanto más rezaba, más absurdo le parecía su ruego. Ya no podría perdonarse, durante el resto

de su vida.

Notaba la capa de nieve como un gélido lecho, blando y definitivo. Solo quería quedarse allí,

dormir, por última vez, hasta no

sentir ni oír nada más.

Precisamente el oído fue lo que hizo que Charlotte Heidemann se calmara, porque realmente

se había hecho el silencio.

Demasiado silencio. Incluso allí, desde donde veía el contorno

empequeñecido de su casa, tendrían que oírse los gritos de Karl.

Pero no, no se oía nada.

Presa del pánico, Charlotte Heidemann emprendió el camino de regreso, a trompicones,

completamente despierta,
imaginando lo peor: su hijo tieso,
ella la asesina, la vida echada a
perder.

En efecto, Karl estaba en su cama,
con los brazos abiertos un poco
doblados como un

crucificado con las palmas
estiradas hacia arriba, el rostro
tenso, la cabeza inclinada a un lado,
los ojos cerrados.

—¡Te he matado, te he...! —Se
desplomó sobre las rodillas

susurrando y rompió a llorar,
amargamente.

—Está durmiendo. —Sonó una voz
cascada y suave desde el fondo de
la habitación: Alois

Daxberger.

—Está durmiendo —repitió
Charlotte como si estuviera en
trance, con una mano sobre el
cuerpo de Karl. Hubo un
movimiento casi imperceptible en
el saco acolchado. Arriba y abajo,

arriba y abajo—. Alois. —

Charlotte volvió poco a poco en sí,
y susurró—: ¿Cómo has venido

hasta aquí sin la silla de ruedas?

—Desde mi casa hasta aquí es
cuesta abajo, cuando hay nieve
resbala. Y aún tengo fuerza

suficiente en los brazos para llegar
a la habitación. ¿Estás bien? —No
había rastro de reproche en

su mirada.

—¡Tenía que salir a tomar el aire!

—Es comprensible. Karl estaba tranquilo cuando llegué a la puerta, luego se ha dormido,

delante de mí. Muy apaciblemente.

—¿Cómo? ¿Se ha dormido?

—No sé cómo ni por qué, Charlotte. Lo importante es que se ha dormido, ¿no?

—Sí, eso es lo importante. —La voz de Charlotte era tenue. Por primera vez veía a Karl

dormir sin estar completamente agotado de los constantes gritos,

tampoco se había calmado por la sobrealimentación, sino por otro motivo. ¿Era por el impacto de verse sumergido en el agua?

—Hazme el favor de ir a buscar la silla de ruedas y traérmela.

Alois Daxberger tenía la mirada cansada. Cuando en la habitación solo quedaron de nuevo

madre e hijo, Charlotte Heidemann comprendió su error. En ese momento sintió frío, un frío

indescriptible.

—¡Yo! —susurró, cayó sobre las rodillas y se agarró a las barras de la cuna como si fueran

una reja—. ¿Soy yo la causa de su dolor?

Karl se había dormido, además de sin gritos, sin su presencia.

6

La revelación

Cuando Johann Heidemann llegó a casa aquel día, encontró a su mujer en un estado preocupante:

con una botella de licor vacía en la mano, medio derramada en el suelo, sentada con la ropa

húmeda junto a la cama de Karl, sobre la alfombra, con la cabeza inclinada hacia delante, y tras

ella el niño, que nunca dormía a esas horas, sumido en un sueño profundo.

Todas las puertas del interior de la casa estaban abiertas, también la del baño, donde la bañera

estaba llena de agua y de

excrementos. Johann no sabía qué había ocurrido: ¿le había dado alcohol

a Karl? ¿Por eso estaba dormido? ¿Así, sin más? ¿Qué es lo que había ocurrido? Johann solo

sabía una cosa: era el momento de actuar.

Sin embargo, el primero en pasar a la acción fue Karl, esa misma noche. Johann Heidemann

llevó con cuidado a su esposa a la cama, intentó descifrar algo de su

balbuceo y sus fantasías, su

hijo se dejó oír como de costumbre y observó algo muy raro. Mucho antes de que un ser humano

sea capaz de comprender su existencia, se aferra a ella. Pero hasta entonces Karl no había

mostrado interés por intentar tocarle con un dedo estirado, ni a los animales de peluche que yacían

junto a su cabeza, al principio solo se estiraba, buscaba a tientas la frente, las sienes, cada vez con

más precisión. Por lo visto la inmersión en el agua le había indicado las coordenadas aquella

noche. Karl Heidemann encontró su objetivo, su refugio: en los oídos.

A partir de ese momento no intentó tocar nada más, seguía bramando como siempre. Lo que al

principio era un irrelevante juego de dedos, al día siguiente resultó ser un acto de violencia. Como

si quisiera desgarrarse la piel, tiraba de ella con fuerza, hundía las

uñas en la carne aún blanda.

Pronto la cama, el colchón, se cubrieron de sangre.

Al presenciar la locura que se desataba ante sus ojos, a Charlotte ni siquiera le quedaba la

opción de dejarse llevar por su propia demencia. Si tapaba las heridas de Karl o le vendaba la

cabeza, el niño tiraba del vendaje hasta que la piel enrojecida quedaba libre de nuevo, para

irritarla aún más.

—¡A lo mejor fue el agua! —

Charlotte rompió el silencio ante la presión de las constantes

preguntas de su marido y confesó que Karl había resbalado en la bañera el día anterior hasta

sumergirse bajo el agua. De ahí el desequilibrio. Tal vez le había entrado algo en el conducto

auditivo que le provocaba el dolor. Charlotte no imaginaba la intensidad de ese dolor.

Karl, siguiendo el insistente

consejo del joven médico de familia local, el doctor Albrecht

Hofstätter, acabó de nuevo en el hospital, y esta vez, contra todo pronóstico, le sirvió de ayuda.

No lograban determinar un diagnóstico. Ni a primera vista, ni tras un examen más exhaustivo.

Para los médicos ese gesto violento y autodestructivo era un misterio, así que no escatimaron

esfuerzos, enviaron a Johann con su hijo histérico por un edificio de

dimensiones insospechadas,

de una prueba a otra. Todo mientras Charlotte pasaba su primer día sola en casa desde el

nacimiento de Karl.

Pasillos interminables, una planta tras otra, un ascensor tras otro, cajas metálicas que la gente

empujaba de un lado a otro.

Precisamente en uno de esos espacios cerrados fue donde ocurrió.

Solo estaban padre e hijo, el

ascensor bajaba con un zumbido vibrante a una de las plantas del sótano.

De pronto se produjo una parada imprevista, un movimiento brusco, un chirrido, un parpadeo

de la luz. Luego la quietud, ni un ruido. Oscuridad.

Johann Heidemann tanteó alrededor, presa del pánico: se había quedado encerrado con su niño

inquieto. Pero Karl ya no gritaba,

estaba tranquilo en brazos de su padre, tan tranquilo como

cuando se lo llevaba lejos, muy adentro en el bosque.

Sin embargo, Johann no había caminado, solo había dado un paso, del ruido del hospital al

aislamiento de una celda cerrada.

De nuevo un parpadeo, un movimiento, luego la luz, volvía a funcionar. El trayecto fue corto

porque Johann accionó sin pensar el botón de parada, antes de que

Karl rompiera a llorar de

nuevo provocó la siguiente pausa.

No tenía explicación para la
repentina satisfacción de su hijo,

que de pronto no se llevaba la mano
al oído, sino el pulgar a la boca.

¿Qué era distinto allí

dentro?

Johann Heidemann miró alrededor,
en algún lugar entre la planta menos
uno y la menos dos,

estuvo pensando, repasó las últimas
semanas, comparó la vida de su

hijo con las circunstancias

actuales.

¿Por qué aquella repentina calma?

Se quedó parado mucho, mucho rato.

Entonces lo entendió.

Lo entendió todo, lo vio claro: ningún médico podía ayudarles, pues su estrategia solo podía

ser administrar analgésicos y calmantes a su hijo sin saber contra qué.

Con esa idea Johann puso fin a la parada forzosa, regresó a la planta baja y llevó a su hijo al

coche; el niño volvió a gritar en cuanto él abrió la puerta.

—¡Ya, mi niño, ya, enseguida vuelves a tener tu tranquilidad! ¡Solo tienes que aguantar durante el camino a casa!

Recorrió el trayecto lleno de esperanza, salió de la ciudad, condujo por el campo cada vez

menos poblado, sin mirar las

señales de límite de velocidad, sin dudar de su teoría. Apenas llegó

a casa, pasó corriendo con el cúmulo de desesperación en brazos por el salón, agarró a Charlotte

de la mano, cogió la llave del sótano, bajó, entró en la pequeña sauna y cerró la puerta.

—Johann, ¿qué hacemos aquí?

—Tú mantén la calma y espera.

En efecto, la reacción fue la misma de antes: Karl se quedó quieto con los ojos abiertos, como

Charlotte jamás lo había visto despierto, bajo tierra, en un espacio cerrado y sin ventanas, con la

vista alzada hacia su padre, casi agradecido.

Luego se quedó dormido.

—Necesita tranquilidad.

Probablemente grita por desesperación, por el jaleo que hay a su

alrededor. —Hablabá en un susurro y, si bien Johann en ese momento estaba en lo cierto, aún no

tenía ni la más mínima idea del alcance de su teoría, de la realidad de Karl y sus consecuencias.

Karl Heidemann tenía un oído de una sensibilidad tan fina y delicada que no existían registros de

un caso así, no se podía consultar en ningún compendio médico de mutaciones humanas. Oía el

aleteo de una mariposa, el susurro de las copas de los árboles en bosques lejanos, a una culebra

deslizarse en la hierba, no oía los

pensamientos ajenos, pero sí la respiración y el pulso

sanguíneo, cuya interacción a menudo revelaba más información que una palabra. Como todos los

niños nonatos, Karl oía en el líquido amniótico el borbotón, el ruido del estómago y el intestino

maternos, los latidos, la voz de la madre, pero para él aquella voz era una invasión afilada,

cortante, los latidos truenos incesantes, la corriente sanguínea

de la madre un torrente
desgarrador,

cada pisada de sus pasos firmes un
martilleo estruendoso.

Solo quería huir de esa cámara de
tortura cada vez más estrecha, y si
hubiera podido habría

maldecido al Creador por el
martirio del temprano desarrollo
prenatal de su oído. Lo habría

maldecido por el amor que le había
robado. Tal vez habría soportado
durante unos días ese ruido

en el interior de su madre, pero no durante tantas semanas de sufrimiento. Quizás en otras

circunstancias habría podido sentirse a gusto en brazos de su madre, encontrar su refugio. En

cambio, una vez llegado al mundo no encontraba la paz, solo la rabia, una rabia ininterrumpida.

Johann Heidemann, con su hijo en brazos en medio del aislamiento del sótano, se sintió

esperanzado. Con la mano que le

quedaba libre acercó a su mujer hacia sí y le susurró con

ingenuidad al oído:

—Todo irá bien.

Ella forzó una sonrisa, un gesto con la cabeza, mientras pensaba: es un error.

A partir de aquel día Jettenbrunn estuvo tranquilo.

7

La desaparición

Karl Heidemann desapareció del paisaje de la noche a la mañana, tanto óptica como

acústicamente.

Lo mismo ocurrió con su madre.

Al principio nadie preguntaba, todos celebraban aliviados la ausencia, disfrutaban de la

tranquilidad. ¿Tal vez estaba enfermo?

Sin embargo, pasados unos días la imagen era siempre la misma: oscuridad en la habitación

del niño, apenas había luz en la casa, luz tenue en la entrada de la escalera, por la tarde Johann

regresaba presuroso, abría la puerta, la cerraba, ya no paseaba como antes. En algún momento

empezaron a comentar con cierto desasosiego: «todo va mejor, por fin el niño está bien, está un

poco más tranquilo», pero en realidad daban por hecho que los padres habían enloquecido. ¿Quién

iba a reprocharles, marcados para

siempre por la dureza de los últimos meses, que no quisieran ni pudieran ver la realidad?

Probablemente los rumores fueron creciendo como una polilla se

alimenta de la ropa, y acabaron creyendo que en algún lugar del hogar de los Heidemann yacía el

cuerpo inerte del pequeño Karl, tal vez incluso embalsamado tras velar su muerte, en las

profundidades del sótano.

En efecto, allí se refugiaba Karl, en

medio de la zona de sauna, día tras día, noche tras noche.

Se acostaba en su cama, con las barras cercándola, pronto se pudo sentar, se puso en pie, adquirió

conciencia de sí mismo, incrementó la curiosidad, las habilidades, la conciencia de haber armado

un gran alboroto, además de causar dolor con sus gritos. Solo una cosa perdió de repente, pese a

los constantes murmullos que lo rodeaban, procedentes de los tubos

de calefacción o los

conductos del agua, pese a los zumbidos de las lámparas de neón, del congelador: la necesidad de

alzar la voz. A partir de entonces dejó de chillar. Callaba. No volvió a salir ni un ruido, ni una

palabra de su boca, ni siquiera aquel que los padres esperan ansiosos cuando apenas un niño

emite los primeros sonidos: ¿en algún momento ese «dadá» y «babá» se convertirá en «mamá» y

«papá»?

No ocurrió.

Eso no significaba en absoluto que Karl no se comunicara.

Sus ojos, la posición de la cabeza, la postura del cuerpo, los movimientos siempre lentos de

los brazos, el rostro rollizo y pálido por la falta de luz: la comunicación era cada vez más

comprensible, cada vez le costaba menos dejar claro con los mínimos recursos que quería estar

solo, que lo dejaran en paz. Solo necesitaba el gesto de apartar la mirada, un poco de mímica

cuando su madre alzaba la voz, en el peor de los casos se tapaba los oídos con las manos.

Un rechazo mudo, eso era a lo que se enfrentaba Charlotte.

Constantemente. La afectaba, más

que todo lo ocurrido hasta entonces.

Pronto la calma recuperada en la casa se convirtió para ella

más en una maldición que en una

suerte. Una vez disipada la confusión generada por el ruido, la

falta de claridad en el mensaje, ya no había lugar para malentendidos:

«Grita por esto, o por esto

otro. ¡En todo caso no es por mí!».

El silencio, el distanciamiento mudo, lo explicaba todo,

aportaba claridad, de manera inequívoca.

Ni una mirada, ni una sonrisa, ni una muestra de afecto, nada. Ni cuando lo vestía, o lo

alimentaba, ni cuando hacía todas las cosas que requerían forzosamente la cercanía materna hasta

que un niño puede hacer muchas cosas solo.

Karl aprendía rápido, muy rápido.

Antes de que supiera caminar, gateaba hasta su orinal, se bajaba los pantalones, movía el

cuerpecillo, le quitaba a su madre la cuchara de la mano, la agarraba él para ser dueño de sí

mismo, para poner distancia, cada vez mayor. A Charlotte solo le quedaba una opción de notar la

cercanía de Karl, por absurda que le pareciera, por muy horrible e incomprensible que la

encontrara:

—¡La hora del baño, cariño!

En el rostro del niño se veía el interés, casi en forma de brillo, estiraba los brazos.

—¿Quieres venir conmigo? Muy bien, ven aquí.

La felicidad de la madre, por un instante. Con su hijo en brazos, Charlotte se dirigía al baño,

le tapaba los oídos con cera moldeable mientras llenaba la bañera chapoteando, le acariciaba la

cabeza y lo abrazaba.

—¿Quieres entrar, sí, quieres?

Bueno, pues al agua patos.

Karl se quedaba un ratito sentado, erguido, orgulloso como si estuviera en medio de una caja

de jabón casero, con la manita inflada apoyada en el borde de la bañera. En un momento dado se

dejaba caer hacia atrás despacio y apoyaba la cabeza en la superficie como si fuera una almohada.

El agua le subía por las orejas hasta llegar a los párpados. Flotaba un momento, estirado,

respiraba hondo, soltaba la mano y se deslizaba hacia abajo con los ojos abiertos.

Karl Heidemann era feliz. En el

líquido, todos los sonidos eran más fuertes, atronadores: el

pulso de su propio corazón, el susurro en los oídos, el golpe de los talones contra el esmalte. Pero

todo lo de fuera perdía intensidad, quedaba cubierto por una capa sorda. Sentía las extremidades,

el cuerpo rollizo, ligero como una pluma, solo le pesaba la cabeza, el pecho, cuando necesitaba

levantarlos para tomar aire y poder ser libre de nuevo. Libre por ese

instante contenido en su

cuerpo. Cada vez le gustaba protegerse así durante más tiempo.

Entretanto, Charlotte permanecía al lado, sin parar de tirar de la sisa de los pantalones,

nerviosa, como una pecadora cogida en falta, mientras revivía la hora más negra de su vida

cuando el niño se estaba sumergiendo y de vez en cuando sus miradas se encontraban. Sin

embargo, cuanto más cruzaban sus

ojos, más tenía Charlotte la sensación de que probablemente

aquella mirada de su hijo no iba dirigida al exterior, sino hacia dentro. Como si levantara una

mano desde el fondo para atraerla hacia sí.

Karl aprendió a levantarse, de pronto un día se agarró al borde de la bañera, «¡Por el amor de

Dios, vas a resbalar!», lo traspasó, dio sus primeros pasos ante los ojos de su madre, desnudo, y

salió del baño. Se tiraba al suelo antes que dejar que le cogieran de la mano.

Cuando su marido volvió a casa, Charlotte no pudo transmitirle más que pura desesperación.

—¡Camina, Hans!

—¡Fantás...!

—Es horrible. ¿Sabes lo que significa eso, lo sabes? No quiere que lo acompañen, y es

demasiado peligroso dejarle deambular solo allí abajo. Así que

a partir de ahora tendré que

pasarme todo el día encerrada en el sótano con él. En el sótano, ¿me oyes? No quiero vivir así,

tenemos que hacer algo.

—¿Qué?

—¡Devanarte los sesos para encontrar una solución mientras paseas, por ejemplo!

Mientras lo decía le puso a Karl en los brazos, como antes.

—Llévatelo. A lo mejor se te

ocurre algo. Tienes que pensar en algo, Hans, ¿me entiendes?

Johann Heidemann salió hacia el bosque, con su hijo cada vez más pesado, hasta llegar al

estanque de Jettenbrunn. Allí agarró a Karl por los hombros, lo sentó a su lado, se quitó la

chaqueta empapado en sudor, se la puso en un brazo y de pronto notó el dedito blando de su hijo

en la otra mano.

Karl se había levantado.

Ambos se quedaron de pie, cogidos de la mano, en la orilla de grava, sin decir nada, mirando

el agua, intemporal. En un momento dado el padre dobló la rodilla, miró los ojos oscuros del hijo,

le dio un apretón orgulloso en los hombros infantiles, esbozó una sonrisa de satisfacción y con un

gesto de la cabeza le animó a enseñarle su gran logro.

—¡Camina! El primer paso hacia tu libertad. ¡Camina!

Karl caminó sobre las piedrecillas, inseguro, vacilante, pero solo. Un paso, luego el segundo.

La alegría del padre era contenida, casi disimulada. Susurrando, como si no quisiera molestar,

dijo:

—¡Un día haremos volar cometas!

Tres pasos.

—Lo haces muy bien. Cuatro pasos, cinco. Inseguridad.

—¡Cuidado!

La imagen del cuerpo, una roca a muy poca distancia, demasiado cerca.

Cuando Charlotte Heidemann les abrió la puerta aquella noche, Karl iba en brazos de su

padre.

—¿Qué, te has roto la cabeza pensando?

—Por suerte solo me he roto la mía.

—¿Qué le pasa?

—Está durmiendo.

Luego Johann le contó los pasos, la caída, la chaqueta que llevaba en la mano, cómo la lanzó y

el tejido aterrizó bien apretado sobre la roca, el golpe gracias a Dios sobre blando de su hijo, su ocurrencia.

—¡Mañana empieza!

Efectivamente, empezó una nueva etapa que Charlotte jamás consideró posible. Al principio

trasladaron por motivos de seguridad el dormitorio de matrimonio a la sala de ocio situada junto a

la sauna de Karl. A continuación Johann transformó el sótano en una zona de alta seguridad, un

observatorio de los inventos, un experimento con los prototipos de probablemente todos los

dispositivos de seguridad infantil que existen hoy en el mercado.

Entretanto Karl estaba sentado en

su sauna, con los oídos tapados con
tapones de cera,

escondido en el último rincón, y
sufría. «¡Tenemos que pasar por
esto!», le decía el padre,

frenético, que trabajaba como un
poseso: no quedó ni un enchufe sin
tapar, ni una esquina sin

acolchar, utilizó espuma,
poliestireno, las estanterías se
eliminaron como posibles
elementos

donde encaramarse, fijó cajas a la

pared, puertas para las cajas con cerrojos, cajones con cierres

ocultos, fijó las puertas de las habitaciones. Johann fue un adelantado a su tiempo sobre todo en un

punto, y consiguió lo que ahora está extendido: transformar un lugar de recogimiento en un

programa de telerrealidad. Una videocámara sobresalía de la pared pesada, montada en un

apuntalamiento, y no era pequeña y

apenas visible como las de hoy en día. Imágenes capturadas

casi a todas horas, reproducidas en blanco y negro una planta más arriba en la pantalla colocada

en el armario empotrado del salón.

A partir de entonces, la vida de los Heidemann se desarrolló en dos plantas. En el sótano Karl

y su territorio, en la planta baja Charlotte y su pantalla. La mayor parte del tiempo ella estaba en

el tresillo del salón, escuchaba la

radio, leía la prensa, veía la televisión, hablaba por teléfono

con sus padres, a menudo lo hacía todo a la vez, mientras observaba a su hijo. Por la tarde llegaba

Johann, en ocasiones se colocaba a su hijo sobre los hombros, paseaba con él como antes, cuando

aún gritaba, por el bosque, los sábados y domingos se encargaba él de la vigilancia y Charlotte

tenía tiempo para ella. Su esposa se lo agradecía mucho, sin saber que

solo podía haber una

persona que se sintiera satisfecha a largo plazo en sus nuevas circunstancias.

Mientras el tiempo hacía con firmeza lo que solo él podía hacer, es decir, pasar, Karl fue

creciendo en su coto vedado como un habitante del zoo, alimentado, observado, limitado. Solo

había una diferencia: él era libre.

Tenía tomada la medida de las barras, siempre tenía la salida

abierta de su asilo voluntario,

pero no mostraba interés en salir, se sentaba en su alfombra, rodeado de sus libros de dibujos, sus

juguetes y utensilios para pintar, de las muñecas de porcelana, viejas y polvorientas, sentadas en

cajas con las bocas abiertas, con sus pelucas rubias de pelo auténtico, sus vestiditos bordados,

que no paraban de mirarle un día tras otro con sus vidriosos ojos azules, rodeado por la comida

que le daban, refrigerios, protegido por la tranquilidad y la soledad otorgadas.

Aun así, Karl Heidemann estaba más unido al exterior de lo que ese mundo imaginaba.

8

Los ojos de Charlotte

Un temporal, una tormenta, la zona de tráfico aéreo, los vehículos que se acercaban, la recogida

de basuras, el camión de correos, la máquina quitanieves, las

cosechadoras, el biplaza del

mecánico Lamprecht, el ciclomotor del cartero, la bicicleta del dueño de la fonda Oberwaldner, el

coche del padre que regresaba a casa... Karl Heidemann sabía qué o quién se acercaba mucho

antes de que llegara. Lo sabía solo por los andares, el pulso cardíaco, la respiración, en qué

estado se encontraban sus padres, qué hacían. Sabía por los pasos que se aproximaban a la casa a

quién pertenecían. A menudo cerraba los ojos para percibirlo con aún más nitidez. ¿Andaban de

puntillas, arrastraban los pies, taconeaban, caminaban despacio, rápido, eran los talones de un

ladrón, de un soldado? ¿Iban o venían, era un paso seguro, presuroso, vacilante? ¿Qué tipo de

ropa llevaban: holgada, ceñida? ¿Qué tejido rozaba con la rodilla, con el cuerpo: lana, lino,

algodón, manga larga, manga corta?

¿Cómo se comportaban los brazos,
oscilaban junto al cuerpo,

tenían las manos cruzadas en la
espalda, unidas en el pecho, como
quien quiere entrar en calor,

hacer negocios, timar?

Enseguida llegó a conocer a las
personas por cómo se acercaban,
imaginaba sus rostros, su

postura corporal, en su fuero
interno conformaba una imagen
común para todo lo que oía. Todas

eran personas que no había visto

nunca, gente que pasaba por allí o iba de visita.

Tenían visitas.

De vez en cuando algunos lugareños se aventuraban a hacer una breve visita superficial y

solícita. La mayoría acudían pertrechados con mermeladas y bollos caseros, sorbían café, se servían, comiendo ruidosamente los dulces que habían llevado solo para echar un vistazo

inquisidor al niño que tan tranquilo

se había vuelto, y que por lo visto seguía vivo. A veces la

visita era una enfermedad, fiebre, vómitos, seguida del doctor Albrecht Hofstätter, siempre tan

elegante, vestido como un empleado de banca, un expendedor de créditos. El gesto firme de su

mano fría y huesuda, la cercanía física, el olor agrisado a loción de afeitado y sudor, la

respiración pesada, todo eso lo tenía que soportar Karl una y otra

vez, asqueado pero demasiado débil para escapar.

En ocasiones los padres de Charlotte, Gertraud y Heinrich, aceptaban hacer el largo viaje, se atrevían a acercarse hasta la valla montada delante de la escalera del sótano, se estiraban como si se tratara de lanzar un cebo, de alimentar a una tímida mascota lenta, tiraban chocolate a la sala y decían con una leve tos: «¿Estás bien?», observaban a su nieto que

se acercaba despacio, cada vez

más gordo, aceptaba su regalo sin establecer contacto visual y desaparecía de nuevo en su sauna.

A continuación se oía un susurro:

—Has crecido mucho. ¿No quieres venir con nosotros? Hay pastel. —

Una breve espera inútil

de alguna reacción, para finalmente regresar al salón—. Que vaya bien.

En el salón, la conversación, que a poder ser transcurría en voz baja, tenía pese a todo

consecuencias devastadoras. Qué otra cosa desea un niño que gustar a sus padres, a los suyos,

recibir amor. No un amor en el que todos esperan algo de los demás, sino un afecto en el que los

demás lo aceptan como es, puro, ignorante, desvalido.

Sin embargo, Karl lo entendía todo, oía a sus abuelos, que no ocultaban haberle deseado a su

propia hija, que debía pasar una prueba tan dura, que el niño hubiera

nacido muerto. Karl también

oía todo lo que Charlotte hablaba por teléfono, o lo que explicaba mientras veía la televisión,

aunque las puertas estuvieran cerradas. Oía cosas que desde su posición bajo tierra no debería

escuchar, supo de la felicidad deseada que era Karl Heidemann y de la absoluta infelicidad que

también representaba, del sufrimiento de su madre y del causante del martirio, que era él.

Él, en cuyo espíritu no cabían las malas intenciones. Ni pensaba mal de sus padres, ni deseaba

causar daño a los demás o herirles. Solo el hecho de oírlo todo desde allí, donde vivía tan

aislado, le provocaba una gran inseguridad. ¿Qué sabía él de lo que era intencionado o no

intencionado? Karl no lo sabía. Jamás podría olvidar esa ignorancia.

Primero sintió la falta de libertad,

que consistía en tener que oír palabras que no quería oír y

que aun así lo invadían, dejaban rastro, como el granizo en el jardín, en los campos, en los tejados de hierro.

Pero ¿adónde huir?

Karl encontró unas puertas abiertas, justo delante de él, infinitas. Detrás de cada puerta estaba

la siguiente: una absoluta ausencia de límites, una página tras otra. Un mundo ilimitado en forma

de hojas impresas, encuadernadas.
Libros. Libros no solo llenos de
dibujos de colores, sino

amontonados en cajas de cartón
usadas que olían a moho: Adalbert
Stifter, Artur Schnitzler,

Theodor Storm y Fontane, Goethe y
Schiller. Pronto las lecturas
reservadas para él se le quedaron

cortas, así que cogió aquellas obras
cuyas páginas no eran vistosas ni
estaban cargadas de texto

hasta el borde con un interlineado

escaso. Compendios de aforismos,
poemarios.

Tenía una sed enorme de investigar
qué significaban esos signos
curiosos, todas las líneas

distintas con sus arcos, cruces,
esquinas, interrupciones. Igual que
un niño, antes de recibir una

educación y empezar su desarrollo,
llega al mundo dotado de una gran
inteligencia y aprende solo

a caminar gracias a su desaforada
curiosidad y a su voluntad, aprende

solo a hablar gracias a

escuchar, Karl pronto se sintió como si estuviera día tras día ante las mismas piezas sueltas de un

rompecabezas. En algún momento cobrarían un sentido y la imagen completa, como si siempre

hubiera sido así, pasaría a ser evidente, comprensible. Entonces se le abrirían nuevos mundos.

Mundos de libertad.

Una libertad que Charlotte no encontraba en su existencia. Con el

ánimo cada vez más

decaído, más irritable, cada vez con más miedo al paso de unos días que parecían de plomo, cada

vez era más agresivo el tono que empleaba con Johann.

—¡Falta algo, maldita sea! ¿Tan difícil es ir de estantería en estantería con la lista de la

compra en la mano? ¡No puedo salir! ¿O es que pesaban demasiado unas cuantas botellas?

—Bebes demasiado.

—¡No eres mi padre! ¿Y por qué crees que bebo demasiado, por qué? ¡Esto me va a matar,

Hans! Todo el día aquí encerrada.

—Necesitas ayuda, Charlotte.

—¿Yo? ¡Qué típico, como si todo fuera problema mío! Los dos necesitamos ayuda, los dos.

Llegó la ayuda habitual en aquella zona apartada: de nuevo el doctor Hofstätter.

—¿Charlotte duerme por la noche?

—Apenas.

—¿Llora a menudo?

—Sí.

—También ha adelgazado, ha perdido el apetito. No tiene ganas de vivir.

—¿Hay algún medicamento?

—Sí.

La pastilla diaria recetada pronto hizo su efecto, dejó el interruptor en una posición intermedia

entre la luz y la oscuridad, cubrió a Charlotte de una capa gris y la dejó en un estado neutral de

cansancio, lividez, casi insensibilidad, como si estuviera en un acuario en el salón. Era como una

presencia, una estatua viva y examinada por todos.

El sufrimiento dio paso a una especie de aturdimiento, de ser una persona que recelaba del

médico pasó a ser una paciente

crónica que recibía sus visitas con regularidad.

Recogimiento, eso fue lo que Charlotte encontró en aquel estado. Recogimiento y la sensación de estar completamente sola.

Igual que Karl en su sótano, en sus libros, en sus pensamientos.

Hasta el día en que reconoció la lente que lo enfocaba como lo que era: los ojos de Charlotte.

Los visitantes

—¡Muy bien, papá, entonces hasta mañana! —oyó Karl Heidemann la voz de su madre como

tantas otras veces. Lo siguiente, en cambio, era nuevo—: ¿Cómo dices? ¿Qué está haciendo?

Nunca me lo habías preguntado.

¿Por qué te interesa? Porque es tu nieto. En cierto modo me

alegro de que preguntes, ¿sabes?

Bueno, mira, está... eh... solo le veo la espalda, pero creo que

está mirando uno de sus libros.

¿Cómo podía Charlotte verle la espalda sin estar realmente con él? Karl no lo entendía. Se

quedó sentado, inmóvil. Luego comprendió lo que durante tanto tiempo había sido un misterio: la

relación entre muchas de sus acciones y la reacción inmediata de su madre. Karl quiso establecer contacto con ella.

Se levantó, se dio la vuelta despacio y fijó su objetivo.

—Papá, tengo que dejarte, ¡acaba de levantarse!

Fue hacia la cámara con cuidado, se detuvo con los brazos colgando, observó y levantó la

vista hacia su madre, que estaba en el salón.

—¿Va todo bien, Karl? —se oyó desde arriba, seguido de cierta confusión—. ¿Necesitas

algo? —Luego pasó al malestar—. ¡Para ahora mismo!

¿Que parara ahora mismo? ¿De

hacer qué?

Karl solo estaba presente, pasivo, nada más.

¿Que parara de no hacer nada?

¿Que dejara de estar presente, desapareciera? ¿Que se

desvaneciera? ¿Cómo? Karl

Heidemann se acercó al interruptor de la luz y lo accionó.

—¿Qué haces? —Su madre bajó corriendo al sótano y dio un golpe a la pared con la mano.

La luz encendida.

—¿Cómo vas a ver los libros sin luz?

Frente a ella, Karl la miró con el rostro impertérrito y estiró la mano de nuevo hacia el

interruptor.

La luz encendida.

La luz apagada.

—Se queda encendida, ¿me oyes?

La luz apagada.

—¡Muy bien, pues que se quede así

si es lo que quieres!

Desaparecido.

Era justo lo que quería.

Ahí quedó la negrura de la pantalla,
la opacidad del sótano. Una
oscuridad que estaba en

poder solo de Karl, a la que
recurría cada vez más durante el
tiempo deseado, cada vez más a

gusto en ella. En esos momentos
practicaba el caminar sin que lo
vieran, la orientación, se

concentraba solo en su oído.

Cerraba los ojos, en poco tiempo llegó a saber solo con el sonido de

los pasos o la influencia de los constantes sonidos del sótano a qué distancia estaba la pared o el

inicio de la escalera. Cada vez se ubicaba mejor, se fijaba objetivos, pronto se hartó de la vista y

solo escuchaba.

El oído es como un ojo avizor que describe con mucha más nitidez y te regala una percepción

allí donde la vista todo lo tapa.

Se fijaba tareas: levantar casas con el juego de construcción solo con el tacto, o solucionar

rompecabezas, primero pequeños, luego más complejos.

A menudo pasaban horas sin que su madre percibiera una sola imagen de él, como si se

entrenara para una vida que ya preveía. En la oscuridad hallaba el placer, igual que al contener la

respiración en la bañera, al impedir

ese continuo tomar y expulsar aire,
regalarse el mayor

silencio posible, por lo menos por
un instante.

Un refugio, eso era para él la
oscuridad.

Un refugio y un placer, pues notaba
las miradas absortas e indirectas
clavadas en él, hasta en

el último rincón.

Hedwig, la esposa del propietario
de la fonda, Hubert Oberwaldner,
por ejemplo, se plantaba

en la puerta una y otra vez con alguna excusa solo para echar un vistazo curioso a la pantalla. Un

día fue a presentar a la futura esposa del mecánico Gerwald Lamprecht, Veronika, recién instalada

en el pueblo. Aquella mujer fue como un regalo, Veronika y Charlotte no se conocían, no tenían prejuicios y desde el primer día se cogieron cariño.

El olor a café empezó a colarse en

el sótano, como antes solo ocurría con los abuelos Auböck,

luego el ruido de los sorbos, de comer las galletas sumergidas en el brebaje.

—¿Quieres que le llevemos algo a Karl?

—Mejor no, Veronika.

—Parece que lo tiene todo muy ordenado.

—Sí, es una manía. Todo tiene su sitio, nada está tirado sin más.

—¡Ya me gustaría que nuestros maridos tuvieran esa manía!

Risas.

—Está ahí solo en su rincón, y mira... ¿qué es eso?

—Piezas de un rompecabezas.

—Es bastante difícil para su edad, ¿no? ¿Y lo sabe hacer?

—Sí, lo hace.

—¡Que lo prueben nuestros maridos!

Risas.

—Se queda mirando las piezas sin tocarlas, a veces durante días, y en un momento dado

empieza a unir las, rápido, coge justo las piezas correctas sin probar mucho.

—¡Mirad! —Se oyó la voz exaltada de Hedwig Oberwaldner.

—¡Mira, Veronika, ahora se pone en pie! ¡Y camina! De momento hacia atrás.

El paso era lento. Karl sabía

adónde iba. Había dos interruptores, uno justo debajo de la cámara, el otro en la parte trasera del sótano.

—Creo que...

Y se apagó la luz.

—¡Eh, eh, pero ahora está a oscuras ahí abajo! ¿Adónde ha ido el niño?

Justo debajo de la cámara había un palo de escoba a la izquierda y una silla a la derecha. Con

sigilo, sin hacer ruido, Karl tenía

tiempo para colocar la butaca, subirse, estirarse y poner la

cabeza lo más cerca posible de la lente. Con el semblante muy serio. Dos intentos frustrados de

tocar el interruptor con el palo de escoba, luego un golpe certero: la luz encendida.

Se oyeron gritos arriba, abajo una risa silenciosa.

Pronto las visitas de los habitantes de Jettenbrunn decayeron, salvo por Alois Daxberger y

Veronika Lamprecht.

Veronika Lamprecht iba como amiga de la señora de la casa, con un destino parecido al suyo:

dos mujeres llegadas de otro sitio, dos hombres del pueblo, dos matrimonios, ambos en cierto

modo sin niños, uno porque simplemente no llegaban, el otro porque el niño rehuía cualquier

compañía.

Alois Daxberger iba en calidad de amigo de la familia, se dejaba caer

en la silla de ruedas

por el pequeño montículo, llegaba y se sentaba en el salón.

—Puedes irte, Charlotte.

Se quedaba ahí.

Delante de él la pantalla, nada de oscuridad, ni de desaparecer, Karl sentía un agradecimiento

infinito por la calma recobrada. Charlotte Heidemann también lo agradecía. Por fin salía de su cautiverio, por fin las ansiadas

salidas en libertad, a veces con Veronika.

Simplemente ir a la ciudad, comprar.

Salir delante de la puerta, pasear.

Ir a ver al doctor Hofstätter.

Una melancolía tan grave requería un tratamiento regular. Sí, a veces ese tratamiento tenía

lugar en casa de los Heidemann.

El tratamiento

El médico resultó ser el invitado más tranquilo. Hablaban poco. En cambio se oía la respiración

entrecortada del doctor Hofstätter mientras Charlotte, que hacía gala de una rara discreción,

también soltaba ruidos rítmicos que sonaban a alivio y desesperación.

Unos ruidos que Karl,

cuando su padre estaba en casa, había oído en contadas ocasiones por la noche. Tras un último

chillido, se hacía la calma un momento, luego se oían risitas, intercambiaban unas palabras en un

tono dulce, a veces cariñoso. Una mañana, a Karl le pareció insólito lo que oyó.

—¡Ay, Charlotte! Ojalá nos hubiéramos conocido antes.

—¿Qué habría pasado entonces?

—Tu vida sería distinta. Nadie entiende qué viste en Hans. Vienes a Jettenbrunn y te buscas al

más idiota. ¿Es consciente del

regalo del cielo que eres, de la suerte que tiene? ¿Lo sabe?

Karl estaba sentado en medio de la alfombra del sótano, mirando un libro, esforzándose por

levantar un muro que lo protegiera del entorno. Fue inútil. Las palabras lo atravesaban como si

fueran flechas, dolorosas, y le planteaban preguntas: ¿qué estaba pasando entre su madre y el

doctor Hofstätter? ¿Era correcto? ¿Por qué no lo sabía su padre? ¿No

podía saberlo? ¿Por qué su

madre no hablaba de ello? ¿Por qué cuando su padre le preguntaba por la noche si había tenido

visitas, cómo le había ido el día, siempre contestaba que había estado con Veronika o Alois, pero

nunca con el doctor Hofstätter? ¿Qué significaba todo aquello?

Algo no iba bien, algo que Karl no sabía nombrar, que le era desconocido.

No sabía nada de todo lo que los

hijos únicos aprendían como muy tarde al entrar en la

guardería. No conocía el sentimiento de amistad, el compartir, el tener que autoafirmarse a diario,

la presión del grupo, las disputas por propiedades insignificantes a ojos de los adultos, las peleas

entre las personas por falta de recursos retóricos, la hostilidad, la lealtad, el engaño. Pese a esa

falta de experiencia, Karl sentía una

angustia extraña en su interior,
como si se viera desamparado
ante una gran amenaza.

Oyó cómo se ponían la ropa o se
deslizaba la hebilla de un cinturón.

—¿Y si le dejo?

—Entonces tendríamos que irnos
muy lejos, empezar de nuevo en
algún lugar. Aquí, en

Jettenbrunn, sería impensable.

El roce de los tacones sobre las
baldosas polvorientas y

descascarilladas.

—¡Suena bien eso de empezar de cero!

La puerta de la casa al abrirse.

—Por desgracia, solo suena bien, Charlotte. Algunas cosas no tienen vuelta atrás. Karl, por

ejemplo. Sigue estando ahí.

Su madre respondía con lágrimas.

Un beso de despedida. Un portazo. Poco después un coche que arrancaba, una cortina que se

retiraba, un leve susurro:

—El reloj. Te has dejado el reloj de pulsera.

Charlotte guardó el reloj en un cajón, para un día poder contestar con un no a la pregunta:

«¿has visto mi reloj?», para no tener que soltar nunca el pequeño tesoro de su amor secreto, para

otro día hacerse la tonta delante de su marido parco en palabras, que se hacía una pregunta que

nunca llegaba a formular:

«Charlotte, ¿por qué tienes el reloj de Albrecht en tu cajón, y por qué me engañas?». ».

Los tablones del parquet de la cocina crujían, los pasos eran agitados.

—El tiempo, tic tac, pasa, pasa.

Así que Albrecht Hofstätter pasó y los remordimientos perduraron, seguidos por una visita al

sótano. Una compensación en el lugar equivocado.

—¿Quieres bañarte? Mira lo que tengo para ti, Karl. Ya no se te pondrán los ojos rojos.

Unas gafas de bucear.

El tiempo avanzaba como una sustancia en constante expansión, una masa con levadura que se

acerca al borde del recipiente, en algún momento lo abre y se desborda.

Tal vez a los lugareños les costaba entender por qué los Heidemann se sometían de semejante

manera a la voluntad de su hijo y no lo sacaban sin más de su asilo voluntario. Por otra parte,

sabían que les preocupaba sobremanera causar un daño aún mayor a su retoño en determinadas

circunstancias y hacerle sufrir aún más. Sí, tal vez Alois Daxberger había dado en el clavo con su

teoría tantas veces formulada, según la cual era la impaciencia de los padres y su percepción

acelerada del ritmo lo que arrebatía

la alegría a los niños y les hace fracasar. ¿Para qué tanta

presión? Karl parecía haber encontrado la paz y, si lo consideraba oportuno, ya saldría de allí, esa

era su visión.

Pero Karl no salió.

Llegó la rutina, como el disco de un ceramista que va girando y dando forma con su trabajo

perseverante hasta hacer que lo extraordinario se convirtiera en

habitual, que la desviación fuera

la regla, la normalidad. La adaptación, la mayor aptitud humana e inhumana, era la causa de la

supervivencia, y de la destrucción.

En algún momento dejaron de chismorrear sobre aquel niño

que vivía voluntariamente como un durmiente, en una celda temporal, atrincherado en las

profundidades de la casa familiar.

Un niño que nunca fue bautizado,

que no iba a la guardería, ni a

fiestas de Navidad, ni de San Juan,
ni a la plantada del árbol en mayo,
ni a aperitivos.

Así que la planta del sótano volvió
a su destino original: el
almacenamiento negligente durante

años de objetos sin usar, mientras
la capa del olvido hacía
desaparecer cada uno de ellos. Karl

Heidemann también desapareció,
por segunda vez. Esta vez no fue
solo ópticamente, sino también

como tema colectivo digno de
mención. Así terminó también el
absurdo empeño de formarse una

opinión sobre él. Absurdo porque
cómo podía un vecino de
Jettenbrunn, libre y en su mayor
parte

insatisfecho, que conocía el verano
y el invierno, la nieve y el calor,
valorar la vida de Karl,

contento agazapado en su sótano.
Imposible.

La vida continuaba pese al retiro.

El cumpleaños de Karl, sus rabietas, las Navidades, los Fines de Año, la peor noche de todas

en cuanto al ruido, las enfermedades de Karl, el desarrollo de sus capacidades físicas, pero

mucho más mentales, todo fue llegando. Incluso el inevitable momento que habría llevado al

exterior a cualquier otro niño, por la fuerza: la enseñanza obligatoria.

Era impensable permitir que Karl

subiera de repente al mundo que hasta entonces había

evitado, inconcebible integrarlo en un espacio lleno de niños de primer curso embravecidos.

Así que hicieron lo contrario: bajar, más o menos.

Alejaron la barra de seguridad de la escalera del sótano y montaron un dispositivo sobre el

borde de la barandilla, automotor. Era un ascensor, no un teleférico. No para transportar cestas de

ropa sucia, cajas de cerveza y provisiones arriba y abajo, sino al maestro del pueblo jubilado en

su silla de ruedas. Alois Daxberger se había ofrecido a dar esa enseñanza obligatoria. Las clases

en casa eran una alternativa legal a la escolarización, sobre todo en casos de necesidades

pedagógicas especiales. Alois Daxberger se percató enseguida de qué necesidades pedagógicas

tenía Karl. No había visto nunca a

un chico más listo. Ese niño superaba con creces a los de su edad en intereses intelectuales, escribía, dominaba operaciones de cálculo básicas, sabía hacer tareas escritas, y todo sin haber recibido nunca clases.

Dado que Karl empezó a aceptar a Alois con la misma tranquilidad que las muñecas de

porcelana y las cajas de libros, como parte del inventario de su sótano, tampoco le molestaba que

el viejo profesor elevaba de vez en cuando la voz queda y cascada. El maestro se quedaba casi

inmóvil en su silla de ruedas, sin mover los brazos ni las piernas, solo los ojos le brillaban llenos

de vida, y Karl escuchaba historias, conocimientos, experiencias. Pura formación: los viejos

hablan, y los jóvenes prestan atención. Formación en el espíritu, el corazón, una cercanía, un

vínculo entre dos personas. Alois

Daxberger y Karl Heidemann se hicieron amigos.

Como siempre ocurre, pasaron la primavera, el verano, el otoño y el invierno por el paisaje

hasta que finalmente transcurrieron años sin que los lugareños tuvieran noticias de Karl

Heidemann.

Un día de principios de verano de 1992, Karl Heidemann rompió su silencio para decir una

sola palabra.

Fue una palabra letal.

11

La excursión

La hoja del calendario decía que era jueves, 20 de junio. La fecha estaba marcada con cariño,

rodeada con un círculo a mano, en rojo, en forma de corazón, hecho por Johann Heidemann.

Aquella mañana había cogido unas rosas frescas en el jardín, las había recortado, las había puesto

en un jarrón y las había dejado en medio de la mesa puesta. Estaba cubierta de bollos frescos,

zumo de naranja recién exprimido, un termo de café, jamón, queso, huevo, fruta, verdura, un

pastelito, una vela, el periódico del día y una felicitación escrita.

Palabras de amor. A

continuación bajó de nuevo con sigilo al sótano, se acercó al lecho conyugal, observó a su esposa

mientras dormía y le dio un beso en

la frente. Todo eso convencido de que la volvería a ver esa

misma tarde, la estrecharía entre sus brazos y la felicitaría.

Como de costumbre, Charlotte salió de la cama un rato después que Johann, desapareció en

dirección al baño y finalmente entró en el sótano con el desayuno para Karl. Esta vez el retrete le

pareció más cuidado, con un aspecto más pulcro, y el desayuno de Karl más copioso, igual que el

suyo. Encantada, se sentó en la mesa tan bien surtida por Johann. La manecilla del reloj de pulsera

marcaba las nueve. Ya no iba a devolverle a su dueño el único, el último lazo que la unía con él,

con el doctor Albrecht Hofstätter. Más tarde llegaron las llamadas de sus padres, Gertraud y

Heinrich Auböck, de parientes lejanos, nada más. Ninguna llamada de Veronika Lamprecht. Las

amistades perecen, a menudo de

forma dolorosa.

Hacia las diez, Charlotte Heidemann seguía ahí, con la mirada clavada al frente. No había tocado nada, no había comido ni un bocado, ni había bebido un sorbo.

El suelo de Jettenbrunn, en cambio, había saciado su sed.

Unas espesas nubes de lluvia pendían sobre la población y descargaban desde el amanecer sin cesar, empapando el suelo. Era un día oscuro, pasado por agua, casi

sin viento, aunque las gotas

golpeaban con fuerza contra el
techo, los canalones, los alféizares.

Con el rostro contraído por el
dolor, Karl se afanaba en la sauna
sin ventanas, estiró unas

mantas de lana desde los bancos de
madera hacia el suelo, las sujetó
con las piedras de la estufa y

se escondió en la cabaña
improvisada. El martilleo
implacable de la lluvia no era el
único motivo

de su conducta. Karl imaginaba lo que estaba por llegar, como siempre que era un día festivo o de aniversario: su madre.

Con paso lento, llegó emocionada por la ocasión y tensa por sus intenciones. Siempre el

mismo propósito sin sentido, siempre el mismo deseo incumplido. Solo quería un breve abrazo de

su propio hijo, sentir por un momento todo lo que normalmente

tenía prohibido. Pero Karl estaba escondido en su cabaña, sin darse por aludido. A perpetuidad. En algún momento Karl observaría a su madre por una rendija bajo las mantas, vería el sufrimiento en su rostro, sentiría compasión, desgarró. Por un lado su propia resistencia, por otro el deseo de ayudarla. En algún momento se dejaría ver como mínimo, a una distancia segura, para poner fin a esos agudos lamentos, a ese

zumbido.

Ella le contestaría con una sonrisa, agradecida solo por eso, y le diría que todo iría bien:

—¿Verdad, Karl?

Sin embargo, aquel día de junio nada iba bien. No, absolutamente nada iba bien.

Karl se tumbó bajo los bancos de la sauna y esperó.

Charlotte estaba sentada frente a una taza de café, también a la espera.

En algún momento Karl oyó que
abría una botella de vino, una tenue
conversación consigo

misma, las uñas rascando la
superficie de la mesa de madera, un
ir y venir cada vez más rápido,

finalmente un gesto enérgico
marcando un número de teléfono.

—¿Dónde estás? Pensaba que
vendrías.

Durante un rato se hizo el silencio,
hasta que su madre siguió hablando
en voz baja.

—¿Qué significa eso, que no vas a venir nunca más?

Poco a poco fue elevando el tono.

—¿Que deberíamos tomarnos un tiempo? ¿Un tiempo? ¡Qué tipo de excusa miserable es esa!

Bueno, ¿cómo se llama? ¿Es Hedwig, la paleta de Oberwaldner? ¿O Veronika? ¡Dios mío! —Ya

histórica—: Es Veronika, ¿verdad? Veronika. ¡Por eso no da señales de vida!

Charlotte cada vez hablaba más

alto.

—No, cada uno no es responsable de sí mismo. Como bien sabes, yo estaba completamente

destrozada, y para un médico no hay víctima más fácil que alguien que está destrozado. ¡Tú...!

Ya encolerizada:

—¡Que me calme! ¡Quieres que me calme! ¿Eso es un consejo médico, cerdo indecente?

Colgó el auricular con violencia. Luego se oyó un grito, Karl jamás

había oído uno tan fuerte

de boca de su madre. A continuación le siguió un sollozo, lamentos, aullidos, palabrotas,

bramidos, pasos, objetos lanzados, cristal y porcelana rotos, calma, una fase interminable de

inactividad y finalmente lo que más temía: se abrió la puerta del sótano.

—¡Karl! —se anunció la visita forzada, tartamudeando—. Hoy es mi cumpleaños, y como

mínimo tú estás aquí. ¿Qué digo,

como mínimo? Eres todo lo que tengo, ¿verdad? ¿No eres todo lo que tengo? ¿No lo eres todo para mí, sí? Hazme un regalo. Salgamos juntos, solos tú y yo, una sola vez. Como hacías antes todos los días con tu padre.

Por amargo que fuera el contenido de aquellas palabras, sonaban a exigencia, a orden.

Karl salió de su tienda, se apretó los tapones de cera todo lo que pudo en los conductos

auditivos y se acercó a su madre, consciente de lo inevitable de la situación. No había salida.

Esta vez no se trataba del juego obligado, sino de otra cosa: el doctor Albrecht Hofstätter no

había aparecido como todos los jueves, y esta vez Charlotte no iba a permitir que su hijo se

mantuviera al margen.

Karl Heidemann se colocó con los brazos colgando frente a la escalera.

—¡Me estabas esperando! ¡Qué bien!

Entonces salieron, pero no al aire libre.

—Vamos a hacer algo de lo que seguro que no te acuerdas porque ha pasado mucho tiempo,

¿de acuerdo? Así esa experiencia será nuestra, solo de los dos.

Vacilante, Karl siguió a su madre al garaje.

—Ya verás que ahí dentro es como una guarida acogedora. Seguro que

te gusta.

Charlotte abrió la puerta con una botella de vino en la mano y dejó que Karl subiera al asiento

trasero. Era demasiado tarde para salir corriendo.

Charlotte salió de Jettenbrunn sin ser vista, por primera vez con su hijo.

—Solo vamos de excursión — intentó consolar a Karl, que se tapaba las orejas con las manos

al tiempo que contenía las lágrimas

—. No tienes por qué llorar.

Entonó una melodía:

En el coche de papá,

nos iremos a pasear.

Vamos de paseo, pi pi pi,

en un coche feo, pi pi pi,

pero no me importa, pi pi pi,

porque llevo torta, pi pi pi.

Una y otra vez la primera estrofa, la misma alegría forzada, siempre

interrumpida por un

sollozo, una repetición: «vamos de paseo», una risa, una subida de tono, «en un coche feo, pi pi

pi. ¿Lo oyes, Karl? En un coche feo». Karl se sentía cada vez más abatido, percibía la amenaza, la

incertidumbre del porvenir. Todo era posible. Debajo sentía el rugido del coche. Delante los

cantos maternos, el volante habilidoso, el zumbido penetrante de la ventilación, como si fuera a

precipitarse en caída libre. Encima la lluvia que golpeaba contra el techo. Lo que a Charlotte le

parecía un tamborileo, para Karl era como un fuego de ametralladora, si lo hubiera oído alguna

vez.

El vehículo giró muy por encima del límite de velocidad, brusco, pasando por enormes

charcos y junto a un ruidoso camión. Charlotte solo parecía

consciente de sí misma, bebía,
susurraba, con los ojos vidriosos y
las manos temblorosas. Por primera
vez en su vida Karl tuvo

conciencia de sentir miedo,
acompañado por unas náuseas
tampoco conocidas. El viaje
parecía no

tener destino ni fin. No era cierto.

12

La redención

El coche giró en la carretera hacia

una pista forestal, y Karl vomitó.
Aquella descarga era un
presagio de lo que se avecinaba.

—¡Cariño, cielo santo! —La
preocupación materna—. Ya hemos
llegado, ahora lo
limpiaremos.

Se detuvo junto a un camino
fangoso que llevaba hacia un
bosque espeso y abrió la puerta.
Sin

dudarlo, Karl bajó de un salto al
aire libre, con toda la ropa llena de

vómito y la cabeza como si

la tuviera perforada por el dolor.

La lluvia le caía encima como si fuera un rayo perpendicular, cortante, ardiente, caliente. Una

lluvia que había oído pero jamás había sentido. Levantó el rostro, intrigado, con los ojos

cerrados, las mejillas, la frente y la tez como la piel tensa de un tambor, en su interior un solo

ruido. Aun así, allí había más, esa sensación de ser regado era

agradable, purificante, como si la

lluvia tuviera la fuerza de arrastrar algo, de limpiar mucho más allá de la superficialidad.

Se adentró en el bosque hasta que las tupidas hileras de abetos se volvieron más espaciadas y

aparecieron las paredes de la capilla de Santa María. Detrás, la superficie del estanque de

Jettenbrunn, muy encrespada por la lluvia que rebotaba contra ella.

—Aquí me casé con tu padre.

Siempre veníais aquí, ¿verdad? Y ahora estamos nosotros, los

dos. —El tejado de la capilla era tentador, pero no llegaba a ser un refugio.

Charlotte caminó hacia la orilla, decidida.

—Karl, ¿sabes lo que me gustaría de verdad hoy por mi cumpleaños?

—susurraba las

palabras, con ternura—. Algo que todas las madres desean. ¿Qué crees que puede ser?

Estiró un brazo para cogerle de la mano, y Karl se lo permitió, inmóvil en la grava de la

orilla, con la mirada fija en el suelo. El lodo presionaba entre las cintas de las sandalias, y la

mano que envolvía sus dedos lo agarró con más fuerza, suplicante.

—Deseo que me quieras. ¿Qué, me quieres? ¿Sí?

Despacio, su madre se dejó caer sobre las rodillas. El aliento que le salía de la boca apestaba.

—Entonces demuéstramelo y dímelo.

Karl sintió un vacío en su interior, un entumecimiento, tenía todos los sentidos concentrados en

los pies, donde el agua le llegaba al tobillo.

—¡Dilo, Karl! —susurró Charlotte—. ¡Una sola vez! Mamá. ¡Dilo!

Pero Karl siguió callado.

Charlotte se levantó y se fue desvistiendo hasta quedar completamente desnuda delante de

él,

quitándose la ropa despacio.

—El estanque está muy caliente, como la lluvia, tienes que notarla, de arriba abajo. Vamos a

bañarnos. Yo te sujetaré, no te puede pasar nada.

Luego entró en el agua.

—Ven.

Karl no fue, no dijo nada, solo observaba cómo su madre ponía un pie delante del otro, se

sumergía en el estanque hasta las caderas, se daba la vuelta y le gritaba:

—Dilo, Karl. Di «mamá». Solo una palabra. Dime solo con esa palabra que me quieres. No

quiero nada más. ¿O quieres que siga andando? ¿Quieres...? —se interrumpió un instante, se

agarró los hombros como si quisiera abrazarse a sí misma, entrar en calor, y continuó en voz baja

—: ¿Quieres que camine? ¿Eso quieres? Dilo, Karl: mamá. ¡Dilo!

En ese momento Karl volvió a vomitar. Fue una situación parecida a la de antes en el asiento

trasero del coche, pero procedía de un impulso completamente distinto. Era como si se le

atragantara esa palabra que iba a pronunciar por primera vez, como si se le quedara encallada en

el cuello y tuviera que sacarla, imparable. Una palabra que una vez

pronunció su padre, justo ahí,

en la orilla del estanque. Los primeros pasos de Karl, la alegría de Johann por el camino iniciado aquel día hacia la libertad.

—¡Dilo! —le gritó Charlotte.

Entonces Karl habló.

Su voz sonó clara, grave para su edad. Cada letra rompió la barrera de la lluvia con fuerza y

de manera inconfundible, sin piedad.

—Camina.

Aquella palabra, insistente y pesada como una nube oscura, quedó suspendida sobre el agua, como si quisiera asegurarse de que la entendía a tanta distancia.

Charlotte, en cambio, no se quedó quieta.

Su rostro quedó despojado de toda emoción mientras caminaba hacia atrás, mirando a su hijo,

hasta que poco a poco el pecho, los hombros, la barbilla, la boca, los

ojos que se mantuvieron

expectantes hasta el último momento, desaparecieron bajo la superficie. Nunca llegó ese

«quédate», ese «mamá, por favor», ni un amago de salvarla, nada.

Todo parecía un solo elemento, era imposible distinguir de dónde procedía el agua que caía,

dónde acababan las nubes y dónde empezaba el cielo. En medio de ese turbio velo, de ese

martilleo constante, Karl

Heidemann miraba la superficie yerma, en silencio.

Aún permaneció un rato en la orilla de piedras del estanque de Jettenbrunn, petrificado. Su

pregunta era: ¿cómo podía aguantar tanto una persona con solo un soplo de aire?

Había probado varias veces a aguantar la respiración, con la mirada y los cinco sentidos

centrados en el agua. Esperó el momento en que su madre también

intentara tomar aire, volviera a

aparecer y saliera hacia él. Pero no lo hizo.

Karl no tenía explicación.

Solo sabía que estaba bien.

Dondequiera que Charlotte hubiera ido, los dos únicos deseos que Karl sentía eran: que se

quede allí donde esté, y que se sienta bien. Como él, que no sabía lo que significaba la muerte y no

sentía desolación ni tristeza.

Solo una paz impregnada de un estado de calma interior desconocido para él hasta entonces.

El sol llegó a su punto álgido sobre el cielo encapotado, y Karl seguía ahí. También cuando la

pared gris se iluminó y unos rayos cálidos cayeron sobre su cuerpo mojado, tembloroso, pálido y

abotagado.

Ahí seguía cuando su padre llegó a casa antes de lo normal por el cumpleaños y no encontró a

nadie. Solo el caos y el reloj de pulsera de hombre en medio de la mesa. No era suyo, pero sabía de dónde había salido.

Corrió de casa en casa, desesperado, llamando a gritos a su mujer. Ninguno de los habitantes del pueblo pudo ayudarle, tampoco cuando se reunió un pequeño grupo de búsqueda. Karl seguía ahí.

También cuando descubrieron el coche aparcado junto a la pared y a

continuación al propio

Karl, frente al agua tranquila que brillaba bajo la luz del sol, a su lado la ropa huérfana de su

madre sobre la grava. El padre le preguntó desesperado:

—¿Dónde está mamá?

Poco a poco, Karl levantó el brazo estirado en dirección al medio del estanque y obtuvo la

primera impresión de lo que significaba la muerte: miedo, desolación, dolor.

Se produjo un gran alboroto, mucho ajetreo. Karl se desplomó en el suelo, como si sufriera un

tormento, con el rostro desencajado y tapándose los oídos con las manos. Su padre salió

corriendo, pasó por su lado, gritando «¡No!», abatido, con un terrible presentimiento. Detrás

Hubert Oberwaldner, el mecánico Gerwald Lamprecht, otros dos señores, todos se metieron en el

agua, no paraban de sumergirse, el

agua estaba clara, luego el horror se adueñó del entorno.

Las pocas personas que estaban presentes se taparon la cara, algunos rompieron a llorar,

mientras Johann Heidemann salía del agua empapado, con su mujer desnuda e inerte en brazos,

como si fuera a entrar en la habitación nupcial, dejaba a Charlotte en el suelo y se arrodillaba ante

ella.

Karl tenía un nudo en la garganta.
Lo único que en aquel momento le
provocaba amargura,

preocupación, era el regreso de su
madre. Otra vez ahí, estaba otra vez
ahí, todo estaba otra vez

ahí: su sentimiento de culpa, su
propia existencia inactiva,
silenciosa y que aun así provocaba

tanto sufrimiento, su miedo a
sentirse presionado, coaccionado,
su instinto de huir. Lejos, muy

lejos, ese fue su primer impulso.

Sin embargo, luego vio el cuerpo inmóvil de Charlotte, el rostro

blanco como la nieve, aliviado, la falta de respiración.

Se impuso una calma rara, ninguno de los presentes osaba decir una palabra ni hacer un

movimiento. Alrededor todo estaba paralizado. Fuera lo que fuese lo que hubiera ocurrido desde

que Charlotte Heidemann entró en el agua hasta que salió, Karl no podía apartar la mirada de su

madre, cautivado por la extraña transformación sufrida. Era como si su deseo hubiera sido

arrastrado en la distancia.

Despacio, se puso en movimiento y se acercó a ella.

—¡Llevaos al niño al pueblo, que no lo vea! —oyó que alguien decía al fondo, pero apartó el

brazo de la mano desconocida que lo agarraba y se arrodilló junto a su padre, cautivado por la

belleza de su madre, la paz que

trasmitía y que lo abarcaba todo. A Karl Heidemann casi le

pareció que iba a estirar una mano hacia él con ternura para luego apaciguarlo: «Mi niño, mira,

todo va bien, ahora estoy contigo».

Por fin ella había alcanzado la paz, como le había deseado el doctor Hofstätter esa misma

mañana. Parecía aliviada de su propio sufrimiento, del martirio de la vida. Liberada gracias a

algo invisible, de una naturaleza

manifiestamente violenta. Algo a lo que su madre se había

acercado por voluntad propia, como si intuyera la inminente transformación. Algo que en poco

tiempo la había transformado en una persona por la que de pronto Karl era capaz de sentir un

afecto de una intensidad que jamás había sentido. Amor. Después de tantos años.

¿Pero qué poder, qué fuerza podía ser tan potente, tan conciliadora que

podía acabar de un

golpe con todos los martirios? ¿En un instante?

Karl no lo sabía.

Allí, arrodillado junto al estanque, sintió esa paz infinita en su interior, la reconciliación. De

todas las frases cortas, los aforismos que tantas veces había leído en sus libros, cavilando, sin

comprender, emergió una, como un susurro, y se llenó de significado, de sentido:

En un instante percibe el amor

lo que el esfuerzo no alcanza en
mucho tiempo.[\[1\]](#)

Amor. ¿Era eso?

¿Era eso lo que había liberado a su
madre?

Karl Heidemann apartó con
cuidado el cabello mojado de la
cara de Charlotte, llorando en
silencio, feliz.

Intrigado.

No había nada más desolador.

13

El cementerio

Como si Jettenbrunn se hubiera teñido de un negro plúmbeo, así pasaron los días de verano que siguieron al incidente. Los lugareños iban a hurtadillas por la zona, acosados por los despiadados remordimientos. Por pura mala conciencia, dejaban tanto ramos de flores en la orilla del estanque

como cestos llenos de alimentos
delante de casa de los Heidemann.
Sin embargo, ninguna ofrenda

floral ni las deliciosas comidas
podían compensar lo perdido
durante los últimos años, la
omisión

de ayuda a los Heidemann. De
todos modos, algo que pertenece al
pasado, que está esculpido en

piedra, cuando una persona
abandona definitivamente las filas
de sus conciudadanos, priva a los

que quedan del autoengaño de la posibilidad: no se podía hacer nada más, aunque quisieran.

Charlotte Heidemann, bajo la luz crepuscular del día de su cumpleaños y de su muerte al mismo

tiempo, recorrió los últimos caminos terrenales y fue enterrada cuando aún no habían pasado

setenta y dos horas.

Las numerosas guirnaldas y ramos de flores lucían coloridos. La mala

conciencia, además de

ser muy influyente, es generosa. En los lazos figuraba en letras con relieve lo que a los habitantes

de Jettenbrunn, ahora que Charlotte estaba muerta, les quemaba en el corazón: «un sentido último

adiós», «amor eterno», «sincera amistad», y mucho más. Todo aquello no provocaba en Johann

Heidemann, que empujaba a Alois Daxberger en su silla de ruedas, más que rencor y náuseas. De

haber podido, habría escupido a todos y cada uno de los que marchaban a remolque de él, en sus zapatos negros recién pulidos: hipócritas, intolerantes, desalmados. Y la fila era larga, muy larga.

Justo detrás de él iban Gertraud y Heinrich Auböck, los padres de Charlotte. Habían viajado a

Jettenbrunn el mismo día del cumpleaños y de la muerte; por la tarde, acudieron directamente a la

orilla del estanque y allí resistieron, como si esperaran el regreso de su hija, dieron rienda suelta

a su dolor en casa de los Heidemann, interrogaron entre lágrimas a Johann y le culparon por instinto de la decadencia. Johann mantuvo la calma, consciente de que era la mayor pérdida

posible en esta vida que uno podía sufrir: la de su propio hijo. De manera automática, casi sin

vida, ahora sus suegros pasaban por esa dura prueba, ese último acompañamiento por el camino

de grava, con tulipanes blancos en la mano y una expresión de amor infinito en el rostro. No hubo

música, ni oraciones, ni la armonía de una guirnalda de rosas lanzada al aire colectivamente, solo

un pueblo entero en silencio, recorriendo el camino de grava.

Todo correspondía al deseo expreso de Johann. Aunque no lo

hubiera solicitado, los asistentes al funeral no estaban para cantos, música ni cháchara. Algo los tenía hechizados, les oprimía la garganta. En la cabeza del cortejo fúnebre, junto a su padre, aparecía por primera vez en público la personificación de la mala conciencia de Jettenbrunn: Karl Heidemann.

Era enorme para su edad. Pesaba mucho, demasiado. El niño, sobrealimentado durante años,

se había convertido en un coloso, digno de compasión y al mismo tiempo repulsivo. No se le veía

el cuello, ni el vestigio de un hueso en las articulaciones de los dedos, de las manos o de los pies.

El traje negro que lo cubría era demasiado pequeño, estaba terso como un tubo henchido. Los

pantalones eran demasiado cortos. Los calcetines blancos sobresalían de los zapatos negros

pulidos y marcaban unos surcos

estriados y rojizos en la pierna hinchada. De color rosa pálido,

grasientos, los tapones de cera de Karl brillaban en los conductos auditivos, y aun así destacaban

de forma evidente sobre la palidez de la piel. Parecía que la cabeza, cubierta de cabello rubio y

corto, solo estuviera formada por esas dos manchas de color y los dos ojos negros, que lo

abarcaban todo y brillaban entre las estrechas cuencas.

Tenía la mirada clavada en el suelo, sin prestar atención a uno solo de los lugareños allí

congregados. Como si no hubiera nada alrededor. Nada, salvo el ataúd, transportado en un carro

de madera y flanqueado de coronas.

Eso no fue todo. En un momento dado se oyó un cuchicheo entre las filas. El gato de manchas

negras y blancas de la vieja tendera Adele Konrad iba saltando de tumba en tumba con sus patas

aterciopeladas, acompañando al cortejo, pasó con sigilo junto a su dueña, siguió hasta la cabecera

del desfile y se metió con suavidad entre los pies del niño desconocido. Karl tuvo que parar para

no caerse. Se produjo un breve choque tras él, luego todo Jettenbrunn se detuvo. Se oyó un

carraspeo aislado, finalmente Adele Konrad se separó de la fila para decir: «¡Ven aquí conmigo!».

Pero el gato no obedeció, y siguió caminando en círculos junto a los blandos tobillos de Karl

Heidemann. Hasta que Adele Konrad, bajo la cariñosa mirada de Alois Daxberger, se lo llevó.

Alois y Adele, ambos mayores, cercanos el uno al otro ahora tras el ataúd de una mujer joven. Se

miraron, sus ojos, que llevaban toda una vida devorándose, se encontraron en silencio, a

escondidas, interrogantes, casi

huidizos, y sin embargo no eran capaces de entrelazar los brazos

anhelados, que pertenecían a sus cuerpos de carne y hueso. El ser humano era un misterio,

prisionero de su mente, víctima de su conducta, de lo perdido, de lo hecho.

Adele Konrad se volvió hacia el niño con el gato en brazos.

—¿Quieres llevarlo tú?

Karl no lo entendió, pero le pusieron esa cosa peluda junto al

cuerpo. Era caliente, blanda,

cercana. Se había quedado helado en esa postura, los ojos en cambio se movían con frenesí, hacia

ambos lados, en una búsqueda desesperada. No recordaba un roce de ese tipo. ¿Cuándo había sido

la última vez que había tenido tan cerca el cuerpo de otro ser vivo? ¿Cuándo había abrazado por

última vez a alguien?

Recordó los paseos al estanque como una nebulosa. Él y su padre.

¿Cuánto tiempo había

pasado? Como si un motor ruidoso pero tranquilizador funcionara en su interior, empezó a captar

el ronroneo del gato y le provocó un momento de gran tensión interior, imperceptible para los demás.

—¡Hay que acabar con esto!

Un leve empujón paternal dejó caer al intruso y siguió caminando a la cabeza del pueblo, cuyo

principal interés obviamente era él, distante, inquisidor. Él, que no entendía nada de todo aquello,

no se explicaba por qué algo tan maravilloso como la muerte provocaba una conducta teñida de negro y sordidez.

—... un golpe tan amargo del destino...

—... se nos ha ido tan pronto...

—... mejor conservar el recuerdo de nuestra Charlotte como era antes, tan llena de vida —se

oyó finalmente ante la tumba abierta de boca del cura, entre las filas de vivos y muertos de

Jettenbrunn.

Entre las cuidadas sepulturas surgió el enfado, pues Johann Heidemann sabía perfectamente a

quién se refería el párroco al mencionar el destino amargo al que se enfrentó su esposa. Todo el

mundo lo sabía, incluso el propio Karl. Notó la mano de su padre en el hombro como un manto

protector, y como un yugo las miradas de los demás.

Unas miradas que merecían una respuesta.

14

Tierra sobre tierra

Primero se acercaron al foso con una pala llena de tierra, tras vaciarla la cambiaron por una

mueca de compasión, pasaron a los padres de Charlotte, «mi más sentido pésame», luego a Alois

Daxberger, sentado en su silla de ruedas, «Alois», al marido de Charlotte, «nuestras condolencias,

Hans», y finalmente al hijo de Charlotte. Karl Heidemann era la última parada antes del esperado

convite funeral en el comedor de la fonda. Les quitó el apetito a los hambrientos estómagos de

Jettenbrunn.

Impertérrito, inmóvil, el niño miró a los ojos a cada uno de los asistentes al funeral, como si

quisiera y pudiera penetrar aún más en ellos, más allá de la mirada, donde se encuentran los

pensamientos que jamás expresarían en voz alta. Les dio la mano, notó su inquietud, oyó su

inseguridad, y con cada uno de aquellos rostros pensó en lo bonitos que serían si la muerte hubiera

dejado su impronta en ellos.

Cohibidos, bajaban la cabeza, las frases sin sentido se perdían.

«¡Cómo has crecido!», decía

Hubert Oberwaldner; «has sido muy, muy valiente», dijo su esposa

Hedwig; «seguro que tu mamá estará orgullosa y cuidará de ti, estoy segura», dijo Adele Konrad;

«serás de gran ayuda para tu padre, seguro», dijo el mecánico Gerwald Lamprecht.

—Me gustaría poder hablar una vez más con ella, aclarar tantas cosas, tantas —dijo su mujer

Veronika, convertida en una sombra de sí misma—. ¡Lo siento mucho,

muchísimo!

Karl se alegró de oír cada una de aquellas frases, las absorbió, estudió los rostros que les

correspondían, las fue relacionando con los sonidos almacenados en su interior, las posturas. Por

fin las voces que ya había oído desde el sótano tomaban forma real, igual que los personajes que

había recreado en su mente. A Karl le hacía gracia el parecido entre la realidad y su imaginación.

Nunca había conocido a ninguna de esas personas, ni siquiera a las que lo miraban de vez en

cuando desde arriba. Salvo por una excepción.

Esa persona estaba llegando.

Ya se había plantado delante de Johann Heidemann, incluso le había dado la mano un

momento, en un gesto que inspiraba confianza. Un golpecito en los hombros caídos, un pésame:

«Una historia terrible. Mis

condolencias, Hans». Ni un gesto nervioso, ni el pulso acelerado, ni la

respiración, hablaba con calma, nada era como en los demás, solo ocurría con él: insensibilidad.

Como si el doctor Albrecht Hofstätter no estuviera delante de la tumba de una persona próxima a

él, ni de su viudo, sino delante de una columna, de un bordillo.

Existía, pero se podía pasar por

alto. «Si me necesitas, ahí estaré».

No hubo respuesta, Johann tenía la mirada cansada, el cuerpo roto, y una mano en el bolsillo

de los pantalones, como si agarrara algo. Karl, a su lado, cerró los ojos y oyó el rugido que se

fraguaba en el interior de su padre callado. Él también sintió que le ocurría algo indescriptible:

notó una humedad en los ojos, la cara roja, el cuerpo en tensión, un peso en el pecho. Una

opresión que empezaba por el

estómago y llegaba hasta el cuello. Era como si el dolor de su

padre se hubiera colado en su cuerpo y quisiera salir.

—Era muy buena persona —oyó Karl a la derecha. Luego continuó hacia el siguiente, el

último de la fila.

«Buena persona», resonaba en la cabeza de Karl, mientras el médico se acercaba a él, se

inclinaba hacia delante, le acariciaba la cabeza gacha con la

mano izquierda y levantaba la derecha para saludarle.

El tono empleado era grave, tranquilizador, y la mano era dura, huesuda, fría.

—Lo siento, hijo. Déjame que te diga una cosa: ella siempre te querrá. ¿Me oyes? Un hijo

siempre está en el corazón de una madre. El amor nunca muere.

Aquellas palabras llegaron hasta Karl y penetraron en lo más profundo de su ser.

Un hijo siempre está en el corazón de una madre.

Al principio Karl evitó el contacto visual, concentrado solo en el tacto, en el incomprendible

sosiego de aquel hombre. Su propio cuerpo, en cambio, estaba agarrotado.

—Ya veréis que los dos, tú y tu papá, saldréis adelante.

Entonces el médico quiso soltarle la mano, pero los dedos del niño lo agarraron con todas sus

fuerzas, como si fuera un torno.

—¡Eres un niño muy fuerte!

El tono pretendía restarle importancia, como si aquel pequeño acto de fuerza no fuera más que

una fanfarronada juguetona, un «¡mira lo que sé hacer!». Pero no se trataba de un juego, más bien

de un preludio. Algo irrefrenable impulsaba a Karl a manifestarse. Con las alas nasales infladas y

la respiración pesada y ruidosa,

abrió la boca, luego jadeó en silencio, con intermitencias, tomó aire y finalmente soltó un gemido.

—Karl, ¿qué te pasa? —Johann se volvió hacia su hijo que, agarrando aún la mano de

Hofstätter, levantó despacio la barbilla y lo miró a los ojos. Estaba rojo de hacer tanta fuerza. El

gemido fue prolongado, profundo, solo duró tres o cuatro respiraciones, como los que siempre se

oían cuando su madre recibía su tratamiento médico.

Su oponente intentó en vano mantener la calma, parecer sereno. Karl notaba su agitación interior, la repentina inquietud.

—Supongo que es por la impresión, es lógico —susurró el médico, consciente del mensaje

dirigido a él, pero sin conocer las consecuencias.

Se hizo de nuevo la calma. Karl respiraba más rápido de lo normal,

ahora con la cabeza

gacha. Notó una reacción física, que escapaba a su voluntad: la ira.

—¿Estás bien, hijo? Gracias a Dios. Y tú, Hans, por favor, si me necesitas ya sabes dónde

encontrarme. Cuando quieras.

Johann Heidemann le dio una respuesta rotunda.

—¿Qué hora es? —Sacó del bolsillo la mano con el puño cerrado y la mostró abierta hacia el

doctor Hofstätter.

—Mi reloj, ¿de dónde lo has sacado?

—Tú lo sabes, y yo también. Y sé dónde encontrarte.

Desconcierto en la mirada del médico. Luego se fue, ya no quedaba nadie más.

En cuanto fue abandonado por los vivos, el cementerio se convirtió de nuevo en un precioso

jardín tranquilo. Solo quedaban Karl, su padre, sus abuelos y Alois

Daxberger frente a la tumba

abierta de Charlotte, todos juntos.

—¿Por qué? —susurró la abuela Auböck—. ¿Por qué no yo?

—¡Ahora estará bien! —El marido agarró por los hombros a su esposa destrozada.

—Eso es verdad —admitió Alois Daxberger.

—Sí, es cierto —añadió Johann.

Karl oyó la confirmación de lo que ya sabía en su fuero interno.

Aquellas palabras pretendían ser un consuelo, transmitir optimismo, él comprendía que ahora Charlotte estaba bien, pero no las

lágrimas, ni las cabezas gachas. ¿Por qué no había alegría, ni agradecimiento por un acto de

liberación tan bondadoso? La libre interpretación de cada individuo sobre los acontecimientos era

una maldición y una suerte al mismo tiempo.

Mientras Karl se sumía en sus pensamientos y veía cómo los abuelos Auböck conducían hacia

la fonda, ante cuya entrada estaban reunidos algunos de los asistentes al funeral, sintió el ruido en

los oídos, se rompió el silencio de los habitantes de Jettenbrunn. Los grupos de vecinos pensaban

que estaban a una distancia suficiente, y por tanto a salvo:

—¿Habéis visto al niño?

—Es impactante, ¿verdad?

—¿El qué?

—Está gordo como el cerdo de los Oberwaldner.

—¡No digas eso! Pobre chico, apenas puede moverse.

—Pero Hans también da pena, solo con el niño.

—Si yo fuera Hans, lo enviaría a una residencia.

—¡Silencio, el niño está mirando hacia aquí!

—¿Y qué? ¿Es que sabe leer los

labios?

—No mira con amabilidad.

—Acaban de enterrar a su madre, ¿me puedes explicar cómo iba a sonreír?

—¿Me puedes explicar cómo puede sonreír con esa cara tan inflada?

Risitas.

—¡Es increíble hacerle algo así a un niño! Está marcado para toda la vida. Los niños gordos

deben soportar la desidia de sus

padres como si fueran cerdas
preñadas...

—¡Dejadlo ya! No lo sabéis, a lo
mejor está enfermo, quizás...

—Entonces vamos a saludarlo.

Y

—¿Y si además de mudo es duro de
oído?

—Entonces le haremos una señal.

Así que lo saludaron con un gesto.

Sin embargo, la mano de Karl permaneció inmóvil, igual que su rostro. Ni una sonrisa, la

mirada hosca aún dirigida a las mismas personas, solo una leve inclinación a un lado de la cabeza,

como si estuviera indagando, le restara importancia, como una forma de vida extraña observaría a una presa fácil.

—Maldita sea, eso sí es inquietante. ¡Entremos!

Enseguida terminaron las

conversaciones, desapareció la gente en el comedor de la fonda,

volvió la calma a Jettenbrunn. Solo un movimiento de la cabeza, una acción tan insignificante con

un efecto tan grande. La calle estaba ahora desierta, era agradable. Karl recordó a su madre, su

entrada en el estanque, su desaparición, su regreso, tan guapa, tan apacible. «Está bien. Ahora

estará bien». La muerte, ese buen

pastor amoroso.

«Allí donde veo amor, me siento como si estuviera en el cielo»[\[2\]](#).

¿Qué había ocurrido en el fondo del estanque? ¿Qué esclusas debía atravesar una persona para

ir de aquí allá, de la tierra al cielo? Karl no lo sabía, y en el lugar donde había transcurrido su

vida hasta entonces tampoco lo averiguaría jamás.

—Ven, hijo mío. —Ese gesto paternal, de amparo, en los

hombros infantiles.

—Sí, pero no vamos a entrar ahí —
intervino el viejo Daxberger—.

Karl, ¿qué te parece si

nosotros dos nos ahorramos el jaleo
de la cantina? Ven, empuja, vamos a
casa, el día ya ha sido

bastante duro.

Aquel día en casa de los
Heidemann no solo se vivió un
sepelio, también una ascensión.

Hundimiento, salida, muerte y
renacimiento.

La noche

Aquella misma noche, ya se había hecho tarde, el maestro de pueblo jubilado Alois Daxberger

percibió a lo lejos un ruido peculiar, escalofriante, gracias al alto rendimiento de su audífono. Tal

vez era un animal. Se había dormido mientras leía en la silla de ruedas, como tantas otras veces,

pero ahora estaba despierto delante de la ventana abierta. Ahí fuera

algo desconocido estaba

haciendo de las suyas.

El entorno estaba desierto. El lúgubre procedimiento del sepelio, la oscuridad, la

desaparición, la desolación, hizo que los habitantes de Jettenbrunn buscaran refugio en cuanto el

sol se puso tras su propio crepúsculo. Se recogieron en sus salones, en la presencia de sus

amores, en la conciencia de estar vivos.

En casa de los Heidemann todo era distinto. Karl estaba a oscuras en su sauna y, como las

noches anteriores, no podía pensar en otra cosa que no fuera el precioso rostro de su madre. ¿Qué le había ocurrido?

¿Qué milagro había obrado en ella?

Recordaba sin cesar las imágenes de los últimos impactantes acontecimientos, que no habían

tenido lugar allí, en su sótano, pero que tenía que investigar. Sin falta.

Cuanto más avanzaban las horas,
más intenso era su deseo de salir de
las profundidades para

poder observar a los demás. Hasta
entonces no había habido nada allí
arriba que despertara lo

suficiente su curiosidad. Se sentía
más bien como un preso que había
encontrado su hogar en el

aislamiento de su entorno y,
distanciado del mundo exterior,
contemplaba con temor el día de su

liberación. Sin embargo, se le había

pasado esa sensación. Ya no había ningún obstáculo, los

abuelos Auböck por fin se habían ido, solo quedaban muchas preguntas sin respuesta.

Se acostó en la cama, impaciente. Oía encima los rumores de su padre que, presa de la

melancolía, no paraba de dar vueltas en el salón como un gran felino enjaulado. Karl le oía hablar

consigo mismo, sus palabras dulces dirigidas a Charlotte, el continuo

gesto de llenarse la copa de

vino, los suspiros, al cabo de un rato oyó que entraba en el sótano y balbuceaba en voz baja:

—Buenas noches, hijo mío.
¡Saldremos de esta!

Luego oyó que se tambaleaba dos puertas más allá y se tumbaba en la cama de matrimonio,

ahora tan vacía, hasta que la respiración se volvió cada vez más regular y por fin llegó el sueño

reparador.

Era el momento.

A diferencia de su padre, Karl no lograba conciliar el sueño. Estaba demasiado exaltado, su

propósito era demasiado firme.

Perdido como un topo que decide salir a la luz, se plantó en medio de sus pertenencias y buscó

con la mirada alrededor: ¿qué podía llevarse, aparte de las gafas de bucear? La duda le duró

poco. De pronto sintió de forma clara y urgente la ventaja de la

despreocupación infantil, que superaba a la adulta, al espíritu que todo lo sopesa: la disposición a actuar.

Así que Karl Heidemann tomó una decisión que más tarde le concedería el mayor grado de

libertad posible en esta vida: se fue con las manos vacías, con la mirada fija al frente, pues

llevaba encima todo lo necesario. Su curiosidad. Sus experiencias.

Salió de la sauna con sigilo, subió

la escalera del sótano, consciente del carácter definitivo de

sus pasos, atravesó el vestíbulo, abrió la puerta y salió al exterior.

Los ruidos nocturnos se abalanzaron sobre él como un aluvión. El canto de los grillos era

cortante como el ruido de un motor, el grito del mochuelo una tortura. El chillido de la marta o de

los gatos se oía afilado en la distancia, y el ladrido de un perro se superpuso con furia, como si

los devorara.

El cielo estaba estrellado. Empezó a caminar.

Los árboles proyectaban sombras alargadas como si un ejército de lagartos negros gigantes se

hubiera aposentado en los prados y campos. En medio de aquellas imponentes siluetas nocturnas

se veía una figura en movimiento, redonda, descalza.

Karl se abrió paso en la noche a una velocidad inusitada para su

abultado volumen. Había

recorrido muchas veces ese trayecto con su padre y, aunque hubieran pasado años, la memoria lo

recuperó todo. Caminó sin parar. Por primera vez. No sobre la alfombra o las baldosas, sino

sobre la hierba, por el campo. Sin límites, libre y aun así atrapado en su envoltorio físico, hasta

entonces nunca ejercitado, abultado. Tenía la piel estirada,

curvada, presionada por la pesada carga, los músculos y los ligamentos débiles. La fuerza y la energía requeridas solo para dar un paso después de otro eran enormes. El cuerpo era un impedimento. Pero Karl, con su objetivo inalterable en mente, superó el dolor, soportó las piedras que le perforaban las blandas plantas de los pies, los palos, el ardor en el tórax, y siguió avanzando a duras penas. Entonces llegó, sin

aliento, tembloroso. Un esfuerzo más, la calma frente a él.

Esperar. Tuvo que esperar un rato hasta que también volviera la calma en su interior. Esperar

justo ahí, donde el día antes había seguido a su madre con la mirada.

Cargado por el calor del día, el estanque de Jettenbrunn brillaba hacia aquel visitante tardío,

era un resplandor amable, acogedor.

A continuación Karl Heidemann se

quitó el pijama, se puso las gafas de bucear, puso un pie

delante de otro y notó cómo se hundían en el frío lodo, sintió el agua que subía hasta la altura de

los hombros y se detuvo, concentrado en la respiración que le ayudaría a sumergirse en un mundo

oscuro y extraño. Respiró hondo por última vez, luego reservó el aire, emocionado, y levantó los

pies. Como la silueta clara de un

muerto que flota en el agua, así
brillaba su cuerpo pálido y

abotagado bajo la luna creciente.

A diferencia de lo que ocurría
siempre en casa, ahora no paraba
de descender. No existía el

límite de la bañera, ni un punto de
apoyo. Karl no paraba de hundirse,
se fue volcando impotente a

un lado hasta que la rodilla y la
barriga rozaron el fondo fangoso,
sus manos se hundieron en el

lodo y ascendió de nuevo. Aun así,

solo la pelvis subió. Allí todo era distinto, al revés. Karl

braceó alrededor, se agarró al vacío y comprendió que era como el aire para las aves, no era un

hueco, significaba movimiento, tracción, rotación. Se observó los brazos con calma, los levantó

despacio, se estiró, miró el brillo claro e impreciso de la luna y ejecutó su primer aleteo. Hacia

arriba.

Mucho antes de que sus pulmones

se lo exigieran, Karl emergió de nuevo, y todo dentro y

fuera de él lo celebró con júbilo. Todos los bichos que habitaban en torno al estanque percibieron

ese deleite: Karl Heidemann se rio, por primera vez en su vida. Con fuerza, libre, con la voz frágil

e inexperta, pero en un tono tan claro que su breve graznido espeluznante llegó hasta la ventana abierta del viejo Alois Daxberger.

Luego se sumergió de nuevo bajo la

superficie, una y otra vez, con una voluntad irrefrenable y

el objetivo de aprender a dominar su cuerpo, que sentía tan libre y ligero en esas nuevas

condiciones. Karl aprendió rápido, sin miedo, a gusto en aquel entorno oscuro. Al final llegó a un

punto en que tenía los dedos helados. Quería intentarlo una sola vez aquella noche, se sumergió y

desapareció en las profundidades del estanque.

Cuando al día siguiente por la mañana Johann Heidemann, como siempre, quiso echar un

vistazo a su hijo mientras dormía, por primera vez pensó que estaba metido inevitablemente en una

espiral de desgracia, a merced del diablo. ¿Cuántos suplicios más tendría que sufrir? La cama de

Karl estaba vacía, no estaba en la sauna, no había rastro de él en todo el sótano.

Demasiado desesperado para

articular palabra, subió corriendo
la escalera, vio la puerta

abierta de la casa, el sol que se
alzaba sobre Jettenbrunn y se
desplomó sobre las rodillas.

No podría soportar otra pérdida.

—¡Buenos días, Johann! —La
ventana del vecino estaba abierta, y
detrás estaba Alois

Daxberger.

—¡Se ha ido, Alois! ¡Karl se ha
ido! Yo...

—Yo en tu lugar, antes de hacer saltar la alarma, echaría un vistazo en el salón. Hay una luz

encendida desde las cuatro de la madrugada.

En efecto: en la mesilla del café había un álbum de fotografías, abierto, con Charlotte haciendo

volar una cometa, al lado el parpadeo amarillento de la pequeña lámpara de pie, sobre la

alfombra la ropa húmeda, y encima del sofá Karl. Estaba tapado con

mantas, acurrucado como un

cachorro dormido, con las orejas tapadas con cera. La preocupación del padre, el pelo mojado, el

pijama húmedo de su hijo podrían ser fruto de una pesadilla: un error. La esperanza de que a partir

de entonces Karl pudiera abandonar el sótano era real.

16

El ascenso

—¿Te quedas un rato aquí conmigo,

hijo mío?

Asintió.

—¿De verdad? Me alegro. ¿Qué te parece, quieres que nos mudemos los dos arriba, también

por la noche?

Volvió a asentir.

—Pero no puedes dormir en el sofá. Un niño grande necesita su espacio.

La repentina presencia de Karl supuso como mínimo una sacudida

para su padre, un amanecer,

le ayudó a no pensar con
desolación en el pasado, sino a
mirar hacia delante con esperanza.

Así,

cuando aún no habían pasado ni
veinticuatro horas del entierro de
Charlotte, en casa de los

Heidemann empezó una nueva vida.

Johann devolvió a su estado
original la estancia que en un
principio estaba destinada a ser la

habitación infantil, pintó la silueta

blanca de un castillo en una de las paredes laterales de color

azul cielo, convirtió por arte de magia el entorno hecho a medida de un bebé en el paraíso de un

muchacho y luego dio vida a su propio dormitorio, siempre convencido de que sería por mucho tiempo.

Karl, en cambio, al principio estaba ocupado en no dejarse doblegar por la magnitud real de

todos aquellos tonos y ruidos que

ya había oído amortiguados desde el sótano, en dominar las

diversas impresiones nuevas, observar lo que lo rodeaba y estudiar lo desconocido. Ahora

contemplaba las actividades necesarias para llevar una vida y un hogar con otra perspectiva, pues

su fin constituía un nuevo principio. Las manos nunca paraban. Vivir consistía en usar las manos,

en manejar. La mano humana, la diosa de todas las herramientas,

universal, precisa, creadora.

De noche, cuando Karl estaba acostado en su cama, veía por la rendija de la puerta que su

padre se ponía los auriculares y se abstraía en el televisor en funcionamiento. Tenía una fuerza

hipnótica, como un flautista de Hamelín de la mirada con imágenes en blanco y negro en

movimiento. Eran películas antiguas, un martirio para el corazón. Los sollozos del padre

eran

tenues, como el zumbido del reproductor de vídeo. Poner, rebobinar, poner. Una y otra vez los

mismos fragmentos: una pareja, Johann y Charlotte, joven, feliz. Una manta de pícnic sobre un

suntuoso prado. Charlotte como una niña, con un cordel en la mano, la mirada fija hacia arriba.

Pájaros de papel, en lo alto, sujetos en el aire por un hilo. Hacer volar cometas. Flotar.

Aquellas imágenes quedaron
marcadas con fuego en la retina de
Karl para un día convertirse

en simiente de sus pensamientos,
que nadie entendía.

Si había algo que Karl no conocía,
después de tantos años viviendo en
el sótano, era el

ajetreo, las prisas, el ansia por
tenerlo todo enseguida, la
obligación de estar en un sitio y al
cabo

de un segundo tener que estar en el

pueblo. Para él, el tiempo era un concepto existencial. Presente

como una propiedad, un edificio con fundamentos y continuidad, no un alojamiento provisional.

Por consiguiente, durante los días siguientes se desplazó por la casa con parsimonia, por todas las

habitaciones. Se paraba, mucho rato. Asimilaba las nuevas impresiones, se acercó a la ventana. La

abrió. Solo lo separaba del nuevo

mundo una mosquitera. Miró hacia fuera, a lo lejos, por encima

de los bosques la cadena de colinas, paciente, como un vigía desde las almenas de una fortaleza.

Dejó que el sol pasara por su lado, sintió el agradable ardor, hasta entonces desconocido, sobre la

piel pálida, cómo se generaban y se evaporaban las gotas de sudor.

Luego fue a la siguiente

ventana, y a la otra, hasta que finalmente alcanzó la parte

orientada a Jettenbrunn.

—Por fin ves la belleza que hay ahí fuera —intentó Alois Daxberger interpretar aquella

conducta. Por aquel entonces hacía tiempo que Johann había vuelto a la fábrica de acero y el

maestro de escuela se había convertido durante el día en parte de la casa de los Heidemann por voluntad propia. Eran amigos.

Karl no tenía ojos para Jettenbrunn, que brillaba en unos tonos

maravillosos. Karl solo tenía
ojos, mejor dicho oído, para los
lugareños que estaban en el pueblo
ese glorioso día, a cierta
distancia. Todo su interés se
centraba en ellos. En ellos y en sus
conversaciones sobre los surcos
en el campo, la lucha contra las
babosas, los escarabajos de la
patata, la carne a la parrilla
marinada, largos de faldas y
tomateras, cerdos y vecinos.

Igual que aquellas coronas

colocadas en la tumba de Charlotte, en algunos lugares la mala

conciencia se apoderó de los prósperos habitantes de Jettenbrunn: empezaron a marchitarse, a

perder jugo, hasta que en vez de las flores solo quedaban las ramas secas y las espinas. Unos

compartían el sufrimiento de los Heidemann sin hacer comentarios, otros seguían preguntándose

quién, aparte de ese niño

endemoniado, podría haber llevado bajo tierra a una mujer tan joven

aparte de su esposo, Johann. Hacía falta mucha frialdad para contemplar durante tantos años la

decadencia diaria de la esposa con semejante pasividad. Se discutía todo eso y mucho más.

Karl estaba junto a la ventana, con el reflejo de la luz en el rostro, acalorado pero no

deslumbrado, las palabras sonaban con demasiada nitidez, y llegó un

momento en que se hartó de
ellas.

Pero ¿dónde refugiarse, de nuevo
en el sótano?

No había vuelta atrás. Nunca.
Debía salir fuera.

Se quedó a unos pasos de la puerta,
lo bastante lejos para apartarse un
poco de la fachada y

ser visto. Allí se comportó igual
que después del sepelio: se quedó
quieto, inmóvil, con los brazos

colgando y el gesto congelado,
observando al prójimo.

17

La observación

—¡Mirad la casa de los
Heidemann! ¡El chico está fuera!

—¿Ahora que su madre está muerta
vuelve a vivir en la planta de
arriba?

—Es lógico. Siempre sin hacer
nada, y ¡zas!, cuando ya está la fosa
cavada, toda la casa se

pone en funcionamiento.

—¿Por qué no para de mirarnos?

Karl aguantaba, impertérrito, sin dejarse irritar. El tiempo necesario hasta que solo con su

presencia hacía callar a las víboras y desaparecían. Lo que su madre había vivido sin querer

durante toda su vida como una grave enfermedad, a Karl le parecía un regalo, lo provocaba a

propósito. Ese efecto irresistible, la fuerza del ruido, las palabras de

desprecio enmudecían solo

con su presencia muda, obstinada,
como si para poder pasar fuera a
levantar el bastón como

Moisés y partir el mar en dos.

¿Había algo más fuerte?

Para el niño Karl Heidemann era
otra experiencia impresionante, que
se sumaba a las que ya

conocía, de todos sus vecinos.

Ellos, en cambio, seguían
convencidos de que ese extraño

chico se colocaba a diario delante de la puerta para tomar el aire, y se quedaba ahí plantado sin más motivo. Ya se acostumbrarían también a eso. Por lo menos permanecía entre aquellas cuatro paredes como hasta entonces.

Estaban equivocados, muy equivocados.

Los verdaderos días de Karl Heidemann eran las noches de los habitantes de Jettenbrunn.

Cuando se imponía la calma,

cuando por fin todo dormía, Karl salía por la ventana de su

habitación infantil a la oscuridad, con las gafas de buceo en la mano, atravesaba los campos cada

vez con más destreza, los bosques, pero el camino hasta el estanque seguía suponiendo una gran

fatiga para él y su corpulencia. En cambio, una vez se había sumergido apenas en la tentadora

seguridad negra de la superficie lisa del agua, su cuerpo adquiriría

una agilidad insospechada. Un cuerpo, dos estados: pesado en la tierra, ágil en el agua. Como un pingüino. La búsqueda ávida de conocimiento, del lugar, el espíritu, el misterioso artificio que había hechizado a su madre y la había cubierto de paz y belleza: la muerte.

Los movimientos de Karl iban ganando en naturalidad, cada vez estaba más familiarizado con la profundidad, la negrura. Una

oscuridad que no podía hacerle nada, en la que se sentía a gusto, se orientaba bien.

Pero no encontró nada.

Tampoco cuando llevó luz a la oscuridad, una pequeña lamparita con las hendiduras tapadas.

No había indicios de un pasadizo secreto, una puerta oculta, nada. Solo un bote hundido en el

fondo. Debía de ser viejo, muy viejo: la madera estaba inflada, pesada, cubierta de algas, la

embarcación tenía la proa hacia arriba, yacía en el lodo, con un cabo largo atado en la punta, el

timón aún con sus redondos indicadores de hierro, unos pesados herrajes decorando la popa.

Había una estrecha grieta entre el borde lateral y el fondo, y bajo el bote solo oscuridad.

Hasta allí arrastró Karl su voluminoso cuerpo cuando se cansó de buscar, de espaldas con los

pies por delante se adentró en la

oscuridad, como desaparecía un conejo en su madriguera, y se

quedó todo el tiempo posible. Solo levantaba la cabeza, con la mirada hacia arriba, encima la

superficie brillante. No había estímulo alguno, ni un ruido, solo el murmullo, el latido de su

cuerpo, sus pulsaciones tranquilas. Los intervalos entre los latidos eran cada vez mayores, sin ese

silbido de la respiración cuando inspiraba y expulsaba aire. El

mayor silencio vivido hasta

entonces. Solo subía cuando notaba con suavidad la necesidad de aire.

Sumergirse, y emerger. Esperar.
Una y otra vez.

Pronto Karl, además de conocer todos los rincones del estanque, llegó a conocer a todos los

habitantes de Jettenbrunn. Se acumulaban los días en que su padre Johann, en cuanto llevaba a su

hijo a la cama, ya no era dueño de

su soledad, de su dolor recurrente,
y se dirigía al lugar donde

tanto la gente como el vino
conseguían distraer sus
pensamientos: la fonda de los
Oberwaldner.

Aquellos días la ventana de la
habitación infantil se abría antes de
lo normal. Mientras los

lugareños estaban sentados en sus
salones y sus televisores atronaban,
hablaban entre ellos del

día, se amaban o se deseaban lo

peor, Karl Heidemann deambulaba sigiloso alrededor de sus

casas. A una distancia prudencial, sin ver ni poder ser visto, se colaba entre ellos, y pronto supo

la gran diferencia que existía entre lo que la gente se decía durante el día en la calle y lo que oía

de noche a puerta cerrada.

Pronto Karl descubrió las miserias de sus vecinos, la amistad fingida y la crueldad vivida,

personas que eran santos en público

y tiranos en privado, la indiferencia mostrada y el amor

secreto.

Adele Konrad, por ejemplo, la dueña de la pequeña tienda del pueblo, hablaba con su gato

como si este pudiera contestar, le contaba la veneración disimulada que sentía y que debería llegar

a oídos del viejo Alois Daxberger.

O Hubert Oberwaldner, de profesión cazador y propietario de la fonda, ateo según anunciaba a

los cuatro vientos. Los días de cierre entre semana de la fonda no dejaba de asistir a la sesión de

tarot del doctor Albrecht Hofstätter por falta de interés, como todos pensaban, sino para

entregarse, con un ojo puesto en motivos bíblicos, a la técnica de la pintura en cristal. Todo eso

mientras su esposa Hedwig también se afanaba en el taller del mecánico Gerwald Lamprecht.

A Veronika, en cambio, la mujer del

mecánico Lamprecht, le gustaba,
además de su marido

Gerwald, salir a buscar setas,
frambuesas, fresas silvestres, el
bosque en general, sobre todo

cuando lo visitaba de noche y a la
misma hora el doctor Hofstätter.

Otra vez Albrecht Hofstätter, y

de nuevo hablaban de amor.

Sí, también sabía que los dos solían
bañarse juntos al aire libre cuando
el ebrio Gerwald

Lamprecht estaba demasiado

ocupado en el bar.

Sabía hasta la hora acordada, su lugar de encuentro, el transcurso de su aventura, pues no solo

la luna, la fauna y las ninfas eran testigos silenciosos de su amor, también Karl Heidemann,

agazapado inmóvil entre los arbustos. Un niño sin tacha hasta entonces que ahora veía en persona

el tipo de atenciones que también había recibido su madre. Dos cuerpos, piel con piel, desnudos.

Le parecía casi doloroso: una lucha por tomar aire, tanto enredarse, encabritarse, desbordarse, un

último respiro liberador. Alivio. Un espectáculo de contrastes, breve, concentrado. Ascenso y

caída, tensión y calma, lo salvaje y lo tierno. Todo unido en un solo momento, una sola persona.

Igual que las mentiras y la verdad, el amor y el desprecio, la apropiación y la expropiación, la posesión y el engaño.

Cuanto más observaba a la gente y la escuchaba, más rara y difícil de evaluar le parecía,

ambigua como una fruta con hueso, blanda por fuera, dura por dentro, o al revés, como el pan

crujiente recién hecho de Adele Konrad.

Por mucho que averiguara Karl Heidemann en poco tiempo, no avanzaba en su búsqueda.

¿De dónde salía la muerte?

¿Cómo se ejecutaba?

¿Quién la administraba?

Un día encontró respuestas, de una forma inesperada. Gracias a su padre.



18

La mano del hombre

Se había desatado una tormenta, brusca, intensa, que hizo que todo temblara, los árboles, los

postes de madera de la luz, el cobertizo del mecánico Lamprecht. Las puertas del garaje se

abollaron produciendo un estruendo metálico, las contraventanas golpeaban contra las paredes de las casas, las viejas ventanas de madera saltaban.

Johann Heidemann no se enteró de nada; escondido en su lugar de trabajo en la fábrica de

acero, el ruido de los altos hornos era demasiado intenso. Había

dejado a Karl a primera hora de

la mañana, como hacía algunos días, en casa de Alois Daxberger.

Era evidente que el niño debía

seguir avanzando en la vida, ir ganando cada vez más valor y espacio. Atreverse a salir fuera.

Leer, escuchar, observar, todo eso se podía hacer en casa del maestro jubilado. Allí la lectura

preferida de Karl empezaba por la A y terminaba por la Z: tomos de enciclopedias. Palabras

raras, risas internas.

Bulbul: ruiseñor persa.

Frufrú: ruido del roce de una tela.

Al atardecer regresaron a casa, padre e hijo. Karl estaba cansado, tenso después de todo el día

de esa furia continuada del viento, y la llegada al hogar no fue agradable.

—¡Maldita sea! —fueron las palabras del padre al entrar en el salón.

La ventana que habían dejado abierta por la mañana estaba reventada, la mosquitera de malla

fina rota, las paredes, los techos de las habitaciones, la superficie de la mesa lleno de puntos

negros, y por todas partes se imponía un constante zumbido. Era exasperante, agotador. Karl, que

ya estaba nervioso, entró en un estado difícil de describir, una oscilación constante entre la huida

y el ataque, parecido a lo que sintió

aquella vez junto a la tumba de su madre, con el doctor

Hofstätter delante. Pronto tuvo todo el cuerpo en tensión, sintió el impulso de cerrar el puño y golpear algo.

Aquellos repentinos pensamientos destructivos le resultaban ajenos, pues normalmente era muy pacífico.

Luego oyó un golpe, y no fue él.

Ocurrió de repente, la palma de la

mano contra la mesa.

—No me gusta hacerlo, pero hoy no hay otra salida.

Karl no podía apartar la mirada. Durante la época del sótano había visto bichos muertos, a

menudo secos: cochinillas, arañas; los examinaba, no hallaba sentimientos en sus rostros, nada

vivo, aunque lo estuvieran. Le parecían compañeros de juegos, máquinas que en un momento dado se detenían y se estropeaban.

Sin embargo, jamás se le habría ocurrido llevar a cabo una acción como la que acababa de

verle a su padre. Karl cogió con cuidado el insecto entre los dedos, que aún se contraía. Las patas,

relucientes, parecían el alambre roto de una bombilla. Luego ya no hubo movimiento.

—Sin la mosquitera nos van a comer. Mira, ¡todo está negro! Hay mucho que hacer.

Luego la mano infantil lanzó el

insecto, como si quisiera hacer volar un avión de papel. Cayó

al suelo, y el padre sonrió.

—¡Está muerto, ya no vuela! Ahora fíjate.

Otro golpe.

—Este tampoco. Número dos.

¿Muerto?

Karl solo sentía asombro ante la energía de Johann, era casi alegría.

—¡Zas! Número tres. ¡Fantástico!

Johann Heidemann cogió dos platitos, le dio uno a su hijo y le dijo:

—Acaba con ellos uno a uno, luego lo tiraremos todo a la basura.

¡Ahora tú, Karl! Ven, vamos

a hacer que vuelva la calma aquí.

¿Que vuelva la calma? ¿Provocar la muerte? ¿Todo a la vez?

—Empecemos, si no, no vamos a pegar ojo esta noche. Cuidado, mira ese.

Otro golpe en la mesa, menos firme

que los anteriores.

—Tienes que levantarte antes, hijo. Más rápido, tiene que ser mucho más rápido. ¡Mira allí!

Número cuatro. Risas de satisfacción.

—También puedes acercarte por detrás con la mano, despacio, muy, muy despacio y luego,

¡zas!, darles el golpe.

Apretó los dedos, abrió la mano y lo dejó caer en el platito: el número cinco.

Hubo movimiento, padre e hijo.
Número seis, siete, ocho...

Felicidad en los ojos del padre, que
iba contando en voz alta, una caza
juguetona, él y Karl

unidos. En los ojos del hijo se leía
concentración, seriedad.

Observaba, primero estudiaba,
comparaba lo vivo y lo muerto.

Pronto el salón quedó desalojado, y
los platillos cargados de cadáveres
negros.

—Doscientos cuarenta y tres. ¿Y

tú?

Sin respuesta.

El padre le agarra por los hombros:

—Ya pasará, hijo mío, pasará.

Habían recuperado la calma, era agradable, sin zumbidos. Silencio y multitud de preguntas en

la cabeza de Karl.

—Sienta bien volver a la tranquilidad, ¿verdad? Ha sido divertido. Ahora vamos a lavarnos

las manos, cocinaremos algo, leeremos un poco y a la cama. Hoy estoy agotado.

Karl, en cambio, estaba despierto, muy despierto.

Sí, sentaba bien recuperar la calma, una calma que él mismo había generado, una paz que él

había impuesto.

Así que la muerte se podía provocar. Con la mano del hombre.

—Y si mañana sigue soplando tanto viento, ¿sabes lo que vamos a

hacer, hijo?

La mano del hombre. La diosa de todas las herramientas, universal, precisa, creadora.

—Iremos a hacer volar cometas.

Alegría en el rostro del padre, energía, felicidad.

Hacer volar cometas. Karl también sentía cierta energía, la imagen de una cometa voladora fue

la simiente de una idea. De repente recordó esa película en blanco y negro que veía su padre, una

y otra vez: Charlotte de pie en el prado, con un cordel en la mano, una sonrisa a la cámara, un

gesto hacia el cielo. En lo alto un pájaro de papel flotando, abajo sujeto. Karl Heidemann no

podía dejar de ver el símbolo del ascenso, como si su madre quisiera indicarle una dirección:

«Llévala conmigo, Karl. Ayúdala. Regálale la paz. Regálanos la paz, a ella y a mí».

Felicidad, fue la felicidad lo que se

adueñó de él. Lo que subía también
había que recogerlo

después.

Hacer el bien, ser un sirviente, un
conseguidor de deseos. Un anhelo
expresado delante de la

tumba de su madre: «Me gustaría
poder hablar una vez más con ella,
aclarar tantas cosas...».

Veronika.

Poder verlo finalmente.

La mano del hombre.

La ejecución

Estudiar. Primero solo estudiar.

Karl no tenía prisa.

Llevaba las gafas de bucear encima, la lamparita, un fino tubo de plástico como los que su

padre guardaba por docenas para aislar diversos cables en el taller, y por último una cuerda de

tender en cuyo extremo había atado un nudo corredizo. El objetivo era claro: el bote hundido en el

estanque.

Con el nudo colocado alrededor del tobillo, ensartó el otro extremo suelto en uno de los

soportes redondos para los remos y volvió a subir con él en la mano. La cuerda de plástico fina

pero resistente se deslizó como un hilo por el ojo de una aguja.

Dependiendo de cuánta cuerda

dejara Karl libre, más se acercaba a la superficie, con la pierna sujeta por el nudo corredizo y

atada al bote. Ya no podía impulsarse hacia arriba.

Apenas hacía falta un poco de fuerza, solo que la cuerda lo atrapara y flotaría como un pájaro

de papel, pero bajo el agua. Podía ser ambas cosas: la cometa y el niño que la hace volar, lo

suficiente para llevar la cuerda de plástico hacia arriba y poder tomar aire sin salir a la

superficie.

Se detuvo, solo notó un leve

balanceo. Ingrávido. De un lado a otro. La oscuridad del agua

alrededor, el claro de la luna que se encrespaba, las estrellas en lo alto, la posible revelación ante

sí. Pronto.

Entonces llegó el momento.

Partió antes de lo normal, aquel día quería ser el primero. Todo fue como estaba previsto: la

cuerda, el tubo, el aire, un balanceo en las profundidades, era todo oídos, tenía los ojos cerrados.

Como un pez depredador al acecho, tenía la atención fija en todo lo que se oía fuera del

estanque, amortiguado, impreciso. Tenía la respiración tranquila, la mente concentrada, sin noción

del tiempo, sin dudas. Finalmente oyó las voces, un hombre y una mujer. Risas, primero fuertes,

luego discretas. Pasión, pierden las fuerzas, van a refrescarse.

—Voy a meterme, ¿vienes?

—Ve tú primero. Yo desaparezco

rápido para hacer un pis.

—¿No lo haces en el agua? Bien hecho.

Risas, separación en dos direcciones, pasos sobre la grava. Alguien entra en el estanque, sigue avanzando. Un último paso de las piernas. Los primeros amagos de nadar, el corazón acelerado.

La respiración rápida, regular.

—Está deliciosa. ¡Albrecht, date prisa!

Karl abrió los ojos. El primer avistamiento. La última toma de aire. Colocó y fijó el tubo de

plástico entre el bañador y el trasero. El cuerpo femenino se deslizaba con calma encima de él.

Soltó el nudo corredizo de su propia pierna. Lo cambió de sitio, sin apenas esfuerzo.

El movimiento de las piernas de Veronika Lamprecht era muy regular, muy lento, no fue

necesario un segundo intento. Pudo

colocar sin problema el nudo
corredizo en el tobillo y

amarrarlo. Una primera molestia
leve, un breve grito de miedo.

—¡Algas! Albrecht, ¿aquí hay algas
o plantas acuáticas?

—¡Lo que no hay son sirenas! —El
tono era divertido, mientras Karl
nadaba hacia el fondo,

apoyaba las piernas en el bote,
tensaba la cuerda y estiraba con
todas sus fuerzas. Con

brusquedad. No hubo grito de

socorro, no tuvo tiempo. Veronika Lamprecht desapareció, en silencio.

Bajo el agua, en cambio, era puro miedo. Un grito entre borboteos, un pataleo, intentó tocarse

los pies, se retorció, agitó los brazos sin saber qué estaba ocurriendo. Karl tiró de la cuerda como

si tuviera que recoger una cuerda de rescate, no paró de tirar, luego subió junto a ella hasta llegar

a la altura de los ojos de Veronika Lamprecht.

—¡Vroni! —Se oyó a lo lejos—.

Vroni, ¿dónde estás? ¿Ahora jugamos al escondite? ¡Vroni!

Déjalo ya.

Todo fue inútil. Veronika Lamprecht no lo dejó, no salió del agua. Karl observaba, tranquilo e

intrigado, la lucha desesperada, la disminución de las burbujas que ascendían.

—¡Vroni, maldita sea, para ya con

el jueguecito, en plena noche! No es divertido.

Entonces se hizo la luz.

Llegó el momento, las reservas de aire de Veronika Lamprecht no podían durar mucho y Karl

Heidemann no quería perderse nada. Con la luz turbia de la lamparita enfocada hacia arriba, el

tubo de plástico dirigido a la superficie, se llenó los pulmones de oxígeno, vio el breve destello

de esperanza en los ojos de

Veronika y su súplica con las manos estiradas hacia delante. Por

mucho que le costara a Karl, por mucho que lo apremiara la batalla que se libraba delante de sus

narices, no intervino. Regalar amor, liberación. Pronto Veronika Lamprecht estaría con su madre, pronto.

—Vroni, ¿qué pasa ahí? ¿Ves la luz? ¿Eres tú? ¡Vroni! —El doctor Hofstätter alzó la voz.

Veronika también soltó un último

grito ahogado, casi encolerizado, torció el gesto en una

expresión desesperada. Luego se rebeló contra el último respiro inevitable, el definitivo. Los ojos

desorbitados, un gesto de resistencia, luego la desesperación, la desolación, finalmente la

resignación. Los movimientos se volvieron más tranquilos, y el brillo menos intenso. Los brazos

estirados a un lado, despacio, casi con gracia, con garbo, como si

fuera una bailarina en su última actuación. La boca abierta, el corazón acelerado. Todo en ella era un ruido que para Karl era

doloroso, hasta que Veronika Lamprecht tendió la mano indefensa en el último instante de su vida.

Un estremecimiento recorrió sus extremidades, vio el estupor en el rostro, finalmente se escapó de

su mirada la voluntad, los rasgos perdieron la tensión, la cuerda también y se hizo el silencio. Un

silencio sepulcral.

Karl Heidemann sentía algo indescriptible en su interior. Como si hubiera abrazado algo por

un momento para luego desaparecer de nuevo y no dejar atrás más que felicitaciones y

agradecimiento.

Así que eso era lo que llamaban muerte.

Una transición que no necesitaba ni un minuto, que por un breve instante parecía dolorosa, casi

como lo que sucedía en la orilla entre Veronika y el doctor Hofstätter: la falta de aire, el retorcerse, rebelarse, llegar al límite, el último respiro liberador y el alivio. La muerte como acto de amor.

Una transformación que de nuevo desembocaba en esa paz que todo lo abarcaba que Karl ya

había visto en el rostro de su madre. Conmocionado, fue consciente de que su madre había

asumido ese dolor con gusto, se había dejado caer en los brazos de la muerte, no solo para

encontrar la liberación, sino también para obsequiar a su hijo con algo más allá de la muerte: con amor.

Poco a poco Veronika Lamprecht se hundió, seguida de Karl, hasta el fondo, el cono de luz

dirigido a ella, curioso, buscando algo.

¿Qué se había desprendido de

Veronika hasta salir de ella?
¿Adónde había ido? Nada había
ascendido, nada había
desaparecido. No se había abierto
ninguna puerta.

¿Podía ser que no hubiera salido
nada de ella? ¿Había aparecido
algo? ¿Acaso aquello que

llamaban muerte no era una
despedida, sino una bienvenida, un
recibimiento?

Karl Heidemann redujo con
cuidado la tensión de la cuerda,

quitó el nudo corredizo del tobillo de Veronika y desapareció.

Fuera del estanque estaba el doctor Albrecht Hofstätter, observando esa luz bajo la superficie.

Vio cómo primero surgía de la nada como un rayo y ahora se debilitaba poco a poco, se hundía

hasta el fondo y se apagaba. Justo en el mismo lugar por donde Charlotte Heidemann había entrado al agua.

—Vroni, por favor, para, no es divertido. ¡Vroni! —dijo casi sin voz, antes de añadir con un

susurro—: ¿Charlotte? ¿Eres tú, Charlotte?

Se quedó paralizado por el miedo en la orilla, incapaz de hacer nada, de dar un paso, ya fuera

hacia el estanque o hacia Jettenbrunn. ¿Cómo iba a hacerlo? Tendría que ir corriendo al pueblo y

anunciar: «¡Veronika ha

desaparecido!». O aún peor:
«¡Veronika se ha ahogado!». En
todo caso

tendría que decir: «Veronika y yo
nos estábamos bañando juntos en el
estanque, en plena noche,

desnudos, cuando...».

Así que el doctor Hofstätter no
salió corriendo a ningún sitio, solo
se quedó mirando,

esperando. Mucho tiempo, en cierto
modo de forma atemporal.

Finalmente desapareció, aún

atemporal. Y precisamente esa atemporalidad sería su ruina.

SEGUNDA PARTE

Amor

Las situaciones decisivas en las que el éxito del individuo depende no solo de sus acciones sino de las acciones de los demás se denominan juego.

(Teoría de juegos, matemáticas)

El lugar de los hechos

Horst Schubert estaba, como siempre que tenía tiempo libre, con un pequeño pincel en la mano

delante de la ventana del desván, y la mirada fija en su reino. Ya no notaba los aromas a estaño y

pegamento en el aire, la extraña mezcla de productos químicos, las fragancias levemente

quemadas, como un criador de carpas ya no percibía el olor a

pescado. Ese sitio era su hogar.

Concentrado en cada milímetro, en cada partícula de polvo, deslizaba con cuidado y suavidad los

pelillos levemente inclinados sobre cada surco. Aquellos surcos se remontaban muy atrás, cuando

las manos de Horst Schubert aún tenían los dedos suaves y sin callos de un muchacho. El paso que

quedaba entre las planchas de madera, sacadas de mesas viejas, era estrecho. Encima yacía un

paisaje montañoso recortado por
vías y atravesado por trenes.

Miniaturas. Cada arbolito, cada

punto, cada túnel lo había
construido el propio Horst
Schubert. Allí, en medio de su
desván, él

marcaba la dirección, como
maestro de obras, un visionario,
desde la infancia. Allí siempre era
el

creador, mientras en las dos plantas
de abajo sus padres se lanzaban
palabras capaces de

destrozarlo todo. Todo, no solo la esperanza infantil de que en aquel eterno campo de batalla en

algún momento se erigiera un muro tan saturado de escombros que ninguno de los dos adversarios

pudiera ver el otro lado ni superar la barrera. Rendición. Retirada.

Cada uno por su lado, muy

lejos el uno del otro, y así llegaría la paz. Pero no. Su madre, su padre, apenas podían tenerse en

pie y aun así seguían juntos. Hasta

que por fin la muerte separó lo que la vida ya había distanciado

hacía tiempo, y el ser humano debería haber separado ya. Eso marca.

El juramento de fidelidad del matrimonio hasta el fin terrenal sin duda no era un modelo de

relación adecuado para Horst Schubert. Si existía un modelo, era solo ese acto de deslizar el

pincel con calma, oliendo a piezas de plástico caliente, en su desván.

Si se casaba, sería solo ganándose la vida.

—¿Dónde?

Una llamada le había hecho bajar al salón. Ahí estaba, mirando ese lugar tan lleno de vida en

el centro histórico, por una parte enfadado y por otra contento.

Enfadado porque le molestaran en

su día libre, contento por el motivo de la interrupción.

—¿Y no tenemos a nadie que pueda ir a verlo? Entiendo. Pero tardaré

un poco.

Era incomprensible que aquel día de verano de 1992 Horst Schubert no saliera corriendo de

inmediato. Increíble.

¿Qué otra cosa tenía en su vida?

¿Qué?

Al principio Veronika Lamprecht siguió desaparecida, dejó al esposo en la posición de marido

cornudo y a todo Jettenbrunn con un enigma. Aunque nadie supiera cuál era el trasfondo de todo

aquello, su desaparición despertó deseos ocultos en muchas esposas de Jettenbrunn. Deseos que,

mientras los grupos de búsqueda formados por hombres peinaban la zona, en las habitaciones de

planchar y las cocinas tomaban forma de canciones alegres o melancólicas sobre viajes lejanos,

travesías por mar y vidas nuevas.

Por desgracia, en el caso de Veronika nada indicaba que hubiera

emprendido semejante aventura,

porque no faltaba nada: ni la ropa, ni el dinero, ni siquiera había carta de despedida.

Por supuesto, pronto también se echó en falta al doctor Hofstätter. Dos días después de la

desaparición de Veronika Lamprecht se fue de vacaciones, sin duda con la esperanza de que la situación y sus pesadillas se calmaran. No sirvió de nada. La verdad es voraz, se alimenta insaciable de la clandestinidad

hasta que en un momento
inesperado sale a la luz como un
gusano

gordo y cae al suelo, lenta, inmóvil,
delante de todo el mundo.

En ese caso fueron los ojos de
Johann Heidemann. Una tarde,
cuando se encontraba en la orilla
del estanque recordando a su
Charlotte, un brillo se cruzó en su
mirada acuosa. Fue un destello
dorado, que había visto por un
instante junto a la tumba de su

mujer recién enterrada.

A Johann Heidemann lo asaltó una sensación extraña, imposible de describir pero inquietante.

Se lo comunicó de la siguiente manera al mecánico del pueblo, Gerwald Lamprecht.

—Oye, ¿has pensado en el estanque por lo de Veronika?

Gerwald Lamprecht no lo había pensado.

Ningún vecino de Jettenbrunn recordaba haber visto con sus

propios ojos lo que normalmente sucedía en sus pantallas por la noche. En color.

Sin embargo, allí la realidad transcurría en blanco y negro, cada matiz aparecía difuminado. El

azul del cielo, el color turquesa del estanque, el verde de los árboles, todo era gris sobre gris,

salvo por las cintas rojas y blancas que marcaban el lugar de los hechos.

Ahora comprendían por qué

Gerwald Lamprecht evitaba a sus vecinos desde que había

regresado empapado del bosque. Hasta entonces nadie en el pueblo había observado esa conducta

en él. Parecía como si ya no se conocieran unos a otros, ni quisieran conocerse. La confusión era

demasiado grande, el asombro, el desconcierto entre ellos. Esta vez nadie había entrado en el

agua. No por voluntad propia.

El rastro sangriento de la cuerda alrededor de la pierna de Veronika, el cuerpo desnudo, la

ropa hallada cerca de la orilla, entre los arbustos, el reloj de pulsera que encontró Johann

Heidemann en la orilla, no cabía duda. Sin embargo, surgieron otras incógnitas, planteadas desde

las más altas instancias: probablemente no se trataba de la primera víctima.

Así que era un asesinato. Entonces

en algún sitio había un asesino.

Probablemente se encontrara muy lejos, pero tal vez estuviera cerca, muy cerca, más de lo que

querrían los lugareños: esas eran las conjeturas de un hombre llamado Horst Schubert.

Nunca se había visto un hombre así por la zona. Era corpulento, esbelto, bien vestido, pero

distraía la atención una peculiaridad: su cabeza reluciente. Brillaba de una manera que

pareciera

que Horst Schubert hubiera salido de un objeto volador no identificado. No era solo que tuviera la

cabeza calva, era más que eso. Le faltaban las cejas, las pestañas, no tenía vello. En pocas

palabras, a Horst Schubert no le crecía un solo pelo. Tan despejado y calvo, tan desnuda y

penetrante era su mirada de ojos azules, que los lugareños no sabían

qué debía parecerles más

inquietante: el crimen despiadado o ese ser que había salido a la luz, no menos despiadado. La

pierna izquierda larga y suave, la derecha corta y dura, toc, toc, toc, toc, con el ritmo de la cojera

Horst Schubert pasó revista a la infantería en una postura erguida, casi majestuosa. Solo con su

entrada en escena dejó patente que no quería tener contacto con ninguno de los presentes más allá

de lo profesional. Pronto el reloj encontrado recuperó a su dueño y unas vacaciones terminaron.

El doctor Hofstätter, una vez detenido, confesó con sinceridad: sí, el reloj era suyo, y sí, había profanado el matrimonio de los Lamprecht en la orilla del estanque, y sí, también había tenido una relación con Charlotte Heidemann, ahogada poco antes, más estrecha de lo que estaba teológicamente permitido.

Probablemente incluso él era responsable de su suicidio, pues acabó

con la relación justo el día de su cumpleaños, pero negó todo lo demás, se disculpó con la

contención física propia de su gremio, pero al mismo tiempo invocó el juramento hipocrático y su

íntegra obligación de sanar el cuerpo. Jamás sería capaz de cometer semejante acto, una atrocidad

de la que además había sido testigo.

Entonces se puso a contarlo, sin parar.

No era que los habitantes de Jettenbrunn recelaran automáticamente de las historias de

fantasmas y demonios, pero oír semejante disparate de boca de un médico titulado, que rechazaba

todo tipo de fenómenos sobrenaturales, como sin duda era el doctor Hofstätter, solo podía

significar dos cosas, de eso podían

estar seguros: o la historia era cierta, algo tan improbable

como que cayeran copos de nieve sobre los campos de girasoles, o alguien estaba en un verdadero

aprieto y se defendía con uñas y dientes explicando una historia no verificable de proporciones

bíblicas. El médico hablaba así: primero se hizo la luz. Una luz clara, que iluminaba desde las profundidades.

Charlotte Heidemann, que entró en

el agua con el corazón roto, ante la mirada de su hijo, según

el doctor Hofstätter no se cansaba de afirmar, había resucitado justo en el lugar de su muerte, se

levantó con los ojos luminosos para, igual que la diosa del mar Sedna, atraer hacia sí al fondo del

estanque a su contrincante Veronika Lamprecht en un arrebato de furia.

La burla cayó sobre el doctor Hofstätter.

La burla y los puños del marido

cornudo, amargado, Gerwald
Lamprecht. Aun así, una

pequeña semilla de incertidumbre
se asentó tras el bastión de la burla,
caldo de cultivo de noches

en vela, en forma de un
pensamiento fugaz: ¿y si era cierto,
y si Charlotte, en su campaña de

venganza, decidía ampliar el radio
y salir del estanque? ¿Quién
quedaría libre de culpa? Nadie.

Todos estaban bajo sospecha.

El interrogatorio

—¡Una mañana maravillosa!

Karl conocía esa voz, hacía tiempo que sabía de su visita, el toc, toc, toc que se acercaba a la

casa era muy claro, la pierna izquierda larga y suave, la derecha corta y dura.

—Probablemente ya saben por qué he venido, ¿no?

Estaba tranquilo, sosegado, y por tanto era difícil de interpretar. Durante los últimos días,

siempre le había parecido
peligroso cuando hacía preguntas
punzantes en ese tono por el pueblo

desde las ventanas de las casas.
Eran preguntas inquietantes. Ahora
también, pero esta vez con

más insistencia, más agresividad.
Fuera, en el vestíbulo.

—¿Puedo pasar?

Luego en el salón.

—Bueno, alguien se pasó ayer de la
raya, ¿eh?

—¿A qué se refiere?

—¿Es que no les llama la atención?
¿O las botellas que hay encima de
la mesa son pura

decoración? No es sano, señor
Heidemann, nada sano, ahogar las
penas en alcohol.

—Supongo que no ha venido a
interesarse por mi salud.

—Tiene razón, no nos andemos con
rodeos: hacía tiempo que el doctor
Hofstätter tenía una

relación con su esposa, y a la vez

otra con Veronika Lamprecht,
motivo por el cual probablemente
se quitó la vida su mujer. Yo en su
lugar, señor Heidemann, si se
cruzara en mi camino ese sujeto
lo enviaría al hospital o lo haría
trizas.

—Pero yo no soy usted.

—¡Entonces es usted un buen
hombre! Además es tranquilo. Una
mosquita muerta tranquila.

Aunque también sería una forma de
venganza eliminar a la actual

amante del doctor Hofstätter y

presentar al médico como un asesino.

—Pero ya hemos hablado de eso. El día de la muerte de Veronika yo estaba en la fonda.

—Es cierto, pero también se fue antes de lo habitual. ¿Adónde? ¿A nadar, tal vez?

—Me temo que no duerme bien.

—Sí, es cierto, duermo mal, muy mal, sobre todo cuando se trata de dos mujeres muertas de

una edad parecida. ¿El día del cumpleaños de su esposa estuvo todo el tiempo en la fábrica de acero?

—¿Qué quiere decir?

—La pregunta es si estuvo todo el tiempo en la fábrica de acero, ¿sí o no?

—Sí.

—¿Entonces por qué sus colegas me cuentan otra cosa? Entre las doce y las dos no estuvo

como de costumbre en la cantina.
Una pausa para comer muy larga,
¿no le parece? ¿Dónde estuvo
esas dos horas?

—En Siegenshart, comprando un
regalo para mi mujer.

—¿El mismo día? Es usted de ir a
última hora. El trayecto de
Siegenshart a Jettenbrunn dura
exactamente cuarenta minutos. Así
que una hora y veinte ida y vuelta.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¡Dos horas menos una hora y veinte minutos, le quedan cuarenta minutos!

—Es horrible...

—El horror, exacto, eso es lo que buscamos. Un asesino, señor Heidemann. El asesino de su mujer. Así que cuarenta minutos. Cuarenta minutos para sorprender a su mujer por su cumpleaños.

Cuarenta minutos para hacer Dios sabe qué. Cuarenta minutos, no tardaremos mucho más en

inspeccionar a su mujer exhumada y ver si tiene la marca de una cuerda que pudiera haberla

arrastrado al fondo del estanque.

—¿Qué quiere hacer?

—Mañana.

Karl entró en el salón. Aquello tenía que parar. Un asesino, ¿eso era él? Asesino. Era una

palabra extraña. Tenía las mejillas hundidas, ojeras bajo los ojos, el rostro pálido del cansancio,

la postura encorvada.

—¿Ese es su hijo?

Johann Heidemann asintió.

Horst Schubert se levantó despacio, como si quisiera dejar clara su superioridad.

—Hola, Karl, me alegro de conocerte.

Saltaba a la vista el contraste.

Por una parte el cuerpo alto, esbelto, erguido, despierto.

Por otra un cuerpo bajo, pesado, encorvado, exhausto.

Karl pasaba las noches en vela, despierto en su habitación. No paraba de recordar la lucha por la supervivencia en el rostro de Veronika Lamprecht, esa contradicción entre el horror y la belleza, el miedo.

Miedo a perder algo conocido.
Miedo a la vida.

Miedo a que llegara algo desconocido. Miedo a la muerte.

Como si una cámara rápida proyectara los suplicios de la vida, como si primero hubiera que

entender qué significaba la vida para recibir con agradecimiento el regalo de la muerte.

¿Pero para qué? Era innecesario. La vida ya era pena suficiente.

Qué fácil la muerte de una mosca. Qué despreocupada su existencia hasta el último segundo.

Qué sorprendente, casi inesperada la liberación. Un solo instante que

lo cambia todo. Solo un

golpe, un gesto con el dedo y ya está. ¿La muerte también era así de fácil, rápida, afectuosa?

—Ven, siéntate con nosotros.

Karl seguía con la mirada fija al frente, como si aparte de su padre no hubiera nadie más en la habitación.

—No muerdo. —El agente forzó una sonrisa en el rostro, pero no hubo reacción alguna. Karl

siguió caminando imperturbable, entró en la cocina, se sirvió agua en un vaso y bebió, varias

veces. El dolor de cabeza era como un martilleo.

—Su chico está sediento.

Como si fueran olas que golpearan contra un bote, así sentía Karl el líquido que bajaba por la

garganta, como si rompiera diques, notaba todo lo que se deslizaba hacia abajo, los intensos

ruidos de la laringe, las palabras no

menos intensas procedentes del
salón, susurradas pero no

moderadas:

—Parece fuerte para su edad.

—¿Fuerte? Es un niño.

—Ya sabe lo que quiero decir.

—No, no lo sé.

—Es evidente.

—Sí, Karl es un niño fuerte.
También ha soportado muchas
cosas.

—Entonces la fuerza le va bien.

—Mientras viva me ocuparé de que no viva más experiencias horribles, ¿me entiende? —Karl

nunca había oído a su padre decir tantas palabras seguidas, y mucho menos en ese tono de amenaza.

—No podrá evitarlo siempre, señor Heidemann.

Era el momento de volver de la cocina.

Karl subió al sofá con el vaso en la mano, se sentó al lado de su padre y se quedó mirando las

manos aseadas de su interlocutor. Estaban cuidadas con meticulosidad, descansaban con calma

sobre el muslo. No había ni una uña más larga o más corta que la otra, ni rota, ni sucia, al

contrario que los dedos de Karl.

—¿Has dormido bien?

Karl bebió.

—Seguro que sabes que ahora mismo están pasando cosas raras, tal vez desde hace tiempo.

Necesito tu ayuda, Karl. ¿Quieres jugar a detectives conmigo? ¿Sí? Entonces tendremos que hacer

memoria. Cuéntame el día en que tu madre fue a nadar contigo.

—No habla —dijo su padre.

—Eso me comentaron en el pueblo —dijo Horst Schubert—. Pero entenderme sí me entiendes,

¿verdad, Karl?

Karl dejó el vaso, presa del dolor, en la cabeza, el cuerpo, el alma.

Observó un cierto movimiento en las manos de su interlocutor. Sacó un mechero del bolsillo

de los pantalones, encendió un cigarrillo y contestó él mismo la pregunta:

—Estoy seguro de que me entiendes, Karl. Así que, hijo, no hace falta que hables, bastará con

que asientas con la cabeza. ¿Ese día estabas solo con tu madre, o

tuvisteis visita?

Angustia, nada nuevo para Karl. La misma angustia que sentía siempre que le instaban a

expresarse.

—Te gusta jugar al aire libre, ¿verdad, hijo? Hacer pasteles de arena, plantar algo, ¿no es

cierto? —Horst Schubert tenía la mirada clavada en los dedos sucios del niño. Unos dedos que en

ese momento solo tenían una opción para resistir el aluvión de

acusaciones, el ataque que estaba sufriendo su padre: la pasividad. Permanecer como una roca contra la que todo rebota.

—¡Ya le he dicho que no habla! —
Karl notó el enojo en la voz de su padre—. Así que déjelo
ahora mismo.

—¿Y desde cuándo no habla?
¿Desde la muerte de su madre?

—Casi desde que nació.

—¿Casi? ¿Entonces sí ha

pronunciado sonidos? ¿Y por qué no lo ha vuelto a hacer?

—Tal vez lo prefiere así.

—¿Lo prefiere! ¿Y por qué encerró a su hijo tanto tiempo en el sótano? ¿También lo prefería?

—¿Yo no lo encerré! No quería salir, él...

—Es asombroso su ingenio, su esfuerzo, su interés por su propio hijo. ¿Hace once años que lo

prefiere así, y usted no hace nada por evitarlo?

—¿Qué podía hacer para sacarle unas palabras contra su voluntad? ¿Qué? ¿Sacárselas a

golpes? ¿Sacarlo a rastras del sótano como se saca a un animal del establo?

—En realidad no es tan fácil como me lo acaba de plantear, ¿verdad, señor Heidemann?

—¿El qué no es tan fácil?

—Consultar a un médico, tal vez a un psicólogo. Dime cómo son tus hijos y te diré quién eres.

—Usted no tiene hijos, ¿verdad?

—Soy yo quien hace las preguntas.

—Entonces debo sugerirle que lo haga en otra parte.

Horst Schubert se levantó y se dirigió a la puerta.

—Volveremos a vernos, Karl, ¿verdad?

Verse. Entonces Karl lo entendió: no bastaría con escuchar para encontrar respuestas.

—¡Así que su hijo no habla! Pero

usted, Heidemann, usted sí hablará,
se lo aseguro.

Horst Schubert abandonó la casa de
los Heidemann sin despedirse.

¿Para qué?

Horst Schubert había llegado para
quedarse. Con Karl. Durante el
resto de su vida.

22

La presencia

El resto de una vida.

Un período desconocido.

La muerte no dibuja un círculo rojo alrededor de un día en el calendario, sino que deambula

agazapada siempre junto a los seres humanos, les concede la esperanza de que todo siga, y siga, y

siga.

En Jettenbrunn era distinto. Allí a los lugareños les parecía que cada nuevo día podía tener un

círculo rojo dibujado. Los días pasaban, sin resultado.

En el cuerpo de Charlotte

Heidemann no había rastro de violencia, así que el doctor Albrecht

Hofstätter se fue a casa por falta de pruebas, condenado en su domicilio. Condenado como los

habitantes del pueblo, pues la búsqueda de un asesino de carne y hueso fracasó.

El agente Horst Schubert cada vez se ausentaba con más frecuencia. Todo eran circunstancias

que no ayudaban a recuperar la

calma. Una carencia por un lado implicaba siempre un exceso por

otro. En este caso era la imaginación desbordada de los vecinos del pueblo. Si no encontraban un

asesino cruel entre los vivos, tal vez estaba entre los muertos.

Así, pronto el viento se convirtió en el aliento procedente del estanque, el tableteo de los

postigos en el anuncio de un invitado imprevisto, los maullidos

de los gatos en el llanto de los muertos vivientes, el canto ya espeluznante de los mochuelos en la llamada de Charlotte: «Venid conmigo, venid conmigo». En efecto, alguien respondió y salió al marco de la puerta.

—¿Adónde vas? —le dijo Alois Daxberger desde la silla de ruedas, en tono de preocupación.

Karl sabía adónde iba y qué iba a hacer: completar con una imagen lo que oía. Tenía que

buscar con la vista, de día. Tenía que acercarse a la gente, de día. Tenía que dominarse, exponerse

a las miradas, las habladurías, el ruido, el propio dolor, debía estar activo. La vida significaba

acción.

—¿Adónde vas?

También se podía hacer vigilancia en compañía.

—¡Alois, qué sorpresa!

—Qué bien, ¿hacéis una excursión

el general con la infantería?

El recibimiento era en apariencia amable, pero era evidente el asombro, el desconcierto.

Alois Daxberger, un hombre que era bienvenido en todas las casas del pueblo, al que todo el

mundo saludaba con la mano, quedaba eclipsado por ese monstruo pálido y entumecido con los

oídos taponados.

—Dios mío, Alois, qué bien, hacía

tiempo que no venías por aquí.

¿Queréis pasar? Estamos

almorzando. Entrad en casa.

También recibieron hospitalidad en la fonda de Hubert Oberwaldner.

—Además, los pasteles de nueces están recién hechos. ¡Los he hecho yo!

—¡Qué bien, algo dulce! ¡Suenan irresistibles!

El brillo en los ojos del viejo. La mirada inquisitoria, dirigida a Karl. Era inútil. Karl tenía en

mente otro objetivo, solo unas casas más allá.

Al principio se mostró reticente.

—¿Adónde vamos?

Luego llegaron los nervios:

—Karl, ¿qué es esto? No necesitamos nada...

Las puertas de cristal abiertas, el olor a verdura y fruta en el aire. No había clientes.

Un último empujón a la silla de ruedas, el sonido de una

campanilla, la desaparición del
vehículo en el interior.

—Hola, Alois, ¿qué haces por
aquí? ¡Me alegro de verte!

—Adele, yo...

—Tengo pasteles de frambuesa
recién hechos.

Siguieron solos.

Solos en medio de la actividad de
Jettenbrunn, por primera vez. El
pueblo era un desierto a

esas horas. Estaba vacío, olía a estofado en lata, cubos de sopa, pucheros, grasa calentada. Los

hombres y mujeres en edad de trabajar estaban fuera, los pocos niños que había aún estaban en la

escuela, las madres en casa, los ancianos en sus jardines, en sus bancos tomando el sol.

—Me alegro de que hayas venido.

—Fue un intento de acercamiento.

Pero nada, ni una

respuesta.

La atención de Karl estaba monopolizada por ese desierto, ese vacío que para él no lo era.

Jamás había conocido semejante sobrecarga. Su proximidad a las personas era mayor que antes,

por tanto el ruido era más intenso, el dolor, el martilleo en los oídos taponados con cera más

insistente, la cabeza, el aire repleto de mensajes. Las pulsaciones, las alfombras, la carne. Sierras,

madera, pan. Un tableteo, ollas,

hojalata. Ladridos, cacareos, rascadas, mugidos, las voces de las radios, las televisiones, las voces de la gente, tenues de valla en valla, fuertes al teléfono. Karl se comportó como de costumbre también allí, escogió una imagen entre la actividad de los habitantes de Jettenbrunn, algo grabado en piedra. Se quedó ahí, escuchando. Daba un paso de vez en cuando, no tenía prisa. Dejaba que la gente hiciera, hablara.

—No parece inteligente, un poco como... ¡cielo santo, pero qué pasa ahí fuera!

—¡Por el amor de Dios!

El gato de la anciana Adele Konrad corrió como había hecho durante el entierro hacia Karl, le

saltó encima y se dejó acariciar la cabeza con un ronroneo. El perro de caza de Hubert

Oberwaldner fue hacia él y se dejó acariciar. Los gansos de la dueña de la fonda buscaron su

cercanía. Jamás había paseado por Jettenbrunn una persona tan bienintencionada y tan llena de paz, no había ni el más mínimo rastro de malicia en la mente de Karl. Si hubiera habido una

sonrisa en su rostro, un solo gesto amable, tal vez habría suscitado algo en los demás, simpatía: un niño, mudo, lleno de vida, al que acudían los animales, qué tierno.

Pero no ocurrió nada parecido. Ahí seguía esa falta de expresividad,

esos ojos negros en el

rostro inflado, ocultos tras las gruesas mejillas, esa mirada clavada en el vacío que parecía cansada.

—¿Le pasa algo?

—Ahora mismo nada va bien, ¿cómo iba a estar bien él?

—No quiero ni imaginar que su padre pueda ser un asesino. ¡Es horrible!

Karl lo había consultado hacía

tiempo, en una de las enciclopedias de Alois Daxberger, lo

había encontrado después de:

Aserenar: serenarse.

y

Aserruchar: cortar con un serrucho.

Ya no lo olvidó:

Asesinato: acción de matar intencionadamente a una persona.

Significado: medio para morir, matar, comparable con el latín *mori*

(morir).

Una explicación que no suscitaba en Karl ningún malestar, ni sentimiento de injusticia, al

contrario: ¿por qué no ser un asesino, un intermediario, alguien que provoca la muerte? Como un

mensajero con ese maravilloso regalo liberador en la mano. Un regalo a la vida. Un obsequio

envuelto con cariño, digno, sin dolor, sin lucha. No esa manera insoportable de ahogarse de

Veronika Lamprecht.

Nunca más así.

23

La búsqueda

—Qué bien que por fin salgas al aire libre. ¿Quieres contarme algo?

El desgaste de Horst Schubert era evidente.

—Aquí tienes, por si en algún momento sientes la necesidad.

Le dio una tarjeta de visita con el

número de teléfono, la dirección de un departamento de

policía y el nombre de una ciudad.

—Y si no te pones en contacto conmigo, no te preocupes, volveré en algún momento.

Sin embargo, las visitas del agente eran escasas.

Karl Heidemann, en cambio, iba a diario a ayudar a Alois Daxberger y Adele Konrad en su

especie de renacimiento y así se ganó definitivamente la fama de

retrasado mental, de débil. Esa

reputación era como una puerta a la libertad, pues en un momento dado los demás dejaron de

indagar.

Poco a poco, Karl pasó de ser la persona que el pueblo buscaba sin saberlo a ser una parte

visible de la sociedad, un elemento más en la imagen del lugar. Visible hasta que sus paseos se

convirtieron en una manera de arrimarse a ellos y finalmente en

una fusión, en una existencia

parecida a la del viejo roble que había tras la tienda. Todo el mundo lo conocía, identificaba su

sombra, su follaje, sus coordenadas desde su nacimiento, y aun así estorbaba a los niños que

pasaban corriendo por delante, a los borrachos, las carrocerías abolladas, los cristales, las

llantas, los huesos destrozados. Sus dimensiones no impedían que pasara desapercibido. Los

servientes fieles lo saben, los admiradores discretos, las amorosas madres. El tiempo también

acabó rompiendo la vara de Moisés.

Karl Heidemann, en cambio, no pasaba nada por alto.

Observó a la posadera Hedwig Oberwaldner cuando las voces estridentes de los niños y los

farolillos iluminaban el anochecer por San Martín, mientras ella le

partía el cráneo con un hacha

afilada a los gansos que se resistían, y se horrorizó. Vio lo mismo por Navidad, cómo caían las

cabezas de las gallinas con cualquier excusa, cómo zigzagueaban, daban tres, cuatro, cinco pasos.

Vio cómo Hubert Oberwaldner pasaba junto a las puertas de rejilla de sus conejeras, agarraba

a los animales por las orejas peludas y les cortaba el cuello

tembloroso delante de los demás

animales, con un gesto intrascendente, como si cortara un pan recién hecho.

Vio a los cerdos desangrarse en los campos abiertos cubiertos de nieve, con la cabeza gacha y

el tórax abierto sobre una tina, vio las fiestas de la matanza y de la cosecha.

En primavera vio a Adele Konrad, la dueña de la tienda, meter la camada recién nacida de su

gata en una bolsa de tela y lanzarla a la basura.

Vio al perro de caza del cazador Lamprecht perseguir en plena calle a un niño en bicicleta,

con los pantalones hechos jirones, con sangre, y vio cómo el cazador Lamprecht mataba a su perro

de caza en el patio, de un tiro, un aullido, otro, un tercero. No, la muerte no llegaba con ternura, la

muerte era cruel. La búsqueda de Karl no daba fruto.

El horror fue perdiendo fuerza
cuanto más a menudo se exponía
con crudeza a la

contemplación, parecía una rutina,
ya luciera el sol o lloviera, hubiera
viento o nieve. Sí, la nieve,

porque la vida seguía su curso, no
se dejaba confundir por la muerte,
llevaba a los túmulos las

semillas voladoras para que
brotaran flores, hierbas, granos, las
enterraba bajo los cerros

blancos, año tras año. Karl

Heidemann estaba presente, como antes en el sótano, pero esta vez era como estar frente a la pantalla, observaba a las personas en su vida mientras él llevaba la

existencia de un durmiente, oculto en la clandestinidad de sus propios pensamientos, los veía

pelearse, gritarse: «¡déjame en paz de una vez!», aprendió a entender que dejar en paz significaba

estar quieto, y supo que la muerte, el silencio, la paz, todo era uno.

Vio la llama del amor en
Jettenbrunn, la felicidad reciente,
Adele y Alois, el engaño existente,

como mínimo vio la lealtad mutua,
vio a Hedwig Oberwaldner con el
viudo Gerwald Lamprecht

en el taller, vio los matrimonios
existentes, como el de sus abuelos,
y su insoportable sufrimiento.

Todos los 20 de junio, los abuelos
Auböck acudían a Jettenbrunn,
hacían una visita breve a la casa

de los Heidemann, luego iban a la

tumba de su hija, encendían una vela y se decían: «¿Por qué,

Heinrich? ¿Por qué no nosotros primero? ¿Qué tiene esto de justo, qué?», desaparecían en

dirección al estanque, con un ramo de tulipanes blancos en la mano, y al cabo de un rato

regresaban a casa. Sus rostros solo reflejaban sufrimiento y miseria. Karl también sufría. Sufría

por su fracaso en la búsqueda de la vía adecuada para ayudar, con

ternura, con afecto. Aun así, se puso manos a la obra, con los rostros de sus vecinos y la mímica que provocaba la conmoción de vivir. Esas bocas que apenas se abrían solo aportaban ruido a este mundo, ese continuo:

hablar, reír, gritar, enfadarse, carraspear, toser, resollar, escupir, sorber, masticar, chillar, rugir, vociferar, desgañitarse, aullar, lloriquear,

gemir, roncar, lamentarse, quejarse,
desternillarse, suspirar, sollozar,
quejarse...

Karl Heidemann cerró los ojos y
les puso mentalmente la máscara de
la belleza, relajó su

semblante. Ni un movimiento más.
Los retratos de los vecinos de
Jettenbrunn que dibujaba en su

cabeza eran cada vez más
agradables, más presentes. Fueron
silenciosos y pacíficos hasta que un
día él decidió ofrecerles una

imagen visible de sí mismos.

—Ay, Karl, esto es... ¡Adele, mira esto!

—¡Ya voy, Alois!

—Es el doctor Hofstätter. ¡Es increíble!

—Parece que duerma tranquilo, está favorecido. Eres un artista, Karl, ¿me oyes? ¡Un artista!

No era él, Karl lo sabía: era la muerte.

La muerte es una artista.

Eran los dibujos a lápiz de un niño, realistas. Retratos de los lugareños, todos reconocibles, la

mayoría estaban vivos y aun así todos aparecían retratados como difuntos, dialogando con el

último visitante en la vida: la muerte.

Una visita que de hecho llegaba por sí sola, no a plena luz del día, pero incluso así Karl veía

sus efectos. Veía a la gente cavar pequeñas fosas y enterrar a sus

cobayas, sus canarios.

Los veía cavar fosas grandes. El cementerio, el hogar de todos los difuntos. Veía a la gente

bajar ataúdes en esas fosas.

Ataúdes que poco antes estaban abiertos, recibían visitas, en salas, en

comedores y dormitorios, en el pequeño tanatorio. Ataúdes con cadáveres dentro, vestidos de

fiesta, embellecidos, con aspecto apacible.

Una mañana vio el letrero del día de descanso en la puerta de la tienda del pueblo, y jamás

volvió a desaparecer. Día de descanso, de descanso eterno.

Adele Konrad se había acostado, tras

regresar de ver a su alma gemela Alois, feliz y agradecida, y jamás volvió a despertar; la

recogieron en un estado de absoluta felicidad, podría haber pasado por una persona viva.

Alois Daxberger, en cambio, lo perdió todo, solo miraba al vacío con la esperanza de que

pronto se llenara la mitad superior del reloj de arena de su existencia agotada.

Karl también estaba perdiendo muchas cosas irrecuperables. La infancia se despide a

hurtadillas, no dice: «¡bueno, adiós!». Se quitaba los pañales de forma imperceptible, se

desprendía del pelele, el cochecito,

la trona, dejaba atrás cajas de ropa que se había quedado

pequeña, las pegatinas de animales en camas de madera, pósters en los papeles pintados de la

pared y finalmente se añadían espacios que habían quedado pequeños, maneras de pensar,

derechos, hasta que se abrían los primeros huecos y las personas conocidas se cansaban y se

perdían.

La tienda del pueblo estaba cerrada

y Alois Daxberger era una presencia nula, desanimada en casa de los Heidemann.

—El tiempo va tachando —dijo una tarde—. No se trata de quitar algo, de consumir unas

provisiones desconocidas, sino de dar. El regalo del tiempo a los vivos es para él un delito.

Sin embargo, para Karl Heidemann, en su búsqueda incesante, el regalo del tiempo fue un

descubrimiento. Se acabó la veda.

El corazón

La noche. Pronto el negro pasaría despacio al gris y la niebla se impondría. Karl estaba de

paseo, por el bosque. Regresaba a casa, sin prisa. Por fin el estanque tenía una temperatura

agradable.

De pronto oyó voces, a poca distancia, susurros. En el borde del bosque una tarima de madera

rodeada de una barandilla, techada, con una escalera, encima un pequeño banco. Arriba el cazador

y posadero, Hubert Oberwaldner, al lado el mecánico y viudo Gerwald Lamprecht, ambos

sentados, codo con codo. El cazador con la escopeta de caza preparada, el cañón sobre el pecho.

—¿Dónde estás, pequeña? Hoy no me vas a dejar en la estacada.

Silencio. Un rato. ¿Quién debería estar dónde, quién dejaba a quién

en la estacada, quién

estaba a punto de llegar? Karl no lo sabía.

—Eres muy amable por haberme ofrecido acompañarte.

—Quería haberlo hecho antes, pero no me atrevía tras la muerte de tu esposa. Veronika, que

Dios la tenga en su gloria. Me alegro de tenerte aquí, después de tantos años. Además, es más

divertido hacerlo con alguien.

—¿Siempre lo haces solo?

—No, con mi mujer.

—¿Cómo, Hedwig? ¿Vais juntos a cazar?

—Íbamos, Gerwald, íbamos. Ahora siempre está muy cansada por la mañana, no sé por qué,

es un misterio. Tal vez me engaña o está tramando algo. ¿Tú tienes una explicación, de hombre a

hombre?

Karl notó que la tensión iba en

aumento. Los dos hombres estaban sentados muy juntos, pero

había algo que los separaba, una amenaza, uno consciente del engaño, la traición del otro.

—¿Yo? No, ¿cómo se te ocurre? ¿Por qué iba a tener yo una explicación?

—Bueno, tú también estuviste casado, sabes de mujeres, ¿no?

—¡Ahora soy viudo, Hubert!

Silencio.

—Perdona. En todo caso me alegro de que hayas venido. Hacerlo en compañía es mejor que

solo, ¿no?

—Depende. Quién sabe quién o qué deambula por el bosque.

—Bueno, este no es el peor sitio, con un arma en la mano.

—¡Pero tampoco el más cómodo!

—Bueno, callemos un poco. Si no, no vendrá nada y tardaremos más.

De nuevo el silencio. Esperar. Karl

se quedó quieto, intrigado,
empapado, tiritando de frío.

Entonces llegó la visita.

—Bueno, ahí está mi pequeña.

Se produjo un movimiento en el
borde del claro. Salió de la
oscuridad con pasos elegantes y

lentos, el cuello esbelto
majestuoso, las piernas largas. Se
detuvo, alerta, venteó y se puso a
pacer.

Hubert Oberwaldner respiró hondo
por última vez, Gerwald Lamprecht

resolló un momento.

Luego dolor, solo dolor. Y sufrimiento, en Karl Heidemann y en medio del claro. La

detonación fue tan fuerte que Karl tuvo que agarrarse a un tronco. Mareos, náuseas, el eco sonaba cortante en sus oídos, en su interior.

—¡Maldita sea, maldita sea, pobre bestia!

Desesperación de Hubert Oberwaldner. Una lucha a vida o muerte delante de todo el mundo.

El corzo daba vueltas, sufría convulsiones. Cayó al suelo, se quedó estirado y aun así se movía,

como si quisiera salir corriendo de allí. Pero solo eran pasos al vacío. Tenía abierta la herida de

la cabeza, una parte de la grupa arrancada.

—Le ha levantado la tapa de los sesos, ¿verdad? Justo en el momento del disparo.

—Es verdad. ¿Y sabes por qué? Porque has resollado como un

caballo. Si no, le habría dado

en el corazón a la primera. Maldita sea. ¡Baja ahora mismo!

—¿Y qué hacemos ahora?

—Aliviarlo.

Hubert se acercó con un cuchillo en la mano, el animal se retorció y daba golpes con las patas,

estaba nervioso, dio un salto por detrás, como un jinete sobre su caballo, fijó el cuerpo con las

piernas, cogió una oreja con una

mano y metió la hoja inclinada hacia delante en el tórax. Una

última breve convulsión, luego la paz, inmediata. La liberación. Como los manotazos que

atrapaban a las moscas. Karl Heidemann estaba sentado entre los arbustos, atento y profundamente

impresionado, con la mirada fija en el claro. ¿Por fin había encontrado lo que buscaba?

—Cielo santo, Gerwald, la próxima vez estate callado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, lo siento. Pero, con el debido respeto, tampoco ahora será muy rápido.

—No hay muerte más rápida que dar en el corazón. Una bala, un cuchillo, da igual.

—Probablemente una bala es más agradable.

—¿Para quién?

—Para el tirador. Nada de cochinadas.

—Mira, voy a enseñarte algo. Arrodíllate.

—¿Perdona?

—Que te arrodilles.

—Quieres armarme caballero o...

—Confía en mí. Ahora ponte de rodillas.

Gerwald Lamprecht bajó vacilante al suelo, mientras Hubert Oberwaldner colocaba su

cuchillo en la zona carnosa entre la clavícula y el cuello.

—Imagina que es una espada. Larga, afilada. Un golpe rápido

justo aquí, profundo, para luego sacarla enseguida.

Gerwald no hizo un solo movimiento.

—Se considera un método de ejecución honorable y humano. Los pulmones, el corazón, las

arterias limítrofes, zas, todo cortado. La sangre fluye hacia la zona abdominal, nada de guarradas,

ninguna herida abierta, solo el corte en la clavícula, que se cierra enseguida en cuando se saca la

hoja. No te enteras de nada.

Colapso inmediato y ya, punto y final. Indoloro.

—No como mis rodillas, Hubert.
¡El suelo está muy duro, de verdad!

—Pues yo te digo que no me creo toda esa historia del soldado que atravesó el corazón de

Cristo con una lanza justo después de morir. ¿Después de morir? ¿Para qué? Es un disparate. Eso

fue antes de morir, te lo digo. Para poner fin al sufrimiento de los que

agonizaban en la cruz. Debía

de ser buena persona, ese soldado.

—¿Tú también eres buena persona?

—Sí, a eso me refiero.

—Entonces, ¿puedo levantarme ya?

—Puedes. También puedes quitarte la chaqueta y arremangarte, tenemos mucho que hacer.

Karl Heidemann había dado con el objeto de su búsqueda. Exaltado, observó cómo abrían el

corzo, cada movimiento de las manos, cómo Hubert Oberwaldner y Gerwald Lamprecht se

llevaban su botín a Jettenbrunn, al principio orgullosos, con el tiempo cada vez más cansados.

—¡Cómo pesa la bestia!

—Puedes estar contento de que no fuera un ciervo.

De noche, Karl Heidemann vio mucho más.

Al principio estaba bien escondido, oculto entre los montones de leña y

las conejeras, delante

de él el cobertizo bien iluminado de la fonda. Sin embargo, la atracción era demasiado grande.

Observaba a través de la ventana, impulsado por el afán de aprender, con la mirada puesta en la

presa de caza menor colgada de un gancho. Memorizó cada gesto, la secuencia, los imitó en

silencio, los pasos, los movimientos, sin horror, sin extrañeza. Cómo los despellejaban,

les

quitaban las tripas, separaban la carne. La mayoría eran conejos, faisanes, patos silvestres.

Siempre era tarde, cuando el trabajo daba una tregua a Hubert Oberwaldner y oscurecía en las

estancias, en su casa, hasta que la respiración tranquila del matrimonio que dormía, el crujido de

la cama, el chirrido de la rejilla penetraban en la noche desde la

ventana, allí donde solo Karl

podía oírlo. Una noche salió de detrás del cobertizo, corrió el pestillo a un lado y entró.

Descolgó uno de los cuerpos del gancho sin grandes esfuerzos, era abrumadora la multitud de

sombras rojas, de las más claras a las más oscuras, casi negras, la carne aún estaba caliente. Solo

quería meter una mano en las profundidades del cadáver vacío y llenar el hueco donde

normalmente ejercía su tarea diaria el motor de la vida: el corazón.

Ese punto en medio de su propio cuerpo, que desde su nacimiento jamás había dejado de

producir ruido, lo atormentaba hasta que noche tras noche caía en un breve sueño, anestesiado por

el dolor. Era el sitio donde debía de residir aquello cuya búsqueda a menudo requería toda una

vida: el amor.

A partir de entonces no dejó de ir al

cobertizo.

25

Cinco

El rastro era abominable. El cuchillo de filetear había desaparecido, todas las conejeras de la

fonda estaban abiertas, vacías. Delante, en el suelo, dos de sus animales, agotados, demasiado

apáticos para por lo menos moverse de una esquina a otra, demasiado tercos para acabar en el

plato. Ahora estaban en la hierba, todo pellejo, como si estuvieran acurrucados como una pareja

de amantes. Cada uno con una puñalada en el corazón. Precisa. Hubert Oberwaldner fue a buscar

su escopeta de caza. Sabía adónde ir.

Poco después se oyeron los gritos de dos hombres dispuestos a todo: Gerwald Lamprecht,

recién salido de la cama, también sostenía un arma. Un arco, tenso

como sus nervios. Acusaciones

por un lado. Ni una concesión, ni una transigencia por el otro. Solo había rabia, ira. Él no, nunca:

—¿A mí qué me importan tus animales, y qué te pasa con Hedwig? ¡Vete al infierno!

Desvelados por el ruido, los lugareños salieron delante de sus casas y lograron que regresara

la calma. Fue temporal. Al cabo de unos días había rastros de sangre en las calles. Un chucho de

tres patas, un gato roñoso. El corte estaba hecho al milímetro, era un trabajo limpio, el cadáver se

guardaba con cariño, decorado con flores, hierbas, césped.

El rastro, como pronto advirtieron, llevaba al bosque. Perdices con las alas paralizadas, un

zorro enfermo, todas imágenes de la muerte. Terror rodeado de elegancia, era casi bello. Pistas

hasta la orilla del río. No encontraban una explicación, no

sabían si empezaba en el pueblo,

llevaba al agua y luego regresaba o si empezaba y terminaba en el estanque.

Había llegado el mes de junio y Jettenbrunn estaba sospechosamente vacío. En cambio la

fonda estaba llena. Y justo allí se encontraban por fin posibles respuestas, de manera

completamente casual:

—¡Pronto hará cinco años!

—¿De qué?

—De toda esa muerte. La muerte de Veronika, de Charlotte.

—Entró en el agua un 20 de junio, ¿verdad?

—¡De aquí a cinco días, exacto!

Con la aparición de la posadera Hedwig Oberwaldner todo ese aire casual llegó a su fin de

repente, igual que la engañosa calma de los últimos años.

—Cinco —soltó—. Su número

favorito. ¿Os acordáis de la cadena, de la estrella?

Se acordaban. Era imposible no recordarlo, y gracias al efecto esclarecedor del alcohol, de

repente se pusieron a interpretarlo: el pentagrama, la estrella de cinco puntas, un símbolo de

protección originario del cristianismo, el pie del druida como remedio contra los fantasmas, los

espíritus, los demonios. ¿O también

era algo satánico? Incertidumbre.
Cinco, ¿qué más? Cinco

elementos: agua, fuego, tierra,
madera, metal; cinco continentes, ¿o
son seis?; los cinco sentidos,

¿o hay más? Más licor, en todo
caso, a poder ser de manzana,
brindemos. La manzana tiene justo

cinco partes, dentro se alojan las
semillas. Semillas que si se ponen
bajo tierra, brotan, brindemos

otra vez. ¿Para expulsar qué? ¿El
mal, quizá?

Cuanto más se prolongaba la noche, con más generosidad corría el licor, y el amuleto que se

balanceaba en el cuello de Charlotte, irrelevante, regalo de una mano adulta, como casi todos los

vecinos del pueblo tenían en forma de cadenita con un ángel protector, se acercaba cada vez más a

un signo demoníaco. De pronto se acumulaban las preguntas: ¿serían ciertas las historias que

contaba el doctor Hofstätter? ¿Era

real esa luz ascendente?

—No olvidéis el poder de la mente
—expresó en voz alta sus
preocupaciones Hedwig

Oberwaldner.

—¿A qué te refieres?

—Que no tentéis al diablo, a eso
me refiero.

Demasiado tarde: las semillas
caídas en el caldo de cultivo de las
noches en vela empezaron a
dar fruto. ¿Y si Charlotte

Heidemann había decidido, cinco años después de su muerte, ampliar su

radio de acción y salir del estanque?

¿Y si los cadáveres de animales no eran más que malos presagios que a la larga no se

limitarían a gansos, zorros y conejos muertos?

Una macabra sospecha corrió como la pólvora, partiendo de las mesas de tertulia, y se originó

una primera desazón sobria. Un malestar que no era capaz de adivinar ni de lejos la magnitud de lo que realmente se avecinaba.

No era un muerto viviente quien hacía de las suyas de noche, sino un niño.

Un niño lleno de amor, que salía de noche por los caminos que conocía, casi en silencio,

reflexionaba sobre todo, consciente de la presencia de los demás mucho antes de que él mismo

pudiera divisarlos. Olfateaba, escuchaba, con una gran calma en su interior, un cuchillo en la mano y ropa oscura en el cuerpo. Ponía rumbo al estanque para, una vez terminado el trabajo,

desaparecer en el fondo y limpiar las manos, los brazos, la cara, el cuchillo, todo ensangrentado.

Un cuchillo oculto en el bosque, bien escondido en el tronco parcialmente hueco de un viejo abeto.

Ningún animal retrocedía, solo sentían cercanía. Ni un graznido, ni un ladrido, ni un bufido, ni

siquiera cuando los tocaba. Karl Heidemann los miraba a los ojos tranquilos y les provocaba la

muerte, eliminaba el sufrimiento, ofrecía la liberación en vida. Era un asesino, un intermediario.

Solo una cuchillada, felicidad indolora. Los resortes de la vida paralizados. Liberación del amor,

fuera sus ataduras: directo al

corazón. Karl oía los latidos, por todas partes, como si le hubieran

concedido un don, podía indicar el camino a su mano a ciegas, hacia el latido. Practicaba, una y

otra vez, cómo abrirse paso en la carne y la sangre. Así se sentía más tranquilo, conectaba con su

interior, oía las palabras que tenía grabadas desde el entierro de Charlotte: «Un hijo siempre está

en el corazón de una madre. El amor nunca muere».

Entonces llegó el quinto aniversario de su muerte.

26

El acto de amor

Veinte de junio, 1999, domingo. El cielo estaba nublado, hacía bochorno. Una llamada de

teléfono temprano, a primera hora.

—¿Como siempre? Eso significa a primera hora de la tarde. ¡De acuerdo!

Hacia las cuatro de la tarde llegó el

automóvil y los abuelos Auböck entraron en la casa.

Amargados, habían envejecido muchos años. Apenas habló nadie durante la merienda:

—¿Cómo va el trabajo?

—Sigo en la fábrica de acero.

—Y qué, ¿ya aprende algo?

—¿Quién?

—Karl. ¿Aprende algo, o sigue todo el tiempo en casa?

—Aprende en casa, con Alois.

—¿Y qué aprende?

—¿Más café?

—No, gracias.

—¿Por lo demás estáis bien?

—¿Cómo quieres que estemos, Johann? Vamos tirando. Hoy hace cinco años.

—Cómo pasa el tiempo.

—A veces no lo suficientemente rápido. Gracias por el café.

Y se fueron, como siempre con un ramo de tulipanes blancos en la mano, atravesaron el pueblo

sin saludar en dirección al cementerio, se encontraron con el médico de familia en la calle y como

mínimo tuvieron palabras para él, delante de todo el mundo:

—Que Dios le maldiga, Hofstätter.
¡Para toda la eternidad!

Habría sido mejor no pronunciar esas palabras.

Al cabo de un rato, Karl también salió a la puerta, como siempre, presente e invisible al

mismo tiempo. Se sentía con ímpetu, movido por una profunda compasión. Los campos estaban

altos, lo suficiente para huir de todas las miradas. Su decisión de hacer el bien era firme, ahora se

trataba de llevarla a la práctica. Ya llegaría el momento oportuno.

Partió en dirección al estanque, por primera vez de día, con un bote de

pepinillos en la mano y

dos cuchillos en la pretina del pantalón. Había una vida que buscaba consuelo y debía hallar la redención.

Una liberación como la que en ese momento experimentaba el cielo, como esa lluvia

torrencial. Una lluvia muy copiosa, como si quisiera arrasar con toda sombra de duda.

—¡Entra en casa, por favor!

Oyó al fondo la llamada de su padre, que lo buscaba por el pueblo. Johann Heidemann tendría que esperar.

A diferencia de Karl, que, mientras aún se preguntaba si lograría llegar a su destino con semejantes circunstancias adversas, los oyó llegar.

Chorreando, con los hombros caídos, salieron del bosque, pasaron por delante de la orilla del estanque, justo por donde Charlotte

entró en el agua, y dejaron las
flores sobre la superficie

erizada:

—¡Es tan injusto, Heinrich, tan
injusto! Prométeme que tú no me
dejarás también,

prométemelo.

Tulípanes blancos, azotados por las
gotas pesadas que caían.

Karl salió de los arbustos, podría
haber andado a pisotones, podría
haber dado palmadas a

cada paso y aun así no le habrían oído por culpa de la fuerza de la lluvia. Ahora se hallaba

indeciso tras el muro de la capilla de Santa María, esperando el momento oportuno.

—¡Vámonos!

Los abuelos Auböck se dieron la vuelta. El abuelo dedicó unas palabras de cariño a su esposa.

—¡Ven, angelito, vamos a refugiarnos!

Entraron en la capilla, dijeron unas

palabras, los dos las mismas,
monótonas, al unísono:

«Dios te salve, María».

Karl agarró con más fuerza los dos
cuchillos que tenía en las manos y
entró en la capilla.

«Llena eres de gracia».

Delante de él, dándole la espalda,
estaban sus abuelos, hombro con
hombro, cogidos de la

mano, con la cabeza gacha.

«El Señor es contigo».

Karl cerró los ojos, se dejó guiar solo por los latidos de los dos corazones pese a la intensa

lluvia. Los latidos casi iban en consonancia, como las voces, como si le llamaran.

«Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores».

Sus manos se abrieron camino a ciegas, a la vez, guiadas como si fueran instrumentos de un

poder superior.

«Ahora y en la hora de nuestra

muerte, amén»).

Día de felicidad.

27

El grito

Las losas de mármol color arena de la capilla de Santa María aparecieron teñidas de rojo. Las

hendiduras eran como riachuelos, pequeños arroyos cuyas aguas púrpuras desembocaban en el

suelo de grava inundado por la lluvia y allí se perdían, de color

rosado. El rostro pétreo de la madre de Dios lucía una sonrisa apacible, como siempre. Delante, la viva imagen del amor

infinito, de una belleza espeluznante: Gertraud y Heinrich Auböck de la mano. Muertos. Boca

abajo, mirándose, rodeados de tulipanes blancos, empapados. Nadie que contemplara aquella

escena, por muy espantosa que fuera la imagen, podía quitarse la sensación de que esas dos

personas ahora formaban parte de lo que el anhelo terrenal denomina paraíso.

Aquella impresión fue fugaz, pues en primer lugar debían encontrar al asesino, y en segundo

lugar no podían quedarse así.

La policía fue responsable de ambas cosas. Los hombres que los manejaron descubrieron un

horror de unas dimensiones impensables. Cuando le dieron la vuelta a Gertraud Auböck, por

debajo del tórax apareció una profunda abertura, solo en ella. Faltaba algo. Algo que a una madre que había perdido a su hija ya le habían arrebatado en vida: el corazón.

En vista de la histeria que se desató, el agente quiso aclarar algo:

—¿Por qué no me avisaron antes? ¡Por ejemplo cuando aparecieron montones de animales

muertos! Tal vez podríamos haber evitado algo. En todo caso ahora no

nos aporta nada esa

absurda teoría de fantasmas. ¡No vivimos en la Edad Media!

Horst Schubert, el agente que había acudido al lugar de los hechos, perdía el tiempo. Un

hombre que gracias a su aspecto físico para los habitantes de Jettenbrunn era más un inquisidor

general que un salvador, la encarnación del horror que se estaba produciendo.

El tiempo parecía descontrolado,

miraban atrás, asolados por la idea de una vida, como

personas que oficialmente creían en hombres lobo, vampiros y brujas, en la caza salvaje nocturna.

Apenas se ponía el sol ya estaban cerrando las claraboyas, las puertas, los postigos, se quedaban

en casa, escondidos de la bestia que los rondaba, Charlotte Heidemann.

Al ver el grado de histeria, Horst Schubert se sintió obligado a dejar

folletos por las rendijas

de las puertas con información sobre dónde encontrarle, pues la precisión de los cortes revelaba

algo con toda certeza: no había ningún espíritu, sino un experto, una persona con experiencia en

matar, probablemente un cazador, un carnicero, tal vez un veterinario, y en esa zona no había

tantos.

Surtió efecto, fue como si aquella nota devolviera a los lugareños a la

realidad, de carne y

hueso. Enseguida lanzaron la caña a las aguas de la realidad en busca de explicaciones. Eran

aguas turbulentas, ya conocidas. Cinco años antes ya habían identificado a un asesino. No fue declarado culpable, pero la injusta sospecha permanecía como un estigma.

—¿Un cazador, carnicero, veterinario? ¿Por qué no un médico de familia? —recordaron

rápídamente las palabras que corrieron por Jettenbrunn del difunto abuelo Heinrich Auböck:

«Que

Dios le maldiga, Hofstätter. ¡Para toda la eternidad!».

Así que de nuevo el doctor Hofstätter.

¿Estaría practicando un juego, asesinaba y luego le colgaba el sambenito a una muerta?

Como si una espina fina hubiera rozado la piel hinchada y tensa de

una úlcera ardiente, todo

estalló y una ira desaforada inundó el idilio de los habitantes del pueblo.

Una úlcera como la sufre todo el mundo, se desarrolló durante la noche, se llenó de veneno

cuando la búsqueda cayó en la desesperación, al no encontrar explicación, y solo quedó una

salida: encontrar a un culpable, un cabeza de turco que llevar al patíbulo como representante de la

propia ignorancia.

La presencia del agente Horst Schubert ya no intimidaba, acosaban al doctor Hofstätter con todo descaro, sus intentos de huir eran inútiles, como sus explicaciones:

—¿Por qué demonios iba a matar yo a dos ancianos, o a dos mujeres antes? ¿Por qué? Y si

fuera yo, ¿por qué sigo aquí? ¿Aquí, en este nido de víboras? ¡Miraos a vosotros mismos! A lo

mejor Charlotte no entró en el agua por mi culpa, sino por vosotros. ¡Oídme, por vuestra culpa!

Pronto cerró su casa, el médico creó barricadas desde el interior del miedo que tenía. Con razón.

En medio de ese alboroto estaba Karl Heidemann, con un gran dolor de cabeza, irritado. Por mucho que con tanto tumulto sintiera el impulso de huir, se sentía atraído por todo el alboroto, casi

impotente. Incrédulo, observaba el jaleo a cierta distancia del viejo roble, oía al médico que

gimoteaba en su casa y sabía quién estaba preocupado, pues aquella ira incalculable podría

cambiar de rumbo con brusquedad como un tornado. Hubert Oberwaldner, por ejemplo, que era cazador, era una de las voces más potentes de la manada delante de la casa del médico.

Bestias, eso le parecían a Karl,

monstruos, ciegos ante la felicidad, incapaces de alegrarse.

Hipócritas, estafadores, llamaban camposanto al último lugar de reposo de los difuntos y no veían

la santidad en los muertos, el regalo obsequiado a sus abuelos. ¿Por qué? ¿Qué tenía de malo?

Habían regresado a casa sin dolor y juntos, no hubo un superviviente solitario, ni largas

enfermedades en soledad, tuvieron el final deseado, igual que el viejo

Daxberger sin su Adele,

como su padre Johann sin su Charlotte, que seguía ahogando las penas en el alcohol.

Su padre, tanta conmoción no le había permitido entregarle lo que también merecía.

Su padre, que ahora quería encontrarle.

—¡Karl, entra en casa!

Tuvo que atravesar el pueblo delante de todo el mundo, como un desterrado.

—¡Por tu culpa estamos todos así, Johann, por tu culpa! ¿Me oyes?

Pero Johann seguía andando.

—¡Karl, nos vamos!

—Tú trajiste a Charlotte aquí, tú. Todo empezó con ella. Con ella y con el niño.

Un roce, una mano estirada hacia su padre, un leve empujón, suficiente para hacer que Johann

Heidemann tropezara y cayera en el polvo. Acto seguido, sin decir palabra, emprendió de nuevo

el camino hacia su hijo.

Era un niño grande, de dieciséis años, que parecía inmóvil pese a que se estaba librando una

batalla en su interior: estaba conmocionado. Tenía los hombros ligeramente elevados, los brazos

estirados hacia abajo, los puños cerrados, la cabeza roja, las fosas nasales infladas, la respiración

cada vez más agitada, más ruidosa.

Karl solo veía caras de odio alrededor, del recelo pasaron a la

mueca. Él ya les había dado una capa de belleza en casa, lápiz sobre papel, los ojos cerrados, una eterna duermevela.

Toda esa rabia, todo ese odio tenía que acabar.

Los vecinos de Jettenbrunn esta vez se quedaron boquiabiertos, con los ojos desorbitados. El

chillido penetrante que profirió Karl fue de tal fuerza y violencia que de repente cesó cualquier

otro griterío y todos se taparon las

orejas. El tono era agudo,
estridente, como un chirrido
cortante,

lacerante, como si pudiera
atravesar la piedra y el hierro. Y no
tenía fin. Karl gritó sin parar, hizo

que todos huyeran, gritó hasta que
el insoportable dolor hizo que
apareciera sudor en la frente,

lágrimas en los ojos, fundido a
negro y se desmayó, se quedó
inmóvil hasta que su padre corrió a

la casa del médico:

—¡Albrecht, te lo suplico, por favor, tienes que ayudarme!

El doctor Hofstätter no lo dudó ni por un momento, al ver la gravedad del peligro.

Gerwald Lamprecht tampoco dudó un momento, pese a la magnitud de su odio. Igual que

Hubert Oberwaldner. Así que los rivales, casi enemigos, llevaron junto con Johann Heidemann a

un niño inconsciente hasta su habitación.

Regresó la calma a Jettenbrunn.

Por lo menos durante unas horas.

28

La fiebre

La mano que se posó sobre la frente de Karl estaba fría. Fría y temblorosa.

—¡Tiene fiebre muy alta! —dijo el doctor Hofstätter.

—¿Será la gripe de verano? —dijo Alois Daxberger.

—¿Será de los nervios? —dijo Johann Heidemann. No había nadie más presente.

Lo que vieron los tres hombres les inquietó. El estupor de Karl, la falta de apetito, los labios

secos, la piel enrojecida, el cuerpo tembloroso, cada vez más tenso; todo eran síntomas de una

elevada temperatura en el cuerpo, pero no de una enfermedad. No tenía la faringe irritada, ni tos,

ni estornudaba, ni había indicios de

inflamación en los ganglios linfáticos, nada.

—¿Qué tiene? ¿Está muy enfermo?

—La preocupación del padre.

—La fiebre por sí sola no es una enfermedad, Johann. La fiebre es ante todo una función

protectora del cuerpo. Así que la pregunta es: ¿de qué tiene que protegerse el cuerpo de Karl? Tal

vez está desbordado por algo, necesita tranquilidad, retiro, y su cuerpo le está forzando a hacerlo,

con todas sus fuerzas. En todo caso tiene que recuperarse.

En vista de que Karl cada vez estaba más débil, cada vez más agotado, el doctor Hofstätter

superó sus miedos y atravesó el pueblo, sumido en una engañosa calma, hasta llegar a su consulta

para recoger más instrumental.

Cuando regresó sano y salvo, le extrajo sangre, le puso un gotero,

le dio un medicamento para bajar la fiebre, le puso compresas frías. Los

tres hombres no se

apartaron ni un paso del chico, y por primera vez fueron testigos de un acontecimiento asombroso:

Karl habló. En susurros, siseando en voz baja, pero habló.

Con los ojos cerrados, tal vez dormido. Quizás estuviera en otra dimensión, su cuerpo se

estremeció, se le movieron la cabeza, los labios, las cuencas de los ojos, ocultas bajo los

párpados. Le caía sudor por la

frente, saliva de las comisuras de los labios, mascullaba las

palabras, de origen y contenido desconocido.

Luego se quedó en silencio, igual que los tres hombres. Tres hombres solitarios unidos de

pronto de una forma extraña por un adolescente que luchaba con o contra sí mismo. La breve visita

del agente Horst Schubert tampoco logró separar al trío:

—Desaparezca, el chico está muy

enfermo y necesita reposo absoluto.
¡Haga sus preguntas

mañana! —tomó la iniciativa el
doctor Hofstätter.

—Entonces mañana —fue su
respuesta, que sonó a amenaza.

Mientras la oscuridad se cernía
despacio sobre los tejados,
mientras en las casas de la

población se cerraban los postigos
y se pasaba el cerrojo en las
puertas, mientras cambiaban de

ropa y alimentaban a un niño

empapado en sudor en sueños, se hizo tarde.

Tan tarde que Karl se durmió, tranquilo, por lo menos a ojos de sus cuidadores. Tarde

finalmente para que Alois Daxberger se recogiera en su salón, el doctor Hofstätter en su consulta y

Johann Heidemann se sentara delante de una botella de vino.

Pronto todo Jettenbrunn estuvo dormido.

Y Karl despertó.

La lucha interna ya había pasado.

Ahora sabía qué hacer.

Un grito, en plena noche.

Fuego. Hedor. Alguien fue el primero en verlo, en olerlo, salió corriendo a la calle, alzó la

voz, desesperado, arrancó a todo el pueblo del sueño.

Delante de casa del médico yacían cadáveres de animales empapados en alcohol. Se alzaba un

humo oscuro que pasaba junto a las

ventanas, detrás el doctor Hofstätter. Tenía el rostro

desencajado del pánico, el miedo a lo que pudiera pasarle, a un posible linchamiento.

—¡Albrecht! —gritaron su nombre, personas sin horcas, sin palas, guadañas ni fusiles, pero

con una actitud parecida. Gente en pijama y camisón que contemplaba horrorizada la fachada de

su casa—. ¡Albrecht, mira!

Entonces salió, vacilante, con un

revólver en la mano para
protegerse, vio los brazos

extendidos que señalaban un punto
detrás de él, se dio la vuelta y se
quedó helado, dejó caer el

arma, los hombros, la cabeza.

Las letras eran rojas. Rojo sangre,
escritas con las manos. En
mayúsculas, como el canto del

mochuelo: Ven conmigo.

—Has sido tú mismo.

—Has matado a todos esos

animales.

—¡Y ahora has ensuciado la pared para poder seguir propagando tu cuento de viejas, solo

para hacernos creer que ha sido Charlotte! —Se rompió definitivamente la tensión, que se había

vuelto insoportable. Se descargó sin reservas, pues Horst Schubert no se opuso. Así que no se

impuso la ley, ni el sentido común, solo el arma del doctor Hofstätter.

—Desapareced. No creeréis de verdad que...

La ira de la multitud fue en aumento.

—Dispara, tranquilo —soltó Gerwald Lamprecht—, así por lo menos matarás con testigos, miserable cobarde.

—Y no engañarás.

—Ni meterás más miedo.

—Tenéis que creerme. —El doctor Hofstätter cayó sobre las rodillas

—. No he sido yo.

Como si el viento quisiera señalar el camino, hizo que los penachos de humo que olían a carne

y sangre quemadas, a piel y alcohol, se desplazaran por encima de las cabezas de los vecinos

hacia fuera del pueblo, en dirección al estanque.

—Entonces demuéstranoslo. —La decisión estaba tomada, a propuesta de Hubert

Oberwaldner—. ¡Haz lo que dice

aquí!

Se hizo un silencio sepulcral, solo se oía el crepitar de las llamas, ni una tos, ni un carraspeo.

Finalmente el destino siguió su curso.

—Exacto. Entra en el agua, delante de nosotros.

—Si no has sido tú, Charlotte te atrapará.

Alois Daxberger estaba inmóvil en su silla de ruedas, tras él Johann Heidemann, delante la

multitud reunida en torno al médico.
No podía creer lo que estaba
oyendo y viendo.

—¡Al estanque con él, al estanque
con él! —gritaban, pero a oídos del
anciano sonaba a

«¡crucifícalo, crucifícalo!».

Por un lado el condenado por el
pueblo, por otro sus esbirros. En
realidad eran más bien una

panda de desesperados,
desalmados que agarraron al
médico por los brazos flacos y lo

zarandearon entre el griterío, los insultos. El doctor Albrecht Hofstätter se levantó por sí solo, se sacudió el polvo de los pantalones del pijama, se colocó bien el cuello de la parte de arriba,

como si fuera la americana de su mejor traje, y se puso a andar en silencio. Detrás, como años

antes en el entierro de Charlotte, el séquito, el pueblo entero, hombres, mujeres, ancianos y niños.

Solo faltaba Karl, y aun así hacía

tiempo que estaba entre ellos.

—Yo prefiero ahorrármelo —dijo Alois Daxberger, y Johann Heidemann lo llevó a casa.

Detrás, el éxodo de los habitantes de Jettenbrunn hacia el estanque iluminaba la noche, enojados, vociferando.

El padre se dirigió presuroso a su casa, a ver a su hijo. Echó un vistazo rápido desde fuera a

la oscuridad de la habitación infantil. Vio un bulto en el edredón.

Karl estaba acurrucado debajo,
durmiendo, supuso Johann
Heidemann, y siguió las luces.

29

La mirada

Las antorchas ardientes iluminaban
la noche, un ejército amenazador y
silencioso marchaba en

dirección al bosque y proyectaba
sombras en el sendero. Sombras
que se deslizaban de aquí para

allá como un ballet mudo casi en

sintonía, hasta que las luces desaparecieron tras los árboles. De vez en cuando se veía un rayo deslumbrante, finalmente solo el reflejo apagado sobre las cimas y el pueblo quedó desierto.

Desierto salvo por Alois Daxberger, que se había quedado. No para ahorrarse nada, al

contrario: Alois Daxberger quería verificar una sospecha. Hacía mucho tiempo que conocía al

chico, era como su propio hijo.

Se dejó caer de la silla de ruedas al suelo, como cuando Karl aún se escondía en el sótano,

pequeño, indefenso, gritando, y salió a rastras de la casa. Como entonces, uno de los padres se

había ido, pero esta vez no se había quedado en casa el niño, tranquilo de repente, esta vez no

había nieve en el prado para bajar los escasos metros que llevaban a casa de los Heidemann, era

otro momento, también para Alois

Daxberger, que había envejecido y estaba decrepito. Le dolía la

espalda, hacía tiempo que se notaba la edad en la fuerza de los brazos y los músculos del torso, el

corazón apenas le dejaba avanzar físicamente. Por un momento, cuando descendía el prado, le

pareció oír la voz de su hermano como cuando era un niño: «¡Más rápido, Alois, más rápido!» y

tras él la de su madre: «¡Cuidado, niños, cuidado!», pero la voz que

oía en su interior era más

fuerte: «Pronto llegará el momento de volver a casa».

Subió a duras penas hasta el umbral de los Heidemann, abrió la puerta y dijo:

—Karl, ¿estás ahí? —Se arrastró por el vestíbulo, el salón, hasta llegar a la cama de Karl,

retiró la manta, la dejó en el suelo y rompió a llorar. Amargamente.

Recordó los campos de

batalla y los chicos caídos ahí

como si los tuviera delante. Como suponía, todo era igual de cruel, igual de doloroso.

Alois Daxberger empleó las últimas fuerzas en arrastrarse hasta un rincón de la habitación infantil.

Amarillas, naranjas, las antorchas brillaban en la superficie lisa, como si quisieran rodear el

agua tranquila y darle calor. Desde fuera el ambiente era casi de recogimiento. Un grupo de

personas reunidas en una noche suave de finales de verano, en la orilla de un estanque, todas con ropa ligera, en silencio, esperanzadas. Sin embargo, entre la multitud el ambiente era sofocante.

El doctor Albrecht Hofstätter se separó de la fila espontáneamente, se acercó al borde del

estanque, no había sombra de duda en sus pasos, se desabrochó la camisa, los pantalones, se quitó el pijama. Por un momento se

quedó de espaldas a sus
torturadores en la grava, desnudo,
indefenso e íntegro al mismo
tiempo. La postura era casi de
orgullo.

Luego avanzó hacia su destino,
puso un pie delante del otro con
cuidado hasta que el agua le

subió por encima de los hombros y
empezó a nadar, de forma regular,
contenida.

Sin embargo, nada en su interior
estaba tranquilo. ¿Qué pasaría a

continuación? Dentro o fuera

de la orilla, daba igual, en todas partes había solo incertidumbre, amenazas. Cada movimiento de

los brazos y las piernas era una lucha, pasó por el cañizo, por encima de las plantas acuáticas que

llegaban a la superficie. Las hojas le rozaban las piernas, tal vez fueran peces. Dibujando círculos

cada vez más grandes, empujaba su cuerpo que se deslizaba en el agua, cada vez más lejos de las

antorchas, hacia la oscuridad.

Entonces se hizo la luz. De la nada, delante de las narices de los vecinos de Jettenbrunn, justo debajo del doctor Hofstätter.

Un murmullo se extendió entre la multitud, el cuerpo del doctor Hofstätter se estremeció. No

tuvo tiempo para lanzar un grito de socorro, para chillar. Ninguno de los presentes se atrevió a

decir una palabra, ni a dar un paso. Despacio, como si una bestia

abandonara las aguas y tuviera a su víctima en el punto de mira, los lugareños retrocedieron.

No emergió nada, desapareció el médico, de un tirón, con fuerza. Solo se veía la luz que

surgía del fondo, inmóvil. Los hombres abrazaron a las mujeres, las madres a sus hijos, con la

mirada fija en la luz. Una luz que se fue volviendo cada vez más débil.

—¡Basta! —rugió Johann Heidemann, que salió corriendo sin

quitarse la ropa—. ¿O de

verdad queréis creer en un fantasma?

—¡Johann, no! —le gritaron por detrás, seguido de un—: ¿Quién va a ser si no? Si es

Charlotte, esperemos que no le haga nada.

Johann nadó lo más rápido que pudo hasta la luz que se apagaba y se sumergió en el agua.

Delante de él el cuerpo inerte del médico que se hundía, dejando una

estela. Surgía del pecho

y se perdía: sangre.

Johann quiso ir tras él. Entonces el rayo de luz apuntó hacia él, a la cara. Fue solo un instante,

con decisión. De pronto la oscuridad. Ciego tras ser deslumbrado, Johann se adentró rápido en las

profundidades, pasó de largo la inmovilidad del doctor Hofstätter, su mirada imperturbable, el

corazón atravesado, sus piernas,

siempre hacia la luz que acababa de extinguirse, buscando.

Debajo no había más que oscuridad, vacío. No se veía nada. No palpaba nada. Entonces se quedó

quieto, moviendo los brazos, se enredó en una cuerda que se extendía hacia abajo, tensa. Johann se

puso a tirar de ella, sin parar, pero no emergió nada desde abajo, sino que descendió desde arriba.

Tiró hasta que el cadáver del médico se acercó a él, hasta que tuvo la certeza física de que

necesitaba una pausa, tomar aire. Así que regresó. Encima de él se hallaba la superficie del

estanque, clara, casi apacible. La luz difusa de las antorchas iluminaba la noche.

Una luz ante la cual apareció despacio, alerta como un pez depredador, una mancha oscura y amenazadora.

Johann no estaba solo.

Nada era propio de un pez: brazos, piernas, una cabeza, un cuerpo.

Tampoco nada recordaba a

Charlotte. No tenía el cabello largo, ni era de complejión delicada. No tenía el aspecto de un

espíritu, eso lo sabía Johann Heidemann, igual que sabía que necesitaba oxígeno con urgencia para

no topar con la muerte, independientemente de cuáles

fueran las intenciones de esa persona.

Tenía que subir.

Solo quedaban tres metros, dos metros, ante él el intruso silencioso, sus piernas, la barriga,

una cuerda entre los dedos de una mano, un cuchillo de filetear entre los dedos de la otra, un metro

más y vio el rostro.

Johann atravesó la superficie con un bramido.

Se oyó también un grito de alivio entre los habitantes de Jettenbrunn, muy distinto al de

Johann.

—¿Qué hay ahí abajo? —gritaban desde la orilla, pues había vuelto a emerger, solo un poco

para volver a sumergir la cabeza, para confirmar lo que acababa de ver: el tubo de plástico que

llegaba hasta la superficie, las gafas de bucear, las pupilas oscuras, los ojos de su hijo. Johann

mantuvo la posición todo lo que pudo, la mirada y por tanto la conexión con su hijo. Buscaba,

como si quisiera ver en su interior, leer todo lo que ocultaba, la horrible información que

albergaba, la respuesta a todas las preguntas: ¿por qué? ¿Quién más? ¿Los abuelos, Veronika

Lamprecht, incluso su propia madre?

Sin embargo, no vio más que bondad, buenas intenciones. Ni

rastró de terror, de locura, de vergüenza, de arrepentimiento. Ni un solo indicio de conciencia de haber hecho algo horrible.

Johann Heidemann, en cambio, sentía confusión, dolor, sofoco. El tiempo que pasaron juntos bajo el agua llegó a su fin. Igual que fuera del agua.

Aquel final implicaba un principio, sin magia.

En cuanto llegó a la orilla, hubo movimiento entre los vecinos del

pueblo. Todos querían

oírlo: ¿qué, quién, cómo?

No hubo respuesta, solo el silencio de un rostro petrificado. Un semblante que de pronto había

envejecido, pálido, enjuto, con profundas arrugas. Fuera lo que fuese lo que Johann Heidemann

había visto, debía de ser terrorífico, de eso estaban seguros. Se armó un gran jaleo, se pusieron a

hablar, mientras Johann Heidemann

se sentaba abatido en la orilla y miraba el agua oscura en silencio.

Pronto lo supieron sin necesidad de explicaciones: ¿a quién podía haber visto un hombre

conocido en el pueblo por ser aconfesional, que no iba a la iglesia, y que al salir del agua y con el

rostro ceniciento se santiguó delante de todo el mundo? Los lugareños se quedaron atrapados

por

esa imagen, y al mismo tiempo sintieron un gran alivio. Al fin y al cabo, conocían a cada miembro

de esa reducida comunidad personalmente, se podían contar, no hacía falta un gran esfuerzo. Fue

un proceso breve con un resultado claro: todos los vecinos de Jettenbrunn estaban allí. Todos

salvo el viejo Daxberger y Karl, que tenía fiebre. Nadie más se había quedado.

Por tanto, ninguno de los vecinos del pueblo podía ser el asesino.

Aún quedaban los vivos

desconocidos y los propios difuntos.

Lo que hasta entonces solo era una macabra conjetura, una idea vaga, se convirtió en una

certeza. La idea escapaba al sentido común, superaba cualquier contraargumento: allí, en medio

del estanque de Jettenbrunn, los vecinos ya no esperarían pasar

alegres tardes de baño, ni celebrar aperitivos, ni carreras de lanchas neumáticas, ni vivir aventuras amorosas. Solo les esperaba una cosa: Charlotte Heidemann, la difunta que acechaba en el fondo.

30

El dolor

Karl caminó de noche, exaltado, con la mirada paternal aún grabada en la mente. Sentía calor en el corazón. Afecto. Por fin podía

hacer entrega de su regalo.

Al otro lado del estanque se escondió entre el cañaveral al salir del agua, con otro destino en

mente: el hogar. Había conseguido muchas cosas esa noche.

El doctor Hofstätter quedaba libre de toda culpa, del tormento. Tiró de él hacia abajo y

enseguida le clavó el cuchillo en el corazón. Sin lucha, sin dolor, sin que se retorciera.

Liberó a su padre de toda sospecha.

También salvó a su madre del olvido, logró despertarla de entre los muertos en cierto sentido, volverla inmortal.

El camino de regreso fue rápido, una parada rápida en el viejo roble, en cuyo tronco hueco

solía guardar la ropa y el cuchillo. Esta vez, en cambio, era para recoger algo. Tenía la firme

intención de entregárselo a su padre, pues también era suyo.

Durante todos aquellos años, jamás

olvidó las palabras del doctor Hofstätter: «Un hijo siempre está en el corazón de una madre. El amor nunca muere».

Durante los últimos días lo había conservado en un bote de pepinillos vacío, lleno del agua del estanque. Si la frase era cierta, la esencia invisible de Charlotte Heidemann se encontraba en el corazón de su madre Gertraud, así que Karl en cierto modo tenía a su madre, su amor, y la llevó

a casa en las manos como si fuera un tesoro, para poder entregárselo a su padre Johann,

destrozado, que aún lloraba su muerte. Karl Heidemann, sintiéndose realizado, se desvió del

camino entre la maleza, sin notar las espinas de las rosas silvestres en la piel desnuda, ni los

pinchos de las zarzamoras; solo sentía alegría, una alegría desbordante. Como la que invade a un

niño cuando logra crear algo con sus propias manos y es capaz de regalarlo: dibujos, pasteles de

arena, hombrecitos hechos con castañas, farolillos de San Martín. Arde, mi luz, arde, mi luz. Y

ardió, pues finalmente vio su casa frente a él, la ventana abierta de la habitación infantil

iluminada, la realidad. Una realidad que cayó del cielo sobre Karl Heidemann como si fuera una red sobre una mariposa. Las voces

que le llegaban eran claras. El latido de dos corazones, uno

exaltado, el otro débil:

—Llamaré a urgencias, Alois. Vendrán a buscarte, y luego todo irá bien.

—Durante los últimos años vosotros habéis sido mi salvación, y la única ayuda que deseo

ahora ya está llegando. Lo noto.

Un breve silencio, luego continuaron:

—¿No debería volver Karl?

La respuesta de Johann Heidemann fue débil y desconsolada:

—Ni idea. No sé cuánto tiempo lleva deambulando ahí fuera, y sobre todo: no sé qué más está

tramando, Alois. He traído una bestia a este mundo.

¿Una bestia? Karl no lo entendía, perdió el equilibrio, vio cómo se desmoronaba y era

pisoteado el edificio construido en su interior llamado hogar, tuvo que

apoyarse en la pared.

Demasiado rápido, fue una imprudencia.

—¿Has oído eso, Alois? Fuera.

Se oyeron pasos en la habitación, quitaron las mosquiteras tensas en sus marcos de madera,

miraron por el alféizar, debajo del espeso follaje de la hiedra, la oscuridad y, oculto en ella,

contra la pared de la casa, Karl. Ni un movimiento, ni una respiración.

La preocupación de un moribundo:

—¿Ha vuelto?

—No, probablemente era el viento.

Johann Heidemann cerró la ventana y Karl los ojos, concentrado en las palabras que se

pronunciaban en el interior de la casa. La voz del viejo sonó tenue, y aun así con plena

convicción.

—No es una bestia. Es un niño. Y la diferencia entre un niño y los

adultos es que ellos son

capaces de creer en algo con el corazón puro, con entusiasmo y empuje. He visto a niños hacer

cosas muy crueles. Ellos y su pensamiento son moldeables como la masa de pan. No sé por qué

Karl se comporta así, qué le pasa por la cabeza, qué le parece correcto o incorrecto, pero no es por maldad, de eso estoy seguro.

—No importa qué considere él correcto o incorrecto. Solo cuenta

lo que ha hecho, Alois. ¡Tal

vez incluso con Charlotte, su propia madre!

La noche estrellada se cernía sobre los tejados de Jettenbrunn. El calor seguía siendo

sofocante, y el día hacía tiempo que se había extinguido.

Apoyado en la pared tras los frutales en espaldera, Karl se dejó caer al suelo, junto a la

hiedra.

Allí se quedó con los ojos
entreabiertos, procurando percibir
solo el murmullo, el martilleo en
su interior. Quería arrasar, romper,
eliminar las palabras de su padre
en su interior. No lo

consiguió. Penetraban, le
martirizaban la cabeza, lo
atravesaban como flechas. Oyó
cómo Alois

Daxberger lo apaciguaba, su relato,
confesando que hacía tiempo que le
llamaba la atención cómo

el joven había empezado a dedicarse al tema de la muerte de varias maneras, los dibujos de esas personas presuntamente dormidas eran indicios claros. Percibía las voces de los dos, cada vez

más tenues, el silencio que cada vez era más prolongado, el tic tac del reloj, el avance del tiempo.

Estaba exhausto, se sentía pesado. Sentía los brazos y las piernas como cadenas de hierro,

todo el cuerpo se le había quedado

paralizado, como una rueda de
molino incapaz de actuar, de

moverse, daba igual la dirección.
El canto de los grillos era hiriente,
las moscas que se agolpaban

junto a la ventana iluminada
machacantes, las mariposas
nocturnas, las hojas de los árboles

frutales y las plantas trepadoras que
se movían con el viento chirriaban.
Karl sufría. Todo era un

mismo dolor, en su interior y
alrededor.

Así pasó el tiempo, inactivo, sin redención hasta que se impuso la preocupación:

—¡Hans, deberías salir a buscar al chico!

—¿Y dejarte morir solo? Jamás.

—Todos deberíamos morir solos, está bien así, no quiero que sea de otra manera. Llévame a

mi casa. Imagínate que Karl vuelve, me ve y yo, yo estoy ya... —A Alois Daxberger cada vez le

costaba más hablar.

—Me quedo contigo, Alois. Karl se las arreglará ahí fuera, estoy seguro. No será la primera

vez que esté por ahí a estas horas.

—Johann, ¿es que no lo entiendes? No te queda otra elección. Solo dispones de hoy, mañana

será demasiado tarde. Mañana tienes que haberte largado de aquí. Prométeme que te llevarás a

Karl de aquí antes de que pueda provocar más desgracias y de que la gente os cause una desgracia

a vosotros. Pasará, créeme. Y si no encuentras a Karl, igualmente tienes que irte, sin explicar a

nadie que ha desaparecido. ¿Me entiendes? Todo el mundo sabría enseguida que fue él. Todos. Su

vida se echaría a perder. Y la vida es algo valioso...

Se oyó una respiración profunda, prolongada. Luego Alois Daxberger quedó en silencio y

Johann Heidemann estalló. Karl oyó los suspiros de su padre, la

inquietud, las suelas de los

zapatos que rozaban el parquet, como las pezuñas de un caballo atado a una valla, cómo entonaba

una oración. La voz se volvió más enérgica, más intensas las palabras:

—¿Qué tipo de Dios eres que permites que los niños cometan semejantes atrocidades? ¿El

diablo?

Luego se levantó.

El corazón pesaba en las manos de

Karl. El corazón de su abuela.
Pesaba y no tenía sentido.

¿Qué iba a hacer con él?

Si las madres llevan a sus hijos en
el corazón, de todos modos Karl
estaría con su madre,

eternamente.

¿Qué iba a hacer, correr hacia su
padre con los brazos estirados y las
lágrimas que dibujaban

un rastro claro sobre las mejillas
sucias? Su padre no querría nada de
él. Ni el afecto, ni las

lágrimas, ni el corazón. Nadie querría. Nadie lo entendería.

Karl se estaba helando. Notó la calidez y la redención que acababa de producirse en su

habitación, notó lo cariñosa que podía ser la muerte, lo cerca que sentía a Alois Daxberger en ese

momento, como si quisiera dar un rodeo hasta llegar al reino de la muerte a través del niño que

estaba sentado delante de la ventana, pero todo aquello no logró

mitigar su estupefacción.

Algo en su interior también había muerto.

Esperando inmóvil entre las hojas de hiedra, vio cómo Johann Heidemann aparecía por detrás

del canto de la pared de la casa, subía la cuesta, con la cáscara vacía de Alois Daxberger en

brazos y lo vio claro: aunque su padre se pusiera a buscarlo enseguida, no lo encontraría. Nadie lo

encontraría jamás.

Si la infancia y la juventud significaban tener a una persona al lado que le procurara a uno

protección y alimento, alguien que se ocupa de uno y decide por él, que asume la responsabilidad,

en ese momento Karl tomó la decisión de dejar de ser un niño y abandonarlo todo: la casa donde

nació, todas sus pertenencias, una parte de su corazón y el corazón entero de su abuela. Algún

animal se lo llevaría esa misma noche: zorros, tejones, martas, pájaros. Todo es lo mismo, todo es un ciclo.

«¡Corre, ahora!», era la orden urgente que oía en su interior. Solo con la ropa en el cuerpo, los zapatos en los pies, se levantó y miró hacia el borde del bosque.

Irse, con las manos vacías.

No le esperaba nada extraño, nada cuyos defectos y virtudes no hubiera conocido ya. Solo

cambiaría una cosa: la dirección. Una huida sin retorno. Se puso en marcha.

Johann Heidemann lo vio desde la ventana. Había dejado a Alois Daxberger en su cama, le

devolvió la dignidad, le levantó el mentón caído con un trapo y le cambió la ropa, empapada por

la orina que se había escapado de la vejiga. Mientras tapaba con una manta el cuerpo inerte, que

había ganado volumen, como si

fuera un niño dormido, percibió un movimiento por el rabillo del

ojo. Como si fueran sombras chinescas, una silueta salió de la hiedra y se acercó a los árboles frutales.

—¡Karl! —Johann Heidemann lo supo enseguida. Su hijo. No parecía que acabara de llegar, ni

que no hubiera oído la conversación anterior—. ¡No! — atravesó corriendo el vestíbulo,

desesperado, abrió la puerta de

entrada con furia y salió—. ¡Karl!

Se oyó un crujido, madera sobre madera, justo delante de la casa del viejo Daxberger. Decía

su nombre, no a gritos, más bien como una leve protesta. Karl Heidemann se detuvo, se levantó y se dio la vuelta, despacio.

—¡Quédate! —oyó que decía su padre, que procuraba evitar que los vieran, despertar a

alguien en el pueblo.

Pero ningún grito, ningún ruego, nada habría podido cambiar su decisión. Como si lo supiera,

Johann Heidemann se calmó.

Estuvieron un rato uno frente a otro, a distancia y sin embargo lo

bastante cerca para despedirse finalmente. El hijo caminó hacia atrás, despacio. El padre levantó

una mano, despacio. Un gesto breve, impotente, que solo recibió como respuesta el alejamiento.

Era momento de irse.

La separación

Karl Heidemann echó a correr, cada vez más rápido. Al principio corrió por caminos conocidos,

y aun así le parecía que era la primera vez que los pisaba. Visto con otros ojos, con la urgencia de

la despedida, lo antiguo se convirtió en nuevo, como si esa única mirada definitiva quisiera sacar

de lo conocido todo lo que no había

visto hasta entonces.

Karl caminó mientras sus piernas cansadas lo sostuvieron, pasó junto a su roble, cogió el

cuchillo escondido ahí, pasó junto a la capilla de Santa María, pasó por última vez junto a la

orilla del estanque y siguió a través del bosque de Jettenbrunn hasta que se iluminó. Ante él una

amplia llanura, limitada por unas colinas levemente escarpadas, debajo del calvario con las

columnas conmemorativas de la crucifixión de Cristo que llevaban hasta la cima. Y siguió. El

paso rápido pronto se volvió lento, pasó junto a letreros numerados, rotulados, como nunca antes

los había visto. Carteles que parecían indicadores.

1. Jesús es condenado a muerte.

2. Jesús se pone la cruz sobre los hombros.

3. Jesús cae por primera vez bajo la cruz.

4. Jesús encuentra a su madre.

5. Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz.

El caminar de Karl se convirtió en un paso torpe, como si él también llevara una carga sobre

los hombros. Siguió por el sendero tortuoso.

6. Verónica entrega a Jesús el sudario.

7. Jesús cae por segunda vez bajo la cruz.

8. Jesús se encuentra con las
plañideras.

9. Jesús cae por tercera vez bajo la
cruz.

Karl tuvo que parar, la camisa y los
pantalones se le pegaban a la piel,
el pelo a la frente.

Todo su cuerpo era un solo dolor.
Se dio la vuelta sin mover las
piernas y vio Jettenbrunn

iluminado en la oscuridad. Pequeño
y apacible.

10. Despojan a Jesús de la ropa.

11. Jesús es clavado en la cruz.

Karl vio la imagen ante él, el cuerpo apaleado contra los troncos de madera, pero no había

dolor en el rostro de aquel hombre, solo paz. ¿Es que el pintor lo había olvidado, o lo había

eliminado conscientemente? ¿Por qué? ¿Es que para él no existía el dolor? «¡No hay dolor! —

Karl oyó su voz interior—. ¡No hay dolor, no hay dolor!». Siguió adelante, como en trance, solo

miraba la cima, sin aliento, le ardían los pulmones, las plantas de los pies, no estaban

acostumbradas a llevar tan lejos ese cuerpo demasiado pesado.

Todo en su interior le pedía a

gritos que regresara, pero no su voluntad.

12. Jesús muere en la cruz.

13. Bajan a Jesús de la cruz y lo colocan en el regazo de su madre.

14. El cadáver sagrado de Jesús es colocado en la tumba.

No había nada más sobre él, solo el cielo, las estrellas, la vastedad.

Karl, jadeando, se

resistía a la flaqueza, no quería caer al suelo, se mantuvo en pie, temblando, hasta que fue capaz

de respirar lento y de forma regular, de recuperar los sentidos. No miraba atrás, solo hacia

delante, hacia la hoja en blanco que era su futuro.

Luego inició el descenso. Pronto le dolieron las rodillas. La energía de

la salida se convirtió

en agotamiento, el ánimo en desesperación. Le parecía estar en caída libre, como si hubiera

saltado desde el precipicio sin saber hasta dónde llegaba el abismo. Las piernas cada vez le

pesaban más, y una pregunta lo apremiaba: ¿adónde ir? De pronto todos los sonidos habituales

alrededor adquirieron un significado amenazador, y la noche estaba repleta de ellos. Con los

ojos

desorbitados y las palmas de las manos contra las orejas, fue poniendo un pie delante del otro. Por

muy exhausto que estuviera, Karl no se detuvo, como si sus piernas hubieran decidido negarle al

resto de sus partes la pertenencia al cuerpo. Era un estado desconocido para él hasta la fecha. Por

supuesto, si Alois Daxberger siguiera con vida, le habría hablado

de las marchas forzadas, de soldados que se arrastraban con los ojos abiertos y pesadas cargas, como si fueran un engranaje, sin reaccionar a los intentos de persuasión de sus compañeros, que en un momento dado se salían de la fila, se tambaleaban directos hacia los arbustos y caían al suelo con el deseo de continuar entre el ramaje con lo que ya hacía tiempo que habían empezado mientras caminaban: dormir.

Karl era igual. Mientras avanzaba junto a un camino, dio una cabezada un momento, se separó

del sendero y se desplomó en un campo como si fuera una cama mullida. El mar de girasoles que

tenía encima era de la altura de una persona. Cuando las cabezas amarillas, vueltas como para

adorar a su deidad, se inclinaron piadosas de este a oeste, siguió durmiendo.

Durmió mientras el agente Horst

Schubert encontraba el cadáver del doctor Hofstätter y pedía

información a los aturdidos vecinos del pueblo sobre los acontecimientos de la noche anterior.

Durmió mientras su padre, ahora libre de sospechas, era interrogado, luego puso lo necesario

en el maletero del coche y, por lo menos esa fue la explicación, abandonaba el pueblo con su hijo, aún enfermo, para por fin poder

olvidar en algún momento y
empezar de cero en otro sitio.

Siguió durmiendo cuando los
habitantes de Jettenbrunn se
encontraban en la vivienda del

difunto Alois Daxberger velando su
cuerpo.

Entonces, por último, el día llegó a
su fin.

Igual que el sueño de Karl. De
repente, con un dolor agudo. Los
laberintos de su imaginación

eran demasiado intensos, igual que

el hambre y la sed que se desataron de forma irrefrenable. De

pronto estaba muy despierto, tenía una picadura en el antebrazo inyectada en sangre, el rostro

enrojecido por el sol abrasador, el mundo de los sueños había desaparecido, pero ahí seguía el

hambre, la sed. No había nadie a quien poder exigir que le llenara el plato vacío. Ante él, nítido,

el siguiente objetivo de su viaje: la búsqueda de algo comestible y

agua. Tenía que hacerlo rápido.

Rápido y con sigilo, como un depredador. Le preocupaba demasiado ser visto, probablemente por

su padre, que sin duda lo buscaría. Así que siguió adelante, volvió al camino, siempre con la

protección del bosque, cada vez se adentraba más en el campo, su brújula interior le daba una

indicación muy clara: evitar el ruido, buscar el silencio, encontrar

alimento.

32

El jardín del Edén

Se las arregló sorprendentemente bien, agradecido por todo lo que ese final de verano le ofrecía

con tanta generosidad, lo que fluía y crecía ante sus ojos. Arroyos, frutos del bosque, perales

repletos de fruta, ciruelas claudias, manzanas, algo más ácido, peras, avellanas. Karl se alimentó

con avidez como un hámster, como si tuviera que hacer acopio de provisiones, mientras seguía una ruta desconocida, siempre oculto por el bosque, adentrándose cada vez más en el campo.

Cuanto más caminaba, más confianza ganaba gracias a su experiencia con la oscuridad y caminos de caza parecidos, confianza en sí mismo, en el entorno, en su don. Un don que le permitía, además de permanecer

invisible, comportarse como los animales del bosque. Caminó,

casi eufórico, hasta que su cuerpo lo detuvo de improvviso.

El día siguiente, nuboso, lo pasó de nuevo en medio de un vasto campo de girasoles, también

por costumbre y seguridad, pues suponía que nadie iba a pasear entre las estrechas y largas filas

de un campo tan intransitable. Con todo lo amables que parecían las cabezas de los girasoles

hacia arriba, el mundo de debajo era hostil. Allí estaba Karl, sufriendo retortijones. Cuando no estaba tumbado, se ponía en cuclillas con los muslos ardiendo entre los tallos, como si quisiera vaciar del todo su interior, se esforzaba en limpiarse el trasero con las hojas vellosas, y pronto se le irritó, ardía como el fuego. La generosidad del final de verano también emitió su juicio sobre la desmesura. Castigó al voraz con

mano dura hasta que por fin Karl Heidemann se durmió hecho un ovillo durante el resto del día.

Al caer la noche Karl partió de nuevo. Tenía frío, sus andares eran terriblemente lentos, la

temperatura exterior era desagradable, y llegó a la conclusión de que en su estado necesitaba

urgentemente cosas que no podría encontrar si se mantenía totalmente apartado de la gente: ropa,

agua limpia. No tuvo que buscar mucho.

La primera granja que apareció tras las filas de árboles que se iban espaciando le dio

esperanzas. Las habitaciones ya estaban a oscuras, solo se veía la luz azul parpadeante de un

televisor en una ventana. Junto a una de las paredes de la casa había una tubería de agua de jardín.

Solo un tramo más y por fin podría beber.

No sacó nada de allí. El ansia de Karl Heidemann de pasar desapercibido era demasiado

grande, así que cambió de repente de dirección. Salió corriendo de allí, tropezó, cayó, sacó

fuerzas de flaqueza, pero era demasiado tarde. Tras él alguien despertó, se oyó un ruido metálico,

encima los ladridos rabiosos de un chucho que había salido de un pequeño cobertizo. El tono era

agudo, lo desgarraba todo, abrió un

agujero en el silencio. Con la cadena tensa, tirando de ella con

violencia, ahí estaba el animal enojado, enseñando los dientes, con la boca abierta. Luz en el

salón, en el recibidor. Se abrió la puerta.

—¿Qué pasa ahí? ¡ *Riko*, a tu sitio!

Karl caminó, el martilleo que sentía tras la frente era doloroso, un tormento. Se oyó un disparo

como un trueno, un silbido por encima de su cabeza.

—¿Quién anda ahí?

Otro disparo.

—Aquí no vas a encontrar nada más que balas, ¿has entendido? ¡Procura no volver por aquí!

Para entonces Karl ya se había adentrado un buen trecho en el bosque, aún oía los ladridos del perro. Tenía que recuperar fuerzas.

Así que siguió andando, hasta la siguiente granja.

Esta vez fue con más cautela, buscó

con cuidado en la basura alrededor de la casa, tan

tranquila en la oscuridad, en los establos. Solo se oía a los animales, la oscilación de las cadenas

contra los soportes, los gruñidos, los bufidos. En un alféizar había una bolsa con restos de pan

duro. En los establos encontró un saco, mantas viejas, unas botas de goma, ropa de trabajo

colgada de un gancho. En una salita

contigua había estanterías llenas de miel, en medio una

nevera, dentro leche.

Karl sintió agradecimiento, felicidad.

Llegó hasta el siguiente campo grande, esta vez de maíz, y se convirtió en su alojamiento. Allí

se tumbó vestido de azul, como un obrero, tapado con mantas, con los pies envueltos en heno y

metidos en las botas de goma, la cabeza sobre el saco lleno de heno

y botes de miel, masticó con

deleite el pan negro, duro como una
piedra, se quedó mirando el cielo
nocturno, contó los

fogonazos, breves y luminosos, que
veía ante sus ojos, recuerdo de
estrellas hace tiempo

extinguidas, y por primera vez
desde que partió sintió por un
instante algo parecido a la

satisfacción. Se quedó dos días
enteros, además añadió el placer
del huerto de verduras, las matas

de bayas, se refugió en el establo de la lluvia nocturna, cogió una lona de plástico para estar

protegido de la humedad también en el campo, de vez en cuando levantaba un poco la cabeza, vio

por primera vez de día las cimas nevadas a lo lejos, de una de las cadenas montañosas que se

extendían por todo el horizonte, contempló el juego cromático del cielo, sus millones de tonos

azules, pensó historias para la

multitud de formas que adoptaban
las nubes, ballenas, morsas,

barcos, naves espaciales,
unicornios, mamuts, y reunió
fuerzas como si supiera lo que le
esperaba.

33

La oscuridad

La razón tiene muchos enemigos.
No solo el hambre, que es capaz de
hacer que la gente cometa

actos temerarios, desesperados,
sino también la saciedad, maestra

de la seducción. La experiencia de sentirse satisfecho solo lleva a una cosa: a la repetición.

Karl Heidemann quería exactamente eso, aunque sabía que sería mejor para él y su oído

sensible permanecer en silencio, evitar a la gente, tal y como tenía previsto. Pero no pudo

evitarlo. La felicidad de la abundancia le sentaba demasiado bien al cuerpo, esa riqueza tan

sencilla consistente en pan, leche,

miel. Nada de eso estaba en el bosque ni crecía en el margen del camino. Así que a partir de entonces, en algunas de sus etapas nocturnas Karl ponía rumbo a una zona habitada. Se fue convirtiendo en una rutina, ya sabía esconderse al percibir la más mínima señal de un posible encuentro inminente. Solo escuchando, como si pusiera un estetoscopio sobre las paredes, aprendió a distinguir cuántas

personas y animales vivían y

dormían allí y en qué sitio. Si realmente estaban dormidos, montaba parada en los patios traseros,

a poder ser de comerciantes de alimentos, carniceros, panaderos; hurgaba en la variedad de los

cubos de basura, agradecido por la gran calidad de los bienes que contenían, en los contenedores

de papel, agradecido por la multitud de periódicos, revistas,

incluso libros que encontraba.

Lecturas que le daban una idea de los acontecimientos del día, el presente, la gente y su esencia,

su conducta, su pensamiento, y leía más sobre el mal que sobre el bien, leía sobre el poder, la

codicia, la vanidad, la lucha y la destrucción.

Pasaba a hurtadillas por los jardines, encontraba ropa colgada en la cuerda de tender, zapatos

dejados delante de las puertas de la

terraza, y en las barbacoas o en las hogueras enfriadas

encontraba patatas carbonizadas, verdura, restos de salchichas y carne. El mundo dormido era un

paraíso que parecía muerto, como si quisiera contar en susurros lo poco que echaba de menos la

actividad de las personas, por eso el día le parecía un fastidio. Cuanto más tiempo vagaba Karl

Heidemann por el campo, hacia la cadena montañosa, más importancia

adquiría su propio destino,

la finalidad de su vida: para su madre nunca fue el hijo que había deseado, para su padre era un

monstruo a partir de ahora, para los vecinos de Jettenbrunn era como un fantasma, y para el mundo

que lo rodeaba, según su propio deseo, era un ser invisible.

Entonces, ¿cuál era su destino?

¿Para qué estaba allí? ¿Para llevar una existencia en la sombra? A medida que iba avanzando

el verano, más se acercaba una
sombra. Pronto no leía ni oía hablar
de otra cosa: la inminente
oscuridad.

11 de agosto de 1999. Un
espectáculo natural de primer
orden, tal vez la señal, quizás
incluso

el preludio, el inicio prematuro de
una oscuridad amenazadora que lo
abarcaba todo. El cambio

de milenio. El hundimiento.

El camino se volvió más duro, cada

vez más atravesado de pequeños cerros, como un presagio

de la cadena montañosa que se acercaba.

El 10 de agosto Karl Heidemann se encontraba en un bosque espeso junto a un prado extenso y

aislado, oculto en un hueco de un árbol caído, y con el paso de las horas empezó a oír un ruido

también creciente, cada vez más insoportable. Casi le parecía que cuanto más solitaria era una

zona, más gente había. Allí donde a primera hora de la mañana los prados aún se encontraban

vacíos bajo el sol, pronto ya no se veía el verde. Igual que en primavera las hormigas salían de las

hendiduras de las paredes, se congregó una multitud que dejó coches, caravanas, plantaron las

tiendas, colocaron telescopios y pisotearon el bosque para hacer sus necesidades.

Se quedaron también al caer la noche, tal vez, algunos así lo creían, las últimas noches sobre la Tierra.

Karl esperaba fascinado entre los troncos, muy intrigado, escuchaba las voces, olía el humo de las hogueras, oía la música, las risas. Desconocidos, cientos de desconocidos.

Se tapó los oídos, los envolvió con un pañuelo, se puso una gorra, abandonó el hueco y salió

al prado, en plena noche, ante él las
llamas de las hogueras, luces,
alrededor pronto la gente.

Karl se abrió paso entre las masas
como si perteneciera al grupo. No
destacaba en nada, ni la

talla, ni los andares lentos,
mecánicos, torpes, ni la ropa. Era
uno entre otros muchos.

Desapareció

gracias a la cantidad de gente. Fue
percibido al detenerse, permitió un
contacto visual:

—Eh, chico, ¿tienes sed?

—¿Te apetece una chuleta?

La mirada, la carta de presentación en un encuentro.

Personas amables a la espera de algo grandioso. Personas miedosas, a la espera de algo

definitivo. Personas solitarias que aun así no estaban solas.

Personas en compañía y al mismo tiempo solas.

Karl Heidemann se quedó, como la

pieza suelta de un todo, como todos los demás, se quedó

hasta que la gente se fue retirando poco a poco en sus moradas, se tumbó en un cartón junto a una

hoguera extinguida y se quedó quieto, escuchando, rodeado de vida, en el cielo, oyó las caricias

que se intercambiaban, las palabras de cariño, los juramentos de fidelidad eterna, y finalmente

oyó: «Buenas noches, cariño», «Hasta mañana, bueno, hasta dentro de unas horas, amor», «Que

duermas bien, mi vida». La felicidad de los amantes. Aquello le afectó, lo llenó de desesperación,

pues Karl solo veía la infelicidad, el sufrimiento, el dolor que había detrás.

«Que durmáis bien», pronunciaron también sus labios a modo de saludo apagado. No sentía

rechazo. Enseguida se durmieron todos. Cientos de corazones latiendo, cada uno a su ritmo, y aun

así era como un solo sonido penetrante. Cientos de pulmones que se llenaban de aire, cada uno a

su ritmo, y aun así era un solo susurro hiriente. Cientos de pensamientos que mantenían a Karl en

vela, y aun así un solo sentimiento subyacente: la compasión.

Compasión por los vivos, los

soñadores entregados a la vida que habían abandonado con valentía el suelo firme para hacer

equilibrios sobre el alambre hacia la niebla, llenos de esperanza por una tierra de felicidad

eterna. Un esfuerzo inútil, pues según sabía Karl por su experiencia en Jettenbrunn, como había

vivido en el ejemplo de su padre o

de Alois Daxberger, nada dura eternamente. Un día los

corazones amorosos se sentían engañados, heridos, y si no sucedía en algún momento llegaba la

muerte de uno de los dos y dejaba a los demás confusos, perdidos. Perdidos porque a ojos de Karl

no querían entender una cosa: la muerte era cualquier cosa menos un robo. La muerte era la

liberación de un apego obsesivo, el vínculo a la vida de los demás.

Así que no había felicidad eterna posible para los ojos de los ciegos, ni ayuda, ni

misericordia, solo una.

Karl Heidemann se levantó, se deslizó con sigilo entre los durmientes, cogió lo que

necesitaba, dio lo que pudo, con la mejor intención. Bondad.

En aquel momento Karl Heidemann aún no sabía hasta qué punto el hecho de llamar ciegos a

los demás delataba su propia falta

de visión.

Hasta que llegó el amanecer,
aquella noche siguió la llamada de
su voz interior.

Luego llegó la mañana, y con ella el
ruido, el tumulto, las nueve de la
mañana, la tensión era

palpable, aún más a las diez, a las
once. Alrededor de las once y
cuarto se oyó un primer

murmullo. Había mucha gente de
pie en el prado, con la cabeza hacia
arriba y unas extrañas gafas

oscuras de papel, mirando al cielo. Lo que había empezado con tanto jaleo esa mañana se volvió

cada vez más silencioso cuanto más se acercaba la luna por la derecha hasta colocarse delante del

sol y arrebatarle la luz. El anochecer al mediodía, un breve canto de los pájaros, las voces se

acallaron, los trinos. A partir de las 12.35 se hizo la oscuridad. El eclipse. El sol detrás de la

luna, del todo. Dos minutos.

Silencio. Gente de pie, sentada,
tumbada, en silencio, con los ojos
fijos en ese pequeño anillo

claro, absortos.

El ojo de Dios.

Como si hubiera un acuerdo tácito
entre los congregados, nadie dijo
nada, no se atrevían a

romper la calma.

En medio de aquella oscuridad, de
la atención dirigida a lo alto, de los
constantes flashes de

las cámaras de fotos, Karl
Heidemann observaba a la gente.

Estaba cansado, había pasado la
noche en vela. Estaba cansado y
hechizado por esa paz tan

inesperada que había provocado la
admiración. Gente conmovida,
llena de optimismo, de afecto,

sin importar el origen social, la
nacionalidad, el color de la piel, la
lengua, daba igual. Solo esa

comunión, reconocer la propia
pequeñez. Karl también levantó la

cabeza.

El ojo de Dios.

Y sonreía. Sí, sonreía.

Todo iba bien.



34

Aubruck

Terminó. Se hizo de nuevo de día.

La noche se fue extinguiendo poco a

poco en el mediodía. Con

las mochilas cargadas, la gente se retiró del prado, se separó con la misma naturalidad con la que se habían reunido.

Aun así quedaban tiendas, caravanas. Nadie a quien le conmocionara ni le admirara. Siempre

había un último.

El último de los vivos fue Karl Heidemann, que se ocultó en medio del bosque bajo los

troncos en su hueco, invisible, y se calmó. Estaba cansado, feliz, agradecido.

Por fin pudo dormir un poco.

Cuando la noche ya se había impuesto, las tiendas, las caravanas y los remolques seguían ahí.

Karl, en cambio, subía exhausto la pendiente a través del bosque oscuro, hasta que los árboles

cada vez aparecían más torcidos, más mutilados, la montaña expuso sus guijarros, su roca, y llegó

la mañana. Ahora tenía una visión amplia, los prados, las tiendas, las caravanas se veían

pequeños. Miniaturas. Aún más pequeñas eran las luces azules temblorosas.

Lo que Horst Schubert vio aquel 12 de agosto de 1999 le arrebató las últimas esperanzas de

creer en la bondad oculta en las personas. Aquel prado era un cementerio. Las tumbas eran de metal, de plástico, de nailon.

Parejas. Parejas muertas. En las tiendas, en las caravanas. Jóvenes, viejos, de dos en dos. Siempre de dos en dos.

Nada indicaba que fuera el fin buscado por una panda de locos, el suicidio en masa de una

secta, más bien parecía obra de un individuo, una matanza ritual, alguien había atacado a esa gente

mientras dormía. Una muerte indolora. Sigilosa, discreta.

Cuchilladas en el corazón, precisas,

como los muertos de Jettenbrunn.
Las víctimas cogidas de la mano,
como Heinrich y Gertraud

Auböck. Probablemente
ajusticiados a la vez, seguramente
con dos cuchillos distintos. Unos

cuchillos que no encontrarían
jamás, pues estaban en su lugar de
origen, limpios, en el cajón de

los cubiertos de una caravana que
hacía tiempo que había llegado a su
destino.

¿Qué monstruo demostraba

semejante desprecio por la vida, por el amor, para arrasar de esa manera en medio de una multitud que dormía apaciblemente?

Horst Schubert lo buscaría hasta el fin de sus días.

Karl Heidemann decidió no leer más periódicos, decidió prestar atención a la ofuscación de las personas. No contaba la felicidad de los vivos, sino la de los muertos. Estuvo vagando por las

mañanas hasta que terminó el verano, se refugiaba en cobertizos de madera, cabañas vacías, entre

la confusión impenetrable de los pinos, se dirigió a los desechos de pequeños pueblos, veía a

distancia las celebraciones de la cosecha y las fiestas del ganado, pero evitaba a la gente. Cada

vez bajaba más el ritmo. De día seguía durmiendo hasta el atardecer y luego andaba más tiempo

de noche.

Hasta que finalmente una mañana a primera hora el horizonte empezó a pasar del negro al gris

poco a poco, mientras Karl estaba en el borde de un campo de maíz, junto a la pequeña población

de Aubruck. También allí se despertó el día, las personas encendieron casi a la vez las lamparitas

tras las ventanas a oscuras.

Karl se quedó quieto, delante de las ventanas, oculto tras el grueso

tronco de un manzano con
espléndidos frutos colgando.

Mientras aguzaba el oído, con la
mochila al hombro y el cuchillo de
filetear en la pretina de

los pantalones, los sacos de
plástico llenos en una mano y las
mantas en la otra, por primera vez
lo

asaltó un sentimiento extraño: la
soledad.

Dolía, de otra manera que la
espalda, las manos, los pies, el

agotamiento que se había

apoderado de su cuerpo desde hacía días.

No quería salir de detrás del árbol, entrar en las casas y sentarse a la mesa. Sentía más bien

una gran melancolía, esa sensación de no pertenecer a nadie. La sentía sin saber en absoluto hasta

qué punto se correspondía con su situación real.

En ese mismo sitio, se escondió en las profundidades del campo de

maíz, mientras el día

irrumpía despacio. Allí se tumbó,
entre el crujido y el crepitar de las
plantas reseca, de color

marrón claro, sin poder dormir y
reflexionando.

Sobre el sentido de su huida. El
objetivo. ¿Adónde iba en realidad?
Lejos. Lejos de

Jettenbrunn, de su pasado, solo
lejos. Pero irse lejos no era una
dirección. ¿Y por qué tanta prisa?

¿Por qué no podía quedarse una

temporada en algún lugar, como por ejemplo allí, en Aubruck,

hacerse un sitio, durante unas noches, conocer la zona, a la gente, en vez de tener que explorar

noche tras noche?

¿Cuál era el inconveniente?

Ninguno.

¿Qué cambiaría?

Nada. Aparte de que de repente su vida sería un poco más fácil, durante su estancia él pasaría

en cierto modo a formar parte de una comunidad, de un todo.

Invisible, pero presente.

Quedarse.

Se quedó dormido con esa decisión.

Y durmió bien.

El primer día...

... pasó sin sobresaltos. Para los lugareños fue un día de trabajo de lo más normal, por la

mañana todo estaba tranquilo, por

la tarde llovió, y Karl se retiró de nuevo en el bosque, vio a su

derecha las luces de las pocas casas, a la izquierda el letrero luminoso y parpadeante de una

fonda, situada al borde de los campos, llamada Kraller, por la tarde vio a hombres paseando de

derecha a izquierda, y de noche los vio tambalearse de izquierda a derecha.

El segundo día...

... fue un festivo, tenía más cosas

que ofrecer. Concentrado en el oído, Karl se dedicó

mientras estaba despierto a la actividad de la gente. Se llenaban las cuerdas de tender vacías, los

vestidos, pantalones, trapos y toallas revoloteaban como veleros al viento que se deslizaban por

el cielo, cortaban setos, talaban árboles, arreglaban el jardín, por un momento le preocupó tener

visita, pues dos hombres se habían acercado mucho a su campo de

maíz.

—Moser, ¿qué te parece?

—Las plantas están maduras, es el momento. La semana que viene se acabará el buen tiempo.

—Entonces lo hacemos como quedamos, pasado mañana.

—En principio sí, pero depende de si lo tenéis controlado, ¡ya sabes a lo que me refiero! Esa

niña agota.

—Moser, te digo que lo tenemos.

—Bueno, si tú lo dices, Veit, está bien.

También le pareció bien a ese día de verano que se acababa, reunió a los habitantes de

Aubruck en sus jardines, llenó el ambiente de olor a barbacoa y a última hora el estómago de Karl con los abundantes restos.

Su sueño también fue intranquilo. Como si le hablaran unas voces que lo convencieron, de

pronto su interior recordó algo que

había leído una vez y no paraba de repetirlo en su cabeza,

como si fuera un entrenamiento, una preparación, una y otra vez.

Es un susurro en la noche,

me ha quitado el sueño del todo;

Lo noto, algo quiere revelarse

y no encuentra el camino hasta mí.

¿Son palabras de amor, confiadas al viento,

que se las lleva en un soplo?

¿O es la desgracia de los días
venideros,

que pugna por anunciarse?[\[3\]](#)

Ambas cosas.

35

El contacto

El tercer día...

... empezó temprano, y con un
despertar furioso. Existe una
diferencia abismal entre huir

definitivamente de un sitio y aun así

saber que «los demás siguen ahí, me echan de menos, me

esperan con los brazos abiertos», o huir y a poca distancia tener que ver cómo arde en llamas todo

lo que has dejado atrás y que no quede nada. Para Karl Heidemann el incendio se desató en ese

momento: envuelto en mantas, estaba tumbado sobre el saco lleno de heno, intentando dormir. Al

principio no sabía si era un sueño o la realidad.

—¡Muy buenos días!

La voz sonaba cerca, demasiado cerca.

Karl Heidemann permaneció inmóvil, mirando al cielo, procurando alzar una barrera mental

alrededor. Fue en vano.

—Disculpe que la moleste tan pronto, señora...

—Señora Thaler, aquí lo dice.

—Sehora Thaler. Thaler con hache.

—¿Y usted?

—También con hache: Horst.
Policía criminal. Horst Schubert.
Como Schubert, el compositor,

ya sabe. No me gusta nada que algo
quede sin resolver, por eso estoy
aquí. Por favor, observe esta

fotografía. ¿Conoce al joven que
aparece en ella?

—¿Debería conocerlo? ¿Quién es?

—Karl Heidemann.

—No, lo siento. ¿Por qué lo

buscan? ¿Ha escapado de casa de sus padres?

—Más bien al contrario. Fue abandonado por sus padres. La madre murió, el padre también.

—Es horrible.

¿El padre murió? Karl se quedó sin aliento.

Como si le hubiera caído encima una manta de hierro, así se sentía. Pesado, agobiado, aplastado.

—Seguro que se ha enterado de la noticia, todos los periódicos se han hecho eco de ella. En

agosto, el horrible asesinato durante el eclipse, y antes las misteriosas historias en Jettenbrunn:

una mujer entra en el agua, muere, pero luego deambula por el lugar como un muerto viviente,

mata a su mejor amiga, a sus padres, a su amante, atrae a algunas víctimas al fondo del estanque, a

otras las acuchilla en el corazón, o las dos cosas, o incluso se lo quita. Espeluznante. Ese es el

cuento que los medios han explicado sobre Jettenbrunn; bueno, más bien eran habladurías. Si yo

fuera un viudo inocente pudiéndolo demostrar también buscaría distancia. Aunque en realidad no ha llegado muy lejos.

Las palabras siguientes fueron como mazazos para Karl. El destino a menudo atrapaba a

generaciones enteras entre sus garras, además de manera casi idéntica, y dejaba siempre el mismo

rastros: la abuela destrozada, luego la madre destrozada, luego la hija. El abuelo con un hijo

ilegítimo secreto, el padre también, el hijo con un hijo ilegítimo secreto. Las enfermedades, las

muerdes, los golpes del destino se repiten, son raras coincidencias, y no hay una estrategia que

elegir a conciencia, para darle un

nuevo giro, ni para los hijos, ni para los nietos.

El destino de Johann Heidemann fue quedarse huérfano demasiado pronto. Karl supo en ese

momento que el suyo era el mismo. Le temblaba el cuerpo, le ardían las manos clavadas en el

suelo del campo. Como si fuera una vía de escape, se puso a contar los latidos, uno, dos...

... abrió la boca, rompió su silencio, emitió un leve susurro,

... siete, ocho...

... solo para ampliar el ruido que sentía en su interior y no oír las voces de alrededor. Fue

inútil. Las palabras penetraban, le hablaban de un coche que patinó en una curva pronunciada, el

cadáver de su padre colgando del cinturón, el asiento trasero vacío.

... veintisiete, veintiocho, veintinueve...

—Suponemos que el chico escapó o no estaba en el coche en el

momento del accidente. En

todo caso lo estamos buscando y le agradeceremos cualquier pista.

—Pero ¿cómo ha acabado justo aquí, en Aubruck, si Jettenbrunn está lejos?

... cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco...

—Hemos recibido avisos de un chico gordo muy llamativo que se cuela en los jardines de

noche, alguien lo vio también durante el eclipse de verano en el

prado, y a continuación en esta zona, que no está tan lejos...

Nubes claras, el sol en la cara de Karl, que se quedó quieto, boca arriba, intentando taparlo todo, mirar al cielo.

Bisontes de color gris claro sobre una pradera de color turquesa.

Rosas de nieve sobre un prado azul.

... ciento veintitrés, ciento veinticuatro...

Solo quería oírse a sí mismo,
entregarse al murmullo interior y a
los latidos. La voz de Horst

Schubert, las conversaciones de la
gente que se había reunido en torno
a él tenían la entrada

prohibida. Quería hacerlo
desaparecer todo.

... doscientos diecisiete, doscientos
dieciocho...

Almohadas blancas sobre un mar
azul.

Ovejas gruesas sobre pastos azules.

¿Cuántas?

Una, dos, tres...

Huir. Huir en el sueño.

Se hizo de día. Se hizo de noche.

El cuarto día...

Solo quería seguir durmiendo.

Descartada la posibilidad de volver, todo lo que aún existía en su pueblo quedó borrado. No

había ningún sitio adonde tal vez pudiera acudir un día un hijo

pródigo.

¿Para qué seguir? Y sobre todo, ¿cómo, si no había suficiente con tener cuidado? Lo habían

visto, pese a la falsa creencia de que este mundo podría obviar todo lo que quería permanecer oculto.

No debería parar jamás de dormir, era su escondrijo, una salida de la realidad.

Se resistía a que los párpados cerrados se abrieran del todo, a la

mañana que empezaba, a la actividad de un pueblo despierto, al ruido de los motores, primero un zumbido, luego un rugido, un bramido. Se acercaba cada vez más, la dirección era clara. No lo permitió: uno, dos...

Por una parte el ruido del motor, por otro, mucho más cerca, un repentino traqueteo ensordecedor. Seco, duro. Siguió contando.

... treinta y dos, treinta y tres.

En vano.

Gritos fuera del campo.

—¡Para, para!

Los motores se detuvieron, pero no el crujido de madera, pronto acompañado de un ruido

salvaje. Hojas, arbustos enteros.

Karl Heidemann ya no estaba solo.

A cierta distancia:

—¿Por qué quieres que pare?

—¡Aún tenemos que buscarla!

—¡Buscar! ¡Maldita sea, pensaba que lo teníais todo controlado! Siempre pasa lo mismo aquí,

en Aubruck. Ya estoy harto. Saca de ahí a esa granuja ahora mismo, de lo contrario me iré a casa y

tendréis que recolectar los campos a mano.

—Moser, cálmate, ahora la cogeremos.

—¡Ya me gustaría verlo!

Voces desde el pueblo:

—Deberíamos dividirnos, de lo contrario nos verá. Y rápido, mientras se oiga el ruido. Viene de allí, vamos.

Con los párpados muy cerrados y las palmas de la mano contra las orejas, Karl se quedó

quieto, se entregó a lo que fuera que se acercara con ese estruendo.

Pronto estuvo tan cerca que

parecía que quería atravesarlo.

Pero no quería.

El ruido era insoportable tan cerca de la cabeza de Karl, no podía respirar y el latido de su

corazón era acelerado, frágil. Una sola persona, no muy corpulenta.

Una persona que tocó el

hombro de Karl.

36

El encuentro

El roce se volvió más fuerte, doloroso. Siguieron unos pasos

junto al cuerpo de Karl, que abrió

los ojos, vacilante, y se sorprendió.

Una chica lo miraba impávida, interrogante. Tenía un aspecto

infantil, y aun así estaba

impregnada de la metamorfosis que la llevaría a ser una mujer. Tenía los

pechos un poco elevados, el cuerpo esbelto, el rostro enjuto. Masticaba algo, olía a menta. Era

pelirroja, con el pelo largo,

recogido en trenzas, no una a cada

lado, sino dos a la izquierda, tres a la derecha, una arriba, en el fondo estaban por todas partes. Tejanos, zapatillas de deporte, una

camiseta blanca pintada a mano. En ella el dibujo de una cosechadora, tachada con unas franjas

rojas. Llevaba en la mano una cesta de mimbre, en la otra un palo de madera, encima algo que

daba vueltas. El sonido era ensordecedor, Karl tenía el rostro desencajado por el dolor.

Y el ruido cesó.

Los gestos de la chica eran interrogantes, dibujaba círculos con los puños, señaló un momento

a Karl con el dedo índice, luego estiró las dos manos hacia él. No hacían falta palabras, la

pregunta era clara:

—¿Qué haces aquí?

Voces, un poco más allá:

—Deberíamos reunirnos en el borde del campo y formar una

cadena, si no, no la

encontraremos nunca. Dejad
distancia suficiente. Id despacio.

—Veit, escúchame: ¡no os voy a dar
mucho tiempo más!

—¡Mejor ayúdanos, Moser!

Karl quiso hacer una señal en
dirección al pueblo a modo de
aviso, pero entonces lo agarró de

los brazos, lo levantó y le puso una
cesta en la mano. No hubo ninguna
pregunta, ni un por qué ni

un pero, solo determinación. Con una voluntad férrea, una chica flaca tiró de él, de su voluminoso

cuerpo, y Karl Heidemann cedió, sin resistirse, se puso el saco bajo el brazo y se dejó llevar a

remolque por las filas de plantas de maíz. Los pasos de aquella chiquilla desconocida eran

enérgicos, y aun así había una conexión, una cercanía que Karl no había sentido nunca. Luego los

dos caminaron por el campo,

cogidos de la mano, a trompicones por el suelo pedregoso y

grumoso. De nuevo un breve sonido agudo, penetrante, de la mano de la chica, como una llamada

de socorro, una advertencia, una y otra vez el eco:

—¡Ahí arriba, debe de estar ahí arriba!

De vez en cuando algunos pájaros alzaban el vuelo, pasaban corriendo por su lado liebres,

perdices, corzos, o serpientes que

se arrastraban, asustadas. El rostro de la chica parecía

concentrado e intranquilo. Lo que no podía huir era recogido, con cuidado y una breve expresión

de júbilo. El cesto que Karl llevaba en la mano estaba cada vez más lleno de todo tipo de

animales mutilados y heridos.

Siguieron caminando, por el campo, de acá para allá, pero muy

despacio.

—¡Maldita sea, Marie, sal de una

vez, esto es absurdo!

Marie.

—¡Moser, idiota, no te va a oír!

—¿Idiota? Mira quién habla. Por lo menos yo no ahogo todos los días mis células grises en

alcohol. ¡No te disperses!

—Como coja a esa granuja, es que...

—¡Probablemente la niña no corre por mí y mi trilladora por el campo, sino por ti y tu

trilladora!

Marie.

Karl se detuvo.

Así no tenía sentido. No podía seguir caminando, con esos continuos movimientos a un lado de las plantas, los crujidos, el traqueteo, tanto trajín.

Nervios en la cara de la chica.
Aversión.

Marie.

La chica tiró de la mano de Karl con impaciencia, pero era inútil. Karl Heidemann se mantuvo

firme como una roca, se señaló con el dedo índice los labios, miró a la chica, le quitó lo que hacía

ruido y cerró los ojos.

Si se trataba de salvar vidas dentro del campo de los cuchillos rotatorios, solo había una

manera: quedarse.

Karl dio un paso adelante, con los ojos cerrados, cogido de la mano a

la chica, despacio hacia

la cadena humana. Una cadena formada por personas, sus voces, sus ruidos y la distancia que

quedaba en el medio. Localizó el punto más oculto y por tanto más seguro en uno de esos

intervalos: el medio.

Se detuvo de nuevo, extendió el saco, indicó a la chica con un gesto que se calmara y se

sentara a su lado, y se colocó en el suelo.

Las voces se fueron acercando. A derecha e izquierda. Se gritaban entre ellos.

—Maldita sea, ha dejado de hacer ruido.

—Veit, ¿qué hacemos? Así no la encontraremos nunca.

—¡Mejor para ella, os lo digo!

—¡No digas chorradas, es tu hija! Y es especial, ya lo sabes.

—¿Especial? Un incordio especial es, una tortura, todo.

Con el cuerpo presionado contra el suelo, se veían los pies de los hombres que pasaban entre

las hojas de las plantas de maíz. Se alejaron, observados por dos pares de ojos.

Pese a que la delicada chica que estaba al lado de Karl hasta entonces no veía claro por qué

no podía seguir caminando por el campo, ahora lo entendió: al lado de ese extraño chico no la

encontrarían, en algún momento

pararían, las trilladoras volverían a casa.

Su mirada era de agradecimiento. Y de confianza. La sostuvo mucho tiempo. Karl vio el brillo

esmeralda de sus ojos, el verde salpicado de finas líneas y manchas marrones de los dos iris, tres

manchas en el derecho, dos en el izquierdo. Contempló las pestañas largas y arqueadas, el reflejo

del cielo en el negro de las pupilas. Y se vio a sí mismo reflejado,

perdido dentro, como si una

mano se estirara hacia él y quisiera atraerlo.

El rostro de la chica se mostraba ahora confuso. Por un momento movió el pulgar y el dedo

índice de la mano derecha sobre el pecho, como si quisiera simular la silueta de un escudo, como

en su primer encuentro, extendió las dos manos hacia delante y finalmente el dedo índice dirigido

hacia Karl. ¿Tú? Karl no entendió

nada más. Solo un tú interrogante.
Su reacción fue por tanto
indecisa.

Una mirada al cielo como
respuesta, como si la chica quisiera
decir: «Madre mía, sí que
tienes pocas luces», luego se señaló
el pecho, y surcó el suelo con el
dedo índice. Mayúsculas.

M A R I E.

Y de nuevo el dedo índice, ahora
terroso: ¿tú?

Ahora lo entendía.

«Karl», escribió en la tierra.

Ella estiró la mano derecha hacia él. Cuatro veces. Cada vez en una posición distinta. Al

mismo tiempo señaló con la izquierda cada una de las cuatro letras del nombre de Karl:

K: como si el dedo índice y el anular quisieran representar una tijera, y en medio el pulgar

derecho.

A: el puño derecho con el pulgar estirado.

R: el dedo anular derecho cruzado sobre el índice.

La cuarta vez el índice y el pulgar estirados, claramente una L.

«Karl», le estaba diciendo.

El sol estaba bajando, el conductor de la trilladora estaba fuera de sí, la cadena humana hizo

una batida en el campo. Lo volvieron a hacer, luego el ayudante, ya cansado, notó el olor

de la

cena en la nariz y de pronto dijo con aspereza:

—Voy a dejar la trilladora y me voy a la fonda, pero tendré que cobraros el día, lo siento.

Estuvieron buscando hasta que se oyó un grito agudo de preocupación procedente del pueblo.

Unas voces que no parecían llegar a la chica. Ni ese día, ni el día después, cuando ya salieron del

bosque, desesperados, todo un

pueblo conmocionado. Ella estaba echada, despreocupada,

arrimada a Karl en el saco, hombro con hombro, cadera con cadera, estiraba los brazos al aire, las

vistas eran un poco nubosas, hablaba solo gracias a los dedos, así que pintaba las historias entre

ella misma y el cielo, que al principio tenía un brillo rojizo y luego acabó negro. Entonces Karl lo

entendió todo. Hacía tiempo que

imaginaba deformadas las letras del alfabeto, había absorbido

con fascinación todo lo que le habían enseñado en las últimas horas en pacientes fases, el dolor

por la muerte de su padre lo había herido. Cuando su Marie no tenía nada que contar, se tumbaba o

se sentaba a su lado, lo miraba mientras él estudiaba cada curvatura, cada depresión, cada línea

de su cara y las trasladaba al papel.

Era distinto de todos los rostros anteriores. De repente se

había convertido en una persona que ya no se veía a sí mismo solo, y eso puso fin a su melancolía.

Sin embargo, no significaba en absoluto que la mera presencia de otra persona, incluso de una

pareja, fuera capaz de proteger a una persona de su soledad.

Todo depende de la mirada.

¿Seguía viendo a los demás? ¿Qué veía en ellos?

Fue un día feliz. Tenían comida y bebida suficiente para dos. Las provisiones de Karl eran

muy variadas, las de Marie consistían en chocolate negro, caramelos de menta y chicles. Era como

hibernar en verano. El maizal era la guarida. El cielo, el sol, las estrellas.

Karl no veía otra cosa, solo a Marie.

Veía la curiosidad en su ser, la

alegría desbordante, finalmente vio cómo se levantaba por la

noche y señalaba inquieta en dirección al pueblo, le daba la mano para despedirse y se iba. Él aún

notaba el calor en el hombro, en la cadera, en el corazón, la siguió hasta el borde del maizal y la

vio caminar entre las sábanas blancas que ondeaban al viento como una reina, la vio desaparecer

en el pueblo, caminar con sigilo al

amparo de la oscuridad junto a las
filas de casas hasta llegar a

la entrada de la suya, abarrotada de
geranios rojos, exuberantes,
resplandecientes, en los

alféizares, en las barandillas del
balcón, hasta que su dedo índice
fino y sucio rozó vacilante el

botón blanco del timbre de la
puerta, donde un letrero decía:
Pokrovski.

Lo que vio a continuación lo
cambió todo.

La violencia

Ni un saludo.

Solo se abrió la puerta. Al fondo se oyó una voz bondadosa, angustiada:

—¡No, Veit! ¡Has bebido, ya sabes...!

—¿Qué sé? ¿Qué?

—No lo hace por malicia. Solo quiere salvar a los animales. Ya sabes cuántos acaban siempre

bajo las cuchillas y tienen un final atroz. Es una niña, tu hija, y... Veit, por el amor de Dios, no

puedes...

Veit sí podía.

Veit Pokrovski.

Corpulento, de espalda ancha, robusto, tenía las manos fuertes, llanas, rígidas como palas.

Unas manos que agarraron los brazos delicados de Marie con brusquedad, como si fueran varillas

irrompibles. Unas manos que arrastraron a la niña hasta el recibidor y pasaron a la acción.

—¡Basta, se acabó! ¿Sabes lo que consigues con eso, lo sabes? Todos los años igual. ¿Sabes

lo que me cuesta, lo sabes?

¿Quieres que el viejo Moser te atropelle con su trilladora, eso es lo

que quieres? ¡Por mí perfecto!

Karl lo oyó todo, intuía las imágenes correspondientes. No

necesitaba ver la violencia que iba en aumento al otro lado de la ventana. Una violencia que en el tercer intento ya no tuvo bastante con la mano vacía.

—¿Es demasiado poco para ti, no notas nada? ¿Lo prefieres así?

La violencia pasó a usar un bastón.

—¡Veit, por el amor de Dios!

Veit.

A lo largo de su vida, Karl había

visto muchas vivencias escritas en los rostros de las

personas. Sin embargo, jamás había sido testigo de cómo una horrible mueca desfigurada por la

rabia podía comportarse sin piedad contra el más débil, contra una niña.

Tenía la boca bien abierta, la voz cada vez más desgastada por los gritos, en las comisuras de

los labios la saliva acumulaba pequeños cúmulos de espuma,

dibujaba unos hilos largos entre los labios y caía en gotas gruesas de la garganta. La cabeza roja, los párpados entrecerrados, se le

veía el círculo del iris, rodeado del blanco de la cuenca del ojo, atravesado por las venas. Venas

que también sobresalían en el cráneo, en el cuello, en el antebrazo, infladas, ramificadas, nudosas,

como las ramas de un cerezo.

El ser humano lo albergaba todo en

su interior, la belleza y la fealdad, el bien y el mal. Karl se

encontraba tras la repisa de la ventana, delante de él el cristal, la cortina corrida, pero entre el

marco de madera y el borde inferior de la tela quedaba una estrecha rendija. Suficiente para ver a

Veit, el bastón, a Marie. Se quedó ahí quieto, le dejó hacer. Nada en la actitud de Marie indicaba

que fuera a huir, solo tenía un

amago de sonrisa en el rostro, como si así quisiera arrebatarle la

fuerza a la violencia. No lo logró.

—Para de sonreír ahora mismo, ¿me oyes?

—¡Veit, no te oye!

—Pero me entiende, ¡todo!

Con cada golpe el dolor iba penetrando cada vez más en el rostro de Marie, que fue

encorvando la espalda, y la mirada se volvió vidriosa.

Cada golpe afectaba también a Karl. Tocaba un punto que hasta entonces había permanecido

intacto, donde la única defensa, la única ayuda seguía siendo aguantar ahí callado, acompañado de

ese deseo oculto. Un deseo cuya realización seguro que había tomado forma en la cabeza de

mucha gente, pero que se quedaba en una idea.

No fue el caso de Karl Heidemann.

Partiendo de un sentimiento cuya

primera chispa sintió ya en el entierro de su madre durante el

encuentro con el doctor Hofstätter, una sensación clara de injusticia, pasó a un estado físico y

corporal que arrasaba con todo, desenfrenado, impulsivo. Un aviso. Una orden. Un deseo de poner

fin a la violencia, no en ese momento, sino de una vez por todas.

Tenía el cuerpo en tensión, un brillo en los ojos, los puños cerrados, uno

levantado.

Toc, toc, toc. Golpeó con fuerza en el marco de la ventana.

—¿Quién es?

Silencio. El bastón abajo, un silencio tenso. Duró poco.

—Hola, ¿quién llama?

Nada de lo que ocurría entre esas cuatro paredes admitía espectadores, el mundo exterior, la traición.

—¡Ahí hay alguien!

Se oyeron pasos presurosos hacia el cristal, un movimiento impetuoso para separar la cortina.

—¿Qué quiere ese chaval, alguien lo conoce? ¿No? ¿Qué te pasa? ¿Qué haces ahí?

Un fuerte golpe con la palma de la mano en el marco de la ventana. A gritos:

—¿Por qué miras así a mi hija, maldita sea? Procura no volver por aquí, ¿me has entendido?

El encuentro de dos miradas,
difusas. Miradas entre Karl y
Marie. Unidas, vinculadas, casi
entrelazadas. Los ojos de Karl,
llenos de lágrimas. Lágrimas de
rabia, de compasión, de voluntad
desatada.

Tras la espalda del padre, un poco
levantado, vio el brazo izquierdo
de Marie, sus dedos

hablaban despacio. Una C.

Luego una O.

Luego una R.

Otra R.

Luego una E.

Karl lo entendió, pero se quedó.

—Dime, ¿no oyes bien? ¡Que desaparezcas, te digo!

Era demasiado pronto para irse, para dejar sola a Marie. Dejar fluir la rabia, ese era el plan,

atraparlo como a un escarabajo torpe, meterlo en una caja y punto.

—Voy a decírtelo por última vez: lárgate. ¡Si no te voy a mandar al infierno!

No hubo contacto visual, solo con Marie. Aceitosas, negras, las bisagras de los batientes lo

atraían como una caja de pinturas. Karl tenía ahora la mano izquierda levantada, el dedo índice

estirado como un pincel. Un breve roce, solo mojarlo, engrasarlo, listo para dejar huella. Luego lo

colocó sobre el fondo aún

impoluto, el cristal. Un movimiento, lento, letra por letra, de derecha a izquierda, como en un espejo. El mundo al revés desde fuera, legible desde dentro. Ven conmigo.

La mirada de Karl era desafiante, ahora dirigida a Veit.

—¡Espera!

Unos pasos lentos, un tanto vacilantes en el salón, la dirección y la intención eran claras.

También para Karl. Aún era demasiado pronto, era peligroso

enfrentarse directamente a la

violencia de un hombre. No debía acercarse demasiado, primero solo atraerlo fuera de la casa,

lejos de Marie. Ahora.

Hora de despedirse.

Karl Heidemann levantó la mano, saludó a Marie y salió corriendo por la calle. No para

escondarse, para huir, sino para sacrificarse. Para ser el señuelo, el cebo.

«Cógeme, Veit, a mí».

Y Veit fue a por él.

38

La paciencia

—¿Estás cansado de vivir o qué te pasa? ¡Idiota! ¿De dónde has salido? No te había visto nunca.

Karl mantuvo el ritmo. El cielo estaba encapotado.

—¡Pero serás tonto! ¿De verdad crees, gordo asqueroso, que puedes escapar de mí corriendo?

¡Di tus oraciones!

Karl corrió sin mirar atrás, con un objetivo claro en mente, oyó cómo se acercaba, aunque

demasiado lento, ya no lo alcanzaría a tiempo. Qué vida. Bajó por la calle, pasó junto a las

cuerdas de tender, las sábanas blancas que ondeaban al viento, unos metros más y llegó a su

destino.

—¡No te servirá de nada!

Karl desapareció, se adentró en el maizal, solo un poco, cambió de dirección. Luego se

detuvo, como petrificado, era todo oídos. Nadie lo encontraría allí, pese al jaleo que oía cerca.

Se quedó quieto, escuchando la desesperación que se adueñaba del padre de Marie. Un

hombre perdido en sí mismo, fuera de sí, ya fuera por su propia ira o porque sus actos ya no eran

secretos, lleno de vergüenza, de

cobardía para volver y suplicar el perdón de su hija, de su

esposa. En cambio, estuvo un rato dando golpes salvajes al aire, desahogando el desprecio que

sentía hacia sí mismo con las plantas, las mazorcas secas y duras. Hasta que se cortó las manos y

los antebrazos con las hojas afiladas y secas, hasta que los puños heridos le escocían de dolor.

Luego se rindió, ante sí mismo, ante Karl, dio media vuelta y se fue. De

caminar pasó a correr,

presuroso. Veit corrió sin parar, como si el hecho de localizar su destino le devolviera la paz

deseada. Corrió hasta que divisó las prometedoras luces de la fonda Kraller, que lo acogieron a

modo de consuelo, como los brazos de la camarera, lo liberaron de nuevo, las mesas hacía tiempo

que estaban recogidas, y los surtidores y las botellas cerrados.

—Hora de cerrar, Veit, esta vez de

verdad. Por favor, definitivamente:
¡vete a casa! —fueron

las palabras del dueño.

—¿A casa? Pues me voy.

¡Definitivamente! —Apenas se le
entendía.

Veit salió fuera dando tumbos,
debilitado y aun así con un teórico
consuelo gracias al efecto

Y

del alcohol, del engaño. Un

embuste que se apoderó de su mente como una gran nebulosa, como

una mano curativa, hipócrita, que hacía desaparecer los escombros de la realidad bajo un mundo

enrarecido, envuelto en algodón. Se iría a casa, despertaría a sus amores, todo iba bien, vería su

resistencia, su miedo ante el carácter imprevisible de Veit, les daría un abrazo, quisieran o no,

porque todo iba bien, seguiría

viendo su resistencia, las lágrimas, tendría que reconocer cómo

estaba en realidad lo que debería estar bien, se las arreglaría. Como siempre. La vida era una

repetición constante.

Ya no había luz en el pueblo, sumido en el sueño. Hacía frío, había bruma, parecía que el cielo

nuboso se había impuesto como un telón, como una capa protectora, para ocultar lo que solo

incumbía a dos personas.

El regreso a casa de Veit fue por etapas. Un pie tras otro, sin ritmo, izquierdo, derecho,

izquierdo, derecho, una breve pausa, un tambaleo, recuperó el equilibrio y continuó. Los

movimientos eran como a cámara lenta, sin prisa.

Karl Heidemann tampoco tenía prisa. Había esperado, había aprovechado el tiempo y estaba

preparado. Oculto en la niebla, se sentó apoyado en las paredes de la

fonda aislada. Una de las

cuerdas de tender en el borde del maizal estaba vacía. Llevaba en brazos un montón de sábanas

blancas. Iba a preparar un lecho.

Veit recorría las calles como si se hubiera extraviado. Para Karl

era el momento de levantarse y seguirle. Se apartó unos metros del camino, era un juego fácil,

reinaba la oscuridad, pasó junto a Veit para finalmente salir de su guarida un poco más allá y

detenerse.

«Aquí estoy», era el mensaje sin palabras.

Veit también se detuvo, aún lo bastante consciente para recordar a ese chico rubio y pesado,

que había visto más de lo que el propio Veit había querido ver jamás de sí mismo, y ahora lo tenía

enfrente, en medio del camino.

Alrededor el momento más silencioso de la noche, ese mutismo

engañoso entre las dos y las cuatro

de la madrugada. El sueño profundo de unos, la caza furtiva y

atenta de otros.

Como dos hombres batiéndose en duelo, ambos en la calle polvorienta, se observaban, hasta

que muy cerca se oyó de repente el espeluznante grito de una marta. Aquel tono agudo,

amenazador, que llegaba hasta el tuétano, era como si alguien lo estuviera despellejando vivo,

poco a poco. Música de apertura.

Karl levantó despacio el brazo y dirigió sin decir palabra el dedo índice sucio hacia el padre

de Marie, «tú», retrocedió, salió del camino a propósito, tras él el maizal. De nuevo ese campo.

Veit lo siguió de nuevo, colérico pero más torpe, pesado. El ritmo era lento, la respuesta

dirigida a Karl también fue muda, la mano tensa sujeta al cinturón no daba lugar a malentendidos.

Esta vez Karl no salió corriendo,

iba a un ritmo lento, esperaba a Veit, que daba traspiés, se

fue adentrando cada vez más en el campo, veía que las piernas de su perseguidor cada vez eran

más pesadas y los pedazos de tierra húmedos se le pegaban a las suelas como tacones de plomo,

vio la voluntad, la rabia que aumentaba en aquel rostro y las señales del dolor, de la superación,

la fatiga hacía mella, hasta que finalmente lo vio caer sobre las

rodillas e inclinarse hacia la

tierra. Ni un movimiento más, solo el lento ir y venir de la espalda. El sueño profundo de un

borracho. La respiración lenta, ruidosa. Insensibilidad. Una pérdida de rumbo liberadora hacia el

doloroso despertar, un insoportable martilleo en la cabeza, el día siguiente, tan amargo.

Karl, en cambio, inició su actividad, lo tenía todo a sus pies,

como deseaba, extendió la

primera sábana junto al durmiente, puso de espaldas con todas sus fuerzas el cuerpo dormido,

inerte, y con la tela colocó la sábana sobre el torso, la pelvis, las piernas, le dio la vuelta de

nuevo al cuerpo, sacó la sábana de debajo, tiró con fuerza y cogió la siguiente para continuar con

el procedimiento, y la siguiente, hasta envolver el cuerpo como si fuera una larva. Una y otra vez,

el capullo blanco era cada vez más grueso, más rígido, cada vez más pequeño en relación con la cabeza que sobresalía del cascarón.

Ya no había escapatoria.

No quedaban más sábanas, solo las cuatro tiras preparadas, de las cuales metió tres en la boca

abierta del durmiente para finalmente envolver con la última cinta la cabeza, la mandíbula.

Ni un ruido más. Un breve despertar, un abrir de ojos fugaz,

pero enseguida cayó de nuevo, el aturdimiento del alcohol era demasiado fuerte.

Karl cavó una fosa plana, metió allí el cuerpo, solo dejó que sobresaliera la cabeza y

finalmente tiró encima la tierra. Un suave montículo, ya no se veía el blanco. Listo. Karl se quedó

allí, exhausto, estaba decidido, se quedó para vivir la ejecución. Estaba despierto junto al

durmiente, como si velara a un

difunto. Sabía lo que sucedería a continuación, el inminente suceso,

y lo deseaba. Exactamente así. El padre de Marie no merecía recibir el regalo de la muerte sin

tormento, debía mirar a los ojos de lo inevitable el máximo tiempo posible. Nada de apuñalarle en

el corazón, incluso ahogarse sería demasiado poco. No. El sufrimiento era la justa recompensa.

El viento había arreciado, ya no era una brisa, penetraba en el oído de

Karl, olía a limpio, a

fresco, parecía hostil, frío.

Algo estaba pasando. El final del verano.

Algo se acercó a Karl. Con el cuello largo encorvado, las orejas en punta, el hocico en el

suelo, buscaba algo. Levantó un momento la cabeza y miró a Karl con esos ojos negros y

brillantes, profundos. No hubo ni un sobresalto, ni un recelo, posó el hocico frío y áspero sobre la

palma de la mano que se extendía hacia él, a modo de saludo. Luego continuó, seguido de una

manada. Eran corzos, pacíficos, que como maravillosos seres de fábula atravesaron el maizal casi

sin hacer ruido, sumergieron sin rozar nada sus cuerpos esbeltos entre las filas de mazorcas y

desaparecieron en la niebla. Pronto se haría de día.

Allí sentado, con la libreta de dibujo en el regazo y Veit a sus

pies, superado por aquel

instante, Karl Heidemann se sintió satisfecho.

Su actuación le pareció perfecta.

Un acto de reparación y amor al mismo tiempo. Ofrecer el

regalo de la muerte sin provocar tristeza, ni pérdida.

Paz, alivio, no solo para el que se había quitado la vida, sino para los que se quedaban. La

muerte no era solo un camino para huir de esta vida, era también un

camino para transitarla. Era

adentrarse donde esta existencia se convertía en un martirio no solo por su dificultad, sino por la

amargura adicional que suponía la existencia de los demás.

Ya podía amanecer.

39

La ejecución

Llegó el amanecer, con la energía esperada.

—¿Habéis encontrado a la niña?

—¡Moser! ¿Ya estás ahí tan pronto?

—¿Habéis encontrado ya a la niña?

—A la niña sí.

—¿Pero?

—Falta Veit.

—¿Qué significa eso?

—La última persona que lo vio fue el dueño de la fonda. Desde entonces está desaparecido.

—¡Desaparecido! Estará durmiendo la mona en algún sitio, ¡me apuesto lo que sea! Bueno, empecemos.

—Pero lo necesitamos.

—Solo necesitamos a alguien que vaya con el tractor por el maizal con un remolque. Ya

encontraremos a alguien. Si no encontramos a nadie, la cosecha se echará a perder. Estoy harto de

esperaros. Han pronosticado lluvia para la tarde, así que en quince

minutos empezamos.

Y empezaron, un imponente mordisco metálico avanzaba con un estruendo irrefrenable, con los

dientes afilados como pisonés, amenazadores, levantando una nube de polvo por donde pasaba, el corte definitivo.

Veit se despertó con el ruido del motor de la trilladora, recuperó los sentidos por un momento,

levantó la mirada hasta donde pudo, vio a Karl sentado al lado y se

revolvió como un gusano

atravesado. La tierra acumulada sobre su cuerpo descendió hacia su rostro, los ojos entreabiertos,

irritados, la boca, los oídos, la nariz.

La trilladora iba dejando su rastro fila tras fila, cada vez estaba más cerca. Lo suficiente para

que Karl fuera finalmente consciente de que debía irse y dejar que las cosas siguieran su curso.

Daba igual si las cuchillas se

acercaban a Veit por la cabeza o los pies, de todos modos se iban

aproximando. Todo iba bien. La mirada asustada, suplicante, que no paraba de parpadear a Karl

no sirvió de nada. La única respuesta fue un último gesto de despedida, con el dedo fuerte.

Una P, una A, una R, una A, luego una M, una A, una R, una I, una E.

Y se fue.

Los siguió oyendo durante mucho tiempo mientras cada vez se

acercaba más al bosque. Los

gritos ahogados, por la nariz. Sin embargo, él seguía tranquilo, sin compasión. Marie, ¿cuántos

años debía de tener? ¿Catorce, quince, dieciséis años? ¿Durante cuánto tiempo había tenido que

soportar la violencia sin poder gritar para pedir ayuda, sin ser oída? El breve suplicio de su padre era insignificante en comparación.

Algo había cambiado dentro de Karl Heidemann durante los

últimos días. Hasta entonces la muerte era para él como un pacificador, un buen samaritano, y la tristeza no era más que una expresión de puro egoísmo, de mezquindad. Por no querer soltar, entregar, no dejarse ir. No aprobar el sufrimiento de los demás, sino guardárselo para sí y ser compadecidos por ello.

Sin embargo, ahora lo asaltaba una idea que explicitaba por primera vez lo que significaba el

miedo a la pérdida y las ansias de poseer.

Marie. Su luz, su sonrisa, la profundidad de su mirada, su habla muda, su silencio, su roce, su

calor, su vivacidad, no había nada más bonito en la imaginación de Karl, ni siquiera la muerte.

Confuso y feliz al mismo tiempo, desapareció entre la maleza, dejó atrás a Veit Pokrovski,

consciente de haber hecho lo correcto, contento de poder volver

a verla. Sin embargo, tendría que esperar, mucho, mucho tiempo, pues la conciencia por sí sola no decide qué es lo correcto ni una salida.

Richard Moser dominaba su máquina, pero pese a los años que llevaba con ella abriendo

monótonos pasillos en los campos en su cabina del conductor, no conocía la calma. Era demasiado

consciente de hasta qué punto la vida podía dar un vuelco en una

fracción de segundo, dar un giro

sin previo aviso, para bien o para mal.

Probablemente vio los intensos movimientos de las mazorcas ya a lo lejos. Normalmente se

alejaban de él, pero continuaron. También conocía esa manera de quedarse quietos, sin

movimiento. Eran corzos que no se iban por el ruido y se escondían, agazapados en el suelo, sin

salida. Su única opción era pasar a

ser cadáveres.

Sin embargo, aquella escena era nueva para él. Ahí había algo que se agitaba pero no se movía

del sitio. Richard Moser estaba tras el volante, se inclinó, no vio nada, por lo menos al principio.

Luego distinguió algo. Un montículo, dentro un gigantesco gusano que se retorció, de color

tierra, con un brillo blanquecino. Richard Moser apretó el freno con energía, desesperado, pues la

máquina era muy pesada. Pronto se detuvo, por fin, pero era demasiado tarde.

Karl contemplaba el pueblo, oculto en la maleza del bosque. Se desató el pánico, la gente

corría, gritaba, asustada, pero nada en comparación con los gritos que invadieron Aubruck cuando

le quitaron unas tiras de tela de la cavidad bucal. Faltaba una parte de la pierna, ya podía

olvidarse de caminar, de saltar,

para siempre. Aun así, Veit seguía con vida, consciente. El dolor

era un tormento, implacable, pero por lo visto mayores eran las ganas de acción, la sed de

venganza:

—¡El chico, encontrad al chico, ese gusano gordo, encontradlo y traédmelo!

La ira era aterradora, los bramidos prolongados. Forzosamente, pues cuanto más remota era

una zona, más tardaban en llegar los

ayudantes, emergencias, la policía.
Los agentes llegaron los

primeros, oyeron las descripciones,
la ira de Veit, hasta que al final se
puso a dar golpes al aire

mientras lo metían en la
ambulancia, se incorporó y gritó
hacia el bosque:

—Sé que estás ahí. Lo sé. ¡Estás
muerto, ¿me oyes?, muerto!

40

La huida

Siempre se cometen errores. Los errores eran su trabajo.

Probablemente el agente Horst Schubert no podía entrar en un local ni pedir la comida sin

buscar un despiste, un defecto. Esa imperfección está muy bien escondida para verla a simple

vista, pero en algún momento sale a la luz, como los desechos bajo la nieve derretida. Ese enfoque

le servía, por ejemplo, para su propia actitud hacia las situaciones

y las personas, para toda su

vida solitaria, precisamente por ese motivo. Paciencia, ese era su credo. Paciencia, obsesiva con

su mentalidad indagadora, capaz de desmenuzar, de filetear cada perfección hasta que por fin va

retrocediendo paso a paso hacia las filas de lo común.

Ahí estaba, delante de la ventana oscura de la casa de los Pokrovski, junto a Marie y su madre,

viendo en el reflejo del cristal su

imagen calva, grotesca, y las letras grasientas: «Ven conmigo».

Imaginó la mano que las había escrito, y no era la de un espíritu salido del estanque de

Jettenbrunn, o de un demonio sanguinario, sino la mano de un muchacho huérfano que se había

hecho fuerte, un chico silencioso. Como esa chica, Marie, que era sobre todo ojos. Claros,

abiertos, conformes. Llenos de vida, de curiosidad, sin distancia.

Unos ojos que lo miraban, no como los demás. Sin esa extrañeza, ese recelo, esa ligera repugnancia en el rostro.

—Karl Heidemann. Así que ha estado aquí —expresó en voz alta sus pensamientos Horst

Schubert—, observando la casa a través de la ventana. ¿Y qué? ¿Qué había que ver?

No hubo silencio sino discreción, una respuesta pero sin detalles. Aun así, solo con observar a

la chica, a la madre, Horst Schubert lo entendió. Conocía demasiado bien esa actitud esquiva, ese

empeño en pintar una capa clara sobre un fondo oscuro. La violencia, ya fuera verbal o de acción,

dejaba su rastro, visible, aunque no desnudara un alma para comprobarlo, ni levantara una prenda.

Quedarse huérfano también podía ser una suerte.

—No sé qué ocurrió en el salón, nada según su declaración, señora Pokrovski. Solo sé que un

chico estaba observando esa nada, golpeó el cristal, aunque por lo visto aquí nadie lo conoce,

dejó un mensaje, atrajo al hombre de la casa a la calle, lo cansó un poco por el maizal sin dejarse

atrapar y lo espió tras la hora de cierre de la fonda.



Mientras el viento se llevaba cada palabra hacia el cerro, la mirada cruda y fría del agente, sin

pestañas, cejas ni vello, se deslizó de nuevo hacia la madre y la hija y luego hacia el bosque.

—¿Era un chico corpulento? ¿Un muchacho que podría llevar semanas sobreviviendo solo en

libertad, seguramente debilitado, se

enfrenta a un hombre fornido,
fuerte, consigue detenerlo a

distancia y finalmente eliminarlo?
Debe de ser un chico bastante listo.

Justo donde se posaron los ojos de
Horst Schubert, como si pudieran
atravesar la maleza,

estaba Karl, expectante, con la
mirada puesta en Aubruck.

La espera como arte de
aplazamiento, como estrategia para
la indecisión. Esperar sin saber a

qué.

Esperar como alguien que observa una marea que se acerca y aun así es incapaz de abandonar

su tesoro. Marie. Tan cerca y tan inalcanzable.

Tan próxima también la conmoción entre los lugareños.

—Ese pequeño demonio no puede estar muy lejos. Vamos, coge tus chuchos, vamos a cazarlo.

Conmoción también en Karl Heidemann.

Algo se movía, de un lado a otro, lo

atravesaba como si fuera una enfermedad contagiosa: el odio.

El caldo de cultivo era generoso, Karl presenció la injusticia que se estaba cometiendo ante

sus ojos, para él incomprensible: el desgraciado de Veit Pokrovski había escapado de la muerte,

pero no estaban furiosos porque hubiera sobrevivido, por el intento fracasado, el regalo que se les

había escapado tanto a Veit como a

Marie con su supervivencia.
Sentían rabia hacia el asesino.

—Ya podemos empezar. Los perros tienen el rastro. Allí. Así que subió por la montaña. Es un

callejón sin salida. Qué tonto.
¡Juguemos a cazar!

Jugar. Así que querían jugar con él. Pues que fueran a por él, Karl estaba preparado. Oyó un

estrépito delante de él, otro en su interior, pero también tras él, un estruendo prometedor, a cierta

distancia. No a la misma altura, más allá en el bosque, en la leve ascensión.

—¡Suelta a los perros!

—Nada mejor que eso, mis chicos tienen hambre.

—Ni hablar, tus chuchos se quedan con la correa, ¿entendido? ¡No vamos a convertir esto en

una cacería!

—Schubert, no creerá de verdad que puede decirme en mi bosque cuándo y dónde puedo

soltar a mis perros. ¡ *Castor, Rolf*, adelante!

Unos jadeos se acercaron.

Quería esperar, recibir a los perros con cariño, acariciarlos como de costumbre. Jamás

cometería un error como el que había cometido con Veit. Nunca más.

Pero no ocurrió nada de eso.

No hubo recibimiento cariñoso.



Los dos perros se habían separado mucho del grupo de búsqueda, no había contacto visual.

El primero se abalanzó sobre Karl a toda velocidad. No agitó la cola, solo tenía la cabeza

ligeramente inclinada hacia delante, con el peso sobre las patas delanteras, dobladas, las orejas y el pelo del cuello erizados, la cola

un poco elevada sobre el lomo, ni un gruñido, ni un ladrido.

Todo bajo control.

—Maldita sea, ¿habéis oído?

—¡Entonces ese chico idiota tiene voz!

Lucha, eran ruidos de una lucha. Gruñidos, ladridos, aullidos, gemidos, en medio el lamento de un ser humano.

—Allí arriba, viene de ahí arriba. ¡Demuestre lo bien que maneja su

arma, Schubert!

—¡Si sus chuchos le tocan un pelo al chico sí se lo enseñaré!

El muchacho ya no tenía el corazón puro, ya no estaba libre de malas intenciones, como si de

manera inevitable un más superara a un menos. Amor ayer, odio hoy, Karl Heidemann tenía ambas

cosas en su interior, como dos partes de un todo, cogidas de la mano.

Las paredes de piedra rebotaron el

eco del dueño de los perros hasta el valle, un grito que

anunciaba más las ganas de acción que una promesa. La imagen de la carnicería que encontraron

era horrible. Primero la preocupación tiñó las caras de los acompañantes.

—¡Maldita sea! Schubert, aclárenos una cosa: ¿a qué tipo de monstruo nos enfrentamos?

—No es un monstruo. Es un chico que lo ha perdido todo y no tiene

nada que perder.

—Sobre todo es un chico al que no se le ha perdido nada en este mundo. Un chico herido. Lo encontraremos.

41

La entrega

Karl Heidemann no se había defendido nunca antes físicamente, no había tenido que protegerse de un ataque, superar una pelea directa. Sus reacciones eran

inexpertas, indecisas, sus
adversarios

estaban demasiado exaltados. Los
cuerpos no se quedaban quietos
como de costumbre, se rozaban,

se dejaban acariciar, pero luego
acabaron con la paz de su corazón,
de sus pensamientos. Eran

cuerpos hábiles, con garras y
dientes afilados. Tenía los brazos
ensangrentados, igual que la

pierna derecha. El dolor se
expandía, alimento de la

sublevación, del espíritu
combativo. Se

arrastró con lentitud y subió la
pendiente, alejándose del griterío.
Fin del bosque. Fin del ascenso,

solo unos metros más. Aún se oía
un ruido ensordecedor, y los
bramidos.

—¡Allí, mirad!

—No lo entiendo, pero si es una
mole.

—Pero hay que admitir que tiene
coraje.

—¡En solo diez segundos no tendrá solo coraje!

—¡Baje el fusil, o la bala le dará a usted!

Salido de detrás de un árbol, Karl Heidemann se encontraba delante del precipicio, inmóvil,

con la mirada fija en sus perseguidores, los hombros abatidos, los brazos flácidos y un cuchillo

en la mano izquierda. Tenía el rostro mugriento, la ropa sucia,

sangre por todas partes.

—No voy a hacer una mierda, ¿es que no ha visto mis perros?

—Eso ha sido claramente en legítima defensa. Ha ganado él. Fue decisión suya dejar sueltos a

los perros, así que ha sido mérito suyo.

—Legítima defensa, exacto.

También en mi caso. ¡Voy a matar a ese tipo! —Un disparo. Una

madera reventada a unos metros de Karl—. ¿Me oyes? ¡Ya puedes

decir tus oraciones!

—¡Vamos a pillar a ese
desgraciado!

Otro disparo, esta vez de un arma
de servicio, al aire.

—Que nadie se mueva del sitio,
¿entendido? Solo yo.

Horst Schubert se acercó.

Tres pasos adelante, Karl dos atrás.

—No pasa nada, Karl. No tengas
miedo. Nadie te va a hacer nada, te
lo prometo.

Un acercamiento por aquí, un retroceso por allá.

—Me alegro mucho de haberte encontrado, de verdad. Tu padre no sobrevivió al accidente. Te

busco desde entonces, ¡estaba muy preocupado!

—Pero ¿qué hace, por qué habla con ese asesino como si fuera...?

Más cerca. La voz más intensa, para superar el ruido de fondo.

—¿Quién dice que es un asesino? ¿Verdad, Karl? ¿Tú qué crees? Solo

viste cómo aparecía

escrito en la puerta del doctor Hofstätter, en Jettenbrunn, «ven conmigo», y dejaste el mismo

mensaje en la ventana de Marie para atraer a Veit. Fue así, ¿verdad? Lo entiendo, un cerdo como

Veit Pokrovski...

—¡Schubert, mi arma está apuntando ahora mismo hacia usted!

Más cerca.

—... merecía morir. Pero a los

seres humanos no nos están permitidos ese tipo de actos,

aunque ciertas personas no supongan ninguna pérdida para este planeta. Hasta ahora has tenido

suerte, Karl. Imagínate que tu excelente idea del maizal hubiera tenido otro final. Tendría que

detenerte, ¿me oyes? Suelta el cuchillo.

Más cerca.

—No te pasará nada, te lo prometo. Además, necesitas urgentemente

que te vea un médico, una

cama, tampoco te iría mal un baño.

Hace mucho tiempo que me
conoces. Ven conmigo.

Un paso más hasta el precipicio.

—¡Schubert, maldita sea, va a
saltar!

La voz ahora era más tenue, solo la
oía Karl.

—Karl, puedes confiar en mí.
Dame el cuchillo.

—Que salte y se ahogue, me

ahorraré una bala.

Ya estaba lo bastante cerca para llegar al corazón con el cuchillo. El agente tenía la mano tendida.

Dirigió una mirada profunda, larga, a Karl Heidemann. Por muy fríos que parecieran los ojos

de Horst Schubert, también había cierta calidez en ellos, preocupación, una protección paternal.

Como si entendiera la necesidad, el

vértigo, el dilema del chico que
estaba tan tranquilo delante

de él.

Solo un paso.

—¡Karl, no!

Sin miedo. La muerte, esa buena
samaritana.

Caer.

Había saltado lejos, cayó junto al
empinado terraplén rocoso, se
precipitó y perdió la mochila.

Las piedras caían, delante de él, por detrás. Oyó un grito de angustia:

—Schubert, ¿está usted loco?
¡Schubert! —Finalmente solo un gemido de tormento, de dolor, de lucha. Karl fue el primero en llegar a su destino.

Se sumergió.

Frío, enseguida se le entumecieron los dedos. Intentó en vano avanzar con brazos y piernas,

que todos fueran en la misma

dirección, la fuerza de la caída era demasiado despiadada. Se

deshizo de todo, soltó lastre, todo salvo la ropa. Se dejó llevar por el agua helada. No estaba

solo.

—¡Karl, ahora te alcanzo, agárrate!

—La voz era fuerte, el rugido ensordecedor. Todavía.

Karl siguió callado. Solo pensaba en colocar las piernas en dirección a la corriente, levantar

la cabeza, verlo todo. Ni siquiera

intentó agarrarse con las manos a alguna de las piedras

redondas resbaladizas, quería reservar todas las fuerzas.

—Karl, resiste, mueve rápido los brazos, ¿me oyes? ¡Siempre los brazos, los brazos! —Los

gritos de fondo se solapaban a la voz, se oía más la desesperación ronca que su tono.

Se quedó quieto. El agua busca su camino. Fundirse en uno. Esperar al momento oportuno.

—¡Karl, yo, yo...! ¡Karl! —Apenas le quedaba aire, ni movimiento, era una lucha sin sentido.

Horst Schubert estaba en las últimas, había consumido toda la energía. Ya no podía rebelarse.

Tampoco al agua. El último remolino, el último serpenteo, de pronto todo se amplió, el lecho

del río, la tierra, la respiración.

Karl aceleró el ritmo, contracorriente, agarró el penacho que

sobresalía del agua y tiró del cuerpo inmóvil hasta la orilla.

Horst Schubert había salido corriendo a ayudar con la mejor intención. Ahora yacía frente a él, más cerca de la muerte que de la vida. A Karl Heidemann le pareció injusto, sintió agotamiento y rabia. Todo en su interior se rebelaba, se resistía. Así no, muerte, así no. Golpeó con los puños el

pecho de Horst Schubert como si

fuera la piel de un tambor, una y otra vez, hasta que, igual que

una fuente, salió un chorro de agua de su boca. Luego se oyó una respiración sibilante, profunda,

abrió los ojos de par en par, volvió en sí, recobró la calma. La imagen parecía congelada durante

un rato. Dos personas, una frente a otra, observándose, una tumbada, la otra de rodillas.

Finalmente una palabra dirigida a Karl:

—Gracias.

Nada más. Todo lo demás estaba dicho.

Karl se limitó a asentir con la cabeza. La despedida. Una vez más, la última. Karl sabía que

Horst Schubert no lo dejaría escapar en otra ocasión.

Karl Heidemann saltó de nuevo al agua como si conociera el camino. Lo había perdido todo:

sus posesiones; la idea bien arraigada de poder volver un día

con su padre; la posibilidad de estar

cerca de Marie, de verla, olerla, sentirla. Se fue con las manos vacías, pero esta vez era distinto:

no fue una partida hacia una libertad desconocida, sino hacia un cautiverio.

42

La recepción

De nuevo tierra adentro, Karl Heidemann salió del agua y se abrió camino entre la maleza.

Aubruck quedaba muy lejos, igual que el supuesto peligro. Pronto pasó de caminar a arrastrarse a

trompicones por el agotamiento, luego se puso a buscar refugio. Necesitaba descansar,

urgentemente, en un momento dado apareció un campo atravesado por dos autovías, extenso,

donde había un viejo cobertizo. Buscó refugio, por lo menos para esa noche.

El cobertizo estaba vacío. El suelo

estaba sucio, había sacos desgarrados, bidones grasientos,

el ruido de la carretera era como una capa de plomo, lo bastante pesada para por fin estirarse en

el suelo y dejarse caer en un sueño profundo, pesado: Karl, hundido en el lodo hasta la cadera, en

un campo abierto, incapaz de liberarse. Marie, a lo lejos, corre hacia él, gritando. Ya no es muda,

ni sorda, su voz trasmite pena, miedo. «Karl, Karl, está vivo. Karl,

¿dónde estás?». Se oye el
rugido de unos motores.

¿Qué es sueño y qué es realidad?

Veit, sentado con las piernas
arrancadas y los muñones
sangrientos en la cabina del
conductor

de una trilladora, se acerca con las
cuchillas rotatorias, más cerca de
Marie, de Karl, cada vez

más, y el lodo se va solidificando,
no hay salida. Los motores
enmudecen.

¿Qué es sueño, qué es realidad?

Marie, que cae al suelo ante la mirada de Karl, ya no puede levantarse, quiere seguir

avanzando a gatas, mientras tras ella se oyen gritos.

—Allí, ha salido corriendo hacia allí.

Se oyeron unas patadas firmes contra la entrada del cobertizo. La madera de la puerta y la

bisagra rotas. Un estruendo, una nube de polvo, con un brillo

anaranjado bajo la luz del sol. Tres
hombres.

—Te tenemos, desgraciado. Aún
hay justicia.

Desahogaron la rabia, apareció la
boca de una escopeta a la altura de
los ojos.

—¡Acaba con él, aquí mismo!

—No, se lo llevaremos a Schubert.

—Como máximo lo mataremos,
Bruckner, pero no aquí, tenemos
que disfrutarlo.

Culatas de fusil a la altura de los ojos.

Oscuridad.

Primer día

Cuando Karl Heidemann recobró la conciencia seguía a oscuras. Era una opacidad

impregnada de un fuerte hedor.

Tenía el cuerpo y las extremidades cansadas, pesadas, pero no

podía moverlas. Tenía los brazos sujetos por encima de la cabeza, las manos atadas. El dolor en

las muñecas, en los tobillos, era punzante, agudo. Las plantas de los pies estaban desnudas sobre

el suelo resbaladizo. Dio un brinco. Levantó todo el cuerpo. Con cada movimiento de las piernas

sentía un aguijonazo, el suelo estaba cubierto de pedazos de vidrio y se oía el tintineo de una

pesada cadena de hierro. Era un sonido sin eco, sin resonancia, todo estaba cerca. Era un espacio

con las paredes gruesas. Piedra,

cemento, un cuarto pequeño,
húmedo, tal vez bajo tierra. Karl

tenía helado el pecho, la espalda, el
trasero, los genitales, las piernas,
los brazos, las plantas de

los pies, las manos, todo el cuerpo.
Estaba helado y desnudo, en cueros,
solo tenía la cabeza

tapada. El rostro se calentaba con
cada respiración. Tenía un saco
atado al cuello, con fuerza, pero

lo bastante amplio para que entrara
aire.

Era lo bastante ancho para romper el silencio, soltar un gemido, un llanto, un rugido. Gritos de socorro.

Los sonidos caían en el vacío, solo se oía la resonancia de las paredes.

Había perdido la noción del tiempo.

Segundo día

—¡Saca esa mierda de ahí!

Un tintineo de la cadena por encima de él.

—¡Ahora levántalo!

Levantaron una piedra pesada, se oyó vida, los sonidos del bosque, ahora las voces eran

claras.

—¿Creéis que sigue vivo?

—Eso espero.

Luego se encendió una luz, se veía borroso a través de la tela que le tapaba la cabeza. En el

techo, una forma de cruz. Así que era un pozo. Bajaron unos hombres,

tres en total.

Un golpe en la cara.

—¿Qué, has dormido bien, cerdo?

—Ya no es tan divertido, ¿verdad?

Le quitaron el saco, vio la pura satisfacción. Otro golpe.

—No me mires. ¡Aquí solo miro yo!

La luz de una linterna,
deslumbrante, directa a los ojos.

—¡Y ahora esto!

Desapareció la luz.

—Ay, perdona, no verás nada de momento. ¡Pero tenemos tiempo!

Risas.

—¿Qué, ya ves algo?

El cono de luz dirigido a una esquina del pozo, luego a la otra.

—Para que no estés solo.

En cada esquina había el cadáver de un perro.

—¿Qué pasará ahora con él,

Pöllauer? ¿No podríamos dejarlo aquí sin más?

—Ni te creerías todo lo que podemos hacer, Bruckner. Dale algo de beber. Comida no necesita, ya está bastante gordo.

Risas.

—No queremos decir cosas malas, ¿verdad? Que el chico vea que somos buenas personas. Y

cariñosos. Neupold, dame el palo.

—Pöllauer, yo...

—Eres un bocazas, Bruckner. Sal si no quieres verlo.

—Pöll...

—Que salgas, te he dicho.

—¡Aquí tienes el palo!

—Gracias, Neupold.

Vio el pozo como un aliado, como un sótano que acepta la oscuridad. También a las personas.

Debía orientarse hasta encontrar el interruptor también allí. Encender la luz, apagarla. En algún

lugar estaba, el interruptor, la llave.

—Bueno, chico, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, por lo de ser cariñoso. ¡Tienes un trasero precioso!

Lo ocultó todo. No demostró dolor, ni dejó escapar un sonido.

Pronto volvería la oscuridad.

Pronto volvería a estar solo.

Por fin podría llorar.

Tercer día

—Voy a desatarlo, Pöllauer, te parezca bien o mal.

—¿Y luego qué? ¿Qué quieres hacer luego, Bruckner? ¿Adoptarlo?

—¿Qué quieres hacer tú, Pöllauer, se te ha pasado por esa cabeza enferma?

—Claro que sí. Lo dejaremos aquí hasta que vuelva Veit. De regalo. Luego Veit decidirá qué

hacer con él, si le arrancamos las piernas o lo llevamos a la policía como si acabáramos de

encontrarlo.

—¡Pero Veit tardará semanas en volver!

—Pero este es un lugar acogedor. Recibe manutención y alojamiento gratuitos, un par de

mantas, ropa vieja y el día antes de que vuelva Veit, lo regaremos para que esté guapo y limpio.

Quinto día hasta el séptimo

Se separaron cuerpo y alma, carne y espíritu.

Soportaba el repugnante olor, el frío, la humedad, los dolores. Llegó a pensar que aquella

oscuridad era el lugar más tranquilo donde había estado jamás: un lugar bajo tierra. Como una

tumba. Silencio sepulcral. No se oía nada desde fuera, solo estaba él. Él y su perseverancia, nada

nuevo. Él y la absoluta oscuridad, que su imaginación pronto llenó de vida. Las paredes pintadas,

cada una de un color, azul cielo,

verde claro, amarillo del sol,
marrón tierra. No, marrón tierra

mejor no. Hasta podía reír. Y
transformar cosas: el duro suelo de
piedra se convirtió en la litera

de madera de su cálida sauna de
Jettenbrunn, de vez en cuando
incluso en una cama blanda. Una

cama para dos: él y Marie.

Transformó el pozo en una
habitación, un dormitorio, un
comedor, un

salón, tal vez una casa entera. Un

hogar agradable, claro. Una casa para dos, tal vez para tres.

Una familia, con una habitación infantil, una cuna. Las pieles de los dos cadáveres de perro,

cuando las tocaba sin querer, parecían el tejido suave de unos cojines, animales de peluche, la

manta preferida, y mientras tanto miraba al techo hasta que imaginaba un hilo fino plateado igual

que el marco circular de piedra del

pozo. Lo observó como un ojo que lo miraba complaciente.

Para él aquel espacio era como un toldo que ofrece una acogedora protección sobre la cabeza

ante el demonio del ser humano.

Ese demonio iba, todos los días a la misma hora, a arrojar botellas de agua y restos de comida

al pozo, pan duro, fruta podrida, verdura, de vez en cuando un bocado de carne.

—Eso son costillas a la brasa,

Bruckner, hay demasiada carne,
demasiado noble.

—Aquí tienes, chico, espero que...

—¡Que disfrutes de la estancia!

Veit se ha quedado en los huesos,
aún tardará un tiempo en

poder sentarse sobre los muñones y
volver.

¿Huesos? De pronto recuperó el
ánimo. ¿Esa era la clave?

El ciclo de un día.

No se dejó intimidar por la

consistencia de la avanzada
descomposición, el olor ya
conocido,

tocó el pellejo, la piel, avanzó con
esfuerzo solo usando los dedos.

Hurgó, probó, hasta liberar las

patas traseras. Huesos duros, los
clavó en una grieta del suelo, los
torció, los giró, afiló los

cantos, hizo punta a los extremos.

Luego solo le quedaba esperar.

Decimoctavo día

—Mierda, Pöllauer, mira esto. Ha descuartizado a tus perros...

—¡Probablemente del hambre, pobre diablo!

—¿Qué os importan los perros, maldita sea? El chico ya no se mueve. ¡Tenemos que ir a buscar ayuda!

—Seguro, Bruckner. ¡Ayuda! Dejémoslo así. Nadie lo encontrará jamás aquí.

—Pero sería mejor sacarlo, llevarlo a comisaría y fingir que lo

hemos encontrado. Seremos
casi héroes.

—Aún mejor sería enterrarlo en
algún sitio en el bosque, y así nos
ahorramos de una vez por

todas algunas preguntas incómodas.

—Bueno, bajemos. ¡Lo sacaremos
tirando de la cadena!

Esperó. Esperó lo suficiente, con
los huesos en ambas manos. Esperó
hasta que tuvo los

latidos de tres corazones tan cerca

que los podía localizar a ciegas.
Dos de ellos eran su objetivo.

Hizo acopio de todas sus fuerzas,
notó la luz del día bajo los
párpados cerrados, el aire fresco
que

entraba, para dar la bienvenida a la
vida o la muerte. Daba igual.

El movimiento fue muy rápido, la
estocada precisa. Ni un grito, solo
un jadeo de Bruckner.

—Chico, te soltaré, yo, yo, por
favor, déjame con vida. Te lo juro,

quedará entre nosotros,

todo. ¿Me entiendes? ¡Todo!

Irse, solo quería irse. Volver a la vida, abandonar esa tumba.

Bruckner levantaría la piedra del círculo, en vez de esparcir flores sobre el follaje del bosque.

El propio Karl Heidemann acabó teñido por una capa oscura. Se había convertido en otra

persona. Atrapado en el laberinto de sus propios pensamientos. Había cambiado la pesada

mochila que antes siempre llevaba sobre los hombros por una carga mucho mayor, invisible: el

odio, la ira, la incomprensión. Incomprensión por las olas de desprecio dirigidas a él, las ansias de represalias.

Si los malignos, los fuertes, los poderosos como Veit Pokrovski tenían sus propios

intercesores, todo un ejército dispuesto a todo, ¿quién daba voz a los débiles, quién podía

enfrentarse con fuerza a la
violencia vocinglera?

No era lo que las personas
entendían por un Dios
misericordioso. No había Dios para
los

justos.

¿Qué otro remedio le quedaba,
poner fin a su propia pasividad?

Solo la acción.

TERCERA PARTE

Esperanza

La huida es un camino hacia delante

43

La desaparición

Aquella tarde de febrero del 2001 las vistas eran nítidas. El estrecho sendero que conducía a las

paredes de su hogar estaba de nuevo recién espolvoreado. Era algo inusual en aquella zona. El

color blanco era más propio de la primavera que del invierno, cuando florecían los

melocotoneros, los albaricoqueros,
los almendros y las magnolias.

Aquel año, en cambio, su

hogar también se había cubierto en
aquella época de un manto blanco
parecido: nieve.

No podría existir un lugar más
bonito en la vida de Paolo
Moroder.

Paolo Moroder había nacido tres
veces. La primera en algún lugar.
La segunda justo después,

cuando lo pusieron en una cesta de

mimbre, sin nombre, sin origen, y lo dejaron en la entrada de

una comisaría. La tercera treinta y cinco años después. Treinta y cinco. Veinte más quince.

En veinte años lo tuvo todo y nada: orfanato, familia de acogida, orfanato, familia de acogida,

varios cambios. En medio, diversos tribunales de menores, pequeños robos, vandalismo, peleas.

Una vida desarraigada. Finalmente la última familia de acogida. Una

casa burguesa de creencias

católicas, el dueño un empresario de éxito, su buena acción con la sociedad era adoptar a una

oveja descarriada, darle un hogar, compartir el regalo del bienestar, de la falta de preocupaciones.

En apariencia.

Dos niños, uno de verdad, otro falso: Paolo.

Dos padres de acogida, una persona que necesitaba atención: no era Paolo, ni el padre, tan

trabajador que apenas estaba presente, ni el hijo mayor de edad que estudiaba fuera, sino la madre

Claudia, que no se sentía realizada.

Una madre a la que le faltaban obligaciones y disponía de demasiado personal: jardinero, ama

de llaves, niñera. Una mujer necesitada de entrega. Entonces llegó Paolo con diecisiete años,

lleno de energía, valor, osadía. La madre y el hijo adoptivo formaron una pareja secreta, el amor

de Paolo derivó en el deseo de huir juntos, la clandestinidad dio paso a la traición del ama de

llaves, y la pasión al sufrimiento.

El regreso del padre, la escopeta de caza apuntando a su esposa

en la cocina y finalmente la energía de Paolo Moroder, el valor, la osadía, el cuchillo de cocina.

Siete cuchilladas. Sin compasión, en lo más hondo de la carne del padre adoptivo. La bala

perdida fue una casualidad mortal.

Primer amor, última felicidad.

Todo borrado, en pocos minutos.

Luego tuvo otra familia. Familia adoptiva, padres adoptivos, hijo adoptivo, todos sin

cuidados. Pasó quince años seguidos con las mismas personas de referencia: guardas, compañeros

de celda, asistentes espirituales, profesores, cuidadores. Quince años entre rejas, quince años de

monotonía, de previsibilidad, quince años siendo como una

imagen con un marco fijo alrededor que le daba forma, quince años que a Paolo Moroder pronto le parecieron la libertad, se sentía como en casa. Luego lo soltaron. Tenía claro el camino, la dirección, solo llevaba un objeto en la mano: la Biblia. De nuevo encontró muros alrededor, esta vez voluntariamente, recuperó la misma rutina diaria, los rituales, las personas, la misma austeridad en la comida, la ropa, la voluntad.

Nunca había mucho de nada, por eso acogían lo poco que tenían con entrega, esmero,

agradecimiento. Nadie que viva en libertad está obligado a adherirse a la codicia de la supuesta

abundancia, que en realidad era innecesaria, esa era la convicción de Paolo Moroder.

Desde entonces, caminaba dos veces por semana como mínimo, a veces solo, otras

acompañado. Lunes y viernes, sin

importar el tiempo que hiciera.
Ascendía el cerro, pasaba el día

en el valle, luego regresaba. Iba
con paso firme, pero en paz por
dentro. No gracias al silencio,

sino a la palabra. Eran palabras
tranquilas, claras, puras, con la
misma fuerza que una oración,

pero más sinceras. Más auténticas.
Como aquel día de diciembre.

¡Todo está en silencio! Baila en
corro

el claro de luna en el bosque y el

campo,

y encima reina el silencio

y el cielo de invierno.

Ya había anochecido, la respiración
fluía con calma hacia el aire frío
mientras contemplaba la

lejanía.

¡Todo está tranquilo! Uno intenta
oír en vano

el grito agudo de la corneja.

Ni un abeto susurra en la cima

ni un arroyo fluye con su murmullo.

La nieve recién caída desprendía un brillo magnífico bajo la luz de la luna. Que el Señor te

acompañe, da gracias al Señor. Las casas situadas en el valle aún eran pequeñas cajitas oscuras

con lucecitas diminutas.

¡Todo está tranquilo! Las casas de pueblo

parecen tumbas que,

cubiertas de nieve, yacen

en un extenso cementerio.

Estar solo, completamente solo,
entregarse a la calma, sentirla.

¡Todo está tranquilo! No oigo nada
más

que mi corazón en la noche.

Caen lágrimas cálidas

sobre el frío esplendor invernal.[\[4\]](#)

Así hablaba Paolo Moroder,
susurrando para sus adentros,
cuando en medio del claro, allí

donde normalmente solo había una llanura, le llamó la atención una sombra oscura que brillaba en

la nieve. La tocó con la mano derecha, como si fuera a cámara lenta, primero la frente, luego el pecho, el hombro izquierdo, el derecho. Se santiguó.

Tenía ante sí también una cruz.

Una cruz oscura. Un rastro en la nieve.

La búsqueda

Había perdido todo rastro, salvo por una pista. Aquel día de septiembre, Horst Schubert solo pudo seguir con la mirada a Karl Heidemann, incapaz de levantarse o de saltar de nuevo al agua.

Lo que sí pudo hacer, en cambio, aunque le costara mucho esfuerzo, fue deshacer el camino.

Regresó al borde del precipicio, donde Karl había perdido la mochila.

Lo que encontró le pareció de una profundidad indescriptible y una belleza espeluznante, como

Horst Schubert no había visto jamás. Eran obras de arte: libretas de papel, repletas de dibujos a

lápiz. Dibujos muy vivos, muy realistas, como si fueran fotografías retocadas. Rostros que

conocía: Charlotte y Johann Heidemann, Gertraud y Heinrich Auböck, luego los vecinos de

Jettenbrunn, los Oberwaldner, los

Lamprecht, Adele Konrad, varios estudios de Alois Daxberger,

y cada uno de esos retratos mostraba a la criatura en cuestión con los párpados cerrados;

representaba, eso deducía Horst Schubert, el rostro, no: el encanto de la muerte. Excepto uno, la

hija de Veit Pokrovski. Excepto Marie.

Los ojos estaban llenos de dulzura, de afecto, atraparon a Horst Schubert al pasar la página.

Unos ojos iguales que los que lo habían mirado a él en persona. Bien abiertos, sonrientes,

curiosos, llenos de vida.

Vida. ¿Era él el chico que se la quitaba a la gente, como había querido hacer con Veit?

Al principio Horst Schubert no lo entendía. ¿Entonces quién iba dejando ese rastro por el

campo, sumía a pueblos enteros mes tras mes en el pánico y el horror, y cometía auténticas

atrocidades? Actos que carecían de toda estética, de todo respeto, como todos los muertos

anteriores.

Personas aniquiladas con crueldad, de forma brutal, siempre de noche, les cortaban el

pescuezo mientras dormían, se ahogaban en bañeras, lagos, arroyos, los empujaban al vacío, los

ataban a las vías del tren en curvas sin visibilidad. Personas por las

que nadie derramaba una

lágrima, que cuando se observaban con más detenimiento resultaban ser déspotas, tiranos en sus

correspondientes mundos. ¿Quién se adjudicaba el derecho a, en vez de comportarse de forma

justa, juzgar de forma arbitraria, se erigía en representante de los indolentes, los indulgentes, los

sometidos? ¿Un ángel del apocalipsis, un lúgubre presagio, la sombra del siguiente milenio, como

decía un periódico? ¿Cuándo
acabaría de una vez? ¿Con el
cambio de milenio, el hundimiento
del

mundo?

No acabó.

Se produjeron pausas, solo pausas.
Como si quisiera recuperar fuerzas.
Luego volvió, una y

otra vez. Pronto Horst Schubert ya
no supo qué hacer.

Nadie sabía qué hacer. Nadie de
sus propias filas, ni de las

organizaciones que habían

asumido el caso y que Horst Schubert había apartado en un gesto paternalista. Siempre iban un

paso por detrás. ¿Dónde buscar? ¿Era siempre el mismo autor? ¿Qué perfil perseguían? Y, sobre

todo, ¿cuál era el perfil de las víctimas? Le podía tocar a cualquiera, a todo el que se hubiera

pasado al lado oscuro en secreto. Pero ¿quién no lo había hecho?

Pasó un año en el campo. Luego

llegó el 6 de diciembre del 2000.
El decimoctavo aniversario

de Karl Heidemann, aún
desaparecido. ¿Seguía con vida?
Horst Schubert no lo sabía.

Era un día de grandes esperanzas
infantiles, alegre. Fue un día de
muerte: un hombre con barba

blanca, gorro, abrigo rojo y un
báculo dorado. Un hombre llamado
Rainer Bergmann, padre de

familia, que caminaba de noche, en
la nieve, de un pueblo a otro. Un

hombre que aquel día se

colocaba niños en su regazo, les ponía golosinas en las manos suaves, les leía en voz alta un libro,

les acariciaba la cabeza con cariño y aun así en su mente había demasiado afecto. Un afecto que,

como se descubrió después, ya no existía en el círculo de su propia familia más que en forma de

amabilidad. Un afecto que a partir de ese día Rainer Bergmann no podría volver a dar jamás.

Lo encontraron en el borde de un bosque, atado a un árbol, con los genitales arrancados, las

arterias cortadas y la boca tapada. Lo encontraron desangrado y parcialmente mutilado por los

pájaros hambrientos y los animales menores. Encontraron rastros en la nieve, huellas de una

persona con dos zapatos de números distintos. Huellas que en un momento dado se perdían en las vías del tren de largo recorrido.

Horst Schubert ya no sabía qué decir. No detectaba ningún objetivo, solo muertos. No había persecución, solo un ajetreo de un lugar del crimen a otro. No había tiempo para encontrar la calma, la propia, no lo había conseguido, pero tenía que vivir su vida y, aunque solo fuera para distraerse, desempolvar las vías, las miniaturas y hacer circular sus trenes, zumbando. A partir de entonces eso tendría que cambiar.

Por mucho tiempo.

Porque Karl Heidemann desapareció, y esta vez fue distinto a lo ocurrido unos meses antes.

Desapareció en un museo de las tradiciones, de los valores, de la sabiduría, una de las salas de

congelación de la historia, allí donde todo quedaba protegido, mientras la vida continuaba fuera de aquellas paredes.

El olvido

Toda la rabia de los últimos meses no había conseguido que Karl Heidemann se sintiera

realizado ni alcanzara la paz anhelada, esa cruzada por imponer su propia justicia. Se sentía más

bien como un jardinero que paseaba por un prado, se agachaba un momento para arrancar una

pequeña mala hierba y en ese mismo instante veía que un paso más allá estaba creciendo ya la

siguiente, y a la izquierda, a la derecha, por todas partes. De vez en cuando Karl perdía la

orientación, también sobre sí mismo. Y todo mientras la Navidad de 1999 llegaba y se iba y él

seguía teniendo en mente, impasible, únicamente su enajenación mental, mientras el cambio de

milenio llegaba y se iba, sin el fin del mundo previsto, mientras el tiempo pasaba volando por su

lado, las décadas lo dejaban imperturbable, se sentía como en casa en todas y en ninguna parte, en

cabañas, cobertizos, cuevas, canales, bajo las ramas en los bosques, en obras vacías, casas

familiares en construcción, viejos graneros, daba igual, todo era su espacio vital. El frío, el calor,

eran solo cuestión de superación, de voluntad. Al principio la voluntad de Karl era

inquebrantable. No quería cometer

más errores. Solo uno: la locura.

Una locura capaz de llevar a las personas al extremo, las hundía en un abismo, cada vez más

profundo. Un abismo sin salida, sin vuelta atrás. Un castigo para el cuerpo y el alma. Karl

Heidemann solo sentía alrededor la llamada del mal. Un mal que había que aniquilar.

Aquella vida pronto se convertiría en rabia.

Cuando cumplió los dieciocho

años, un cumpleaños sin
felicitaciones, con el cuerpo más

delgado y exhausto, el pelo le
llegaba a los hombros, lucía una
barba clara pero espesa, ya no

miraba solo las ventanas
iluminadas por el brillo de las
velas de Adviento, sino también a
los

ojos de las víctimas que se
desangraban. Su última víctima,
Reiner Bergmann, vestido de San

Nicolás. 6 de diciembre del año

2000. De noche. Todo estaba por comenzar.

Estaba a oscuras, y aun así vio el brillo que iba palideciendo en los ojos de aquel hombre bajo

la luz de la luna menguante. Unos ojos, como en todas las ocasiones anteriores, insondables. Sin

embargo, de pronto Karl Heidemann vio en ellos mucho más, como si fuera su regalo de

cumpleaños, descubrió algo que le hizo estremecer. Cada vez se le

acercaba más la cabeza que se



descolgaba, la mirada suplicante, hasta que tuvo conciencia de lo que estaba viendo en medio de

ese brillo lúgubre: su propio reflejo.

Su voz interior sonó atronadora:

«Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo

tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti»[\[5\]](#).

A Karl Heidemann le pareció como si se fundiera con Rainer Bergmann, como si estuviera

amarrado en la nieve, como si la súplica que vio en el rostro de aquel hombre se hubiera

transformado en una mirada de hermanamiento, en un: «Eres como yo. ¿No lo oyes, lo ves, lo

sientes? ¡Eres como yo!».

Irse. Karl tenía que irse. Huir de sí

mismo.

Vagó por la nieve, junto a las casas vacías, sin parar, subió a un tren de mercancías parado en

la oscuridad. Dentro había todo un bosque. Como los infinitos miembros de una cadena, vagón tras

vagón, sin fin, cargados de troncos, y en medio Karl, también cuando se puso en marcha. Fue un

trayecto gélido, ruidoso. Por ciudades, túneles, anchas llanuras, puentes, hasta que pasó de ir recto

a serpentear, hasta que el tren se detuvo y unos hombres con unas linternas midieron los montones

de madera, hablaban a gritos, era incomprensible. Una lengua extranjera, un país extranjero. Un

país que Karl pisó antes de que un cono de luz lo atrapara. Ya no había regreso posible, era su

nuevo hogar. En algún sitio.

Siguió su camino, permaneció oculto durante días, semanas, como él sabía hacer, pero con más

miedo e inseguridad, cada vez con menos empuje, sin tener la muerte delante, sino en su interior.

Algo había desaparecido: la fe en la justicia, en la bondad de sus actos. La fe en su propia valía.

Lo estaba matando poco a poco, le estaba arrebatando las fuerzas, la voluntad, lo estaba

convirtiendo en una persona cada vez menos precavida, cada vez lo veían con más frecuencia, lo

atrapaban extraños, no se escondía

porque quisiera, sino porque tenía que hacerlo. Una noche lo

hizo bajo la lona de una pequeña camioneta aparcada. El interior estaba muy cargado: cajas

amontonadas, sujetas con cintas. Por cada caja seis botellas vacías, no para beber, pero servían

para esconderse tras ellas. El trayecto siguiente fue eterno, por montañas y valles, vías rápidas de varios carriles, con el motor rugiendo, el viento silbando, la lona

agitándose. Un trayecto que

sumió al polizón en un estado de aturdimiento, vértigo, mareo, fatiga, lo dejó abatido. No volvió

en sí hasta que el coche se detuvo y lo dejaron ahí, mientras se oían cacareos de gallinas, ladridos,

un saludo jovial y un portazo.

Luego tranquilidad, estaba solo.

Karl salió de debajo de las cajas,

hambriento, sediento, bajó de la superficie de carga, vio una granja, un cobertizo, más cajas,

llenas, esta vez también el contenido. Karl se sirvió, a dos manos, dos botellas llenas, no quería

quedarse y aun así lo descubrieron. Un sensor de movimientos, un vestíbulo iluminado, el

conductor que salía de la casa. Lanzó piedras, gritó.

Se fue de nuevo. Ya estaba muy débil. Se adentró en la oscuridad, y de nuevo la nieve. Y una

colina. Karl Heidemann no podía

más, no quería seguir, solo ser
arrastrado a algún lugar, poner

fin al suplicio. De una vez. Caminó
hasta que las fuerzas se agotaron,
entretanto calmó la sed,

hundió hasta el fondo los corchos
de las dos botellas con un palito. El
líquido salió

chisporroteando como una fuente.
Motas rojas sobre el suelo blanco.

Bebió y caminó, bebió y caminó,
sin parar, montaña arriba, solo
hacia arriba, sintió el calor

que se extendía por su cuerpo
exhausto, la ligereza, el tambaleo
agradable, caminó mientras las
piernas estuvieron dispuestas a
mantenerlo en pie.

Luego por fin se tumbó. Cerró los
ojos.

Olvidó el frío. Lo olvidó todo.
Todo.

Una cruz. Oscura, con volumen.
Paolo Moroder levantó su abrigo y
anduvo pesadamente por

la nieve. Cuanto más se acercaba,

más apretaba el paso. Enseguida reconoció lo que veía: los

travesaños eran dos brazos, las verticales las piernas, el tronco, la cabeza. Así que no era una

cruz: era una persona.

Aceleró el ritmo. Era un joven, más muerto que vivo, con el rostro enjuto y sucio, el cuerpo

cicatrizado, tenía heridas con costras, gangrenadas, la respiración débil, los ojos cerrados, la

nieve estaba teñida de rojo. Aún

quedaban dos kilómetros para su destino.

Era impensable dejarlo ahí.

Dos kilómetros por la nieve, llevaba encima todo lo necesario para transportarlo: dos manos,

dos brazos fuertes, dos piernas potentes y una voluntad férrea.

46

El despertar

Solo sentía por dentro frío, dolor, desprecio hacia sí mismo. Fuera, en

cambio, todo era suave y

cálido.

Sintió la tela sobre la piel, el colchón sobre el que estaba tumbado, el edredón extendido

sobre su cuerpo, y finalmente los cantos que le llegaban desde muy lejos. Voces masculinas

cantando al unísono, sin instrumentos, sin prisa. Un canto como una levitación, como si lo acunara.

Un canto que no causaba ningún

dolor en Karl Heidemann, para él era un alivio. Todo estaba

sumido en una calma extraordinaria, solo se oía ese leve susurro muy cerca.

Como si tuviera unas pesadas monedas sobre los párpados, Karl se esforzó en abrir los ojos.

Estaba oscuro, la luz que entraba a través de la cortina corrida, de color ocre, era acogedora. Solo

había lo imprescindible: una cama, una mesita, un armario ropero, un

lavabo, una mesa y una

butaca. Ocupada.

En realidad había estado continuamente ocupada desde que Karl se despertó, probablemente desde que llegó allí.

Las primeras palabras dirigidas a él directamente eran desconocidas.

— *La pace sia con te.*

Al principio le pareció indescifrable también todo lo que se dijo a continuación.

— *Capisci me?*

Un hombre curvado, mayor, se acercó con calma a la cama de Karl, sonriendo.

— *Do you understand?*

Pero Karl no reaccionó.

De pronto dijo palabras que comprendía:

—Un chico rubio, tal vez hablas ruso o alemán. Yo soy el hermano Paolo.

¿Qué podía hacer? Nada. Quedarse

así, no había ninguna puerta abierta.

Karl Heidemann

sintió ganas de darse la vuelta, pero estaba demasiado débil, notó que aparecían gotas de sudor en

la frente y cerró los ojos pegajosos.

—Tienes mucha fiebre, hijo. ¿Me entiendes? Con un gesto bastará.

Y

No hubo gesto, ni un sonido. Solo cerró los ojos.

—Todo irá bien, no te preocupes.
Todo irá bien.

¿Qué era todo, y qué tenía que ir bien?

Eran palabras bienintencionadas, pero sin sentido. El idioma que hablaba era la puerta a la

niebla que oculta, engaña, simula, precipita, acepta la necesidad de verse, de leerse mutuamente.

Cubre lo que pudiera ser elegante de un aire tosco, inutiliza a las personas. Una sola palabra

puede destrozarlo todo. Una voz aguda, penetrante, y se renuncia a la suavidad de las personas.

Una voz tenue no supone ninguna grosería. Desde que pasó esos días en el maizal, los días que lo

cambiaron todo para él, desde su encuentro con esa chica muda, Marie, Karl tenía una certeza:

fuera hombre o mujer, tuviera la forma que tuviera, o la materia, si existía, Dios era mudo.

Dormir, solo dormir.

En algún momento el sueño llegó a su fin.

La habitación estaba más iluminada, las cortinas abiertas, la ventana abierta. El zumbido era

doloroso: moscas que se posaban sobre el cuerpo de Karl, se frotaban las patas y lo transportaban

a la época en que todavía tenía un hogar, hasta Jettenbrunn, al lado de su padre. Todo había

terminado. No tenía ganas de ahuyentarlas. Lo soportaba, no

había nada más insoportable que los

días que pasó atado a una cadena en la oscuridad del pozo, que las tinieblas que se sucedieron

durante los últimos meses.

Observó la belleza, las vistas desde la ventana abierta a ras de suelo. El césped que se

extendía delante era enorme, un poco más allá se veía un bosque, ascendente. El sol iluminaba la

ladera y dibujaba el contorno de un

edificio gigantesco en el prado.

Al otro lado del cristal, fuera, le pareció oír un pintor que trabajaba en su obra. Se oía con

claridad el roce de un pincel sobre el fondo duro, además de un leve resoplido.

También una respiración muy cerca.

— *Tutto bene?*

El hermano Paolo seguía ahí sentado, y con él una mujer desconocida, con abrigo blanco, de

unos cuarenta años, que se acercó a él. Desprendía un olor agradable, la mano que posó sobre su

frente era suave, amorosa, pero sus palabras le resultaban incomprensibles. Manipuló el brazo,

sintió una punzada, un ligero ardor, conectaron un tubito de plástico. Encima de él había una

botella con un líquido transparente, una, dos, tres gotas, cuatro, cinco. Contaban. Seis.

Continuaron.

Cuando Karl despertó de nuevo, la habitación estaba vacía, y aun así tuvo visita. Fuera del

edificio, el pintor echó un vistazo hacia el interior de la ventana, masticando algo con deleite, y

Karl no pudo evitar sonreír. Era un pintor sin pincel, pero con cola. Tenía el cabello erizado,

rozaba el muro del monasterio con cada movimiento y ahuyentaba las moscas. Lo miraron unos

ojos muy negros. La crin era blanca, igual que el dorso de la nariz. Luego el artista desapareció

espacio, maestro de la supervivencia. Tenía el cuerpo en los huesos, flaco, avejentado. La piel

era de color marrón claro, el símbolo quemado en la ijada era más claro: un círculo, y dentro la

letra *Q*.

Q. Un caballo veterano, un animal de trabajo.

Durante los días siguientes pasó por ahí un momento, a veces veía una señal débil, indecisa, el

servicio silencioso que prestaban en aquella habitación. Hombres que cambiaban la ropa sudada

de Karl sin decir nada, le ponían paños fríos, ungüentos curativos, aceites aromáticos, vendas

protectoras, y le acercaban la taza de beber, los alimentos, el orinal. Nueve hombres en total, entre

los cuarenta y cinco y los noventa

años, en turnos constantes, pronto Karl Heidemann los llegó a

conocer por lo menos por el nombre. El hermano Richard, que a menudo hablaba alemán con el

hermano Paolo, el hermano Dimitri, el hermano Janek, el cocinero, el hermano Leandro, el más

joven con cuarenta y seis años, el hermano Serafín, el mayor con ochenta y nueve años, el hermano

Daniele, el hermano Luigi, el hermano Fabiano. Toda la plantilla

del monasterio, como pronto

supo Karl. Hombres que irradiaban tranquilidad, sin prisas, sin exigencias. Le dieron todo el tiempo que necesitó.

De vez en cuando decían:

— *Ты меня понимаешь?* [6]

— *Czy mówisz po polski?* [7]

— *Parles-tu ma langue?* [8]

Enseguida Karl aprendió a distinguir solo por los pasos que se

acercaban quién acudía de

visita. Siempre estaba en medio la doctora, Antonella Poletti, con un aire maternal que prometía

seguridad.

Igual que el mensaje que le llegó un día del hermano Richard. Había intentado en repetidas

ocasiones entablar contacto con Karl en varios idiomas, sin conseguirlo. Sin embargo, aquellas

palabras eran como un bálsamo:

—Tómate tu tiempo. Debe de haberte pasado algo malo. Sea lo que sea lo que te perseguía, aquí estás a salvo.

Luego dirigió unas palabras al hermano Paolo:

—Los caminos de Dios nos lo han traído hasta aquí.

¿Los caminos de Dios? Karl cerró los ojos. Llevaba mucho tiempo deambulando por caminos,

solo, y ninguno le había parecido «el camino de Dios». Ninguno.

Eso tenía que cambiar.

47

El libro

¿Cómo acercarse a ese chico mudo, que cada vez iba recuperando más las fuerzas? Esa parecía

ser la principal pregunta en la comunidad monacal.

Los cebos que iban dejando eran cariñosos, pero pérfidos.

Los dejaban con paciencia y en silencio en la mesita de Karl.

Irresistibles, de graves

consecuencias: libros.

Karl los fue cogiendo, una y otra vez. Las primeras veces solo les echaba un vistazo breve.

Leía sin entender.

— *Nel principio Iddio creò i cieli e la terra...*

El hecho de descartarlo era respuesta suficiente para los monjes. Así que le llevaban el

siguiente:

— *В начале сотворил Бог небо и землю...*

Y el siguiente:

— *Au commencement, Dieu créa le ciel et la terre...*

Y el siguiente:

— *Na początku stworzył Bóg niebo i ziemię...*

Y el siguiente:

— *In the beginning God made the heaven and the earth...*

Por fin un día entendió y se quedó atrapado, en la segunda frase de aquella historia ya se

convirtió en espectador de una película de unas dimensiones espectaculares que se proyectaba en

su mente.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por

encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las

aguas. Dijo Dios: “Haya luz”,

y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la

luz “día”, y a la oscuridad la llamó “noche”. Y atardeció y amaneció: día primero».

El primer día de una nueva vida, pues a partir de entonces Karl ya no se quedó tumbado

mirando al techo, sino absorto en aquel libro, sin parar de pasar páginas, leyó lo que su padre, su

madre y Alois Daxberger no le habían explicado porque para ellos no significaba nada.

— *Fratello Paolo, Fratello Riccardo! Si legge tedesco*[\[9\]](#).

Los dos lo miraban intrigados.

—¿Así que alemán?

Pero Karl se negaba a decir nada, generó más desconcierto, con la mirada fija en su libro.

—¿Pero qué significa, si sabe leer y no quiere hablar con nosotros?

—¿Y si hemos pasado por alto una posibilidad? —le interrumpió el hermano Paolo—. ¿Y si

los taponos de cera que lleva en los oídos son solo una protección?

Para que no entre nada sin que

se dé cuenta. ¿Y si no nos oye?

El hermano Richard agarró a Karl por el hombro al tiempo que se señalaba las orejas, hizo un

gesto con la cabeza y Karl Heidemann sonrió: Marie.

—¡Santa María, no nos oye!

¿Era ese su camino?

Ser libre de todo. La mayor retirada posible pese al afecto de los demás. Vivir bajo un cristal

protector. Una nueva vida.

Empezarla, virgen, como una hoja en blanco. Tratar a la gente como si

fueran cuadros colgados en una galería, dispuestos a ser contemplados, a llenar los envoltorios sin

rostro con ideas, fantasías del observador. Un renacer.

En los rostros de los monjes también vio señales de alivio. Le llevaron taponos nuevos, una

libreta y un lápiz, dejaron otra al lado de Karl, sin saber la alegría que le daban, y se pusieron a

escribir.

—Soy el hermano Richard, el abad de este monasterio, y él es el hermano Paolo. ¿Quién eres

tú?

Karl estuvo pensando, también sobre sus semejantes. Más que

tratarse con sinceridad, las

personas se utilizaban como las
morenas, la hiedra, las ramas de un
sauce. ¿Por qué no hacerlo él

también? ¿Por qué no afirmar una
verdad que a oídos de los demás
ofrecía un matiz y una realidad

muy distintos? ¿Qué es la mentira?
¿La fabulación extrema? ¿O dejar
que sus interlocutores

creyeran en un pequeño error? ¿Qué
inconveniente había? Si debía
empezar una vida nueva,

entonces que fuera del todo, sería realmente como la figura sin nombre ni rostro de un cuadro.

Señalaron de nuevo el papel: «¿quién eres?».

Respondió con un gesto de la cabeza, ignorante.

Los rostros de los monjes reflejaron su asombro.

—¿Sabes de dónde vienes?

¿De dónde? Del campo nevado, la furgoneta, el tren, el campamento bajo el eclipse, de

Aubruck, el maizal, de Jettenbrunn,
del vientre de su madre. ¿Y antes?
¿Qué había antes? ¿De

dónde procedía su vida? Karl no lo
sabía, se quedó con la mirada
perdida, vacía. Como una hoja

en blanco, por escribir.

—¿Tampoco lo sabes? ¿De qué te
acuerdas?

Karl acarició con cuidado con la
palma de la mano la hoja en blanco
y miró a los dos monjes.

—¿De nada! Eso es horrible.

Silencio, sí, pero no sin comunicar nada. Deslizó por primera vez la mina del lápiz, dibujó

líneas curvas sobre el fondo blanco, unas líneas maravillosas, letras como pequeñas obras

maestras, tan limpias, precisas, preciosas:

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

Alegría en los ojos de los monjes.

—Debe de haber ido a una buena escuela o ser de buena familia, por como escribe.

Por fin una vía de acceso.

Llenaron con destreza la página siguiente.

—Te encontró el hermano Paolo, en la nieve. Completamente deteriorado, débil, herido,

ensangrentado, y te trajo aquí. Nos pareció que llevabas mucho tiempo vagando, sin un techo.

Solo. ¿No tienes familia? ¿No tienes padre, ni madre? ¿O eso también se te ha olvidado?

La mano de Karl dibujó despacio

las letras, su mirada era vidriosa.

—Todo borrado.

Era muy cierto.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cómo podemos ayudarte?

—¿Puedo quedarme?

—¡Para nosotros es una alegría!

Una casa, la tranquilidad.

—¿Cómo quieres que te llamemos?

—Vosotros me habéis encontrado,

ponedme un nombre.

El abad Richard no lo pensó mucho y escribió:

—Por muy malo que sea lo que te haya ocurrido, has sobrevivido, estás vivo, así que te

llamarás Vítus. El vivo.

Bienvenido, hermano Vítus.

Se dieron la mano a modo de saludo. Luego Karl se entregó a la lectura.

Sonaba muy bien: hermano.

Familia. Vítus. Vivo.

Karl Heidemann siguió leyendo.

Caín y Abel.

48

Un nuevo comienzo

Lo que no se soluciona permanece,
como una piedra en un vaso de
agua, vuelve en el recuerdo,

vaga durante las noches en vela sin
que le molesten, entre sueños e
ideas. Horst Schubert jamás

pudo olvidar Jettenbrunn, ni a todos
los muertos, el año 1999, a Karl

Heidemann. Lo que a otros

les parecía imposible para él tenía relación. Todos los cadáveres y ese chico. Una relación que

siempre iba por delante, y hacía que todas las piezas del rompecabezas se posicionaran de forma

distinta.

Cuanto más lo hacía, más veía siempre lo mismo: los dibujos. Se los había guardado por lo

reveladores que le parecían. Los

había conservado como si fueran de su propiedad, la fianza en su mano, la garantía contra el olvido: Marie.

Las preguntas lo atormentaban: ¿por qué su rostro era el único entre todos los dibujos representado con los ojos abiertos? Si todos eran caras de difuntos, ¿por qué llegó a retratar el de

Marie si seguía con vida? ¿Seguía viva?

Horst Schubert fue a Aubruck, muy

preocupado. Solo para estar seguro,
para echar un vistazo,

para verla. Para que los vecinos de
aquel pueblo le contaran finalmente
en qué monstruo aún peor

se había convertido Veit Pokrovski
del que ya era antes del accidente.
Allí todo el mundo

maldecía el accidente, no por lo
ocurrido, sino por el resultado. El
auténtico criminal no era ese

chico raro, sino el conductor de la
trilladora y su buen ojo. Solo un

momento de descuido, un

metro más habría bastado y todo habría ido bien. Sí, eso pensaban, incluso lo decían. Era fácil

hablar, pues según supo Horst Schubert, hacía tiempo que la familia ya no vivía en la zona y había

vendido la casa.

No, no sabían la nueva dirección, solo el nombre de la ciudad.

No, no habían mostrado más interés.

Nadie lloraba la desaparición de la peste.

Pero a Horst Schubert sí le interesaba.

Karl también sentía un gran interés.

Leía, y leía...

... leía despacio, algunas páginas varias veces, se puso a comparar una edición, la alemana,

con la otra, la italiana. Cada vez estaba más sumido, más sumergido en una de las aventuras más

monumentales, como nunca la había visto. Una peripecia sobre el nacimiento y la muerte, la

creación y la destrucción, el sometimiento y la libertad, los mandamientos y la obediencia.

Yo soy tu Señor, tu Dios. No tendrás dioses ajenos ante mí.

No tomarás el nombre de Dios en vano.

Respetarás el día de reposo.

Honrarás a tu padre y a tu madre.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No levantarás falso testimonio del prójimo.

No codiciarás la casa del prójimo.

No codiciarás la mujer del prójimo, su sirviente, ni su criada, ni el ganado ni nada que tenga el prójimo.

Historias llenas de fantasía

desbordante, llenas de
acontecimientos maravillosos, de

contrastes, de amor, de amor
divino, de ira, de ira divina, paz,
violencia, y finalmente llena de

violencia pacífica. Personificada.
Descrita en cuatro ejecuciones, con
un desarrollo parecido, no

siempre en el contenido, repleta de
contradicciones. Pero a Karl no le
importaba. Era un libro, ni

más ni menos. Solo un libro.

Leía y leía...

... mientras con el tiempo fue recuperando las fuerzas, y con ellas la voluntad de un día

sentarse en el borde de la cama, con la negrura ante sus ojos, superar el sudor frío, levantarse,

atreverse a dar los primeros pasos, solo para abrir la ventana, respirar y ver al visitante al que tan

bien conocía ya: *Q*.

El caballo se encontraba, orgulloso y erguido, en medio del prado.

Miró a Karl, levantó la

cabeza un poco más y se fue, como si quisiera decir: «Por fin viene».

Primer día de la resurrección.

Pronto Karl confió en sus piernas para dar unos pasos delante de la puerta. Caminó por el

pasillo, para buscar el retrete.

Quería evitar por fin la descarga diaria en el orinal que le daban.

De camino a esa libertad encontró otra: la biblioteca.

Una sala sin duda tan grande como el huerto del viejo Alois

Daxberger, recubierta de

estanterías de madera oscura y pulida que llegaban hasta el techo, llena de miles de historias,

suficientes para llenar mucho más que una sola vida, y en medio de ese paraíso una silueta de

mujer. Karl se detuvo un momento y se apoyó en una de las estanterías. Su mirada era de

requerimiento, las manos suaves. Reconocía cada arruga, cada vaso sanguíneo. En la mano

derecha tenía un libro, en la izquierda una azucena. El cuerpo de madera, la cabeza cubierta con

un hábito de religiosa, solo el rostro quedaba libre. Era un rostro conocido. Le recordaba a Marie,

como todos los rostros le recordaban a ella. Todos. La ilusión, la peor arma de la nostalgia. Karl

acarició el contorno con ternura, indagó en cada curva, cada saliente de ese ente corpóreo tallado

en madera, mientras oía voces exaltadas que procedían de su habitación. « *Lui è andato*»[\[10\]](#), hasta

que el hermano Paolo lo oyó caminar por el pasillo, oyó la búsqueda, la desesperación, el hallazgo.

— *Lui è qui a Katharina!* [\[11\]](#)
¿Has conseguido levantarte y hacer una excursión? Me alegro.

Le enseñaron imágenes de aquella mujer, textos. Catalina de Siena,

protectora de Italia, de

Europa, adorada contra el fuego, el dolor de cabeza y la peste, patrona de las lavanderas, las

enfermeras y, por último, ¡de los moribundos!

No estaba allí en vano.

49

Catalina

No solo estaba en la biblioteca.

También figuraba, de piedra, en

medio del jardín del monasterio,
rodeada de un mar de flores

y hierbas.

O en la tienda del monasterio, como
múltiplo de sí misma en las
estanterías, etiquetada entre

los objetos a la venta, las
infusiones, los licores de hierbas,
los elixires y ungüentos. También

aparecía en cuadros que casi
llegaban al techo enfrente de otra
mujer, también inmortalizada con

pinturas sobre un lienzo. Una mujer

joven con un vestido rojo, una capa azul y un corazón carnosos

en brazos. Un corazón como el de la abuela que Karl llevó así una vez.

—Y esta es María, la madre de Jesús.

Veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro. Cuatro segundos de eco, cuatro segundos como un

globo que cae despacio al suelo, así contaba Karl mientras el hermano Paolo le enseñaba la

iglesia del monasterio por primera vez. Se quedó asombrado.

Alrededor veía muerte.

A la derecha del cuadro de María había un hombre desnudo, atravesado por unas flechas,

atado a un tronco. En las paredes laterales, como junto al camino del calvario, las

representaciones de las estaciones de la ejecución, y finalmente, al frente de todo de la nave de la

iglesia, tallada en madera y clavada

a media altura, una cruz.

Una cruz como las que había visto en numerosas ocasiones, en el cementerio, en el pico de las

torres de las iglesias, en pequeñas capillas, en los márgenes de las carreteras y los caminos, en

salones, dormitorios, pero que jamás había percibido de forma consciente. Un símbolo que estaba

presente en todas partes, formaba parte de su mundo, como los tractores, los bancos de jardín o

los columpios infantiles. Sin embargo, nunca lo había visto en semejantes dimensiones. A

diferencia de los cuadros del calvario, en ella no vio a un hombre con una mirada tranquila, sino

un rostro desfigurado por el dolor. Un hombre desnudo, solo con un trapo en la cintura, sujeto con

clavos a los tablones, con las manos, los pies y los costados atravesados, y el rostro y la cabeza

perforados por espinas. Sacrificado

delante de todo el mundo, expuesto,
como los cerdos de

Jettenbrunn que se desangraban
sobre los campos nevados.

—Ven, siéntate a mi lado.

Paolo Moroder señaló una de las
filas de bancos. Allí se quedaron
los dos un rato, juntos. Uno

con la vista fija en el suelo,
murmurando algo monótono, el otro
con una mirada de desconcierto

clavada en el altar mayor. Karl
Heidemann se quedó atónito, pensó

en el libro que tenía en su

habitación, en el rostro de un hombre que pasaba por encima del sufrimiento y la muerte, en el

Evangelio, la resurrección, el reino de los cielos, la vida eterna, pensó en Moisés en el monte

Sinaí, en el mandamiento «no matarás», mientras observaba la cruz idolatrada, símbolo de esa

comunidad de creyentes, de la aniquilación cruel, del asesinato, y no entendió nada.

¿Dónde estaba la lógica de todo aquello? Cuanto más reflexionaba sobre el tema, mayor era su

confusión. Y cuanto más perduraba su desconcierto, mayor era su paz interior.

¿Para qué quería entender a esa gente? Era una tarea absurda. Todo tenía su reverso. ¿Acaso

tener fe no significaba también renunciar a toda voluntad de entendimiento?

Pronto sintió un gran

agradecimiento, pues si, entre todos los lugares que había conocido hasta

entonces, existía uno en el que se ejemplificaba la muerte con toda su complejidad, también por

parte de una mano ajena, como algo que no se podía juzgar, un camino hacia la liberación, hacia

Dios, era el que tenía ante sus ojos, justo ahí.

Por fin tenía un hogar.

Si la palabra «hogar» designaba un

lugar donde era posible dar la espalda al prójimo sin que

nadie dijera nada de su ausencia, Karl Heidemann había encontrado realmente el lugar idóneo.

Karl Heidemann era feliz, por lo menos eso creía, cada vez tenía más confianza con aquellos

hombres, conocía su idioma, la sotana de color tierra pronto se convirtió en su segunda piel, la

calvicie, las tareas asignadas: mozo de cuadra, ayudante de cocina,

jardinero. Enseguida empezó a fabricar pomadas, infusiones, y mucho más.

Encontraron un cuchillo de hoja corta en su habitación, patatas, nabos, raíces de apio, con el rostro de santa Catalina tallado, más bonito que el de la biblioteca. Empezaron a apreciarlo más, incluso con euforia, sobre todo cuando salieron a la luz sus dibujos y todos los monjes se reconocieron en ellos. Tras la

emoción llegó la razón, el olfato comercial.

—Inténtalo con la madera. Puedes hacerlo.

Y pudo, el afán era herencia de su padre Johann. Creaba vida, no solo en sentido de superarse,

sino de producirla. Al poco tiempo acabó en un pequeño taller montado para él, se inició en la

tarea de ampliar la tienda del monasterio con estatuillas de recuerdo de santa Catalina, y cada

vez

iba desprendiéndose más del expósito Karl para ser el hermano Vitus. El expósito de una

comunidad que seguía, aislada del mundo, sus rituales, celebraciones y misas, solo la tiendecita

del monasterio permitía visitas, solo la iglesia ofrecía la posibilidad de recogimiento silencioso.

Sin embargo, rara vez llegaba gente tan arriba de la montaña.

Cada vez se sentía más parte de aquella comunidad, unido por el deseo de ser como un niño

eterno oculto en aquel edificio. Un niño bien protegido en el seno de la familia, que se pone su

disfraz y ya no quiere quitárselo, ya sea de vaquero, de pirata o de superhéroe, que hace frente a la

vida para protegerse del mundo exterior y al mismo tiempo rechaza esa vida.

Hasta que la vida fue a buscarlo.



Una noche encontró una carta en su mesita.

«Paolo se está haciendo mayor. A partir de ahora irás a caminar con él. Todos los lunes y viernes.

Que duermas bien. Abad Richard».

Santa Catalina de Siena, patrona de los moribundos.

En los dibujos de los difuntos había puntos rugosos.

Horst Schubert no lograba calmarse. Observaba aquellos esbozos, una y otra vez, cada vez con

más detenimiento, cada vez más cerca, llegó a conocer cada línea, cada peculiaridad, hasta que no

le quedaron motivos para apartarse de su preocupación por aquella chica tan maravillosa, con una

alegría tan contagiosa en su expresión.

Todos los puntos rugosos, y lo

había probado él mismo, revelaban solo una cosa: había

borrado algo. En todos los dibujos, en la zona de los ojos, que antes sin duda estaban abiertos,

como en el retrato de la pequeña Marie. Unos ojos que habían pasado a los párpados cerrados tras la defunción.

¿Seguro que era el asesino, que atrapaba gráficamente a su víctima para luego borrar la vida y

finalmente la mirada viva?

Horst Schubert tenía que encontrar a Marie Pokrovski. Necesitaba verla lo antes posible para ir sobre seguro.

No le costó encontrarla. La encontró viva y aun así sin vida. Muy cerca, en medio de la

ciudad. En un barrio que hablaba por sí solo, un bloque de pisos y unas circunstancias que

hablaban, lamentables. Ya no encontró a una chiquilla, sino un vacío y una impotencia extraños en

aquellos ojos antes tan fuertes y llenos de vida, encontró una madre que aún era más parca en

palabras, y encontró a Veit.

—¡No me iba a quedar lisiado en Aubruck y dejar que se rieran de mí durante el resto de mi

vida!

Veit, atado a la silla de ruedas.

—¿Para qué necesito un jardín, una casa, un césped cuidado? ¿Para jugar al fútbol? Lo que

necesito es un ascensor, unas vistas que no me aburran, un cementerio a la vuelta de la esquina.

Un cementerio que recordara siempre a las dos siervas hasta qué punto eran responsables de

todo lo ocurrido al difunto Veit Pokrovski. Ojo por ojo. Muerte por muerte. Ojalá no hubieran

faltado esos últimos metros en el maizal de Aubruck. A pesar de que Horst Schubert debería

haberse calmado al encontrar a

Marie viva, su preocupación por su bienestar no disminuyó ni lo

más mínimo. La mayor amenaza para ella no era Karl Heidemann.

50

El fallecimiento

La mañana aún era oscura cuando Karl Heidemann ascendió por primera vez, siguiendo la estela

de Paolo Moroder, la cuesta por la que una vez lo llevó el monje.

Toc, toc, toc, así sonaba el bastón

del anciano en su oído.

Toc, toc, toc, acompañado de un constante murmullo. Tal vez eran oraciones, poemas.

Pasaron por el claro donde Karl se derrumbó y quedó tumbado. Se sentaron en el mismo banco

de madera desde el cual fue descubierto. Susurraba para sus adentros:

—Aquí me fuiste entregado en las manos. Un buen día.

Aún amanecía, de pronto se alzó la

voz del anciano:

—Y Dios dijo: *fiat lux*. Y se hizo la luz.

Y se hizo la luz.

El sol se alzó rojo intenso en el horizonte, lo tiñó todo de vida, cautivó a Karl, por muy

insoportable que le resultara el canto de los pájaros alrededor, como si fuera un rey abarcando

con la vista su reino, o un noble su territorio. Desde arriba, muy arriba. Debajo, una franja

boscosa que descendía, amplia, y se perdía en un paisaje suave. Una colina junto a otra, como olas suaves.

—Caminemos.

El camino continuaba serpenteando entre los prados iluminados. Todo estaba en flor, de un verde intenso, atravesado por pinos y cipreses. El brillo de las mimosas amarillo, la tierra saturada de blanco, el rosa de los almendros. Colorido. Nueva vida.

También para Karl.

Pasaron junto a la granja del viticultor en cuya camioneta había viajado y se encontró con el

conductor. No lo reconoció, le dedicó un saludo afable. El chico de pelo largo, decaído, se había

convertido en un monje pulcro, pelón y delgado.

Un poco más arriba y abajo, luego pasaron junto a un cartel que indicaba: «Fondazione Santa

Vita»[\[12\]](#), subieron otro cerro y

finalmente llegaron a su destino:
una espaciosa casa de piedra de

estilo rural. Delante se extendía un
vasto jardín, con olivos sobre el
prado, lleno de mesas,

sillones de mimbre, bancos, y gente
por todas partes. Ancianos.
Personas decrepitas.

De pronto oyó una voz conocida, un
grito de alegría:

— *Benvenuto!*

Antonella Poletti.

Karl sintió una emoción peculiar. Cuánto tiempo había pasado desde que ella se sentó en su

lecho de enfermo, tan maternal, tan suave. Había algo en su mirada que Karl no sabía interpretar.

La mano suave que le tendió para saludar también permaneció una pizca más de lo normal que las

demás sobre la suya. Mientras Paolo Moroder se dedicaba a sus tareas habituales, ella rodeó a

Karl por los hombros, lo llevó por

la propiedad y le fue presentando a la gente.

Como su maestro Paolo Moroder, Karl Heidemann también se dedicó durante las semanas

siguientes a empujar sillas de ruedas, acercar alimentos, a menudo a dar de comer, tocó y fue

tocado. A menudo se limitaba a sentarse entre los señores y señoras, escudriñaba sus rostros, sus

fachadas, y oía cómo detrás de

ellas llegaba despacio el último giro de su accidentado camino.

Solo quedaba zarpar poco antes de llegar al destino. El murmullo interno era cada vez más débil,

como una corriente amplia que alcanzaba poco a poco la desembocadura en lo ancho del mar para

perderse allí. Karl se encontraba en la orilla, era testigo de ello, sentado junto al lecho de muerte,

miraba con curiosidad, compasión y deleite esa manera extraña de desviarse, de quedarse

dormido. La muerte llegaba como un amante, como ocurrió con Alois Daxberger, como una

compañía suave y apacible, o eso pensó Karl al principio.

Hasta aquel terrible suceso.

Era sábado, una tarde fuera de la rutina de los lunes y viernes.

«Rosaria Bernardi», así rezaba el letrero a los pies de la cama.

Dentro, una mujer, solo piel y

huesos, con los ojos abiertos, aterrorizada, casi sin aliento. Los viernes se sentaba con Karl al sol.

Sin embargo, en aquel momento estaban el hermano Paolo y el hermano Vitus a su lado, el

padre oraba en voz baja. Luego se oyó un grito sin fin. Atravesó a Karl

como una hoja afilada, ese

tono estridente, el sonido de la
desesperación. El cuerpo
moribundo se rebelaba, se estiró,
con la

cabeza hacia atrás, se puso tiesa. El
padre Paolo alzó la voz en su
oración, y la doctora Poletti le

administró medicamentos más
fuertes. No sirvió de nada. Rosaria
Bernardi libró una batalla inútil

sin salvación, toda la noche, todo el
día siguiente. A gritos, como si

quisiera ahuyentar a la vida
de sí misma.

La brisa que entraba por la ventana
abierta era suave. Las cortinas
blancas ondeaban como

velas al viento en la habitación
inundada por el sol. Velas de un
barco que no quería zarpar.

Karl Heidemann estaba sentado en
un rincón, torturado por los
angustiosos gritos. Ya no iba a

salir corriendo, lo había decidido.
Iba a enfrentarse a la vida, soportar

el dolor todo lo posible,

mirar a la cara a esa otra faceta de la muerte, ver cómo procedía esta vez. Lo que vio le pareció

cruel, indigno, absurdo. ¿Para qué de pronto aquel martirio?

¿Y para qué esa peculiar conducta del padre? Ya sabía lo de ungir la con aceite y susurrar

oraciones, pero encendieron una vela, llevaron una pesada cruz de hierro y pusieron ambas cosas

sobre la mesita. La sombra

parpadeaba en la pared, símbolo de la muerte. Karl se sentía lleno de

esperanza: ¿por fin iban a pasar a la acción, a ayudar? Pero nada. El ambiente se llenó de

incienso, el ritmo de la oración aumentó, la oscuridad se llenó de ruegos por el perdón de los

pecados, por la salvación. Algo dentro de Karl se rebeló. ¿Por qué cuando una persona ya estaba

asustada en su lecho de muerte debía sentir además el miedo a

seguir existiendo en el más allá?

Un más allá que nadie conocía, solo eran palabras sobre el cielo, el infierno y el juicio final.

¿A qué Dios iban dirigidas aquellas palabras?

¿Al dios iracundo, castigador, que dividía el mar Rojo para que se ahogaran sus oponentes,

que enviaba plagas y devastaciones? ¿Al Dios que amaba, perdonaba, que enviaba a su hijo como

Mesías, que amaba por igual a amigos y enemigos, que cuando lo golpeaban enseñaba la otra

mejilla?

¿Qué esperaban con aquellas palabras?

¿Que ese Dios decidiera para unos el cuerno de la abundancia y para otros la inmundicia, para

los justos el sufrimiento y para los injustos la alegría, un Dios que parecía un hechicero, un

sirviente, y cumplía deseos lleno de

misericordia, quitaba cargas de los hombros, echaba una

mano? ¿Una mano para sustituir a qué otra mano?

La de los seres humanos. Solo la de los seres humanos.

Dios era un medio para alcanzar un fin, el suplente de las propias carencias, la respuesta

universal a todas las preguntas abiertas, el justo de los agraciados, el olvidado de la abundancia,

el injusto de los desgraciados, el

brillo de esperanza del vicio, la
excusa para todos los fracasos
humanos e inhumanos.

Karl Heidemann sintió rabia por
tanta hipocresía. Todo lo que podía
ofrecer dignidad, aprecio

y afecto a la vida de la anciana
Rosaria Bernardi, que llegaba a su
fin de una manera tan

deplorable, era la salvación en el
amor, la ayuda para morir, la puesta
en práctica de la frase con

la que acababan todas las misas

entre las paredes del monasterio:
«Id en paz».

Pero Rosaria Bernardi no se iba, no podía, no debía. Por muy débil que estuviera, seguía

retorciéndose. Los gritos eran como contracciones de parto, pero sin asistencia médica. ¿Nadie se

hacía responsable cuando se convertía en un tormento? No había nadie para liberarla. ¿Prestar

ayuda significaba solo estar ahí?

Salvar a los vivos, sí; salvar a los

moribundos, no.

¿Por qué? ¿Por motivos morales?

Karl no entendía esa moral que solo despertaba un deseo en él: acabar con el tormento.

Cuando el hermano Paolo abandonó la habitación un momento, Karl Heidemann se levantó, se

acercó a la cama de Rosaria Bernardi, se inclinó hacia delante, agarró las manos agarrotadas entre

las suyas, buscó sus ojos, ya ausentes pero aun así atrapados

allí, desesperados, los encontró y le

sostuvo la mirada hasta que regresó la calma y la respiración se volvió más regular. Luego hizo un

gesto como si dijera: «Rosaria Bernardi: ya ha pasado. Vámonos».

Con una sonrisa tierna, llena de afecto, bajó su cuerpo con cariño, agarró con cuidado ese

esqueleto cubierto de piel, débil, y lo cogió en brazos. Era ligera como un niño dormido al que los

padres, prudentes, intentan no

despertar y lo levantan tras un largo viaje en el asiento trasero del

coche para llevarlo a la cama. Karl Heidemann sacó con el mismo cuidado a la anciana, que se

había tranquilizado, fuera de la oscuridad, de las velas blancas infladas que no acababan de partir.

—¿Qué haces? —oyó que decía el hermano Paolo.

Pero Karl, con la anciana en brazos, siguió caminando, bajó la cuesta y recorrió el sendero

oscuro hasta el jardín. Rosaria Bernardi se había calmado, tenía la mirada centrada en una sola

cosa: la luz del día despejado que destacaba al final del camino, formando unos arcos. Un brillo

que se acercaba a ella, cada vez más.

Cuando Karl Heidemann salió con ella al aire libre, llevó a la anciana entre los olivos por el

jardín, con el rostro iluminado, oyó que su corazón exaltado finalmente

latía más lento, el último

respiro pesado, notó que algo se encendía con cariño en su interior, lo conmovía y desaparecía,

libre y vehemente.

Poco a poco los habitantes temporales de aquel jardín se fueron acercando a Karl, lo miraron,

vieron el rostro apacible de la liberada, el del liberador, y todo el que había oído día y noche los

gritos de tormento de Rosaria

Bernardi, como señales
amenazadoras de su propio futuro
camino,

sintió en aquel momento algo que
por lo visto era posible sentir
incluso en las puertas de la

muerte: esperanza.

51

El fracaso

Karl ya había conocido la
esperanza en los ojos ajenos. En la
época de furia había contemplado

sin inmutarse las miradas que suplicaban clemencia en todos aquellos que habían causado

desgracias en los demás. Sin embargo, ahora la clemencia deseada era unilateral, veía personas

que lo observaban como el salvador, y no como el profanador. La comadrona de la muerte.

Aun así, por mucho que se esforzara, por mucho que estudiara las experiencias de los monjes,

que quisiera aprovechar el jardín del monasterio, Karl Heidemann no encontraba la manera de

ayudar a los afectados y liberarlos con discreción, sin dolor y con cariño de la carga de su vida.

Solo le quedaba sentarse junto a sus camas, con las manos llenas de fervor y bienestar, y

aplicarles tinturas de hierbas, esencias, cataplasmas y pomadas. Arrebatarles el miedo y a cambio

ofrecerles paz, optimismo, sin

palabras, con paciencia, solícito.

Paolo Moroder lo contemplaba con admiración y desasosiego al mismo tiempo, pues cada vez

con más frecuencia el hermano Vitus no regresaba con él al monasterio y permanecía la noche

entera al lado de aquellos en cuya presencia aparecía la muerte como una diva vanidosa que se

hacía de rogar, un monstruo odioso, una sádica diabólica.

—No todo el mundo desea morir

acompañado. También tienes que aprender a dejarlos solos, a soltarlos.

Karl no aprendió.

Se quedaba y cada vez tenía compañía, no solo por preocupación: Antonella Poletti.

A menudo no se separaba de él en toda la noche, lo veía actuar con ternura y aun así percibía

su desesperación. Le hacía un gesto de consuelo en el hombro, pero no le llegaba al corazón. Karl

no reaccionaba, como si la dura muerte fuera culpa suya.

También la atrapó a ella, la cautivó. ¿Cómo penetrar en aquel joven reservado, con las orejas

y la boca tapadas? ¿Cómo ayudarle a salir de sí mismo?

Cuando una noche, pasada la medianoche, otro dificultoso camino llegó a su fin y se oyó un

último grito, la rebelión, una sacudida, el hermano Vitus retiró con ternura el cabello de la frente

empapada en sudor de aquel cuerpo ahora inerte, ella se atrevió.



Todo fue como siempre sucedía en esos momentos en la habitación.

Era una separación, pero

también una peculiar unión.

Cercanía y a la vez distancia. Una distancia que para Antonella Poletti

pedía a gritos ser superada, le provocaba desasosiego. Karl

Heidemann lo oyó. Su latido era más

activo de lo habitual, el gesto de frotarse los dedos nervioso, como si estuviera tomando una

decisión. Hizo un movimiento vacilante hacia él. De pronto sintió un roce, distinto a lo habitual.

Primero hombro con hombro, luego la mano sobre la mano.

Si él se apartaba un poco a un lado, ella lo seguía. Si él soltaba la mano, ella la agarraba de

nuevo. Era una caricia que no quería terminar, que pronto ardió, se volvió dolorosa y agradable al

mismo tiempo, más definida, y arrastró a Karl, como aquella vez en el maizal, tiró de él por el

pasillo desierto, lo llevó a una habitación estrecha y cerrada con llave, lo atrajo hacia sí y lo

abrazó.

¿Intentaba consolarlo?

Karl Heidemann no lo sabía.

Se quedó quieto, inmóvil,
impotente, sintió una agitación que
jamás había experimentado, notó

el cuerpo extraño, acogedor,
blando, a la expectativa, notó una
suave caricia en la espalda. No

había preguntas, ni ruegos en los
ojos cómplices de Antonella
Poletti. Pero Karl no sabía nada de
cercanía y le dejó hacer indefenso,
a su merced.

Luego vio a Antonella Poletti
convertirse en mujer, toda una

mujer, tierna, afectuosa, y él en

hombre, todo un hombre, presente y ausente al mismo tiempo. Tenía la mente en otra parte: Marie.

La veía cuando se tapaba los oídos, cuando se sumergía en el estanque de Jettenbrunn, la vio

mientras recibía los golpes de dos hombres, la veía también en todos los que agonizaban de dolor,

la vio hasta que, igual que en el momento de la muerte, todo se descargó.

Respiró, liberado de toda la tensión.

Le quedaba el malestar, un malestar espiritual. Vacío, así se sentía en brazos de la persona

equivocada. Karl Heidemann rompió a llorar como no lo había hecho nunca antes. Solo quería

estar solo, consigo mismo, con sus pensamientos sobre Marie, su fracaso. Un fracaso estrepitoso.

Se fue sin decir nada.

Tras él quedaron las palabras

bienintencionadas de consuelo, el
requerimiento de no estar

triste, no sentirse responsable, la
muerte a veces llegaba con
suavidad, y otras con aspereza,
como

la vida, como el amor.

Palabras huecas.

Karl Heidemann se perdió, solo
veía su fracaso en la atención a los
que buscaban ayuda, en su

propia debilidad y por tanto en
presencia de la médico, que a partir

de entonces ya no permitiría

una sola mirada, un fracaso ante Marie.

Pasó días inclinado sobre libros en la biblioteca, obstinado, y noches en las que dibujaba los

rostros de los cuerpos de los fallecidos con gran dolor, los grababa con cinceles y cuchillos de

tallar en pequeños bloques de madera, renacidos como figuras de pesebre, a menudo hasta que le

sangraban las manos, como si

quisiera hacer penitencia por su fallo.

Pronto los demás advirtieron su obstinación.

52

Los cuidados de Paolo M.

Llamaron a la puerta. Fuera el día era aún oscuro, tormentoso.

—Nos vamos.

Ese fue el saludo por escrito de aquella mañana de junio. A Karl Heidemann nada le pareció

fuera de lo común. Había una emergencia, ¿qué otra cosa iba a ser? Pero Paolo Moroder no

ascendió el monte, sino que bajó.

—¿Adónde vamos? —Karl lo agarró del hombro y lo escribió en la tierra.

—Voy a enseñarte algo —fue la respuesta.

El hermano Paolo aceleró el ritmo, Karl no lo esperaba, lo dejó sin aliento. ¿Adónde iba, cuál

era el objetivo? Pronto tuvo otra

inquietud: no quedar atrás de aquel anciano y su toc, toc, toc. Un

toc, toc, toc que enseguida Karl dejó de percibir, igual que el molesto gorjeo o el viento que

silbaba con fuerza entre los árboles. Tenía todo el cuerpo alterado, tosía, el corazón se le salía del

pecho. Llegó hasta el límite de los árboles, pronto tuvieron el sol del amanecer a sus espaldas, y

mientras Karl deducía que el

destino era la cruz de la cima, se abrió un sendero junto al límite de

los árboles. Las vistas eran imponentes, los prados entre las montañas, la tierra en llamas,

cubierta de rojo, como si hubieran llovido pétalos de rosa. La amapola que todo lo cubría parecía

incandescente, como el rostro de Karl, las plantas de los pies, las pantorrillas, pronto la espalda,

los pulmones. No hicieron ninguna pausa, siguieron sin parar, pronto se

adentraron en el bosque,

descendieron un poco junto a un camino ancho de grava, infinito. Paolo Moroder no se detuvo.

¿Sabía a dónde iba el anciano?

Lo sabía.

Por fin apareció un edificio. El contorno del monasterio era inconfundible. Se detuvieron al llegar al medio del patio.

Karl tenía la ropa empapada en sudor, el cuerpo exhausto y una

expresión de desconcierto en

el rostro. Le temblaba la mano mientras escribía en su libreta.

—¿Querías enseñarme algo?

—Ya lo he hecho.

Karl no entendía nada. Habían caminado en círculo. ¿Se le había pasado algo por alto?

—Entonces pasado mañana te lo volveré a enseñar.

Repitieron.

Era una mañana nubosa. La misma vuelta. A Karl aún le dolían las piernas del día anterior.

Esta vez estuvo más atento, pero por mucho que se concentrara en buscar, no encontró nada. Solo

se vio de nuevo en aquel estado de fatiga física, una tormenta que se desataba en su interior y lo

dominaba todo. Pronto también se avecinó una tormenta sobre sus cabezas. Sin embargo, no se

pusieron a cubierto ni buscaron

refugio. Paolo Moroder se mantuvo fiel al camino, al ritmo, a sus pretensiones. Caminaba como si los truenos no existieran, ni los rayos, ni el chaparrón cálido.

Como el que vivió Karl cuando estaba en la orilla del estanque, siguiendo con la mirada a su

madre. Aun así, ni el pensar en Jettenbrunn ni la caída, los azotes o el crepitar de la lluvia

lograron acabar con Karl. Todo le parecía más irrelevante de lo

normal, también sus

preocupaciones. Cuando llegaron de nuevo al monasterio aquella mañana, no sabía ni más ni

menos que dos días antes.

—¿Y? —le preguntó el hermano Paolo.

Pero Karl no sabía la respuesta.

—Entonces mañana camina de nuevo, solo. Y encuentra la calma.

—Pero ¿dónde la busco?

—¿Quién ha hablado de buscar?

Cuando al día siguiente por la mañana Karl Heidemann emprendió de nuevo el camino, con

pasos rápidos y dolorosos, las sienes palpitando, olvidó todo lo que le rodeaba, concentrado en el

ritmo de su respiración, ni sus preocupaciones le parecieron una carga, ni los chillidos, trinos y

zumbidos de alrededor, se le borró la tensión del rostro y lo entendió: encontrar la calma.

Solo él y su cuerpo en movimiento.
Solo él y la inquietud alrededor, en
su interior. Un latido

tan conocido como si oyera como
antes el latido del corazón de su
padre, junto a él. Una inquietud

que aportaba calma, olvidaba todo
el estruendo, cerraba una puerta al
castillo.

El movimiento, una puerta al
silencio.

Karl Heidemann empezó a correr.

Era un hallazgo fantástico.

Corrió sin parar, primero fue consciente de su agilidad, hasta qué punto había mantenido

cautivo su cuerpo antes torpe y pesado. Como una mariposa de día y de noche que salía de un

potente capullo.

Alegría de vivir, la unión de solo dos elementos: la vida y la alegría. Nada más.

Cuando llegó de nuevo al monasterio aquel día, Paolo Moroder le saludó con una sonrisa.

No

dijo nada, solo susurró:

Una mañana de verano

agarra el bastón de caminar,

tus preocupaciones caerán

como la niebla ante ti.

El azul claro del cielo

entrará riendo en tu corazón

y te cubrirá, como la lealtad de
Dios,

con su techo.

Alrededor solo flores y actividad
y tallos pesados por la prosperidad,
es como si el amor
te acompañara junto al camino.

Todo suena tan familiar
como en casa de tus padres,
y arriba las alondras
agitan el alma.[\[13\]](#)

Pronto Karl Heidemann corrió tramos más grandes, entre bosques y viñedos. Sin parar, cada

vez más tiempo. Las zapatillas que aparecieron una mañana delante de su puerta eran ligeras, y

junto a ellas una nota: «Espero que te sirvan de punto de apoyo sobre la tierra del Señor. Paolo».

Eran unas zapatillas de un tejido blando, con las suelas firmes y suaves.

Empezó a correr a diario hasta el

valle, para ver a sus niños, según Paolo.

—¡Nuestros niños! —replicó Karl en su libreta.

—No, Vitus, los tuyos. ¡A mí ya no me responden las piernas! Por favor, no lo olvides: para de

pensar demasiado, déjalo, luego las cosas vuelven a su cauce por sí solas.

Así fue.

Los cuidados de Horst S.

Veit Pokrovski no se alegró en absoluto con la visita de aquel hombre insistente, pero a él no le molestaba. Horst Schubert no servía para buscar atajos, su don era la perseverancia, la fuerza de voluntad.

Su voluntad seguía el siguiente razonamiento: para qué ser propietario de una casa entera que solo estaba habitada por recuerdos miserables. Para qué dedicarse a

los reguladores de un tren en

miniatura cuando había una vida auténtica en juego, no solo la propia.

Tal vez Horst Schubert, el garante de la ley y el orden, había hecho reflexiones como las

siguientes: podría hacer una visita nocturna a Veit Pokrovski, estar presente durante la borrachera,

darle unos somníferos, entrar en el lavabo, prepararle el último lecho al enajenado, meterlo en la

bañera y cortarle las venas.

Sin embargo, Horst no era capaz ni lo bastante hábil para hacerlo, así que solo le quedaba una

opción: visitar a los Pokrovski, una y otra vez, un día hablar con la madre de Marie en plena calle,

pedirle que lo acompañara un momento y explicarle ahí mismo: «Voy a desalojar el desván y a

condicionarlo. Ya está todo arreglado. Puede vivir en mi casa con su hija como solución

temporal, gratis, señora Pokrovski, no hay ningún problema».

¿Dónde podría Horst Schubert cuidar mejor de esa chica que cada vez era más mujer que entre

sus propias cuatro paredes? Era una mujer maravillosa que ya no lograba olvidar, ni en sus

pensamientos ni en sueños.

—¿Y dejar a mi marido, señor Schubert? No puedo hacerlo. Eso solo puede hacerlo Marie.

Q

El último esfuerzo, la lucidez absoluta, poco antes del final. Karl Heidemann conocía ese

momento, cuando los moribundos de pronto, por un instante, totalmente conscientes, encontraban

palabras para lo que no habían dicho, se comunicaban, se despedían.

Sin embargo, nunca lo había vivido así.

Q apenas había salido del establo

durante el último invierno, por lo visto disfrutaba de la

oscuridad, de ser almohazado, del heno y la paja siempre frescos.

Aquel día de primavera, en

cambio, el caballo estaba al aire libre, con la jugosa hierba alta hasta los jarretes y la cabeza

erguida con orgullo.

Karl, que regresaba de su carrera diaria, lo vio ya a lo lejos. Cuando quiso pasar corriendo

por su lado, la yegua se puso a

trotar. No para irse, sino para colocarse a su lado, no se apartaba

de él, solo había en medio las barras de madera del cercado. Lo acompañaba, por última vez.

Luego sus caminos se separaron. Relinchó, galopó rápido, volvió a sacudir la crin, la dejó

caer como si fuera la cinta de seda de una gimnasta.

Solo unos metros.

Finalmente se detuvo, respiró y retrocedió despacio hacia el

establo, definitivamente.

Q se derrumbó en la paja, dejó de comer, de beber, ya no ahuyentaba a las moscas con la cola,

ni contrayendo el cuerpo o parpadeando. Solo el tórax se elevaba y se hundía. Solo quedaba

esperar, ya no se levantaba. No ocurrió el primer día, ni el segundo, ni el tercero. Enseguida se le

puso la piel brillante y húmeda, y el cuerpo tembloroso. El abad Richard, el hermano Paolo y Karl

Heidemann se encontraban delante del establo, afectados.

Karl sintió dolor, la pérdida, vio lo que significaba ese animal para él: *Q*, esa cercanía sin

previo aviso, confianza sin conversación, afecto sin condiciones.

Se obligó a ceñirse a una disciplina: nada de dolor. La tristeza, que no era más que la

expresión del puro egoísmo, de la mezquindad, del no querer ceder,

de la no aceptación de uno

mismo. Había que sentir alegría, por *Q*, por la inminente recompensa de su vida.

—¡Debe de estar sufriendo! —dijo el abad Richard finalmente.

Y

—Vamos a llamar al veterinario, le ayudará.

Karl Heidemann sabía que ningún médico podría ayudar a *Q*, la

enfermedad estaba demasiado

avanzada, el corazón muy débil, las ganas de vivir quebrantadas.

¿Cómo iba a conseguir con

animales lo que no se podía hacer con las personas?

Tuvieron que esperar a la noche, luego llegó un vehículo con una inscripción en la luna trasera

con el nombre, la profesión, los datos de contacto y la dirección.

Giovanni Firenze, residente en

los viñedos que había cerca de la

fundación. Un hombre muy pulcro con una gran bolsa de piel de color marrón oscuro entró en el establo.

No intercambiaron muchas palabras. Susurraban, primero el abad: en el monasterio no querían armas, ni pistolas ni detonaciones.

Karl Heidemann aguzó el oído, ¿de qué estaban hablando? Luego oyó las palabras del

veterinario: no había ningún problema, en espacios interiores

siempre procedía de otra manera,
con más suavidad.

Las palabras fueron seguidas de
acción. Karl Heidemann vio que le
ponían un catéter en las

venas, los dos hermanos se
santiguaron, pronunciaron una
oración en voz baja, vio la mirada

inquisitoria del veterinario, los dos
monjes se arrodillaron, acariciaron
la cabeza de la yegua, el

parpadeo cansado de *Q*, el gesto de
asentimiento del abad y otro gesto

del médico, que tocó con

ternura a *Q* y finalmente le inyectó un medicamento.

Parecía que el tiempo se había detenido. Se había impuesto la calma, incluso la respiración de

todos los presentes era tan cuidadosa, prudente a través de las fosas nasales, que Karl Heidemann

solo percibía un leve murmullo, en vez del continuo silbido. También los latidos, y en medio uno

cada vez más suave, más flojo.

Unos latidos que sonaban tranquilos, dignos, como un péndulo que va deteniéndose.

Karl Heidemann contemplaba el espectáculo atónito, vio cómo le ocurría a *Q* lo que le había

deseado a tanta gente en el valle, vio la ausencia de sorpresa de los monjes, de explicación, la

justificación del veterinario, su despedida, pues tenía muchas consultas.

Entonces lo entendió.

El medicamento administrado
delante de todos al caballo
agonizante era la muerte, oficial,
indolora, sin complicaciones, por
eso habían llamado al doctor
Giovanni Firenze. Solo por eso.

Karl estaba perplejo pero no hizo
preguntas, consciente de que era
absurdo intentar entender

los principios básicos que regían el
tratamiento de las personas. Como
los animales tenían una

vida difícil, ¿les concedían una

muerte piadosa? ¿Y las personas que llevaban una vida impía

tenían una muerte impía? ¿O ambas cosas? ¿Una o la otra?

Lo que unas veces se consideraba correcto, otras no, lo que en ocasiones parecía un error, en

otras se consideraba justo, lo que a veces era justo, otras se tildaba de destructor. Cada cosa

tendrá validez según cada cual. Daba igual.

En aquel momento a Karl solo le

parecía importante lo que había visto en manos del

veterinario, no quería olvidarlo.

Tardó un poco en dar con los libros adecuados en las estancias



de la biblioteca y encontrarlo:

Pentobarbital. Antes era un somnífero de la medicina humana,

ahora un medio para llegar al sueño eterno de la veterinaria, un

preparado que fue pensado para
ayudar a morir a las personas, y
otro día era el único medio de
ejecutar una sentencia. ¿Qué era lo
correcto? Todo, según la
mentalidad, el punto de vista, la
perspectiva.

—¡Mira, allí! ¿Tan tarde? No para
de correr, todos los días. —Oía con
claridad las preguntas

que planteaban el abad Richard y el
hermano Paolo—: ¿Tú qué crees,
corre sin más, va a algún

sitio, corre huyendo de algo? ¿De sí mismo? ¿De esa chica? La dibuja, la talla, parece...

—Hoy creo que corre para quitarse el dolor del alma. Para él el caballo ha sido una dura

pérdida.

La oscuridad, su antiguo hogar.
Carrera nocturna, como si flotara.
Con los sentidos

agudizados, liberado de toda
arrogancia, de la ofuscación, del
sobreesfuerzo de la vista. Tenía las

plantas de los pies sensibles como las manos. Siguió con paso seguro la misma ruta hacia el valle,

y pasó junto a la Fondazione Santa Vita. Vida sagrada. La casa ubicada en las colinas era

imponente. El esqueleto era el de una vieja casa de piedra, la carne de vidrio.

Vivir bajo observación. Poder mirar dentro, en cualquier momento. Era sobria, moderna, grande. Solitaria.

No se veía luz tras los ventanales.
No había ni un tobogán, ni un
columpio, ni un cajón de

arena delante, solo ese vacío. Karl
Heidemann tuvo que esperar un rato
hasta que un solo

vehículo, una persona llenó ese
vacío. Era un castillo sin corte,
solo el señor.

De repente se iluminó todo, un
brillo en la oscuridad, más que las
guirnaldas de luces en

Navidad en Jettenbrunn. Se veía

todo, minimalista, moderno,
ordenado, vestíbulo, cocina

comedor, despacho con vistas a los
viñedos, el médico dentro de pie.

Estaba escuchando el

contestador, contemplando la
supuesta soledad de la noche. Con
la cabeza erguida y una pose

majestuosa. Era el amo y señor de
aquel mundo y aun así parecía solo
una pieza en exposición tras

el cristal. Las paredes eran blancas,
como la alfombra, la mesa, la

butaca, los muebles, el armario
de acero, la perfección.

Blanco, el color de la muerte.
Giovanni Firenze. El ángel de la
muerte del ganado. Con un

manejo de llaves en la mano, abrió
el armario de acero, dejó su
delicado instrumental junto a

otras provisiones, guardó las
llaves, entró en la cocina comedor,
abrió la puerta de cristal y

respiró hondo tres veces al aire
libre. Ya había pasado la

distracción del trabajo diario,
sobraba

el vacío, que llenaba con la
compañía del televisor. Era una
compañía agotadora.

Pronto ya no tenía la cabeza tan
erguida, ni la postura era tan
majestuosa. El cuerpo se fundió

con la forma del sofá del salón,
apoyó los pies en la superficie de
cristal de la mesita, además se

oían las voces de los que no
estaban presentes a lo lejos, en la

noche.

Q, un animal de trabajo, un
sirviente fiel, un buen amigo.

Gracias.

55

La redención

Redención. En Karl, en su entorno.

Por fin era capaz de cumplir con su
conciencia del deber, dejar obrar al
amor al prójimo

donde parecía urgentemente
necesario, asumir la

responsabilidad. Nadie sospechó nada, le

sustraía con discreción al médico pequeñas porciones de sus provisiones, con mucho cuidado, seleccionando, las utilizaba con mucha destreza.

Fueron años felices, años de servicio.

Pronto prestó ese servicio al más próximo.

Jamás oyó una mala palabra sobre su persona, algo aún más valioso

porque en el círculo de

los monjes se pensaba que Karl era sordo. Habría sido un juego de niños entregarse a los cotilleos

en su presencia. Pero nadie lo hacía, nadie intrigaba, nadie era la espina en la carne del otro. Karl

había tenido suerte con el monasterio. No había rastro de la maldad que en otros sitios se

despojaba de la capa de discreción, tan ceñida, tan pomposa, para luego sacar a la luz la falsedad,

la moral aparente.

Karl Heidemann, carne joven entre la castidad veterana, se ahorra la deshonra. Dentro de la

comunidad que habitaba las paredes del monasterio realmente parecía que reinaba la bondad, el

amor al prójimo, la justicia. Solo en los momentos de reflexión, las noches en que los monjes

estaban solos en sus habitaciones, consigo mismos, Karl oía sus secretos, una mano que gemía

posada sobre el propio cuerpo, oía a otro ahogar en alcohol la soledad de su corazón, o el ruego

del perdón por actos malvados, pensamientos impuros, pecados cometidos tiempo atrás, oía la

súplica del dolor, el deseo, la decepción, oyó hablar de matrimonios destruidos, así como de

existencias virginales, oyó hablar de niños, familias, padres abandonados, de una propiedad

perdida, un amor perdido.

Cuanto más oía, más cercanos sentía a aquellos hombres, les iba tomando cariño.

Todos seguían el ritmo constante de su vida: el año eclesiástico, dominado por la búsqueda

constante de Dios. Un ritmo ágil y al mismo tiempo con una forma fija, que no empezaba el uno de

enero, sino el primer domingo de Adviento.

Un adelanto de la sucesión de

festividades, de alfa a omega, que desemboca en el punto álgido

de la Pascua, las hogueras de Pascua que de vez en cuando ardían en el amplio jardín del

monasterio o en los campos, o en los cerros del entorno, y terminaba con Cristo Rey, el último

domingo antes del primer Adviento, el día de los difuntos. Así fueron pasando los años para Karl

con la misma rutina, se acercaban al final de la vida, como el sol a la

nieve.

Los senderos del bosque estaban más lisos, más trillados.

Las grietas en los muros eran más profundas, más ramificadas.

Karl Heidemann cada vez dominaba más su arte, estaba más solicitado, pronto sus figuras

pasaron a ser de tamaño natural, eran obras por encargo, también hizo una Catalina para el altar

lateral de su propia iglesia, una belleza cuya fama llegó más allá

del valle. Sus pinturas pronto quedaron inmortalizadas en vidrio, en ventanas de iglesia, de colores vivos. Sus libretas de dibujo estaban repletas de rostros del pasado.

Las habitaciones de la Fondazione Santa Vita eran como amarres. Barcos que llegaban, barcos que se iban.

Las habitaciones del monasterio eran como las casas de Jettenbrunn, se iban más de los que

llegaban.

Hubo una novedad: el hermano Benedikt, de unos treinta años, rubio, grueso, de movimientos

pesados, barba espesa, los ojos casi negros, como la montura de las gafas. Tenía una cicatriz por

encima del pómulos derecho, un corte breve.

Cinco bajas, cuatro de ellas sin intervención de Karl.

La primera: el hermano Richard, el abad. Leucemia, cinco meses entre

el diagnóstico y la

muerte.

El segundo: el hermano Serafín, el mayor. Murió dormido, con calma, en su habitación.

El tercero: el hermano Janek, el cocinero. Ataque al corazón.

El cuarto: el hermano Leandro. Un día siguió caminando y no volvió.

Finalmente, el quinto.

Como el hermano Leandro, Paolo Moroder también inició un viaje sin

retorno, aunque no en

sentido espacial.

Sus pasos se habían vuelto pesados y sin ritmo. Un ictus leve le dejó la pierna derecha rígida,

la mano derecha temblorosa, el bastón de salir a pasear le servía más bien para orientarse, los

paseos consistían cada vez más en deambular, soltando risitas, murmurando para sus adentros, a

veces con la mirada perdida en el vacío.

El anciano subía montañas,
construía casas, buscaba piedras
preciosas solo mentalmente. Allí

donde estuviera Paolo Moroder
perdido en sus pensamientos, como
capitán solitario, como osado

conquistador, como descubridor de
nuevos mundos, solo los niños
tenían permitida la entrada.

Algunos días, esa huida mental
derivaba en un sorprendente
regreso lleno de lucidez, y otros

acababa extraviado. Algunos días

se plantaba con su bastón en medio del jardín del monasterio y

empezaba a dar gritos, a veces a llorar, no sabía volver a casa, ni los nombres, ni el suyo, no

reconocía los rostros, y otros monjes corrían presurosos y angustiados por los pasillos, los patios,

llamándole sin saber si el hermano Paolo se reconocía como la persona a la que estaban llamando.

Si se reconocía a sí mismo y su

entorno, parecía que hablara, con picardía, no con alguien, sino sobre alguien.

—¡Estoy fascinado con el hermano Vitus! ¿Qué planes tiene para hoy? ¿Salir a correr? ¡Al trote o al galope!

Siempre con esa sonrisa infantil, capaz de desaparecer por un instante fugaz de los ojos para

dar paso a un vacío impresionante, la desorientación. Una tarde de viernes finalmente ya no lo

encontraron, solo vieron la puerta exterior abierta.

Era un Viernes Santo. Pascua, el punto álgido del año eclesiástico, la culminación de la

búsqueda de Dios de todos los hermanos allí reunidos. Lo buscaron presas del pánico, rodearon el

monasterio, pues no sabían en qué estado mental ni anímico se encontraba, ni cuánto tiempo hacía que el hermano Paolo se había ido.

Lo buscaron en vano, no tuvieron más remedio que avisar al

hombre más próximo a Paolo Moroder, el que conocía mejor sus costumbres: el hermano Vitus.

Una llamada a la Fondazione, una nota para Karl, y salió corriendo. Tomó el camino más

rápido montaña abajo hacia el monasterio, usó todos los atajos para no perder tiempo, pero en ese

caso no fueron más que un rodeo. Cuando Karl llegó al monasterio

tampoco encontró nada, volvió

corriendo al valle, esta vez por el camino habitual del bosque, dejó atrás los caminos sinuosos,

pronto perdió la esperanza, pues no oía los murmullos, el toc, toc, toc suave del bastón. En

cambio, vio el bastón en el borde del camino, salpicado a partir de allí por gotas rojas aisladas.

56

Los cuidados de Karl H.

Las gotas llevaban al claro donde
aquel día Paolo encontró a Karl.
Finalmente oyó una voz

tenue, titubeante, ensimismada.

—¡Vamos, vamos, caballito, corre
al galope!

Karl sintió alivio.

Se detuvo.

Se dio media vuelta.

Alzó la mirada hacia el banco
donde estaba sentado Paolo
Moroder. Tenía rasguños en la

rodilla ensangrentada, igual que en los codos y la mejilla derecha.

Llegar hasta allí había sido

toda una lucha. Karl Heidemann aceleró el paso en dirección a su hermano, tomó asiento y al

mismo tiempo supo que había cometido un error. Por primera vez en todos aquellos años había

reaccionado a una llamada, se había delatado como oyente. Un raro estado de miedo y vergüenza

se apoderó de él.

—Al corazón no se le puede engañar. —Una mano envejecida se posó sobre la joven, para

apaciguarla—. ¿De verdad crees que no lo sabía? Nadie conoce a ese chico como yo, hijo mío.

No diré nada. —Su sonrisa era extraña.

Era un día lúcido.

—He rezado para que viniera, y ahora está aquí. —Respiró hondo, luego dijo la siguiente

frase—: Ahora estás aquí.

Tú. Hacía mucho tiempo que Paolo no lo decía en su presencia. Tú. De pronto, como si una

chispa de épocas anteriores juntos hubiera volado hasta el presente, Karl sintió la transparencia

de la cercanía tan añorada.

—El hogar. —Paolo Moroder golpeaba el asiento—. Aquí — señaló el campo—, ahí. —

Señaló el cielo—. Allá.

Su voz transmitía una calma rara.

—El hogar —dijo—, la nostalgia.
—Cada vez bajaba más la voz—.
El camino a casa.

Solo un susurro.

—El regreso a casa.

Algo estaba pasando, Karl
Heidemann lo sentía, una amplia
transformación, y no solo en

Paolo Moroder.

—¿Me ayudas? —La pregunta fue
como un mazazo.

Los dedos que aún se encontraban

sobre la mano de Karl lo agarraron con más fuerza. Luego

desaparecieron bajo la sotana para volver a salir agarrando una pieza de madera que Karl conocía

muy bien, pues la había hecho él.

—¿Son recuerdos, o imágenes de prueba?

Paolo le dio la figura tallada.

—Es tuya.

Marie.

—Siempre que falta algo, se ve el hueco. Su rostro se ve por todas partes. En tus dibujos, tus

figuras. Así que son como imágenes de prueba.

Sí, por todas partes. Karl la veía cuando se despertaba, cuando cerraba los ojos, cuando soñaba.

—¿Quieres pasar el resto de tu vida pintando cuadros, tallando figuras, escondiéndote aquí y

fingiendo ser sordo? No talles la

madera, talla tu vida. Eres joven,
tienes que moverte, ¿me oyes?

Encontrarla.

Se puso a cantar en voz baja:

Debe de ser un mal molinero

si jamás se le ocurrió desplazarse,

desplazarse.[\[14\]](#)

Luego se santiguó, y susurró:

Salve, verdadero cuerpo nacido de
la Virgen María,

verdaderamente atormentado,
sacrificado

en la cruz por la humanidad,

de cuyo costado perforado

fluyó agua y sangre;

Sé para nosotros un anticipo

en el trance de la muerte.[\[15\]](#)

Mientras cantaba centró toda su
atención en Karl, le agarró las dos
manos y lo miró. Karl

Heidemann conocía esa mirada,

demasiado bien después de pasar tantas horas en el valle.

—Ayúdame, Vítus. Igual que ayudaste a todos los demás. Sé bueno.

Así que Paolo Moroder lo sabía, estaba al corriente de lo que ocurría en la clínica, lo de las

figuras del pesebre, todas con los rostros de los fallecidos. Un peculiar estado de ánimo se

adueñó de Karl. Entre el honor, el deber y la necesidad. Saltaba a la

vista.

—No tengas miedo. Mi vida ha sido claramente mejor conmigo de lo que yo he sido con ella.

Déjame dormir. Déjame terminar. A tu lado, aquí y ahora. Qué buscamos ahí arriba, en ese

monasterio, más que a Dios.

Queremos estar más cerca de él. Yo quiero hacerlo con la mente

lúcida, así que ayúdame. Te lo ruego.

Las frases eran como una sentencia

de muerte, pero no solo para Paolo Moroder. Karl sacó de

la mochila los dos recipientes discretos en los que tanto había confiado durante años, pequeños,

les tenía mucho cariño. Le dio a Paolo un medicamento para evitar posibles vómitos, cogió el

remedio necesario, sirvió agua de su botella en una taza, disolvió dentro la dosis correspondiente

y la dejó en el banco junto a su amigo, que era casi como su padre.

A diferencia de todos los casos de la clínica, Paolo Moroder tendría que hacerlo solo.

Estuvieron un rato sentados juntos. No había prisa.

Ante sus ojos, el día se apagaba.

—Es un lugar bonito.

La voz sonaba cansada, como si se disipara la obligación de estar allí.

Luego bebió.

—Buen chico. Me has hecho muy

feliz. Sé feliz tú también,
prométemelo. Ve a buscar a tu niña
y cuida de ella.

Aún le quedaban entre dos y cinco
minutos hasta que llegara el sueño
ligero, la profunda

inconsciencia, la detención de la
respiración, la muerte.

Como un niño agotado, se acurrucó
con cuidado en el regazo de Karl,
se calmó y se durmió.

Para siempre.

Una mano le acariciaba el cuerpo con suavidad, las palabras de despedida sonaron como un

susurro:

—Camina, vete en paz.

Camina. Karl Heidemann ya había pronunciado esa palabra un día, en la orilla del estanque de

Jettenbrunn. Sin embargo, esta vez estaba llena de afecto. ¿Acaso había mayor misericordia que

prestar un último servicio a una persona querida? Muy agradecido,

Karl Heidemann contempló el
día en extinción y un propósito
empezó a echar raíces,
comprometido por las palabras de
Paolo

Moroder: «Qué buscamos ahí
arriba, en ese monasterio, más que
a Dios. Queremos estar más
cerca de él».

El cuerpo herido, frágil, que yacía
en el regazo de Karl era ligero.
Justo al revés que aquel

día, Karl lo cogió en brazos, lo

abrazó con cariño y lo subió por la montaña. Lo llevó con las

personas que él conocía y a las que tenía cariño. Personas con las que se sentía en deuda.

57

Muerte y resurrección

Dejar de ser un perseguido, sin rastro.

Paolo Moroder fue recibido por sus hermanos, purificado, vestido. Sin palabras.

¿Para qué preguntar? Lo encontró muerto, ¿qué otra cosa podía haber ocurrido? A continuación

velaron su cuerpo en la iglesia, una misa conjunta, oraciones hasta bien entrada la noche,

finalmente una sopa caliente.

Karl Heidemann, el cocinero.

Aquella comunidad le había aportado mucho, solo podía dejarla haciéndole algún bien,

ayudándoles en su búsqueda.

Acercarlos por fin hasta su destino,

permitirles avanzar en su viaje

tan largo: el camino hacia Dios.

Así el sueño final sería apacible,
como para Paolo Moroder. Juntos.

A continuación velaría los cuerpos.
Con cariño, agradecido.

La muerte, esa buena samaritana.

Para Karl Heidemann también
había llegado el momento de iniciar
su último peregrinaje. Aún

le quedaba mucho por hacer: entrar
en las estancias del abad y sus

hermanos, llevarse todo el

dinero, empaquetar todas las propiedades mundanas y de todo tipo, la documentación, todos los

registros referentes al personal del monasterio. Maletas, sacos, bolsas.

Tenía que parecer un viaje.

Luego salió al extenso jardín.

No podría haber encontrado un lugar de reposo más bonito. Entre las hierbas, las plantas, la

base de la supervivencia de los

monjes, y en medio del jardín la gran hoguera. Una hoguera que sus hermanos llevaban días preparando. Había troncos y matorrales amontonados formando un

cono. Karl lo apartó todo a un lado para poder levantar la tierra de debajo hasta llegar a la arcilla, la roca, hasta que la fosa fue lo bastante profunda y grande.

La noche se fue transformando en día con mucho esfuerzo.

Los monjes encontraron en aquella tumba su último reposo. Tierra sobre tierra, polvo sobre

polvo. Acostados con calma, muy juntos. Junto a las cabezas las bolsas de viaje, maletas,

mochilas. Salvo una. Finalmente cerró la fosa. Primero grava para evitar que el suelo se hundiera,

luego arcilla, piedras y tierra, bien pisada, encima de nuevo toda la madera seca amontonada.

Una hoguera, luz sepulcral.

Karl Heidemann se pasó todo el día siguiente eliminando rastros de su trabajo, limpiando el

monasterio, durmió un poco y sobre todo se despidió del hermano Vitus. Para ello se sentó en su

habitación, con una mochila en la mano y un pasaporte delante: el del hermano Benedikt.

Benedikt Kofler. Nacido el 26 de julio de 1976, el día de santa Ana, la madre de María. Como

un presagio: Ana.

Tenía la barba espesa, la cara rellena, los ojos casi negros, como la montura de las gafas, y en

la parte superior del pómullo derecho una cicatriz, un corte breve. No se parecía en nada a Karl,

solo en el color de las pupilas.

Con la fotografía del pasaporte y un espejo delante, Karl Heidemann marcó con un lápiz de

color el trazado exacto de la herida en su propio rostro, agarró uno de

sus cuchillos de tallar y se

dirigió a su lavabo. El trabajo fino, el dolor, la entrega no eran nada nuevo. La herida aún tardaría

un poco en formar costra, tendría que crecerle una barba corta. El color de los ojos coincidía, las

gafas se las había quitado a Benedikt Kofler. Karl no podía falsificar un pasaporte, pero sí

cambiar la historia de la persona, la podía explicar si le preguntaban. Un hombre antes con

sobrepeso y barba espesa, ahora delgado, se había cortado el pelo y la barba. ¿Qué tenía eso de

sospechoso, y quién se fijaría mejor o haría las preguntas precisas? Ya estaba hecho.

Cuando a continuación anocheció de nuevo, una última hoguera de Pascua quemó a los monjes

e irradió calor y luz. Karl Heidemann estiró el cuerpo, levantó los brazos como si abrazara el

cielo, cerró los ojos y se puso a cantar, como había oído en numerosas ocasiones de boca de los monjes.

Clamaverunt iusti, et Dominus exaudivit eos,

et ex ómnibus tribulationibus eorum liberavit eos. [\[16\]](#)

Su voz era pura y clara. Liberadora.

Ahora él también era libre para cumplir la promesa que le arrancó Paolo Moroder. Una orden

que a fin de cuentas hacía referencia a lo que llevaba tanto tiempo deseando: «Ve a buscar a tu niña y cuida de ella».

Solo eso.

58

Aubruck

Karl Heidemann podría haber sido muchas cosas con el don de su oído fino, ejecutor de todos

los deseos silenciados, espía, agente de policía, terrorista,

miembro de un lobby, asesino a sueldo,

estafador, ladrón de guante blanco, superhéroe, hasta podría haber sido Dios para quien lo

necesitara.

Sin embargo, en vez de todo eso, se convirtió en alguien que buscaba a su chica, y con eso se

daba por satisfecho.

Como un excelente jardinero al que le parecía más importante cuidar de su pequeño jardín que

del de un castillo; al que le importaba poco el reconocimiento, no buscaba un escenario donde

mostrar su arte, su destreza, su búsqueda del récord. Su objetivo no era la superación, sino la

satisfacción personal.

¿Marie lo reconocería? ¿Sentiría lo mismo que él?

Solo tenía una dirección: Aubruck.

Seguía el trazado del mapa, evitaba las grandes zonas pobladas, no se acercaba a las zonas

donde oía ruido mucho antes de verlas. Mejor conformarse con dar un rodeo.

En algún momento comprendió que ya no lo buscaban, se sentó en un autocar y comprendió

que no le bastaría con atreverse a salir y querer encontrar e indagar. Tendría que hacer preguntas:

en las fondas para recibir alimentos; en las tiendas para hacerse con las provisiones y la ropa

necesarias; en los alojamientos para conseguir una cama; en las farmacias para soportar el dolor

de cabeza y encontrar la calma y conciliar el sueño. Preguntas, frases siempre amables,

formuladas con actitud abierta, aspecto pulcro, buen tono. ¿Qué le importaba a la gente todo lo que

ocultaba y lo atormentaba en su interior, todo de lo que era capaz?

Nada.

¿Podía ser? ¿Después de tantos

años?

Años al principio de búsqueda infructuosa, luego de la felicidad encontrada, luego de



aislamiento, de expulsión. Y ahora esas imágenes.

Lo que diez años antes le parecía casi imposible, ahora se había instalado definitivamente en

todos los salones: este mundo.

Junto, seleccionado, comprimido,
sobre un fondo parpadeante.

Delante de Horst Schubert
probablemente un ordenador
portátil, conectado a una red
mundial, y en

él fotografías. Fotografías que
corrían por todo el globo terráqueo.

Unas fotografías que en el fondo
representaban la nada. Una iglesia
abandonada, encima del

altar la cruz de madera cubierta
parcialmente con un paño violeta,

como era habitual en aquella

época, por lo demás vacía. Aquel vacío era como un peso para Horst Schubert, como si una roca

lo arrastrara hacia el abismo.

Incapaz de hacer un movimiento, aunque de momento solo fuera

mental, observaba la pantalla. No eran los titulares lo que tanto lo afectaban, ni las noticias. Unos

monjes desaparecidos sin dejar rastro, la caja del monasterio vacía, una hoguera de Pascua

encendida, y nada más. Monjes de un monasterio apartado en la montaña, donde hacía años que se producían más bajas que ingresos, así que la plantilla era cada vez menor, mayor la soledad y la

decisión resultante, probablemente tomada colectivamente. Pero ¿para qué esa decisión?

¿Largarse, volver al mundo? ¿Y todo sin ponerse en contacto con nadie desde entonces? Amigos, familia, conocidos, nadie sabía

nada.

¿Un ritual suicida? Pero ¿dónde estaban los cadáveres?

¿Un secuestro? ¿Para qué?

O una resurrección. Sí, se hacían bromas.

Probablemente Horst Schubert también se habría reído de no haber aparecido de repente aquel

rostro en la pantalla. Un rostro con una gran capacidad de atracción, de vida, familiar. Demasiado

familiar.

No solo para los habitantes de la región, también para él.

Tenía ante sus ojos el monumento más significativo del monasterio. Una belleza, adorable:

santa Catalina de Siena.

Para Horst Schubert aquella belleza lo significaba todo. Una belleza que correspondía a todos

los dibujos de Karl Heidemann archivados como pruebas.

Aquello no podía ser una broma del destino, imposible.

Al día siguiente decidió dejar una nota en casa y partir.

«Tengo que irme unos días».

Aubruck.

A nadie le parecía raro aquel joven calvo con sus ojos amables y su aspecto pulcro, nadie le

negaba información con esa voz tan dulce. Ni siquiera la camarera de la fonda Kraller.

—Sí, también tenemos habitaciones. Hay una libre.

Una habitación, solo para una noche.

—Estupendo. Por favor, rellene la hoja de registro.

No le pidieron una identificación, ¿por qué iba a revelar su nueva identidad?

—¿Querría quedarse a cenar, señor Moroder?

En realidad fue una cena del gusto de Karl.

—Tiene razón, esta zona es magnífica. Tal vez un poco aburrida.

Había un hombre en una mesa, solo, de espaldas a Karl. Levantó la mano.

—¡Melanie, otra cerveza, por favor!

—Pero es la última, Bruckner.

—Cuando necesite una niñera ya te avisaré.

Bruckner. De pronto Karl se puso muy tenso. Pöllauer, Neupold,

Bruckner. Jamás olvidaría

aquellos nombres.

—Siéntate conmigo. No eres de por aquí, ¿verdad?

¿De por ahí? No.

¿Sentarse? Sí.

¿Lo reconoció? No.

¿Verborrea? Sí.

—Deja en paz al chico, Bruckner.

—Por si le interesa. Exacto: ahí

fuera se cultiva maíz. Se convertirán en plantas altas. En verano desde aquí ya no se ve el pueblo.

La camarera interrumpió un momento la cháchara.

—¡*Rolf*, ven aquí! Disculpe. ¡*Rolf*, aquí, te he dicho!

—¡Ese bicho no te hace caso, Melanie!

—Lo siento, señor Moroder. Si le pone nervioso, échelo de aquí.

Karl transmitía paz, con la mano acarició la piel del perro, también mostraba calma con

Bruckner.

—En eso tiene razón. A veces uno puede salvar vidas echando a alguien. Las cosechadoras y

los animales no forman la pareja ideal. Le explicaré algo sobre eso, aquí pasó algo gordo.

—Déjalo ya, Bruckner.

Salvo la nueva dirección de la familia Pokrovski, que nadie sabía,

Karl Heidemann se enteró

de todo y más de lo que quería saber: Veit. Ese chico raro. El accidente. Los perros muertos.

Pöllauer y Neupold, desaparecidos desde entonces de Aubruck. El regreso de Veit Pokrovski. Su

transformación a peor. El sufrimiento de Marie. En algún momento se mudaron a la ciudad.

Una

culpa que cayó sobre Karl Heidemann con todo su peso. Su

culpa.

Había que arreglarlo, lo antes posible. No podía quedarse, estaba demasiado inquieto,

preocupado. Partió esa misma noche. Corrió, y para él iba demasiado lento. De camino cogió una

bicicleta que estaba suelta sin saber montarla bien. Se entregó a la torpe lucha contra aquel

armatoste de metal. La determinación, el esfuerzo, el

agotamiento. Se perdió entre los matorrales,

los árboles, las verjas.

Nada lo detuvo, ni los rasguños ni las contusiones. Su respiración se volvió regular y pesada,

el latido del corazón rítmico, como si corriera. Cada vez tenía más la sensación de estar volando

de noche, por sus pensamientos.

Vio a Marie, en la puerta de su casa, la mano de Karl tendida

hacia ella, la vio huir de la maldad

de su padre para dejarse llevar a una nueva vida. Una vida a su lado.

Dos personas.

Se habían esperado durante tanto tiempo, el uno al otro.

Eran tan perfectos, el uno para el otro.

Por fin podrían estar juntos.

Karl montó en bici, toda la noche, todo el día, hasta que, con las palmas de la mano llenas de

callos, ya no podía ir lo bastante rápido y el ruido interno superó al externo. Se estaba acercando

a la ciudad, por primera vez. Pronto vio el azul del cielo que perdía atractivo, las sombras de los

edificios que perfilaban estructuras claras y tuvo que parar y cerrar los ojos. Era una sensación

muy extraña. Como un condenado a muerte que se encuentra en medio del patíbulo, ante él los

gritos y rugidos de las multitudes,

los últimos pasos. Sin vuelta atrás,
sin escapatoria. Solo podía

seguir adelante, hacia la horca.

Solo una cosa podía superar
aquella idea: la realidad.

59

La ciudad

El primer hotel que encontró Karl
Heidemann se convirtió en parada
para dejar la bicicleta, el

equipaje, la mayor parte de su
fortuna. Continuó a pie, con la

mochila llena solo de lo

imprescindible, suficiente dinero,
una chaqueta, una botella. Iba a
buen ritmo, concentrado en sí

mismo para digerir el entorno. No
había nubes, pero sí ese velo gris.
Debajo los coches

avanzaban al ritmo del paso
humano, haciendo sonar la bocina,
emitiendo humo, los gases olían

fatal, los ocupantes estaban de mal
humor. Las motos zigzagueaban
entre las columnas como la

hiedra por las paredes, los peatones caminaban en línea recta como flechas en el aire. Lo que

debería servir para ir más rápido estaba parado, humeando, rugiendo. Como si necesitaran

compensar la quietud, todo lo demás parecía acelerado, apremiante, vibrante, espasmódico. Karl

tenía que seguir adelante, aunque algo en su interior se resistía cada vez más.

Como si navegara contracorriente, se abría camino entre el gentío, era uno entre miles.

También en la forma de avanzar. No iba ni a izquierda ni a derecha, solo recto. Deprisa. Iba de

una cabina telefónica a otra, una y otra vez. No encontraba más que las secuelas del vandalismo.

Por fin encontró una que no parecía una letrina pública, ni un montón de basura, una con las

paredes pintadas pero con una guía

de teléfonos entera. Libros del pasado, usados. Casi nadie los

necesitaba ya, como las cabinas, tratadas sin respeto, despreciadas, desgarradas. El símbolo del

trato que se daba a lo antiguo.

Aun así, Karl encontró lo que buscaba: P como Pokrovski.

—¿Sí? ¿Diga? ¿Hay alguien?

Veit. Era su voz, sin duda.

—¿Es una broma?

Enfado.

—¿Entonces no me está llamando nadie? Un nadie que respira. ¡Muy bien!

Karl se quedó paralizado, con el auricular en la mano y el tono continuo en el oído, un eco en su interior. Toque de diana interno. Algo que creía olvidado fue encendiéndose en su interior y

apoderándose de su pensamiento: la ira. También contra sí mismo. Solo por su culpa seguía con

vida Veit Pokrovski.

El tiempo no cura las heridas ni ayuda a huir de nada. Lo guarda todo, lo deja en rincones

ocultos con una pátina de transfiguración sobre la que un día el olvido vuelve a abrir la puerta, y

lo que antes era bonito se vuelve aún más bonito, y lo que era horrible se vuelve más horrible.

No había tiempo que perder. Estudió el plano de la ciudad, marcó su destino.

Recorrió un trecho de la calle, bajó por una escalera con un letrero con una M para entrar en

un sistema de pasillos muy iluminados, escaleras mecánicas, vías. Era prácticamente imposible

pensar con claridad por lo intensas que eran todas las sensaciones para Karl.

Unos trenes se detuvieron con un chirrido metálico y un silbido, escupieron personas y

aceptaron otras. Cuanto más

avanzaba, más se llenaban los
vagones. Pronto se vio agarrado a
un

asidero hombro con hombro,
aliento con aliento, sudor con sudor
en medio de la multitud, notando

cómo el nudo en su interior se iba
apretando. Solo sentía dolor,
mareo, la respiración acelerada,

el cuerpo inquieto, el sudor frío en
la frente, pronto la distancia
alrededor de él se incrementó, los

ojos lo miraban fijamente como si

fuera portador de una enfermedad infecciosa.

Luego por fin subió la escalera mecánica. Fuera, las circunstancias empujaban a Karl, como si

pasara por un callejón. La ciudad, invasiones continuas de todos lados, como los sonidos de

lanzas afiladas, de dardos. Ruido de trabajo, de construcción, de calle, además pasos atronadores,

voces, risas, gritos, chillidos, como miles de flamencos en la orilla del

lago Nakuru, como las

colonias de focas en la costa rocosa del océano atlántico. Una epidemia. La peste.

De pronto recordó lo bien que le sentaba la muerte a la gente.

¿Hacer que todo enmudeciera? Era solo una idea, absurda. Por cada persona que enmudeciera

la vida engendraría diez, cientos, miles de bocas más, una y otra vez. Pronto aceleró el paso, los

pasos se volvieron agresivos, el

cuerpo inclinado, los brazos se balanceaban. Los golpes de la mochila contra la espalda eran rítmicos, como las fustas en las ijadas de un caballo. Solo quería combatir el ruido, escuchar su interior, levantar un muro de contención. Sin embargo, por muy rápido que caminara Karl Heidemann, no servía de nada, solo sentía desorientación, sobreesfuerzo, fatiga. Enseguida acabó empapado en sudor, dolorido

entre las calles, tapándose

los oídos con las manos, se derrumbó sobre las rodillas entre los coches que pasaban, tuvo que

apoyarse, rendirse. Aquel dolor no iba a parar por sí solo.

Entonces, convertido en un obstáculo, se levantó en medio del gentío.

—¡Ahí hay un tipo vomitando! ¡Ahí, en la calle!

—¡No tiene buen aspecto!

—Está parando el tráfico, maldita sea.

—¿Está bien?

No estaba bien. Karl se quedó tumbado, encima de él los rostros que lo observaban, alrededor

el estruendo, en su interior la desorientación.

—Tiene que salir de aquí o lo atropellarán.

Una mano lo levantó, lo acompañó a la acera, lo sentó en una butaca. Una pequeña tienda de

alimentación, un señor amable, un vaso de agua.

—Beba. Coma también, está usted muy delgado. A lo mejor es solo la tensión. ¿Quiere que

pida ayuda? ¿Llamo a emergencias, algún amigo o conocido que lo lleve a casa? ¿O quiere que le

pida un taxi?

Un taxi.

—¿Allí? De acuerdo. Es una ciudad dentro de la ciudad.

—Escalera 12, puerta 46. No puede estar muy lejos. Pregunte.

Como si fuera un muro de contención, un bloque de viviendas gris, destartalado, se erguía

hacia el cielo, y desde cualquier punto que se observara siempre se veía la misma imagen, planta

por planta. Dos ventanas, un balcón, dos ventanas, un balcón, dos ventanas, un balcón, como si

fueran taquillas, un poco también como las conejeras de Hubert

Oberwaldner. En la planta baja

había tres pasillos, unos arcos oscuros que atravesaban el edificio como si lo abrieran en canal,

llevaban a un patio interior y daban al siguiente bloque de viviendas.

Una ciudad dentro de la ciudad.

Los rostros que le indicaron el camino hasta la puerta correcta eran amables. Escalera 12,

puerta 46. Un interfono, un nombre: V Pokrovski. No una F de familia, una V de Veit. No llamó al

timbre, mejor esperar.

Esperó a que la puerta se abriera y saliera alguien. Entró con naturalidad. Dos ascensores, no

vio la escalera. Al final del pasillo había una puerta de hierro, detrás el hueco de la escalera.

Tierra baldía teniendo ascensor. Subió hasta la penúltima planta.

Puerta 46. Última vivienda. Detrás se oía un televisor, nada más. Ni una voz.

Esperó, escuchó.

Durante el resto del día, Karl fue incapaz de hacer nada más. Se escondió en la entrada cuando era necesario, luego regresaba a la puerta.

Esperó, escuchó.

De vez en cuando se oía un carraspeo, una voz, un crujido, un leve chirrido, el ruido de goma sobre el parquet, una silla de ruedas, cómo manipulaba la vajilla, vasos, botellas, Veit. ¿Solo él?

Cuanto más tarde se hacía, más

frecuentes, más intensos se volvían los susurros, el tartamudeo, el ruido de sorberse los mocos, las palabrotas, los gemidos.

Aquella noche sí. Solo él.

No llegó ni salió nadie.

La tan temida pesadilla había llegado a hacerse realidad. Karl Heidemann no solo seguía con vida, sino que había aparecido como la peor de todas las amenazas imaginadas por Horst

Schubert. Amenazaba su felicidad personal.

Unos días antes, durante su visita al monasterio, aún esperaba que el autor de todas aquellas

maravillosas obras de arte hubiera desaparecido con el resto de los monjes, tal vez incluso estaba

muerto. Obras de arte en forma de tallas o vidrieras. Representaciones de diversos santos,

siempre con el mismo rostro:

Marie. Quizás había también caras

de Jettenbrunn: Charlotte,

Johann, los abuelos Auböck. Horst Schubert no estaba seguro, había preguntado a la gente de la

zona por aquellas obras, oyó hablar de un monje llamado Vitus, un joven delgado, sordo y mudo,

artista, corredor, pero no solo eso, también era buena persona. Le gustaba ayudar, brindaba su

cariño en un hospicio para moribundos. Todo aquello no dejaba de atormentar a Horst

Schubert.

Tal vez carecía de sentido, o quizás lo significaba todo y suponía el fin de su felicidad.

Al cabo de una semana regresó a su casa. Sin embargo, cuando ya casi había llegado, se

adueñó de él una idea: en caso de que Karl Heidemann quisiera encontrar a Marie, ¿cuál sería la primera parada lógica de su búsqueda?

Solo había una respuesta posible:

Aubruck.

60

La absolución

Karl Heidemann pasó la primera noche en la ciudad, tapado con su ropa en la última planta, tras

la puerta de acero de la escalera. Sin que lo molestaran, listo para el día siguiente. Preparado para

todo, también para volver a cometer errores.

Entonces llegó el amanecer.

Tras la puerta 46, Veit durmió más. Finalmente se despertó con dificultad, gimiendo,

blasfemando, como si tuviera que levantar pesados sacos de arena.

Fue al baño con un chirrido, el

aseo matinal, fue a la cocina, el desayuno, luego se oyó un susurro, una tos en el vestíbulo, el

tintineo de un manojó de llaves, la puerta de la casa que se abrió, la llamada del ascensor. Veit.

Karl bajó corriendo la escalera y

salió al patio interior. Luego lo vio, por primera vez después

de tantos años. Vio un monstruo que se abría paso en una silla de ruedas. Unas bolsas de plástico

se balanceaban en los asideros. Los hombros imponentes, los brazos sobresalían encima de los

reposabrazos. Había engordado, también llevaba el pelo grasiento, desgreñado, le costaba

respirar y maniobrar. Avanzó despacio por uno de los arcos

oscuros y salió del bloque. Una silueta triste.

Al otro lado de la calle se encontraba el objetivo: un cementerio.

—Señor Pokrovski, ¿otra vez por aquí? —La voz procedente de aquel cuerpo viejo y huesudo

sonaba débil, pero aún era capaz de vaciar regaderas en las lápidas—.

Es usted un luchador, es

admirable. Si pudiera, empujaría su silla.

—No pasa nada, señora
Freudenschlag, no pasa nada. ¡Es
mi programa de gimnasia diaria!

Por primera vez, el monstruo de
Veit Pokrovski se convirtió ante los
ojos de Karl Heidemann

en un ser completamente digno de
compasión. Alguien a quien había
que tender la mano.

—Es usted muy amable, muchas
gracias.

No lo reconoció. Apestaba a
alcohol, a sudor, a suciedad.

Karl necesitó hacer acopio de todas sus fuerzas para empujar la silla.

—Es justo ahí delante, junto al gran ciprés.

La soledad, la antesala de la locuacidad.

—¿Cómo dice? ¿Si vengo todos los días? Sí, eso dicen, hasta que la muerte nos separe.

Aunque mi esposa haya fallecido, yo sigo vivo.

La tumba estaba cuidada.

—Ahora le pondremos un poco de color. Tendría que haber visto los geranios de mi mujer:

una maravilla. Los más bonitos de todo el pueblo.

Veit Pokrovski agarró las bolsas de plástico, sacó una pequeña pala, dos ramos de flores, se

deslizó de la silla de ruedas hasta la tumba y se convirtió en jardinero.

—Geranios, exacto. Antes teníamos una casa preciosa en el campo. Por

desgracia, hoy en día

ya no puedo ocuparme de un jardín. Aparte de este, claro. Con este me basta.

Era raro ver ese cuerpo mutilado moverse por encima de la tumba sobre los brazos largos. Un

hombre antes violento que había perdido toda la brusquedad.

—No, no tengo a nadie que me ayude. No me importaría si no fuera por los dolores.

Como si Karl Heidemann hubiera

abierto una esclusa, se abalanzó sobre él un torrente de palabras.

—¿Hijos? Sí, una hija. ¿Pero es justo contar con la ayuda de la propia descendencia en la vejez? Todo eso de los padres y los hijos no es cuestión de compensaciones o deudas. Ni siquiera puedo reprocharle a mi hija que no nos veamos nunca, aunque vivamos en la misma ciudad.

Un profundo suspiro.

—A veces uno puede estar muerto aunque siga con vida.

Abrió la pequeña fosa y arrojó dentro las flores rojas.

—No, no tiene por qué sentirlo. Lo digo en sentido contrario. Sin duda hay padres mejores de

lo que yo fui. No todos los errores se pueden corregir.

Veit Pokrovski aplanó la tierra casi con amor. El mayor castigo de aquel hombre era haber

sobrevivido.

—¿Le sorprende mi actitud? ¿Por qué, me conoce de épocas anteriores?

Esbozó una sonrisa amable, desprevenida, llena de sarcasmo.

—Por suerte uno puede hacer una buena aportación para aplazar la propia decadencia. En mi

caso la vida ya me ha ayudado mucho. No se imagina de lo que es capaz la vida, créame.

Karl sintió la tentación de ahorrarle

trabajo al hombre que resoplaba a sus pies.

—¿Ayudarme? ¡Es usted muy amable! Con mucho gusto. Siempre me cuesta mucho ir a buscar agua.

Entonces Karl Heidemann regó los geranios de la tumba de Hilde Pokrovski. Feliz. Marie.

Saldría a buscarla, pronto, pero todavía no.

Nada. Nadie en Aubruck se había informado sobre los Pokrovski. En

la fonda solo había unos

cuantos foráneos, como de costumbre, turistas, gente de negocios, de paso.

Horst Schubert había mencionado todos los nombres, nada de Vitus, nada de Karl, y a punto

estuvo de no fijarse, pero luego cotejó las listas. Por un lado todos los foráneos que habían pasado

por Aubruck, por otro todos los monjes muertos. Había un nombre idéntico: Paolo Moroder.

Fin de la etapa tranquila.

Karl Heidemann estaba ahí fuera, tal vez incluso en el pueblo. Solo le quedaba una

posibilidad: Veit.

Karl Heidemann empujó a Veit Pokrovski todo el camino hasta la puerta 46. La cercanía con la

silla de ruedas casi le resultaba familiar: la víctima y su verdugo, una víctima que no sospecha

nada. Fue un camino agotador también porque la conversación no

tenía fin, pronto Karl se cansó

de tanto palabrerío. El día que despuntaba aumentó el volumen, por todas partes.

—Es usted muy amable por llevarme hasta casa. Me alegro mucho de que nos hayamos

encontrado. Madre mía, está usted muy sudado.

Pronto quedó superado.

—¿Le apetece un vaso de agua?

Una mirada solícita. Por mucho que

se esforzara Karl Heidemann en ver en ella al demonio, al

tirano, solo veía a una persona purificada, arrepentida, que hacía penitencia, vio más que

cumplido el objetivo de su anterior obra en medio del maizal.

—Pase un momento.

Entró en el recibidor, rodeado por las puertas del salón, el baño y la cocina, al lado una

cómoda. Encima, alineados como los pilares de la supervivencia,

cajitas de medicamentos.

Analgésicos fuertes, pruebas de una enfermedad dura, tormentosa.

Era un piso sin fotografías en la pared, sin recuerdos, sin zapatos de distintos números. Era

como una tumba. Un arrepentimiento tardío, colores bonitos, y aun así nada de blanco. Lo oscuro

seguía siendo oscuro.

Veit Pokrovski moriría allí, solo.

Mientras Karl miraba alrededor, observaba el baño abierto y registraba la bañera, supo qué

debía hacer: poner fin a la penitencia de Veit Pokrovski y concederle la libertad.

—¿El agua fría o del tiempo?

Agua caliente. Pronto.

Vació de un trago el vaso.

Se despidió con amabilidad, sustrajo con distracción una de las cajitas de medicamentos, se

fue rápido y se dejó la chaqueta a propósito.

—Tal vez nos volvamos a ver, señor Moroder. —La resonancia sonó hueca.

Igual que la víspera, Karl pasó el resto de las horas del día apoyado en la puerta de hierro de

la escalera. Las horas pasaron como jinetes veloces gracias a Veit Pokrovski, pues Karl conocía

el preparado que contenía la cajita sustraída de la época de la

Fondazione. Morfina. Calmaba el dolor, lo atenuaba, tranquilizaba. Le proporcionó una chispa de satisfacción, de euforia relajada,

le permitió dormir un rato, sacar la conclusión de que tal vez así la ciudad podía mejorar un poco.

No tuvo que esperar mucho para iniciar su obra.

Los indicios procedentes del piso eran claros. Llevaba una vida triste.

—¡Ah, señor Moroder! Me alegro mucho de verlo. Imaginaba que se

dejaría caer por aquí de

nuevo. Aquí está su chaqueta.

Cada palabra sonaba pesada, los movimientos eran lentos, el parpadeo era como el que vio

aquel día en el maizal.

—No, no se va a deshacer de mí tan rápido. Pase: nos tomaremos un trago.

No pasó mucho tiempo hasta que Veit Pokrovski se evadió en su sueño aturdido de todos los

días, ante su invitado silencioso.

Ni siquiera el chapoteo del agua, ni el sonido del teléfono logró despertarlo. El agua caliente caía en la bañera.

Karl Heidemann empujó la silla de ruedas con cuidado, la llevó del salón al baño, el último

trayecto, liberó al cuerpo de la carga de la ropa, levantó a Veit Pokrovski como si se cerrara un

círculo, y lo metió en la bañera tibia. Tibia como el líquido

amniótico maternal. La muerte
como

un parto.

Un cuchillo de cocina afilado, un
corte breve y la sangre fluyó de las
muñecas. Karl retiró con

ternura el cabello de la frente de
aquel hombre, que moría
apaciblemente, y le dejó el cuchillo
con

la empuñadura limpia en la mano.

Se quedó un rato sentado en el
borde de la bañera, el agua teñida

de rojo, se vio de niño,

dentro, vio a su madre, su mirada de preocupación y arrepentimiento.

Un velatorio, continuamente interrumpido por el sonido del teléfono. Poco después de que

dejara de sonar se oyó el siguiente tono: la señal del ascensor, y con él Karl Heidemann dejó de

llevar ventaja. Se acercaron unos pasos conocidos, el izquierdo largo y suave, el derecho breve y

duro, toc, toc, toc.

No entendía nada.

Empezaron a llamar a la puerta, sin parar, y ya no le sorprendió el grito:

—Veit, ¿va todo bien?

Golpes.

—¡Veit, maldita sea, abre, soy yo, Horst!

Horst Schubert. ¿Por qué él, después de tantos años? ¿Y por qué se tuteaban?

Algo se cerró, como si fueran

cadenas en los pies, un cinturón de plomo en la cintura. Karl

Heidemann tenía que irse lo antes posible, buscar una salida. Sin embargo, la idea de correr era

como ese sueño en el que un jadeo le pisaba los talones, babeando, y él corría sin parar, sin

avanzar, y el jadeo cada vez estaba más cerca.

—Veit, abre ahora mismo. ¡Ya sé que hace siglos que no hablamos, pero es importante!

El tono, los golpes eran cada vez más decididos, pronto entró, por la fuerza, desesperado, brutal.

La puerta se abrió hacia dentro.

Karl estaba detrás, expectante.

Corrió el cerrojo con energía, dejó pasar a Horst Schubert, que corrió por todo el piso, fue a

mirar en el baño, soltó un rugido, agarró el teléfono, maldijo la calidad de la conexión, se dirigió

al balcón, vio a Karl Heidemann corriendo por el pasillo, hasta la escalera.

—Venid, enseguida. Está aquí.
Tenemos un cadáver. ¡Mi suegro!

La vida es la alternativa a todas las expectativas.

61

El indicador

No corrió hacia abajo, sino hacia arriba. Karl corrió dando traspiés hasta la última planta de la

escalera y se agazapó aturdido junto a la puerta de hierro. Allí se quedó, derramando lágrimas en silencio.

Era demasiado tarde. Llegaba años tarde.

¿Era todo una ilusión, una esperanza?

Empezó a maldecir aquella esperanza que creyó reconocer como ese tipo de maldad capaz de vencer a la razón, de llevar a cualquier ser tanto a la parálisis

como al ataque cegado por la ira.

La esperanza, la estrategia de los desgraciados, proporcionaba decepciones eternas, un horizonte

para los que rechazaban el presente, la hipoteca de los indolentes, el emblema de la espera, de la

espera sin sentido.

Nadie sabe si lo que se espera ocurrirá jamás.

Mientras el vacío de Karl Heidemann empezaba a llenarse

con un cansancio abrumador, el edificio se llenó de actividad, preguntaron a todos los vecinos por él, bloquearon el lugar de los hechos para buscar pistas, investigaron, cada palabra que llegaba a oídos de Karl era como un toque de diana.

La reacción le dejó claro cuánto tiempo hacía que estaba en el punto de mira, hasta qué punto estaba preocupado Horst Schubert

por Marie y procuraba protegerla.

Aquellas palabras cada vez penetraban más en Karl, lo atravesaban como si fueran espadas,

en un momento dado lo superaron y solo le exigían una cosa: defenderse. ¿Qué haría la razón en el

momento de la decepción, cuando todo estaba herido, cuando el corazón colgaba de un gancho

para ser destrozado? ¿Debería

limitarse a mirar cuando algo, aunque sea soñado, absurdo, inútil, se pierde sin más? Tal vez debería hacerlo, pero no podía. Esa impotencia superó al control, sacó ventaja a la razón, levantó a Karl junto a la puerta de hierro y le devolvió con la misma rapidez lo que le había arrebatado: la esperanza, la estrategia de los desgraciados.

Estaba convencido de que todo aquello no podía ser fruto de la

casualidad, ni el encuentro, ni las circunstancias, ni el momento. Solo podía tener un sentido: Horst Schubert había llegado para guiarle hasta Marie. Ese mismo día.

Cuando Horst Schubert dijo que tenía que volver pronto a casa porque estaba agotado, Karl

bajó la escalera, salió a la calle, bastante transitada pese a que ya era bien entrada la noche, allí

donde estaban aparcados los automóviles, levantó la mano para

estar preparado, y lo recogieron al paso.

—¿Adónde va?

El tono del taxista era despierto.

—Entendido, entonces esperaremos.

No tuvieron que esperar mucho. Los años no parecían haber pasado para Horst Schubert, que

salió por el arco hasta la calle con dos colegas. Tal vez fuera por la calvicie, o por la falta de

vello, o por la ropa deportiva. Era atemporal. Aun así, se le dibujaban arrugas en el rostro.

Preocupaciones. Miró alrededor, atento, incluso hacia Karl, pero no lo reconoció y subió a un coche de servicio.

—De acuerdo, hay que ser discretos, ¿no? Es la primera vez que lo hago así, ¡normalmente es la policía quien me sigue a mí!

Karl Heidemann estaba sentado en el asiento trasero, el dolor había

remitido un poco gracias a

dos pastillas, y estaba algo más animado gracias al rayo de esperanza.

Atravesaron la ciudad a un ritmo lento y pasaron junto a una pequeña plaza. Hoteles, edificios

antiguos, cafeterías, restaurantes, pequeñas tiendas. Seguro que normalmente estaban abarrotados, pero no a esas horas.

—Lo siento pero cuando el coche llegue ahí no puedo seguir, si no se

dará la vuelta a la

tortilla con la policía. Aquí empieza la zona peatonal.

El coche se paró, bajó Horst Schubert, caminó un poco por la plaza, saludó con la cabeza a un

hombre que había en una portería y entró en un edificio.

—Mira, un policía con protección policial. ¿Y ahora?

Ya no había prisa.

—De acuerdo, ¡entonces a su hotel!

Karl durmió hasta media mañana del día siguiente, pagó la factura del hotel, se tomó un

analgésico y emprendió el camino, pronto llegó con la bicicleta a la zona peatonal. Era una

autopista del comercio, un coto de caza.

La gente estaba al acecho, aguardaba, buscaba algo con la mirada. Llevaban los botines en

sacos, en bolsas. También había gente sentada en la calle o

buscándose el jornal: timadores,
pintores callejeros, titiriteros,
músicos, vendedores de rosas,
figuras estáticas sobre pedestales,
con el cuerpo entero de color
dorado, la ropa, los brazos, las
manos, el pelo, la cara, solo se
movían cuando los transeúntes
lanzaban monedas en la cesta.

Karl se sentía mejor que dos días
antes gracias a la morfina,
finalmente llegó a su destino,
observó a una distancia prudencial

la casa de Horst Schubert, de Marie, volvió a ver al hombre de

la víspera sentado en una cafetería y supo lo que tenía que hacer.

Enfrente había un hotel.

—Una habitación que dé a la calle, arriba del todo. No hay problema, media pensión.

¿Cuántas noches?

Por tiempo indefinido. Era un huésped bienvenido. No le preguntaron el porqué, si era por una

separación, lo habían echado, había cometido un delito, si buscaba compañía, comunicación o una

vivienda con servicios. Mientras pagara, daba igual.

Como hacía su madre ante la pantalla, Karl Heidemann se sentó delante de la ventana de la

habitación, vio los majestuosos jardines en la azotea de los edificios de alrededor e, igual que su

madre tuvo en observación a su ser

más querido, pronto él hizo lo mismo.

Por lo menos aquel día.

Hacía tiempo que la plaza había adquirido un resplandor que Karl nunca había visto al aire

libre. Las luces tras las ventanas, las de las farolas, las luces coloridas de bares y cafeterías, las

cadenas de luces colgadas como pérgolas sobre algunos jardines, las lamparillas sobre las mesas,

los farolillos. Los primeros

indicios del verano. La vida salía de los salones, ávida de notar el aire cálido sobre la piel, tras la puesta de sol se aferraba con obstinación al aire libre, cubierta de

jerséis, chaquetas, mantas. La ciudad, de día sin el cielo azul, de noche sin oscuridad, como si el cansancio no fuera con ella.

Nada quedaba escondido.

De pronto algo apareció, emergió entre la multitud, todas las luces se

extinguieron salvo esa,

cruzó la plaza, se detuvo un momento delante de la estatua dorada, lanzó una moneda, un

movimiento contenido en agradecimiento, una inclinación, una sonrisa.

Karl Heidemann tuvo que levantarse, acercarse al alféizar, obligarse a no abrir la ventana para asomarse y ver mejor. ¿Era ella? Estaba acompañada, sin saberlo. La seguían en secreto. Dos

hombres que con su aparición hicieron que el hombre que llevaba tanto tiempo solo en una

cafetería abandonara el lugar. Cambio de turno. Protección personal, no quitar ojo de encima de

alguien. Igual que Karl.

«Marie», pronunciaron sus labios. Despacio, en voz baja.

De haber podido, Karl Heidemann habría congelado cada movimiento, habría transformado la

plaza con toda su actividad en una foto fija solo para ganar tiempo, para evitar que pasara.

Ya no había duda, a pesar de la ausencia de las trenzas que se disparaban en todas

direcciones, de la camiseta manchada, las uñas terrosas, de los primeros indicios de los senos. Se había convertido en una mujer.

Una mujer maravillosa. Sonriente, atrayendo miradas, siguió cruzando la plaza hacia su casa.

Llevaba el pelo corto, las uñas largas, tenía los brazos y las piernas delgadas, que asomaban por

debajo de un colorido vestido vaporoso que le llegaba a las rodillas, iba a paso ligero. No se dio

la vuelta, no tomaba precauciones, luego desapareció por una puerta. Así que no sabía nada. Ni de

los que la seguían, ni de la posible presencia de Karl, tal vez ni siquiera de la muerte de su padre.

Si los andares de una persona pueden dar información sobre su estado, a simple vista Marie

no parecía afligida ni prisionera, sino libre y feliz. Por mucho que Karl quisiera alegrarse por su

felicidad, no podía hacerlo. Aún no.

Karl, con su mal concepto de la propiedad, la vio encender las luces de la habitación, en la

planta superior del edificio, vio que Marie abría la ventana y estiraba

los brazos como una niña

que se despereza en la cama por la mañana, luego que Horst Schubert llegaba a casa, llamaba por

el interfono, aunque no entendía por qué si Marie no oía ningún sonido. ¿O había alguien más? Un

niño.

Lo averiguaría, todo.

Karl Heidemann se desplomó en la silla con una extraña sensación de satisfacción y pensó en

Paolo Moroder y sus últimas palabras: «Ve a buscar a tu niña y cuida de ella», y se propuso hacer exactamente eso.

Eso fue lo que pasó, pero de un modo completamente distinto.

62

El cuadro

Las siete de la mañana. Horst Schubert salió de casa, al tiempo que dos hombres subían a un coche y ocupaban su posición como

clientes de una cafetería, todo mientras Karl llevaba tiempo sentado frente a su ventana, preparado.

Las ocho y media. Marie salió a la plaza ya abarrotada y se fue. Karl bajó corriendo la

escalera, aseado, con la barba rasurada, paseó como un transeúnte cualquiera, no junto a Marie,

sino pegado a los talones de su acompañante, el otro mantenía su posición.

No fue muy lejos. Una elegante floristería dentro de la zona peatonal, dentro un saludo

entrañable, se puso un delantal y con unas tijeras pequeñas de jardinero empezó a crear ramos,

centros de mesa, coronas, con cariño y gusto refinado. El horario de la tienda era de nueve a siete

de la tarde. Karl ya había visto suficiente, volvió paseando para desahogarse.

A las siete de la tarde ya estaba

preparado, nervioso ante la perspectiva de buscar una ocasión para mirar a Marie a los ojos.

En el mostrador de una heladería se colocó a su lado, hombro con hombro, la vio señalar dos

tipos de helado, recordó con una sonrisa los días que pasaron en el maizal, aún le gustaba la menta

y el chocolate negro, una costumbre que jamás perdió, notó esa cercanía indescriptible, dijo a su

lado exactamente la misma

combinación, se volvió hacia ella con esas dos montañitas del mismo

color sobre el barquillo marrón en la mano, verde pistacho y marrón oscuro, miró sus ojos

brillantes esperando una sonrisa, un momento de esa intimidad, ese vínculo que jamás se perdió.

No llegó. No hubo respuesta.

Tampoco al cabo de dos días, a pesar del esfuerzo, de comprar un ramo de tulipanes blancos.

Ante él la propietaria de la tienda,

en el fondo Marie elaborando una corona fúnebre de rosas

blancas. «Para Veit, descanse en paz», rezaba la cinta, el último gesto de afecto de la hija hacia el

padre, un breve contacto visual con Karl que no perduró, no hubo conexión, ni cercanía, ni

siquiera una sonrisa, ni un recuerdo del tipo: «Ah, el señor de anteayer, el de la menta y el

chocolate negro».

Solo miraba al frente.

Su corazón era inaccesible, estaba entregado a Horst Schubert. ¿Y si Marie de pronto

reconociera en aquel desconocido al chico del maizal?

¿Qué leería en sus ojos?

¿Menosprecio, amor?

Karl quería saberlo.

Horst Schubert no lograba conciliar el sueño. Si estar muerto de miedo significaba haber

muerto ya, estaba a punto de llegar a su fin. Era absurdo poner a salvo

a Marie, ¿qué motivo

podría argüir para justificar el traslado? ¿Cargar sobre sus hombros su propio miedo?

Inconcebible. ¿Existía un lugar seguro? ¿Si ocultara a Marie, no estaría negándose la oportunidad

de acabar definitivamente con Karl Heidemann?

¿Qué tipo de vida era la suya si, estuviera donde estuviese en este planeta, tenía que salir de

casa día tras día sabiendo que la

pesadilla aún no había terminado, y que tal vez jamás terminaría?

Por mucho que pusiera la ciudad patas arriba, Karl Heidemann había conseguido desaparecer de

la faz de la Tierra durante más de una década, ¿por qué no habría de conseguirlo también allí?

Marie, por mucho que Horst la quisiera, no podía saber de su posible presencia, por su

supervivencia. Era el cebo y el objeto de protección al mismo

tiempo. Era el momento de poner fin a todo aquello. Realmente todo indicaba que lo era.

Una llamada a primera hora de la mañana. El colega que estaba de servicio con Marie hablaba

nervioso:

—¡Horst, tienes que verlo!

¡Rápido!

Aquella mañana aparecieron unas letras en la zona peatonal. Quien quisiera pasar por allí,

tenía que pasar por encima.

Una y otra vez las mismas palabras,
solo interrumpidas por un retrato,
pintado con tiza,

mágico, como nunca se había visto
en aquella ciudad. Una niña con
trenzas disparadas en todas

direcciones y unos ojos muy
brillantes, llenos de vida, que
cautivaba a todos los transeúntes.

«Ven conmigo», decía el mensaje.
Una y otra vez: «Ven conmigo».

Había emoción no solo en los

rostros de la gente, también en sus palabras: «Suenan a historia de amor».

Karl Heidemann lo oyó todo, lo vio todo, se encontraba entre la multitud, no muy lejos de

Marie, vio cómo caía sobre las rodillas de la conmoción, vio su mano estirada sobre el asfalto,

sobre la imagen, como si tocara agua, como si quisiera pescar con paciencia todos sus recuerdos.

No eran evocaciones siniestras,

pues cuando se levantó no se veía miedo ni horror en sus ojos.

Solo buscaba. Durante un rato, todos los transeúntes estiraron el cuello intrigados en dirección al

coche de la policía que se acercaba con el sonido de la sirena, aún tenían esa confusión en los

ojos. Curiosa, cálida.

Solo el roce de Horst Schubert, que saltó del coche tras ella, interrumpió ese ensimismamiento

y transformó su rostro, ahora lleno

de preguntas mudas. Eran reproches: ¿Por qué me encuentro

con este dibujo, y justo después apareces tú? ¿Quién te lo ha contado? ¿Sabías que Karl

Heidemann estaba presente y no me lo has dicho?

En aquel momento ya no aceptó a Horst Schubert. Solo sintió decepción, se fue, corrió, Horst

Schubert salió tras ella y algo en Karl Heidemann se llenó de alegría.

A partir de entonces se acercaría más a ella, la esperaría, se ofrecería, todas las tardes, sería

observador y al mismo tiempo evitaría ser observado. Fácil.

63

La moneda

Iba vestido del rey enano Alberich. La ropa no era dorada, sino blanca. Todo blanco: los

calcetines, los pantalones, la camiseta, los zapatos, la piel, el cabello, el sombrero.

El pedestal no estaba arrimado a la fachada, pero sí lo bastante cerca para poder oír a Horst

Schubert cuando salió a la calle de su edificio, hablando inquieto al teléfono, desesperado con su

situación, furioso por la pésima investigación.

Nadie encontraría a Karl Heidemann, solo Marie.

Pasaron unos días hasta que Marie volvió a salir a la calle y recuperó el ritmo. Sin embargo,

nada era como antes. Ahora la compañía era oficial, había desaparecido la naturalidad. Karl solo

veía que lo buscaba con la mirada. Lo encontraría, solo era cuestión de tiempo. Fueron momentos

difíciles en los que Karl Heidemann requería toda su concentración, pese al aturdimiento de la

morfina.

La dificultad no consistía en

mantener la calma, sino en la
continua exposición al ruido, el

estar expuesto a los demás. Y por
fin comprendió hasta qué punto eran
los demás los que estaban a

merced de sí mismos, y por tanto de
él, y no al revés.

Lo que veía y oía era como si unos
ratones de campo se lamieran las
patas tranquilamente,

mientras sobre sus cabezas volaban
en círculo los buitres. Ratones de
campo que se quejaban de

estar siempre bajo observación, pero que en cambio no prestaban atención al entorno. En el fondo

ni siquiera lo percibían, les parecía insignificante. Solo les interesaban las patas, en el caso de las

personas los pequeños utensilios que tenían en las manos.

Unos utensilios siempre a la espera de dar servicio y que, si no se utilizaban, el propietario

pasaba a ser sospechoso, sin actividad pública ni contacto,

probablemente sin existencia, en todo

caso se convertía en un ser insignificante, era la única explicación que encontraba Karl a lo

ocurrido.

Hablar, hablar, hablar, hasta el infinito. El habla como acto de repetición de los mismos

contenidos, episodios, opiniones, ya fuera consigo mismos o con el siguiente interlocutor. Lo que a

Karl, durante sus años en la Fondazione Santa Vita, le pareció algo propio de la vejez, del desvarío mental, allí era común.

Cuanto más se elevaban las voces, más alegres o exasperados sonaban los temas, y cuanto más
tenues, más infames y abyectos.
¿Era una huida de sus propios dilemas? ¿Una vía para resistir de alguna manera el torbellino que los rodeaba? Combatir algo con la misma moneda. Sarampión,

paperas, rubéola, fiebre amarilla, varicela, virus, gripe, viruela, ruido. Combatir un virus con

otro. Una vacuna viva. Cuando por fin se extinguía la última conversación, agarraban esos

aparatos a cada minuto, miraban las pantallas más o menos grandes, las frotaban, golpeaban,

titilaban, vibraban, las guardaban y ponían el cable de los auriculares en unos pequeños orificios.

La mayor parte de la gente solo se

ocupaba de sí misma, había perdido la vista para los

demás, para el entorno, la belleza, la amenaza, la vida. Karl recordó Jettenbrunn, las apáticas

moscas que merodeaban sobre los restos de comida, hasta la mano más cansada las podía aplastar

con toda tranquilidad, pam. El ser humano era una presa fácil. Los viejos en sus bancos eran los

últimos garantes de la mirada atenta.

De repente, casi con alegría, el martirio de su fino oído se convirtió en su aliado. Ya no

consideraba el ruido como un granizo que no paraba de golpearle, sino un refugio que podía

utilizar a voluntad. Podía filtrarlo, extraer del bulto, de la flaccidez de un todo, lo individual,

como si fuera un juego. Pronto supo hasta qué punto los seres humanos eran distintos en sus casas

que al salir a la calle.

Interiorizó el ritmo de aquel lugar, conocía las costumbres de muchos vecinos, los

movimientos en la vida de los habituales, sus rostros. Si necesitaba silencio, decidió contentarse

con recordar los cantos de los monjes con el metrónomo interno, con la fuerza de la mente, los

leves resoplidos de Q , el suave susurro de la cola.

El silencio era una decisión.

Pasaron días en los que se mantuvo en su sitio, de vez en cuando le caía alguna moneda, se

inclinaba, hacía un gesto, se daba la vuelta, días en los que veía a Marie ir y venir, sus

guardaespaldas cada vez más agotados, desconcentrados, aburridos.

Marie también recuperó la calma con el tiempo, el paso ligero de siempre, la visita a la

cafetería, los helados, las monedas

en la mano. Al principio solo era la figura blanca.

Sin embargo, un día por fin se paró delante de él, lo observó, luego lanzó la moneda y Karl

Heidemann se movió, como había practicado una y otra vez en la habitación del hotel. Fue un

movimiento ni exagerado, ni de júbilo, solo una breve inclinación, se señaló a sí mismo con el

brazo izquierdo, estiró el brazo derecho, hizo un rápido juego de

manos. Cuatro letras, un

obsequio de confianza, como prueba de que no había olvidado nada. Cuatro letras como las que

escribió aquel día con la mano en el maizal.

K-A-R-L.

Luego se quedó quieto de nuevo, también su mirada. Sumergido en los ojos marrones de

Marie, todo se agitó, en él, en ella.

El testimonio

Es extraño cuando los amantes se rodean como dos canicas que caen rodando despacio en la

parte ancha de un embudo. Cada vez van más rápido, se dirigen con más ansia al objetivo, hasta el

final de la garganta, el inicio del pequeño orificio que les permite caer en alguna parte. Una

salida.

A partir de entonces, Marie ya no buscaba con la mirada cuando salía

a la calle. Iba de nuevo

con paso ligero al trabajo, volvía puntual. De vez en cuando lanzaba una moneda, miraba la figura

blanca que le hacía una reverencia casi de cortesano, la vio imitar un aleteo y tocarse con las dos

manos la zona del corazón. Un día cayó algo más que una moneda en el sombrero de Karl. Era un

pañuelo enrollado en forma de bolita del tamaño de un guisante. Unas letras minúsculas en un

papel fino.

«Hoy, 17:30. Punto de encuentro: la azotea. Pero no vayas por nuestra casa».

Karl Heidemann acudió a la cita, reluciente, duchado, afeitado, peinado, conocía el camino, no

había hecho otra cosa en todo el día que inspeccionar detalladamente todas las casas colindantes,

pasó junto al guardaespaldas de Marie al entrar en la cafetería, subió a la última planta, a esa

hornacina de paredes, a la escalera de hierro sujeta a la pared, y la claraboya cerrada solo con un

cerrojo, se colocó sin pensarlo tras los bloques de las chimeneas, las cajas de aire acondicionado,

con plena consciencia de que podía ser una trampa, el camino directo a Horst Schubert.

Solo le quedaba el último tramo hacia la azotea más elevada del edificio colindante, subió los

escalones de acero y la vio: Marie.

Con la mirada fija en el cielo,
estaba escondida entre dos cajas de
aire acondicionado que le

llegaban a la cintura. Karl
Heidemann se acercó a ella,
mareado por la altura, la emoción o
la

conciencia de haber llegado por fin
a su destino, y se sentó a su lado.

No hubo saludo, ni se giró,

ni estableció contacto visual.

Estuvieron sentados juntos hasta
que dos corazones agitados

recobraron la calma, inmóviles.

La cubierta negra de la azotea estaba caliente por el sol, blanda, granulada, betún. También

estaban calientes y blandos los dedos que se acercaron para posarse en la mano de Karl, agarrarla



con naturalidad, se entrelazaron como si las dos manos fueran parte

de un todo. Solo querían

sentirse el uno al otro. Una unión sin explicaciones, agradecida. Las manos que dibujaron historias entre el cielo y la tierra.

Se oyó desde la calle un lío de voces y ruidos, y encima los sonidos de las antenas, los palos, los alambres que cantaban al viento.

Solo dos personas y el cielo, como antes.

Nubes blancas sobre un fondo gris azulado.

Nenúfares sobre un mar apagado.

Liebres sobre una alfombra gris azulada.

En un momento dado se distinguió entre el tumulto de la calle la voz de Horst Schubert, luego

un zumbido en la mano de Marie, una pulsera parpadeó, probablemente era la señal de que había

llamado al interfono.

Hora de irse, fue un encuentro breve.

Un reencuentro en silencio no requiere mucho tiempo.

Algo había cambiado en Marie.

Era evidente, saltaba a la vista.

La mirada nerviosa, que escudriñaba la ciudad, se había vuelto tranquila. Por mucho que lo intentaran, no encontraban la causa. No había ningún hombre que la fuera a buscar, la acompañara,

le hiciera llegar noticias, nada. Aquel estado cada vez generaba más inseguridad en Horst

Schubert. ¿Cuál era el motivo?

¿Por qué no tenía miedo? Miedo a una persona que sin duda estaba dispuesta a asesinar con

cualquier excusa. ¿Y por qué había decidido volver a ella Karl Heidemann después de tantos

años, si no era para poder borrar y sustituir los ojos abiertos del último dibujo? El sueño eterno.

La siguiente vez, Marie pasó por el lado de Karl como si no estuviera. ¿Quería protegerlo? ¿O

protegerse ella? ¿Es que todo aquello no tenía valor?

Nada más lejos de la realidad.

Se trataba más bien del dilema entre saber que era imposible y sentir esa urgencia que cada

vez era más fuerte. Como si tuviera que cumplirse algo que tanto ella como Karl desconocían.

Se cumplió.

Al cabo de unos días, por fin volvió a caer una moneda, con un mensaje, una inclinación. Ese

mismo día. «19:30, azotea». La vida de Karl Heidemann dio su último giro aquella noche de

principios de verano.

Era una noche templada.

Al principio todo fue como antes.

Solo se tumbaron juntos, uno al lado del otro.

Sin embargo, esta vez no se

tranquilizaron.

Esta vez las manos, entrelazadas, ya no se daban por satisfechas, necesitaron soltarse para

tomarse mutuamente.

Todo el deseo se descargó. No de una forma salvaje o impetuosa como los niños que se

abalanzan sobre los regalos de Navidad, sino con cuidado, con ternura, con un profundo afecto,

con prudencia. Como si sacaran bolas de Navidad de cristal con

cariño de las cajas de cartón,

envueltas en papel de seda, y las colgaran en el árbol.

Amor de verano en una azotea. No fue fugaz, fue duradero. Quedó marcado. Karl Heidemann

superó la línea de meta de su deseo. En algún momento soltaron el aire juntos y se abrazaron,

presurosos.

La música que llegaba de la actividad nocturna era alegre. Eran sonidos desde la lejanía y

hacia la lejanía. Lejos, muy lejos.

Empezar de nuevo en algún lugar, juntos.

Las ideas eran como pompas de jabón: un destello. Huían flotando y estallaban cuando aún

estaban al alcance de la vista.

Las dejó volar, solo por un instante.

Marie y Karl se quedaron tumbados sobre la cálida superficie rugosa de la azotea hasta bien

entrada la noche, el aire estaba

impregnado del olor a naftalina, a polvos antipolillas, los cuerpos

cubiertos de trocitos pegajosos negros, el cielo salpicado por las escasas estrellas que brillaban

tras el humo y las eternas luces urbanas.

Se quedaron ahí, incluso cuando la ropa y el mutuo calor corporal no fueron suficientes y la

temperatura, sensiblemente más fría, se les metió en el cuerpo. Se quedaron ahí tumbados como si

esa azotea fuera su destino, como si no quisieran poner fin a ese momento, no dejar que estallaran las pompas de jabón.

No sirvió de nada.

Algo vibró al lado de Karl. Marie agarró un teléfono, una pantalla pequeña que a oscuras

parecía un planeta cuadrado iluminado. Apareció un mensaje de otro mundo.

«Te lo prometo, pronto llegaré a casa con algo de comer. Tengo

ganas de verte, ángel mío. Te
quiero, Horst».

Amor.

Ángel. Ángel mío.

Palabras bonitas, buenas.

Tal vez en el momento y el lugar
equivocados.

Marie Schubert, de soltera
Pokrovski, se incorporó, despacio,
como si quisiera ganar tiempo,
estiró el cuerpo, se secó las

lágrimas que asomaban en los ojos,
le retiró a Karl los trozos de

betún que tenía en la cara, le limpió
las mejillas, como una madre ayuda
a su hijo que llora, como

si quisiera decir: «todo irá bien», y
al mismo tiempo fuera consciente
de que era una promesa

vacía.

La mirada de Marie trasmitía
nostalgia, dolor, un aire de
despedida. También para Karl, pero
en su caso tenía un significado

mucho mayor. Karl había superado la línea de meta y ahora miraba despacio hacia atrás.

Líneas de meta, lugares de llegada. Cuando se levantan los brazos y la tensión, la carga de los

hombros se relaja y el agotamiento y el alivio caen sobre las rodillas, cuando se entregan

diplomas, medallas y copas como recompensa, como trofeos que al cabo de un segundo no son

más que recuerdos, un mecanismo

del orgullo, piezas de museo del alarde.

Líneas de meta, lugares de cumplimiento del esfuerzo.

Sepulturas del deseo. Tal vez la

celebración durará días y noches.

Quizá la alegría, el asombro durará un tiempo. Pero todo eso no

es más que retrasar, aplazar lo que llega después: el vacío.

Karl Heidemann se quedó mucho rato tumbado en la azotea, oculto entre las dos cajas de aire

acondicionado. Marie ya hacía tiempo que se había acostado en la cama, una cama para dos.

Karl aún estaba ahí cuando entre las dos y las cinco se impuso algo parecido al silencio en los

callejones, como si quisiera susurrarle a la gente: «no os olvidéis de mí».

Allí seguía, saboreando la felicidad, una felicidad amarga, cuando la vida dio paso a un nuevo día y el aire se llenó de actividad,

ritmo, humo.

El cielo estaba brumoso, la mirada fija en ninguna parte.

¿Qué pasaría ahora?

65

Puesta en libertad

Karl Heidemann pasó los primeros cuarenta días de las últimas cuarenta semanas de su

existencia en ayunas, como alguien al que cada vez más todo le repugnaba, incluso su vida.

Cuarenta días que al principio pasó en su habitación de hotel, sedado, hundido, vencido por un

cansancio, un vacío, una tristeza infinitos. Era incapaz de ir hacia delante ni hacia atrás. Ni

acercarse a Marie ni alejarse de ella.

De vez en cuando se sentaba en su butaca, oculto tras las cortinas de seda de color hueso, veía

cómo Marie salía a la calle, subía a la azotea, miraba por la ventana,

siempre buscándole,

esperaba un poco, vio que Horst Schubert era cariñoso y velaba por ella, estaba bien cuidada.

Con todo, pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, mirando durante horas las monótonas

imágenes en movimiento del televisor, veía las noticias, historias de este mundo, imágenes de la

gente y el trato que se dispensaba.

El ser humano, que cada vez

necesitaba menos gente para ver a más personas.

El ser humano, que quería deshacerse de la fatiga del trabajo pero se quejaba de la gente sin trabajo.

El ser humano, que ponía etiquetas de valoración a la vida, las distintas fases, como si la vida fuera una unidad divisible en capas, piezas, pedazos.

Todo lo que veía le suscitaba preguntas.

¿Qué pasaría si el ser humano pasara de ser una criatura con manos para tocar, crear, llevar a cabo tareas, cultivar algo, hacerlo brotar, dejarlo madurar, cosecharlo, recogerlo, fabricar, a ser una criatura cuyas manos solo sirvieran para pagar por esta vida en algún sitio? ¿Pagar sin saber a quién ni por qué?

No para pagar al zapatero, el sastre, el carnicero, el panadero, el carpintero, el pintor, el

jardinero.

Pagar incluso sin saber por qué
actos, qué delitos.

¿Qué pasaría si el ser humano se
reconociera como ese ser inútil,
débil, incapaz de crear,

innecesario para sí mismo en el que
quería convertirse por voluntad
propia? ¿Qué haría contra esa

inutilidad? ¿Sería algo bueno, algo
malo?

Cuanto más miraba el televisor
Karl Heidemann, más negativos

eran sus pensamientos, más

lenta su mente, sus ganas de acción,
más fuerzas perdía, como si le
hubieran absorbido toda la

energía.

Solo quedaba la desorientación: ¿y
ahora qué?

¿Cómo continuaría todo, para él y
Marie? ¿Dos seres hechos el uno
para el otro que aun así no

estaban predestinados?

Por lo menos el desconcierto le

proporcionó un objetivo: irse.
Tenía que irse. Irse de allí, para
encontrar la lucidez.

Se puso a los pedales y huyó del
ruido.

Montó en bici sin parar, durante
días, al principio pasaba las noches
en habitaciones, cada vez

alargaba más el reposo hacia la
noche, pronto empezó a moverse
como en la época en que huía

solo de noche, y pasó los días como
antes, como si fuera la auténtica

esencia de su existencia: en

la naturaleza. Tierra sobre tierra.

La naturaleza lo acogió como un repatriado, le dio la bienvenida en los lechos de ríos, espesas

zonas boscosas, talas, intrincadas orillas de estanques, montañas apartadas. La naturaleza tenía

todo lo necesario para la vida, para sobrevivir, revelaba que todo lo demás era una carga. Una

carga sobre sus hombros, sin que la hubiera producido ella misma. El

ser humano verdugo.

Por mucho que Karl aprendiera a apreciar la frugalidad de lo necesario, no encontraba

silencio suficiente, ni siquiera donde se intentaba describir con toneladas de bellas rimas,

montañas de poemas el silencio apacible de la naturaleza, como si fuera una hoja de papel vacía.

Una hoja que espera a ser escrita, con la mente liberada y por fin tranquila.

Nada en ese lado estaba vacío.

Silencio apacible:

Gemidos, gritos de apareamiento,
ladridos, estallidos,

soplidos, mugidos, rugidos,
bramidos,

zumbidos, truenos, estampidos,
bufidos,

llamaradas, llamas, flautas,

cacareos, chillidos, borboteos,
retumbos,

gruñidos, gárgaras, arrullos, ecos,

martilleos, aullidos, griterío,

gañidos, quejidos, tecleos,
tintineos,

golpes, crujidos, crepitares,
traqueteos,

refunfuños, estallidos, graznidos,

cantos, chirridos, susurros,
reclamos,

ardores, balidos, mensajes,

maullidos, murmuraciones, piadas,
chapoteos,

explosiones, latidos, estrépitos,
chisporroteos,

chillidos, chirridos,

susurros, estertores, rumores,

goteos, ronquidos, bramidos, gritos,

murmullos, zumbidos, rasguños,

resonancias, golpes, deslices,

mordiscos, choques, chasquidos,

cotorreos, resuellos, olisqueos,

ronroneos, sustos, gritos, chillidos,

aleteos, suspiros, cantos,

aspersión, pisadas, gemidos,
zumbidos,

pataleo, gorgoritos, tambores,
trompetas,

gotas, panales, relinchos, gimoteos,

remolinos, cuchicheos, gritos,
chirridos,

secretos, siseos, gorjeos.

¿Silencio apacible?

No para Karl.

Mientras montaba en bicicleta, todo él era una búsqueda, también en el rincón más remoto de

la memoria. ¿Había algún lugar donde se encontrara el mayor silencio que esta vida le tuviera

preparado?

Sí que lo había.

No era el estanque de Jettenbrunn, ni el sótano.

Era una habitación con una pared color azul cielo, verde claro, amarillo y marrón tierra.

Una habitación con cojines,
animales de peluche, la cama de
madera de su cálida sauna de

Jettenbrunn, tal vez incluso una
cama blanda. Una cama para dos.
Él y Marie.

Una habitación que fuera como toda
una casa. Quizás. Una casa
agradable, clara. Para dos. Tal

vez para tres. Ser una familia. Una
habitación infantil, una cuna.

Una habitación con esos ojos
bondadosos que la miraban.

Una habitación bajo tierra, en algún lugar en el entorno de los bosques tupidos y espesos de

Aubruck.

La encontraría.

Por muy cruel que hubiera sido el trato allí, ahora a Karl Heidemann el pozo de su martirio le

parecía el único lugar acogedor.

Enseguida enterró los huesos, los restos de los dos perros, de los dos hombres, cubrió el suelo

con ramas finas, con la hierba seca al sol, con almohadas de musgo, escudriñó el entorno, un

pequeño arroyo limpio, no muy lejos un sitio donde conseguir alimentos y agua. Por fin un hogar.

Tenía la cabeza clara. Lo suficiente para comprender hasta qué punto ese reino inmenso de la

austeridad y el desapego servía para todo. También para pensar, actuar, para el amor, hasta qué

punto los celos y el apego solo

conseguían hacer daño, a todos.

Mientras cerraba la tapa de hormigón y se sentaba en silencio a oscuras, solo quería una cosa.

Que lo bello siga siendo bello por respeto a la belleza. No se repetiría otra noche junto a Marie como aquella.

Era viudo de ese momento pasado.

Una noche de amor immaculado, en la actitud que tuvieron entre ellos: nada de pensamientos

insondables, ni malas intenciones,
nada de deliberaciones, ni de
imágenes deformadas por la

convivencia diaria. Una imagen que
cada vez más colocaba el Yo sobre
el Tú. Inevitablemente.

Hasta que se perdiera la belleza de
lo demás.

Todo estaba bien como estaba.
Exactamente así. Marie estaba
protegida, era amada, cuidada.

Gracias, Horst Schubert.

Que vaya bien la vida, ya está todo

hecho.

Puesta en libertad.

66

El sonido de la vida

Un paseo por el bosque. Tal vez por última vez, ese era el plan, pero salió de otra manera.

Procedía del final de la calle, de una ventana con geranios rojos resplandecientes, llegó al

oído de Karl, implacable. Como un letrero que indicara solo una

dirección.

Hacía mucho que no lo oía. Tenía once años la última vez, y ahora ardía en su cabeza, en su

corazón. Era más intensa que nunca, y no era una ilusión. Todo era auténtico, presente. Cortante,

agudo, doloroso. Karl Heidemann se atrevió a salir del bosque, se dirigió a la ventana, incrédulo,

y miró dentro.

Una cuna, una mujer, un rostro invisible, un saludo amable, pero

había muchas cosas

conocidas. El tono, el timbre, la entonación, la ese sibilante, la o penetrante, incluso la letra y la melodía.

Paz, mi niño, paz.

La luna tiene un disfraz.

Una nube gris se posa,
sobre su nariz y orejas hermosa.

Paz, mi niño, paz.

La voz de una madre que cantaba una nana a su hijo.

La voz de su madre, Charlotte Heidemann.

Era de una coherencia espantosa, incluso la canción.

Pero ¿por qué allí? ¿Por qué entonces, después de tantos años?

Se le despertaron los recuerdos, lo abrumaron: «Quiero que me quieras. ¿Qué, me quieres?

Entonces demuéstramelo».

Vio la súplica de Charlotte, la lucha por esa pizca de amor en sus ojos, su última mirada

suplicante, inquisitoria, vio su hundimiento.

Lo que vio al entrar en la habitación hizo que se agachara y se ocultara bajo el alféizar de la ventana, desconcertado.

Como si la voz de su madre solo hubiera sido el reclamo, como si la propia Charlotte lo

hubiera agarrado de la mano para

llevarlo hasta aquella ventana, para enseñarle lo que la vida le tenía preparado.

La ciudad no ofrecía seguridad. Había demasiada gente, demasiados peligros, solo preocupaciones constantes. No avanzaban, no había más señales de Karl Heidemann. Hacía

tiempo que Horst Schubert lo tenía todo preparado, había viajado antes, había pedido el

consentimiento de Marie, la había

informado. Iba a hacer realidad lo que llevaba deseando tanto

tiempo. No hubo problema para vender la propiedad, ni para adquirir una nueva casa. Un sitio

pequeño, fácil de abarcar. Allí donde Marie no era una extraña, donde no tendría que explicar la

misma historia una y otra vez.

Donde Marie no tuviera que explicarse de nuevo como persona:

Aubruck.

Allí poca gente se fijaba todavía en

los demás, los desconocidos saltaban a la vista, Horst

Schubert podría afrontar mejor la responsabilidad que se avecinaba. No podría haber soñado una responsabilidad más bonita.

Karl Heidemann, apoyado en la pared de la casa, ya no entendía nada, hasta que, como si

estuviera sentado a su lado, recordó a Paolo Moroder: «Tú vete, luego las cosas llegarán por sí solas».

Lo que quería dejar atrás había seguido adelante. Lo que había soltado se había puesto en

marcha cuarenta días después de aquella noche, no para huir de él, sino para acercarse a él, esta

vez sin saberlo.

Marie.

Pero ¿por qué? ¿Por qué estaba allí? ¿En Aubruck? ¿De visita a una antigua amiga que había

sido madre? ¿Se había mudado?

Marie dio unos pasos y se colocó junto a la ventana, mientras Karl seguía agazapado como

invitado invisible bajo las macetas. Regó los geranios y dio una nueva perspectiva a la vida de

Karl.

Dos personas.

Había dos personas tras la ventana. Una era el envoltorio, otra el núcleo.

Lo oía con claridad: el corazón de Marie. Pero no solo el suyo, porque

justo debajo, suave,

muy suave, como unos pasitos
comedidos sobre un suelo blando,
como a punto de dar una

sorpresa, había otro corazón, el
doble de rápido.

Calma, mi niño, calma.

La luna viaja ya en su alma.

Con su blanco corcel sereno,
como en sueños, tan ameno.

Calma, mi niño, calma.

Karl Heidemann, oculto bajo los geranios, sintió una alegría y una certeza indescriptibles, se

sintió tentado de levantarse, colarse por la ventana y estrechar a Marie entre sus brazos.

Una niña. Su hija. Engendrada sin mácula aquella noche, sin duda.

¿Por qué si no la vida lo había llevado hasta allí?

¿Por qué si no lo había seguido Marie, y esa futura vida?

No le importaba oír a Horst

Schubert en la habitación contigua charlando con otro hombre, esa

cháchara sobre la felicidad por fin alcanzada, las bromas sobre el deseo de que fuera un niño.

De pronto para Karl Heidemann todo lo vivido en su existencia no había sido en vano, todo

cobró sentido.

El final tenía que esperar. Ahora entendía el significado de su camino hasta allí, el mensaje

que escondían las palabras: «Ve a

buscar a tu niña y cuida de ella».

Marie no era la niña.

67

El fin

¿Qué sacará a la luz la memoria
cuando un día mire atrás?

¿Qué éxitos, información,
acontecimientos son los que sirven
de relleno del recuerdo,

estampan su sello en épocas enteras
de una vida, las templan, caliente,
frío, bien, mal? ¿Son los

mayores acontecimientos los que perduran, como hipopótamos sobre ramas finas, o los pequeños,

tal vez ese encuentro entre una puerta y la bisagra, esa perspectiva inesperada, ese aroma, ese

segundo que lo decide todo? La luz de la vela brillaba tranquila en el fondo del pozo. Oscuridad,

solo se veía ese brillo claro que hacía que la pluma corriera línea por línea sobre el papel fino.

Palabras para reproducir lo único

que tiene algún sentido: lo vivido, lo pensado, lo sentido.

No ser un difunto más como los de todas esas sepulturas, en cuyas lápidas se amontonaban los

seres queridos, cónyuges, hijos, nietos, que aun así son extraños, no saben nada, ni quieren

saberlo, no deben saber nada.

Quería ser un libro abierto. Si no podía expresarse con la fuerza de su propia voz, lo haría con

esas líneas.

Karl Heidemann escribió, escribió su vida en libretas y así se fue desmarcando de su vida,

letra a letra. Dedicó el tiempo que le quedaba únicamente a ese propósito, pese al calor o al frío,

el dolor de ojos o de las extremidades.

De vez en cuando salía del pozo, se escurría por el bosque y el maizal, miraba hacia Aubruck,

la madre feliz que llevaba en silencio y con cariño esa criatura

que se balanceaba en su interior.

Se quedaba oculto entre las plantas hasta que los dos pasaban por el borde del campo y la madre

se detenía un momento como si quisiera decir: «Mira, ángel mío, aquí conocí a tu padre».

Karl Heidemann saludó al ángel, una y otra vez, con voz tenue:

—Estoy aquí, mi niña, ¿me oyes?
Aquí.

Marie no podía percibir aquellas palabras, pero él recibía respuesta

desde sus entrañas. El

latido se volvía más intenso, más rápido, como si quisiera decir:

—Sí, papá, te oigo, sé que estás conmigo.

Karl volvió a casa feliz, contento por el embarazo, preocupado por su propia superación,

demasiado rápida. A medida que avanzaban las semanas tenía más prisa, temeroso de no tener

suficiente tiempo ni fuerzas para terminar de escribir su historia. No

tener suficiente para

entregarle a su hija lo único que podía darle: la crónica de su vida.

«Ve a buscar a tu niña y cuida de ella».

Ya la había ido a buscar, no para ir con él, ni a la muerte, sino para traerla a la vida, la fue a

buscar en algún lugar en las estrellas, donde las almas esperan una invitación.

Ya no tenía más que vivir. Este mundo le resultaba demasiado

extraño, como ella.

Horst Schubert sería el padre. El buen padre, fiable, cariñoso, seguro.

Karl Heidemann siguió escribiendo sin parar, mientras su cuerpo perdía color y fuerzas,

escribió hasta llenar las páginas, con el granero de su vida lleno, la cosecha terminada, todo

preparado para transmitirlo. Esa transmisión era la única dote importante de una vida. Su

herencia. Un último servicio, esperar ese día, entregar algo: amor.

Un día en que la vida de Karl Heidemann llegaría a su fin y llenaría la primera y la última

página de su historia, cerraría un sobre y lo metería en un paquete. El paquete iría destinado a

Marie Schubert, con el ruego de leerlo para conocer el contenido, guardarlo bien y un día

entregárselo a la hija que también

era suya.

Un día en que también enviaría una carta a Horst Schubert para dejarse encontrar, para ofrecer

una vida libre de preocupaciones a la joven familia con la certeza de su muerte. La muerte como

parto. Su muerte.

Un día que acabaría en aquel pozo. Dos cortes, lentos, un sueño gélido. Dejar que llegara la

muerte, como una buena amiga, con calma, en paz y agradecido.

Un día que aún estaba por llegar.

El cielo estaba despejado. A lo lejos, el humo procedente de las chimeneas se desplazaba

como un velo nupcial. El verde de prados y bosques era exuberante, extenso. Solo el canto de los

pájaros, el zumbido de los insectos, el crepitar de los cables de electricidad, el susurro de los

árboles, el viento. Era un lugar apacible, pero algo se presentía.

Karl estaba, con las hojas en la

mano, tras el borde del bosque, allí donde un día inició su

huida, perseguido por perros. Las calles de Aubruck estaban llenas de gente que esperaba en

silencio, se palpaba la tensión.

Una nueva vida significaba una nueva esperanza.

El parto transcurrió sin martirio aparente, sin lamentos. Marie Schubert tenía contracciones,

pero ningún habitante de Aubruck sabía cuánto podía durar, hasta que

por fin el esperado grito

llenó de vida aquel valle. Una nueva vida. Una vida que se tomó su tiempo, como si no quisiera

abandonar el cuerpo protector de la madre. Las horas pasaron lentas, los lugareños estaban

inquietos, como Karl, preocupados...

Por fin se oyó un llanto, la voz de un recién nacido, potente, aguda, nada fuera de lo común, y

aun así había mucho más. Karl lo

oía, por mucho que se resistiera, percibió la desesperación, el

dolor. Un dolor que sin duda encontraría alivio en brazos de la madre muda, consuelo, pero nunca

en la medida necesaria. No en esta vida, no en este mundo.

El alivio en forma de silencio.

Su hija, era su hija, su carne, su sangre.

Karl Heidemann se derrumbó sobre las rodillas, observó consternado las hojas escritas que

tenía en las manos, Thomas Raab.
Horst Schubert gritó con alegría:

—¡Ya tenemos aquí a la pequeña
Ana!

La pluma rasgaba con suavidad el
papel.

De vuelta al inicio, para dedicar
todas aquellas hojas, un principio,
mirar al cielo y dejar que

empiece. Tu vida.

Ana.

Qué nombre tan bonito.

Ana.

Tu voz es nítida.

Tu grito es potente.

Tu dolor es intenso.

Aprende a soportarlo, en paz.

Déjate llevar por el amor
silencioso de tu madre, los
cuidados

de tu padre, y los míos.

Es hora de irse.

De llenar las últimas páginas, de

ponerles fin.

Mirar atrás, todo, mirarte a ti, Ana,
y saber que hoy es un buen día. Tu
llegada. Mi despedida.

Que vaya bien la vida, hija mía.



THOMAS RAAB (Viena, Austria, 1970). Escritor y músico, célebre por su serie de novela negra

sobre el restaurador Adrian Metzger.

Con *Silencio*, Thomas Raab se ha posicionado como uno de los autores de referencia en lengua

alemana. Una novela que ha cosechado un gran éxito de público y crítica, que ha destacado la

maestría del autor en crear un personaje inquietante que cuestiona

constantemente nuestros códigos
morales.

Notas

[1] Johann Wolfgang von Goethe
(1749-1832). [<<](#)

[2] Johann Wolfgang von Goethe.
[<<](#)

[3] Poema de Theodor Storm
(1817-1888). [<<](#)

[4] «Alles Still», Theodor Fontane
(1819-1898). [<<](#)

[5] *Más allá del bien y del mal*,
aforismo 146, Friedrich Nietzsche
(1844-1900). <<

[6] Ruso: ¿Me entiendes? <<

[7] Polaco: ¿Hablas polaco? <<

[8] Francés: ¿Hablas mi idioma?
<<

[9] ¡Hermano Paolo, hermano
Riccardo! Lee alemán. <<

[10] ¡Se ha ido! <<

[11] ¡Está aquí, con Caterina! <<

[12] Fundación Santa Vida. <<

[13] «Guter Rat», Theodor Fontane.
<<

[14] Wilhelm Müller (1794-1827)
del poemario *Die schöne Müllerin*.
<<

[15] Traducción del *Ave verum
corpus*. <<

[16] He aquí los ojos del Señor
están sobre los que le temen, sobre
los que esperan su

misericordia. (Salmo 33, versículo
18). <<

Document Outline

- [Silencio](#)
- [Primera parte. Fe](#)
 - [1. El principio](#)
 - [2. El origen](#)
 - [3. El nacimiento](#)
 - [4. La solución](#)
 - [5. El hundimiento](#)
 - [6. La revelación](#)
 - [7. La desaparición](#)
 - [8. Los ojos de Charlotte](#)
 - [9. Los visitantes](#)
 - [10. El tratamiento](#)
 - [11. La excursión](#)
 - [12. La redención](#)

- 13. El cementerio
- 14. Tierra sobre tierra
- 15. La noche
- 16. El ascenso
- 17. La observación
- 18. La mano del hombre
- 19. La ejecución
- Segunda parte. Amor
 - 20. El lugar de los hechos
 - 21. El interrogatorio
 - 22. La presencia
 - 23. La búsqueda
 - 24. El corazón
 - 25. Cinco
 - 26. El acto de amor
 - 27. El grito
 - 28. La fiebre

- 29. La mirada
- 30. El dolor
- 31. La separación
- 32. El jardín del Edén
- 33. La oscuridad
- 34. Aubruck
- 35. El contacto
- 36. El encuentro
- 37. La violencia
- 38. La paciencia
- 39. La ejecución
- 40. La huida
- 41. La entrega
- 42. La recepción
- Tercera parte. Esperanza
 - 43. La desaparición
 - 44. La búsqueda

- 45. El olvido
- 46. El despertar
- 47. El libro
- 48. Un nuevo comienzo
- 49. Catalina
- 50. El fallecimiento
- 51. El fracaso
- 52. Los cuidados de Paolo M.
- 53. Los cuidados de Horst S.
- 54. Q
- 55. La redención
- 56. Los cuidados de Karl H.
- 57. Muerte y resurrección
- 58. Aubruck

- 59. La ciudad
- 60. La absolución
- 61. El indicador
- 62. El cuadro
- 63. La moneda
- 64. El testimonio
- 65. Puesta en libertad
- 66. El sonido de la vida
- 67. El fin

- Autor
- Notas